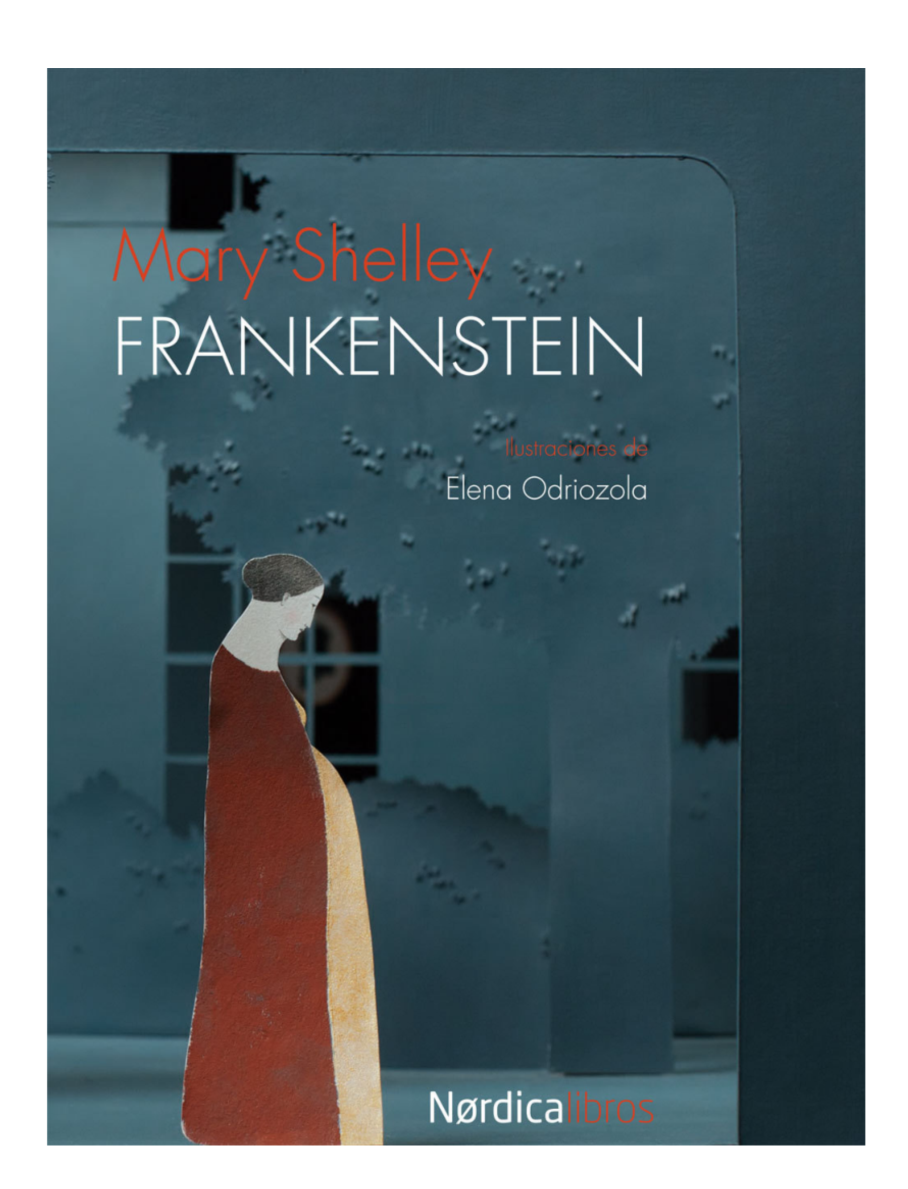

Mary Shelley
FRANKENSTEIN
Ilustraciones de
Elena Odriozola
Nørdicalibros

FRANKENSTEIN

O EL MODERNO PROMETEO

Mary Shelley

Ilustraciones de Elena Odriozola

Traducción de Francisco Torres Oliver



Título original: *Frankenstein*
© De las ilustraciones: Elena Odriozola
© De las fotografías: Perdinande Sancho
© De la traducción: Francisco Torres Oliver
Edición en ebook: julio de 2015

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: ISBN 978-84-16440-153

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y Susana Rodríguez
Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Did I request thee, Maker, from my clay
To mould me man? Did I solicit thee
From darkness to promote me?

Paradise Lost

Contenido

Portadilla
Créditos
Cita
Autor
Ilustraciones

Introducción de la autora para la edición de Standard Novels
Prefacio
Carta primera
Carta segunda
Carta tercera
Carta cuarta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Continuación de Walton
Contraportada

Mary Shelley

(Londres, 1797-1851)

Mary Wollstonecraft Godwin, conocida como Mary Shelley, fue una narradora, dramaturga, ensayista, filósofa y biógrafa británica, reconocida sobre todo por ser la autora de la novela gótica Frankenstein o el moderno Prometeo (1818). También editó y promocionó las obras de su esposo, el poeta romántico y filósofo Percy Bysshe Shelley. Su padre fue el filósofo político William Godwin y su madre la filósofa feminista Mary Wollstonecraft.

En Nórdica hemos publicado su novela corta Mathilda, acompañada de dos obras de su madre, Mary y Maria.

Elena Odriozola

Nació en 1967 en San Sebastián, ciudad en la que ha vivido siempre. Empezó ilustrando libros de texto hace unos veinte años mientras trabajaba en una agencia de publicidad. Luego, una cosa llevó a la otra, y ahora lleva unos cien libros publicados, la mayoría de literatura infantil y juvenil. En esta misma colección ha publicado ¿Cuánta tierra necesita un hombre? Y Cenicienta.

PREMIO NACIONAL DE ILUSTRACIÓN 2015

Introducción de la autora para la edición de Standard Novels



Los editores de Standard Novels, al seleccionar *Frankenstein*

para una de sus colecciones, me han pedido que les facilite algún dato sobre el origen de este relato. Accedo a ello con mucho gusto, porque así daré una respuesta general a la pregunta que tan frecuentemente me han hecho: «¿Cómo, siendo yo una jovencita, llegué a pensar y dilatar una idea tan tremenda?». Es cierto que soy muy contraria a ponerme a mí misma en letra impresa; pero como esta nota va a aparecer como apéndice de otra anterior, y se va a limitar a cuestiones relacionadas con mi calidad de autora solamente, apenas puedo culparme de cometer una intrusión personal.

No es extraño que, como hija de dos personas de distinguida celebridad literaria, pensara muy pronto en escribir. De pequeña, ya garabateaba: mi pasión predilecta era «escribir cuentos». Sin embargo, tenía un placer más querido que este: hacer castillos en el aire, dedicarme a soñar despierta, seguir aquellos derroteros del pensamiento que tenían por tema la formación de una secuencia de incidentes imaginarios. Mis sueños eran a la vez más fantásticos y más agradables que mis escritos. En estos, yo no era sino una estricta imitadora que hacía lo que habían hecho otros, más que consignar las sugerencias de mi propia mente. Lo que escribía iba destinado al menos a otros ojos: los de la amiga y compañera de mi niñez; pero mis sueños eran totalmente míos; no se los contaba a nadie: eran mi refugio cuando me enfadaba... y mi mayor satisfacción cuando me sentía libre.

De niña viví principalmente en el campo, y pasé bastante tiempo en Escocia. Visité con frecuencia los lugares más pintorescos; pero tenía mi residencia habitual junto a las orillas vacías y lúgubres del Tay, cerca de Dundee. Ahora las califico de vacías y lúgubres; entonces no eran así. Eran el nido de la libertad, la región placentera donde, inadvertida, podía conversar con las criaturas de mi fantasía. En aquel entonces escribía..., pero con un estilo de lo más vulgar. Fue bajo los árboles de los parques pertenecientes a nuestra casa, o en las peladas faldas de las cercanas montañas, donde nacieron y se criaron mis auténticas composiciones, los vuelos etéreos de mi imaginación. No me erigí en heroína de mis cuentos. La vida me parecía un motivo demasiado vulgar en lo que a mí se refería. No podía imaginar que fueran jamás a tocarme en suerte desventuras románticas ni acontecimientos maravillosos; pero no me sentí reducida a mi propia identidad; podía poblar las horas con creaciones mucho más interesantes para mí, a esa edad,

que mis propios sentimientos.

Después, mi vida se hizo más ajetreada, y la realidad ocupó el lugar de la ficción. Mi marido, no obstante, estaba desde un principio muy ansioso por que demostrase que era digna de mi familia y me inscribiese en las páginas de la fama. Me incitaba constantemente a que alcanzase prestigio literario, cosa que en aquel entonces me gustaba; aunque después me he vuelto infinitamente indiferente a todo eso. En aquella época, él quería que escribiese, no tanto con idea de que produjese algo digno de llamar la atención, sino a fin de poder juzgar hasta dónde prometía yo mejores cosas para el futuro. Sin embargo, no hice nada. Los viajes y los cuidados de la familia me ocupaban todo el tiempo, y toda la actividad literaria que acaparaba mi atención se reducía al estudio, bien en forma de lecturas, bien perfeccionando mis ideas al comunicarme con su mente muchísimo más cultivada.

En el verano de 1816 visitamos Suiza y fuimos vecinos de Lord Byron. Al principio, pasábamos nuestras horas agradables en el lago, o vagando por la orilla; y Lord Byron, que estaba escribiendo el canto tercero de *Childe Harold,* era el único que pasaba al papel sus pensamientos. Estos, tal como nos los iba exponiendo sucesivamente, vestidos con toda la luminosidad y armonía de la poesía, acuñaban como divinas las glorias del cielo y de la tierra, cuyas influencias compartíamos con él.

Pero el verano resultó húmedo y riguroso, y la incesante lluvia nos confinó a menudo durante días. En nuestras manos cayeron algunos volúmenes de relatos de fantasmas traducidos del alemán al francés. Entre ellos estaba la «Historia del amante inconstante», el cual, creyendo abrazar a la desposada a la que había dado su promesa, se descubría en brazos del pálido fantasma de aquella a la que había abandonado. Estaba el cuento del malvado fundador de su estirpe cuya desdichada condena consistía en dar un beso mortal a todos los hijos de su predestinada casa, precisamente al llegar estos a la pubertad. Su figura gigantesca y sombría, vestida como el fantasma de *Hamlet,* con armadura completa, pero con la visera levantada, fue vista a medianoche, bajo los oportunos rayos de la luna, cuando avanzaba lentamente por la avenida. Su silueta se perdió bajo la sombra de las murallas del castillo, pero poco después chirrió una verja, se oyó una pisada, se abrió la puerta de la cámara, y avanzó hasta el lecho de los sonrosados jóvenes,

sumidos en saludable sueño. Un dolor infinito se acumuló en su rostro al inclinarse a besar la frente de los niños, que al punto empezaron a marchitarse como flores tronchadas sobre el tallo. No he vuelto a ver esos relatos desde entonces, pero tengo sus peripecias tan frescas en la memoria como si las hubiese leído ayer.

—Vamos a escribir cada uno un relato de fantasmas —dijo Lord Byron; y aceptamos su proposición. Éramos cuatro. El noble autor comenzó un cuento, cuyo fragmento publicó al final de su poema «Mazeppa». Shelley, más inclinado a plasmar sus ideas y sentimientos en el esplendor de la brillante imaginería y la música del más melodioso verso que adorna nuestra lengua que a inventar el mecanismo de una historia, empezó un relato basado en experiencias de la primera etapa de su vida. Al pobre Polidori se le ocurrió una idea terrible sobre una dama con cabeza de calavera, castigada de ese modo por espiar por el ojo de una cerradura. He olvidado qué es lo que vio; algo tremendamente espantoso y maligno, por supuesto; pero, una vez reducida a una condición peor que la del famoso Tom de Coventry, no sabía qué hacer con ella, y no tuvo más remedio que mandarla a la tumba de los Capuleto, único lugar apropiado. Los ilustres poetas, incómodos con la trivialidad de la prosa, abandonaron enseguida su antipática tarea.

Yo también me dediqué a *pensar una historia;* una historia que rivalizase con aquellas que nos habían animado a abordar dicha empresa. Una historia que hablase a los miedos misteriosos de nuestra naturaleza y despertase un horror estremecedor; una historia que hiciese mirar en torno suyo al lector amedrentado, le helase la sangre y le acelerase los latidos del corazón. Si no lograba estas cosas, mi historia de fantasmas sería indigna de tal nombre. Pensé y medité... pero sin resultado. Sentía esa vacía incapacidad de invención que es la mayor desdicha del autor, cuando a nuestras ansiosas invocaciones responde la penosa Nada.

—¿Has pensado una historia? —me preguntaban cada mañana; y cada mañana me veía obligada a contestar con una mortificante negativa.

Todo debe tener un principio, para decirlo con palabras de Sancho, y ese principio debe estar vinculado a algo que lo precede. Los hindúes afirman que el mundo lo sostiene un elefante, pero hacen que al elefante lo sostenga una tortuga. La invención, hay que admitirlo humildemente, no consiste en crear del vacío, sino

del caos; en primer lugar hay que contar con los materiales; puede darse forma a oscuras sustancias amorfas, pero no se puede dar el ser a la sustancia misma. En todas las cuestiones de descubrimiento e invención, aun en aquellas que pertenecen a la imaginación, se nos recuerda continuamente la historia de Colón y su huevo. La invención consiste en esa capacidad de aprehender las posibilidades de un tema; y en poder moldear y formar ideas sugeridas por él.

Muchas y largas fueron las conversaciones entre Lord Byron y Shelley, de las que fui oyente fervorosa aunque casi muda. En el curso de una de ellas discutieron diversas doctrinas filosóficas, entre otras la naturaleza del principio vital, y la posibilidad de que se llegase a descubrir tal principio y conferirlo a la materia inerte. Hablaron de los experimentos del Dr. Darwin (no me refiero a lo que el doctor hizo verdaderamente, o dijo que hizo, sino, más en relación con mi tema, a lo que entonces se decía que había hecho), quien tuvo un fideo en una caja de cristal hasta que, por algún medio extraordinario, empezó a moverse merced a un impulso voluntario. No era así, sin embargo, como se infundía vida. Quizá podía reanimarse un cadáver; el galvanismo había dado pruebas de tales cosas; quizá podían fabricarse las partes componentes de una criatura, ensamblarlas y dotarlas de calor vital.

La noche menguó durante esta charla, e incluso había pasado la hora de las brujas, antes de que nos retirásemos a descansar. Cuando apoyé la cabeza sobre la almohada, no me dormí, aunque tampoco puedo decir qué pensaba. Mi imaginación, espontáneamente, me poseía y me guiaba, dotando a las sucesivas imágenes que surgían en mi mente de una viveza muy superior a los habituales límites de la ensoñación. Vi —con los ojos cerrados, pero con la aguda visión mental—, vi al pálido estudiante de artes impías, de rodillas junto al ser que había ensamblado. Vi el horrendo fantasma de un hombre tendido; y luego, por obra de algún ingenio poderoso, le vi manifestar signos de vida, y agitarse con movimiento torpe y semivital. Debía ser espantoso; pues supremamente espantoso sería el resultado de todo esfuerzo humano por imitar el prodigioso mecanismo del Creador del mundo. El éxito aterraría al propio artista; huiría horrorizado de su odiosa obra. Confiaría en que, abandonada a sí misma, se apagaría la leve chispa de la vida que había infundido; en que este ser que había recibido tan imperfecta animación se resolvería en materia inerte; y así pudo dormir, en la creencia de que el silencio de la

tumba extinguiría para siempre la existencia efímera del horrendo cadáver al que había juzgado cuna de la vida. El estudiante está dormido, pero se despierta; abre los ojos; mira, y descubre al horrible ser junto a la cama; ha apartado las cortinas y le mira con sus ojos amarillentos, aguanosos, pero pensativos.

Abrí los míos con terror. La idea se apoderó de tal modo de mi mente que me recorrió un escalofrío de miedo, y quise cambiar la horrible imagen de mi fantasía por realidades de mi alrededor. Todavía las veo: la misma habitación, el parque oscuro, las contraventanas cerradas con la luna filtrándose a través, y la impresión que yo tenía de que el lago cristalino y los blancos y elevados Alpes estaban más allá. No pude librarme tan fácilmente de mi espantoso fantasma; seguía presente en mi imaginación. Debía tratar de pensar en otra cosa. Recurrí a mi historia de fantasmas... ¡mi tediosa, desafortunada historia de fantasmas! ¡Oh! ¡Si al menos lograra inventar una que asustase a mi lector como me había asustado yo esa noche!

Veloz y animada como la luz fue la idea que se me ocurrió. «¡La encontré! Lo que me ha aterrado a mí aterrará a los demás; solo necesito describir el espectro que ha visitado mi almohada a medianoche.» A la mañana siguiente anuncié que *había pensado una historia.* Empecé ese día con las palabras: «Una lúgubre noche de noviembre», consignando solo estrictamente los tremendos terrores del sueño que me despertó.

Al principio pensé escribir unas pocas páginas, un cuento corto; pero Shelley me insistió en que desarrollase más la idea. Ciertamente, no debo a mi esposo la sugerencia de una sola idea, ni siquiera de un sentimiento; sin embargo, de no ser por su estímulo, jamás habría recibido la forma en que ha salido a la luz. De esta aclaración debo exceptuar el prefacio. Que yo recuerde, lo escribió enteramente él.

Y ahora, una vez más, pido a mi horrenda criatura que salga al mundo y que prospere. Siento afecto por ella, pues fue el fruto de unos días felices, en que la muerte y el dolor no eran sino palabras que no encontraban verdadero eco en mi corazón. Sus diversas páginas hablan de muchos paseos, muchos viajes y muchas conversaciones, cuando yo no estaba sola; y mi compañero era alguien a quien no veré más en este mundo. Pero esto es para mí; a mis lectores no les incumben estas asociaciones.

Solo añadiré unas palabras sobre las alteraciones que he introducido. Son principalmente de estilo. No he cambiado parte alguna del relato ni he introducido ideas ni circunstancias nuevas. He corregido el lenguaje donde era tan soso que mermaba el interés del relato; estos cambios aparecen casi exclusivamente al principio del primer volumen. En los demás, se limitan a aquellas partes que son meras adiciones a la historia, dejando intactos su fondo y su sustancia.







M. W. S.
Londres, 15 de octubre de 1831

Prefacio

El suceso en el que se basa este relato no es considerado imposible por el Dr. Darwin y algunos tratadistas alemanes de fisiología. No debe suponerse que yo esté ni lo más remotamente de acuerdo con semejante fantasía; sin embargo, al adoptarla como base para una obra de ficción, no he pensado limitarme a tejer una serie de terrores sobrenaturales. El hecho del cual depende el interés de la historia está exento de las desventajas del mero relato de espectros o de encantamientos. Está avalado por la novedad de las situaciones que desarrolla y, aunque imposible como hecho físico, proporciona a la imaginación un punto de vista desde el cual delinear las pasiones humanas de manera más amplia y vigorosa de lo que puede permitir cualquier relación de hechos verídicos.

Así, he procurado conservar la verdad de los principios elementales de la naturaleza humana, si bien no he vacilado en innovar sus combinaciones. La *Ilíada,* la poesía trágica de Grecia, Shakespeare en *La tempestad* y *El sueño de una noche de verano,* y muy especialmente Milton en *El paraíso perdido* se ajustan a esta regla; y el más humilde novelista que aspire a proporcionar u obtener alguna distracción con su trabajo puede aplicar en las creaciones en prosa, sin presunción, esta licencia, o más bien esta regla, de cuya adopción han resultado tantas combinaciones exquisitas de sentimientos humanos en los más altos ejemplos de la poesía.

La circunstancia en la que se apoya mi narración surgió de una conversación casual. Empezó en parte como un modo de distracción, y en parte como un recurso para ejercitar todas las parcelas inexploradas de la mente. A medida que avanzaba la obra, vinieron a incorporarse otros motivos. No soy en absoluto indiferente al modo en que afectan al lector las tendencias morales existentes en los sentimientos y personajes que en ella se contienen, cualesquiera que sean; sin embargo, mi mayor interés a este respecto se ha centrado en evitar los efectos enervantes de las novelas de hoy día, y en poner de manifiesto la bondad del afecto familiar, y la excelencia de la virtud universal. No debe suponerse de ningún modo que las opiniones que emanan naturalmente del

carácter y situaciones del protagonista corresponden siempre a mis propias convicciones; ni hay que extraer la conclusión de que las páginas que siguen presuponen doctrina filosófica alguna.

También le interesa a la autora resaltar que empezó este relato en la majestuosa región donde se sitúa principalmente su escenario, y en compañía de aquellos a los que no puede dejar de echar de menos. Pasé el verano de 1816 en las cercanías de Ginebra. La estación era fría y lluviosa, nos reuníamos por la tarde en torno a un buen fuego de leña, y a veces nos distraíamos con algunos relatos alemanes de fantasmas que habían caído en nuestras manos. Esos cuentos despertaron en nosotros un deportivo deseo de imitación. Otros dos amigos (cualquier relato debido a la pluma de uno de ellos sería infinitamente más aceptable para el público que lo que yo pueda llegar a crear jamás) y yo acordamos escribir un relato, cada uno fundado en algún suceso sobrenatural.

El tiempo, sin embargo, mejoró de repente; y mis dos amigos me dejaron, emprendieron un viaje por los Alpes, y en esos grandiosos escenarios se olvidaron por completo de sus visiones fantasmales. El relato que sigue es el único que ha quedado completo.

Marlow, septiembre de 1817

Carta primera

A la Sra. Saville, Inglaterra
San Petersburgo, 11 de diciembre, 17…

Te alegrará saber que no ha acompañado ninguna desgracia al comienzo de una empresa que tú veías con tan malos augurios. Llegué aquí ayer; y lo primero que hago es confirmarte, querida hermana, mi bienestar y mi confianza cada vez mayor en el éxito de esta misión.

Me encuentro ya muy al norte de Londres; y, al pasear por las calles de Petersburgo, siento en las mejillas la fría brisa que me vigoriza los nervios y me llena de satisfacción. ¿Comprendes este sentimiento? Esa brisa, que ha recorrido las regiones hacia las que me dirijo, me anticipa el sabor de esos climas helados. Alentado por este viento de promesa, mis sueños se vuelven más fervientes y vívidos. En vano trato de convencerme de que el Polo es la morada de los hielos y la desolación; la imaginación siempre me lo presenta como la región de la belleza y el deleite. Allí, Margaret, el sol es eternamente visible, con su ancho disco orillando justo el horizonte y difundiendo un constante resplandor. Allí —pues, con tu permiso, hermana, quiero depositar alguna confianza en los anteriores navegantes— no existen la nieve ni las heladas; y, navegando por un mar en calma, podemos arribar a una tierra que supera en maravillas y belleza a todas las regiones del globo habitable hasta ahora descubiertas. Sus productos y peculiaridades pueden no tener igual, dado que los fenómenos de los cuerpos celestes acontecen indudablemente en esas soledades ignotas. ¿Qué no puede esperarse de un país de días eternos? Quizá pueda descubrir allí la fuerza portentosa que atrae la aguja y pueda calibrar mil observaciones celestes que solo requieren un viaje para volver coherentes para siempre sus supuestas extravagancias. Saciaré mi ardiente curiosidad contemplando una parte del mundo jamás visitada, y tal vez pise una tierra que nunca ha hollado la planta del hombre. Estas son mis tentaciones, suficientes para hacerme vencer el miedo al peligro y a la muerte, y animarme a iniciar este difícil viaje con el

alborozo que siente el niño al embarcar en un bote con sus compañeros de vacaciones y emprender una excursión de descubrimiento por su río natal. Pero, aun suponiendo que sean falsas todas estas conjeturas, no puedes negar que proporcionaré un beneficio inestimable a la humanidad entera, hasta la última generación, descubriendo un acceso próximo al Polo para llegar a esos países cuya comunicación requiere hoy tantos meses de viaje, o averiguando el secreto del imán, cosa que, de ser posible, solo puede llevarse a cabo mediante una empresa como la mía.

Estas reflexiones han disipado la agitación con que había empezado la carta, y siento que el corazón me arde ahora con un entusiasmo que me eleva a los cielos; pues nada contribuye tanto a sosegar la mente como un propósito firme, un punto en el que el alma pueda fijar su mirada intelectual. Esta expedición ha sido el sueño predilecto de mis años jóvenes. He leído con ardor los relatos de los diversos viajes que se han hecho con idea de llegar al océano Pacífico Norte a través de los mares que rodean el Polo. Quizá recuerdes que la biblioteca de nuestro buen tío Thomas se reducía a una historia de todos los viajes de descubrimiento. Mi formación ha sido descuidada; sin embargo, he tenido una apasionada afición a la lectura. Estudié esos volúmenes noche y día, y el conocerlos hizo que me aumentase la tristeza que había sentido de niño, al saber que la última voluntad de nuestro padre prohibía a tío Thomas concederme permiso para abrazar la vida de marino.

Sin embargo, estas visiones se borraron cuando leí por primera vez a aquellos poetas cuyas efusiones me transportaron el alma, elevándome a los cielos. Me convertí en poeta yo también, y durante un año viví en un Paraíso de mi propia creación: imaginé que también yo podría conseguir una hornacina en el templo donde están consagrados los nombres de Homero y de Shakespeare. Conoces muy bien mi fracaso y lo duro que me resultó el desencanto. Pero precisamente por entonces heredé la fortuna de nuestro primo, y mis pensamientos volvieron al cauce de su antigua inclinación.

Han transcurrido seis años desde que decidí acometer mi actual empresa. Aun ahora puedo recordar el momento a partir del cual me consagré a esta gran misión. Empecé por acostumbrar el cuerpo a las penalidades.

Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del

Norte; soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño; a menudo trabajaba más que el resto de los marineros durante el día, y dedicaba mis noches al estudio de las matemáticas, de la teoría de la medicina, y de aquellas ramas de las ciencias físicas de las que puede sacar provecho práctico un aventurero de la mar. Dos veces me enrolé como segundo piloto en un ballenero de Groenlandia, desempeñando admirablemente mi cometido. Debo confesar que me sentí orgulloso cuando el capitán me ofreció el segundo puesto de su barco, y me pidió con el mayor interés que me quedase; tan valiosos consideraba mis servicios.

Conque, querida Margaret, ¿no me merezco realizar un gran viaje? Mi vida podría transcurrir en la comodidad y el lujo; pero he preferido la gloria a todas las tentaciones que la riqueza ha colocado en mi camino. ¡Ah, ojalá me contestase que sí alguna voz alentadora! Mi valor y mi resolución son firmes; pero las esperanzas vacilan, y el ánimo decae con frecuencia. Estoy a punto de proseguir un viaje largo y difícil, cuyas vicisitudes requerirán toda mi fortaleza; me veo obligado no solo a elevar el ánimo de los demás, sino a mantener muy alto el mío cuando desfallezca el de mis compañeros.

Esta es la época más favorable para viajar por Rusia. Aquí los trineos vuelan veloces por la nieve; estos tienen un movimiento delicioso, y en mi opinión, son muchísimo más agradables que las diligencias inglesas. El frío no es excesivo, si uno se abriga con pieles… indumentaria que he adoptado ya, pues hay una gran diferencia entre andar por cubierta y permanecer sentado durante horas, sin hacer ningún ejercicio que evite que la sangre se le hiele a uno en las venas. No tengo ningún deseo de perder la vida en el trayecto de San Petersburgo a Arkangel.

Dentro de un par de semanas o tres saldré para esta última ciudad; tengo intención de fletar allí un barco, cosa que puede hacerse fácilmente pagando un seguro al armador, y contratando a los marineros necesarios entre aquellos que estén acostumbrados a la pesca de la ballena. No tengo intención de hacerme a la mar hasta el mes de junio; ¿cuándo regresaré? ¡Ah, querida hermana, cómo poder contestar a esa pregunta! Si tengo éxito, pasarán meses, muchos meses, quizá años, antes de que volvamos a vernos. Si fracaso, me verás pronto, o no me volverás a ver.

Adiós, mi querida y excelente Margaret. Que el Cielo derrame

bendiciones sobre ti, y me proteja, a fin de poder testimoniarte una y otra vez mi gratitud por todo tu cariño y tus bondades.

Tu afectuoso hermano,

R. Walton

Carta segunda

A la Sra. Saville, Inglaterra
Arkangel, 28 de marzo, 17…

¡Qué despacio pasa el tiempo aquí, cercado por el hielo y la nieve! No obstante, he dado un segundo paso hacia la realización de mi empresa. He fletado un barco y estoy dedicado a reunir la tripulación; los marineros que tengo ya contratados parecen hombres de fiar, y sin duda poseen gran valor.

Pero noto una gran necesidad que hasta ahora no he podido satisfacer; necesidad que ahora siento como el más riguroso mal. No tengo ningún amigo, Margaret; cuando arda con el entusiasmo del éxito, no tendré a nadie con quien compartir mi alegría; si me invade el desencanto, nadie se esforzará por sostenerme en el abatimiento. Confiaré mis pensamientos al papel, es cierto; pero ese es un pobre medio de transmitir los sentimientos. Deseo la compañía de un hombre capaz de congeniar conmigo, cuyos ojos respondan a los míos. Puede que me juzgues romántico, mi querida hermana, pero siento hondamente la falta de un amigo.

No tengo junto a mí a nadie que sea dulce aunque animoso, dotado de una mente amplia y cultivada, cuyos gustos coincidan con los míos, y que apruebe o corrija mis proyectos. ¡Cómo repararía un amigo así las faltas de tu pobre hermano! Soy demasiado ardiente en la ejecución y demasiado impaciente en las dificultades. Pero aún tengo un mal peor, y es el de haberme formado yo solo: pues durante los primeros catorce años de mi vida andaba a mis anchas por los campos comunales y no leía otra cosa que los libros de viajes de nuestro tío Thomas. A esa edad me familiaricé con los poetas famosos de nuestro país; pero solo cuando ya no estaba a mi alcance beneficiarme de tal posibilidad, me di cuenta de la necesidad de conocer otras lenguas, distintas de la de mi país natal. Ahora tengo veintiocho años y soy más ignorante que muchos escolares de quince. Es cierto que he pensado más, y que mis ilusiones son más extensas y grandiosas, pero les falta (como dicen los pintores) *consistencia;* y siento la inmensa falta de un

amigo con suficiente sentido como para no menospreciarme por romántico, y lo bastante afecto a mí como para esforzarse en moderar mi mente.

Pero todo esto son lamentaciones inútiles; evidentemente, no voy a encontrar amigos en el anchuroso océano; ni siquiera aquí en Arkangel, entre mercaderes y marineros. Sin embargo, incluso en esos pechos rudos laten sentimientos ajenos a la hez de la naturaleza humana. Mi lugarteniente, por ejemplo, es un hombre de admirable energía y valor; está terriblemente deseoso de gloria; o, para decirlo con más propiedad, de ascender en su profesión. Es inglés y, aparte de sus prejuicios nacionales y profesionales, sin pulir por la cultura, conserva algunos de los dones más nobles de la humanidad. Le conocí a bordo de un ballenero; al enterarme de que estaba sin empleo en esta ciudad, le contraté inmediatamente para que me ayudase en mi empresa.

Este oficial es una persona de excelente disposición, y se distingue a bordo por su afabilidad y la suavidad de su disciplina. Esta circunstancia, unida a su conocida honradez y denodado valor, me ha hecho sentir vivos deseos de contratarle. Mi juventud transcurrida en soledad, los mejores años pasados bajo tus amables y femeninos cuidados han refinado de tal manera el fondo de mi carácter que no puedo vencer la intensa aversión que me produce la brutalidad que normalmente se practica a bordo de los barcos: nunca me ha parecido necesaria; y al enterarme de que había un marino que se distinguía tanto por su bondad de corazón como por el respeto y la obediencia que le tributaba su tripulación, pensé que me sentiría especialmente afortunado si podía conseguir sus servicios. Había oído hablar de él por primera vez, de un modo más bien romántico, a una dama que le debe su felicidad. Su historia, en pocas palabras, es esta: hace unos años, se enamoró de una joven rusa de modesta fortuna; y, dado que él había acumulado una considerable suma de dinero en recompensas ganadas en hazañas navales, el padre de la joven consintió en esta alianza. Antes de la ceremonia fue a ver a su amada un día y la encontró hecha un mar de lágrimas; se arrojó esta a sus pies, y le suplicó que la perdonase, confesándole al mismo tiempo que amaba a otro, pero que era pobre y su padre no consentiría jamás en que se casara con él. Mi generoso amigo consoló a la suplicante; e, informado de cómo se llamaba el amado, al punto abandonó su pretensión. Había comprado ya con su dinero una granja en la que proyectaba pasar el

resto de su vida; pero la donó a su rival, junto con el resto de aquel dinero, para que comprase ganado, y luego pidió al padre de la joven que la permitiese casarse con aquel a quien amaba. Pero el anciano se negó de forma terminante por considerarse obligado a mi amigo, el cual, al ver que el padre se mantenía inflexible, abandonó el país y no volvió hasta que se enteró de que su antigua amada se había casado conforme a sus inclinaciones. «¡Qué noble persona!», exclamarás. Así es; pero, en cambio, carece completamente de formación: es mudo como un turco, y tiene una especie de ignorante indiferencia que, si bien hace que su conducta sea de lo más asombrosa, le resta interés y simpatía, que de otro modo predominarían en él.

Pero no vayas a suponer, porque me queje un poco, o porque piense en un consuelo a mis fatigas que tal vez nunca llegue a conocer, que flaquea mi decisión. Es tan firme como el destino, y el viaje solo se retrasará hasta que el tiempo permita que zarpemos. El invierno ha sido terriblemente crudo, pero la primavera promete ser buena, y dicen que viene sensiblemente adelantada, de forma que quizá pueda hacerme a la mar antes de lo que había pensado. No cometeré ninguna temeridad: me conoces lo bastante como para confiar en mi prudencia y mi sensatez cuando corre a mi cargo la seguridad de otros.

No puedo describirte lo que siento ante el inminente comienzo de mi empresa. Me es imposible darte una idea de esa sensación trémula con que me dispongo a partir. Voy a regiones inexploradas, a la «región de las brumas y las nieves», pero no mataré ningún albatros!;[1] así que no te inquietes por mi seguridad, ni pienses que volveré a ti consumido y lleno de aflicción como el «Viejo marinero». Sonreirás ante esta alusión, pero te revelaré un secreto. A menudo he atribuido mi afición, mi apasionado entusiasmo por los peligrosos misterios del océano, a esa obra del más imaginativo de los poetas modernos. Hay algo que me hierve en el alma, que no logro comprender. Prácticamente soy laborioso, cuidadoso, un artesano que trabaja con perseverancia y esfuerzo; pero, aparte de esto, siento un amor por lo maravilloso, una fe en lo prodigioso, que se entreteje en todos mis proyectos y me aleja del camino ordinario de los hombres, arrastrándome incluso hacia esos mares apartados y esas regiones desconocidas que estoy a punto de visitar.

Pero volvamos a reflexiones más queridas. ¿Te veré otra vez,

después de cruzar mares inmensos y regresar doblando el cabo más meridional de África o de América? No me atrevo a esperar tanta fortuna, aunque no soporto tampoco contemplar el reverso del cuadro. De momento, sigue escribiéndome siempre que puedas: quizá reciba tus cartas en los momentos en que más las necesite para sostener mi ánimo. Te quiero con todo mi cariño. Recuérdame con afecto si no vuelves a saber de mí.

Cariñosamente, tu hermano,

Robert Walton

---

1 Referencia a un famoso poema de S. T. Coleridge, en que un viejo marinero, al matar un albatros, atrae la maldición sobre su barco y toda la tripulación. *(N. del T.)*

Carta tercera

A la Sra. Saville, Inglaterra
7 de julio, 17...

Mi querida hermana:

Te escribo unas líneas apresuradamente para decirte que estoy bien... y que el viaje va muy adelantado. Esta carta llegará a Inglaterra por medio de un mercader que ahora regresa de Arkangel; es más afortunado que yo, ya que quizá no vea mi país durante muchos años. Sin embargo, me siento animado: mis hombres son valerosos y, al parecer, de firme resolución; no les desalientan los témpanos que continuamente pasan junto a nosotros y anuncian los peligros de la región hacia la que avanzamos. Hemos alcanzado ya una latitud muy alta; pero estamos en pleno verano y, aunque no hace tanto calor como en Inglaterra, los vientos del sur, que nos empujan velozmente hacia esas costas que tan ardientemente deseo alcanzar, traen una tibieza vivificante que no me esperaba.

Hasta ahora no ha sucedido ningún incidente digno de figurar en una carta. Un ventarrón o dos y una vía de agua son percances que los navegantes apenas se acuerdan de consignar, y me daré por satisfecho si no acontece nada peor durante el viaje.

Adiós, mi querida Margaret. Ten la seguridad de que por mí, y por ti también, no arrostraré peligros temerariamente. Seré frío, perseverante y prudente.

Pero el éxito *coronará* mis esfuerzos. ¿Por qué no? He llegado hasta aquí, trazando un rumbo seguro por mares jamás surcados, con las estrellas por únicos testigos y espectadores de mi triunfo. ¿Por qué no continuar por el proceloso pero obediente elemento? ¿Qué puede detener al corazón decidido y a la voluntad resuelta del hombre?

Estas no son más que efusiones involuntarias de mi corazón. Pero debo terminar. ¡Que el Cielo bendiga a mi querida hermana!

R.W.

Carta cuarta

A la Sra. Saville, Inglaterra
5 de agosto, 17…

Ha ocurrido un incidente tan extraño que no puedo por menos de consignarlo, aunque es muy probable que me veas antes de que estos papeles lleguen a tus manos.

El lunes pasado (31 de julio) nos quedamos casi cercados por el hielo que rodeaba el barco por todos lados, dejando apenas libre el agua en la que flotaba. Nuestra situación era un poco peligrosa, sobre todo teniendo en cuenta que nos envolvía una niebla muy espesa. Así que permanecimos al pairo en espera de que se produjese algún cambio en la atmósfera y el tiempo.

Hacia las dos, despejó la niebla, y vimos, extendiéndose en todas direcciones, inmensas e irregulares llanuras de hielo que parecían no tener fin. Algunos de mis camaradas dejaron escapar un gemido; y empezaba yo mismo a sentirme asaltado por inquietantes pensamientos, cuando una extraña visión atrajo súbitamente nuestro interés disipando la angustia de nuestra propia situación. Divisamos un vehículo bajo, ajustado sobre un trineo y tirado por perros, que avanzaba hacia el norte a media milla de nosotros; un ser con figura de hombre, pero de una estatura verdaderamente gigantesca, iba sentado en él y guiaba los perros. Observamos el rápido avance del viajero con nuestros catalejos, hasta que desapareció entre las lejanas irregularidades del hielo.

Este espectáculo nos produjo un asombro indecible. Según creíamos, nos encontrábamos a centenares de millas de tierra firme; pero esta aparición indicaba que en realidad no estábamos tan lejos. Cercados por el hielo, no obstante, nos era imposible seguirle el rastro, que habíamos observado con la mayor atención.

Unas dos horas después de este incidente, notamos mar de fondo, y antes del anochecer el hielo se rompió, quedando libre nuestro barco. Sin embargo, seguimos al pairo hasta la mañana siguiente, por temor a chocar en la oscuridad con aquellas grandes

masas desprendidas que quedaron flotando a la deriva tras romperse el hielo. Aproveché ese tiempo para descansar unas horas.

Por la mañana, tan pronto como amaneció, salí a cubierta y encontré a todos los marineros asomados a un costado del barco, al parecer hablando con alguien que había en el mar. Efectivamente, se trataba de un trineo como el que habíamos visto anteriormente, el cual, navegando a la deriva sobre un gran témpano de hielo, se nos había arrimado durante la noche. Solo le quedaba un perro; pero dentro iba un ser humano, a quien los marineros trataban de convencer para que subiese a bordo. No era, como parecía el otro viajero, un habitante salvaje de alguna isla ignorada, sino un europeo. Al salir yo a cubierta dijo el oficial:

—Aquí está nuestro capitán, que no consentirá en dejarle perecer en mar abierto.

Al verme, el desconocido se dirigió a mí en inglés, aunque con acento extranjero:

—Antes de subir a bordo de su barco —dijo—, ¿tendría la bondad de indicarme hacia dónde se dirige?

Puedes imaginar mi asombro al oír semejante pregunta en labios de un hombre al borde de la muerte, para quien mi barco debía suponer un recurso que nadie habría querido cambiar por el tesoro más precioso de la tierra.

Contesté, sin embargo, que íbamos en viaje de exploración hacia el Polo Norte.

Al oír esto pareció tranquilizarse, y accedió a subir a bordo. ¡Válgame Dios! Margaret, si hubieses visto al hombre que consentía de este modo en salvarse, tu sorpresa no habría tenido límites. Sus miembros estaban casi helados, y tenía el cuerpo espantosamente extenuado por el cansancio y el sufrimiento. Jamás había visto a un hombre en tan miserable estado. Intentamos trasladarle al camarote, pero en cuanto dejó de recibir aire fresco se desmayó. Así que le volvimos a sacar a cubierta y le reanimamos frotándole con coñac y obligándole a tragar una pequeña cantidad. Tan pronto como mostró señales de vida le envolvimos en mantas y le instalamos junto al fogón de la cocina. Lentamente, se fue recuperando, y tomó un poco de sopa, cosa que le reanimó de forma sorprendente.

Así pasó dos días, antes de poder hablar, y a menudo temí que sus sufrimientos le hubiesen privado de sus facultades mentales.

Cuando se hubo recuperado un poco, le trasladé a mi propio camarote y le atendí todo lo que me permitían mis obligaciones. Jamás he visto criatura más interesante: sus ojos tienen generalmente una expresión de fiereza, incluso de locura; pero hay momentos en que, si alguien tiene un gesto de amabilidad con él o le rinde el más pequeño servicio, se le ilumina el semblante, por así decir, con un resplandor de bondad y de dulzura como jamás he visto. Pero, por lo general, se le ve melancólico y desesperado, y a veces rechina los dientes, como impaciente por el peso de las aflicciones que le agobian.

En cuanto mi huésped se hubo recobrado un poco me costó mucho trabajo mantenerle apartado de los hombres, que deseaban hacerle mil preguntas; pero no consentí que le atormentasen con su vana curiosidad, dado que se encontraba en un estado corporal y mental cuya recuperación dependía evidentemente del completo reposo. Una de las veces, no obstante, el lugarteniente le preguntó por qué se había adentrado tanto en los hielos con aquel extraño vehículo.

Su semblante adoptó al punto una expresión de profunda tristeza, y contestó:

—Para perseguir al que huye de mí.

—¿Viaja de la misma manera el hombre al que persigue?

—Sí.

—Entonces creo que le hemos visto, porque el día antes de recogerle a usted avistamos un trineo tirado por perros, con un hombre.

Esta noticia despertó la atención del desconocido, que hizo una multitud de preguntas sobre la dirección que el demonio, como él lo llamó, había tomado. Poco después, cuando se quedó a solas conmigo, dijo:

—Sin duda he despertado su curiosidad, así como la de esta buena gente; pero usted es demasiado discreto para hacer preguntas.

—Desde luego; sería muy impertinente e inhumano por mi parte importunarle ahora con preguntas.

—Sin embargo, me ha rescatado de una extraña y peligrosa situación; me ha devuelto benévolamente a la vida.

Poco después de esto, preguntó si creía que al romperse el hielo

habría sido destruido el otro trineo. Le dije que no le podía contestar con seguridad, ya que el hielo no se había roto hasta cerca de medianoche, y que el viajero podía haber llegado a lugar seguro antes de esa hora; pero que no me era posible asegurar nada.

Desde ese momento, un nuevo soplo de vida animó el debilitado cuerpo del desconocido. Expresó los mayores deseos de subir a cubierta a vigilar, por si surgía el trineo que había aparecido antes; pero le he convencido para que permanezca en el camarote, pues está demasiado débil para soportar la crudeza del aire. Le he prometido que habrá alguien vigilando por él y que le avisará inmediatamente si aparece cualquier nuevo objeto a la vista.

Este es mi diario en lo que se refiere a este extraño suceso hasta el día de hoy. La salud del desconocido mejora poco a poco, pero es muy reservado y se muestra muy inquieto cuando entra en el camarote alguien que no sea yo. Sin embargo, sus modales son tan conciliadores y afables que todos los marineros se interesan por él, aunque habla muy poco con ellos. Por mi parte, empiezo a quererle como a un hermano, y su profunda y constante aflicción me llena de simpatía y ternura. Ha debido de ser una noble personalidad en tiempos mejores, y aun ahora es un atractivo y afable derrotado.

Te decía en otra de mis cartas, mi querida Margaret, que no encontraría a ningún amigo en el inmenso océano; sin embargo, es aquí donde he descubierto a un hombre al que, si la desgracia no hubiese quebrantado su espíritu, me habría encantado considerarle como el hermano de mi corazón.

Seguiré el diario sobre el desconocido a intervalos, si surge algún nuevo incidente que consignar.

13 de agosto, 17...

Mi afecto por el huésped aumenta cada día. Me inspira a la vez admiración y compasión hasta un grado asombroso. ¿Cómo contemplar a un ser tan noble destruido por el dolor sin sentir una profunda pena? Es bondadoso, e instruido; tiene una mente cultivada; y cuando habla, sus palabras, si bien escogidas con la mayor exquisitez, fluyen sin embargo con rapidez y elocuencia sin igual.

Ahora se encuentra muy repuesto de su debilidad y está continuamente en cubierta, vigilando evidentemente por si aparece el trineo que iba delante del suyo. Sin embargo, aunque desventurado, no se sume por completo en la desdicha, sino que se interesa vivamente por los proyectos de los demás. Con frecuencia hablamos de los míos, que yo le he confiado sin reservas. Ha escuchado atentamente todos los argumentos que avalan mi éxito final y cada pormenor de las medidas que he adoptado para conseguirlo. Ganado por su simpatía al oírle emplear el mismo lenguaje de mi corazón, no me ha importado exteriorizar el inflamado ardor de mi alma, contándole, desbordante de entusiasmo, con qué alegría sacrificaría mi fortuna, mi existencia, y todas mis esperanzas al progreso de mi empresa. La vida o la muerte de un hombre no son sino un precio pequeño que pagar por la adquisición de los conocimientos que yo busco, dado el poder que alcanzaría, y transmitiría después, sobre los enemigos elementales de nuestra raza. Mientras hablaba de esta manera, una sombra oscura invadió el semblante de mi interlocutor. Al principio observé que trataba de reprimir sus emociones; se puso las manos delante de los ojos; y a mí me tembló y me falló la voz al descubrir que le corrían abundantes lágrimas entre los dedos; un gemido escapó de su pecho agitado. Callé; al fin habló él, con voz quebrada:

—¡Infeliz! ¿Acaso quiere compartir mi locura? ¿Ha bebido también de esa bebida embriagadora? ¡Escúcheme; permita que le revele mi historia, y verá cómo arroja la copa de sus labios!

Tales palabras, como puedes imaginar, excitaron enormemente mi curiosidad; pero el paroxismo de dolor que se apoderó del desconocido consumió sus debilitadas fuerzas, e hicieron falta muchas horas de reposo y de serenas conversaciones para que recobrase la calma.

Cuando logró dominar la violencia de sus sentimientos, pareció despreciarse por haber sido esclavo de su pasión; y, acallando la oscura tiranía de la desesperación, me indujo otra vez a hablar de mí mismo. Me pidió que le contase la historia de mis años jóvenes. Se la conté en pocas palabras, aunque esto suscitó diversas reflexiones. Le hablé de mi deseo de encontrar un amigo, de mi anhelo de una más íntima simpatía que la que me había tocado con un espíritu compañero, y expresé mi convicción de que un hombre podía gloriarse de poca felicidad, si no gozaba de esta bendición.

—Estoy de acuerdo con usted —replicó el desconocido—; somos criaturas incompletas, sin acabar, si otra mejor, más inteligente y querida que nosotros —como debe ser un amigo—, no nos ayuda a perfeccionar nuestras naturalezas débiles y defectuosas. Una vez tuve un amigo, el más noble de los seres humanos; por tanto, estoy en condiciones de opinar sobre la amistad. Usted tiene esperanzas, y todo un mundo por delante, y no tiene motivos para desesperar. Pero yo… yo lo he perdido todo, y no puedo empezar otra vida de nuevo.

Al decir esto, su semblante reflejó una aflicción muda y serena que me llegó al corazón. Pero guardó silencio, y luego se retiró a su camarote. Incluso destrozado espiritualmente como está, nadie es capaz de apreciar como él las bellezas de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar, y cada escenario grandioso que ofrecen estas regiones maravillosas parecen capaces de elevar su alma de la tierra. Este hombre tiene una doble existencia: puede hundirse en el sufrimiento y dejarse vencer por los desengaños; sin embargo, cuando se encierra en sí mismo, es como un espíritu celestial que irradia un halo a su alrededor, dentro de cuyo círculo no se atreven a entrar ni el dolor ni la locura.

Te hará sonreír el entusiasmo que muestro al hablar de este divino errabundo. No lo harías si le vieses. Te has formado e instruido en los libros y en el retiro del mundo, y eres por ello un poco quisquillosa; pero eso mismo te capacita más para apreciar los extraordinarios méritos de este hombre maravilloso. A veces he tratado de descubrir qué cualidad es la que le eleva tan por encima de las personas que he conocido. Creo que es su perspicacia, su vivo e infalible poder de discernimiento, su penetración en las causas de las cosas, su claridad y precisión sin igual; añade a esto una facilidad de expresión y una voz cuyas variadas entonaciones poseen una musicalidad cautivadora.

19 de agosto, 17…

Ayer me dijo el desconocido:

—Se habrá dado cuenta fácilmente, capitán Walton, de que he sufrido grandes e inigualables desventuras. Había decidido, en

cierta ocasión, que muriese conmigo el recuerdo de estos males, pero usted me ha ganado para que modifique tal decisión. Usted busca el conocimiento y el saber, como yo los busqué en otro tiempo; confío vivamente en que el cumplimiento de sus deseos no resulte ser una serpiente que le muerda, como me mordió a mí. No sé si el relato de mis infortunios puede serle de utilidad; sin embargo, dado que sigue el mismo camino, exponiéndose a los mismos peligros que han hecho de mí lo que soy, supongo que podrá sacar oportuna enseñanza de mi relato; una enseñanza capaz de guiarle si triunfa en su empresa, y de consolarle en caso de que fracase. Dispóngase a escuchar sucesos que normalmente se tienen por maravillosos. Si estuviésemos en parajes más domésticos de la naturaleza, temería chocar con su incredulidad, y quizá me juzgase ridículo; pero en estas regiones deshabitadas y misteriosas pueden parecer posibles muchas cosas que provocarían la risa de quienes no están familiarizados con los cambiantes poderes de la naturaleza; no me cabe duda tampoco de que mi relato aportará la prueba intrínseca de la veracidad de los sucesos que lo componen.

Como puedes imaginar, me sentí muy complacido ante el ofrecimiento de tal confidencia; sin embargo, no podía soportar el ver cómo se reavivaba su dolor al referir sus desventuras. Sentía los mayores deseos de escuchar el prometido relato, en parte por curiosidad y en parte por un gran deseo de mejorar su destino, si estaba dentro de mi posibilidad. Al contestarle, manifesté estos sentimientos.

—Le agradezco su simpatía —replicó—, pero es inútil; mi destino está próximo a su fin. Solo espero que suceda una cosa, y luego descansaré en paz. Comprendo sus sentimientos —prosiguió, al observar que yo quería interrumpirle—; pero se equivoca, amigo mío, si me permite que le llame así; nada puede alterar mi destino; escuche mi historia, y comprenderá cuán irrevocablemente trazado está.

Seguidamente, me dijo que empezaría su relato al día siguiente, cuando estuviese yo libre de obligaciones. Esta promesa me arrancó las más cálidas expresiones de agradecimiento. He decidido consignar por escrito cada noche, siempre que mi deber no me lo impida, y ateniéndome lo más fielmente posible a sus propias palabras, lo que él me cuente durante el día. En caso de encontrarme ocupado, tomaré notas al menos. Este manuscrito te

proporcionará sin duda el mayor placer; pero yo, que le conozco y escucho la historia de sus labios..., ¡con qué simpatía lo leeré en el futuro! Aun ahora, al dar comienzo a esta tarea, su voz modulada se dilata en mis oídos; sus ojos brillantes se demoran en mí con toda su melancólica ternura; le veo alzar la mano delgada con animación, mientras las facciones de su rostro resplandecen con la luz que irradia del interior de su alma. ¡Extraña y conmovedora debe de ser su historia; espantosa la tormenta que atrapó el valeroso navío en su rumbo y lo hizo zozobrar así!

Capítulo 1

Soy ginebrino de nacimiento, y mi familia es una de las más distinguidas de esa república. Mis antepasados fueron durante muchos años consejeros y síndicos, y mi padre ocupó diversos cargos públicos con honor y reputación. Fue respetado por todos los que le conocieron por su integridad e infatigable atención a los asuntos públicos. Pasó su juventud constantemente ocupado en asuntos de su país; diversas circunstancias le impidieron casarse a su debido tiempo, y no se convirtió en esposo y padre de familia hasta que no llegó al ocaso de su vida.

Dado que las circunstancias de su matrimonio evidencian su carácter, no puedo por menos de relatarlas. Uno de sus más íntimos amigos era un comerciante que, de una posición floreciente, cayó, debido a numerosos infortunios, en la miseria. Este hombre, que se llamaba Beaufort, era de carácter orgulloso e inflexible, y no podía soportar vivir en la pobreza y el olvido en el mismo lugar donde antes se había distinguido por su categoría y magnificencia. De modo que, una vez pagadas todas sus deudas, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió ignorado en la mayor indigencia. Mi padre quería a Beaufort entrañablemente y le entristeció mucho su desaparición en tan infortunadas circunstancias. Lamentó amargamente el falso orgullo que había impulsado a su amigo a adoptar una conducta tan poco digna del afecto que les unía. Sin perder tiempo, comenzó a indagar sobre su paradero, con la esperanza de convencerle para que iniciase una nueva vida, con su ayuda y su crédito.

Beaufort había tomado medidas eficaces para ocultarse, y transcurrieron diez meses antes de que mi padre averiguase dónde vivía. Alborozado ante tal descubrimiento, corrió apresuradamente a la casa que le habían indicado, situada en una humilde calle próxima al Reuss. Pero, cuando entró, solo le acogieron la miseria y la desesperación. Beaufort había salvado del desastre una suma muy pequeña de dinero, aunque suficiente para subsistir unos meses; entretanto, esperaba encontrar algún honroso empleo en casa de un comerciante. Así que pasó esta época en la inacción; pero su aflicción se fue haciendo más honda y dolorosa al tener tiempo para

reflexionar, y al final se apoderó de su espíritu de tal modo que al cabo de tres meses cayó enfermo, sin posibilidad de realizar ningún esfuerzo.

Su hija le atendía con la mayor ternura, pero veía con desesperación cómo sus pequeños ahorros disminuían rápidamente, y que no había ninguna otra perspectiva de apoyo. Sin embargo, Caroline Beaufort poseía un espíritu de temple nada común, y su ánimo vino a sostenerla en la adversidad. Se procuró un trabajo sencillo: trenzaba paja; y, por diversos medios de este género, conseguía ganar apenas lo suficiente para seguir viviendo.

De esta manera transcurrieron varios meses. El padre empeoró; ella se consagró aún más a cuidarle, lo que hizo disminuir sus medios de subsistencia; y a los diez meses el padre moría en sus brazos, dejándola huérfana y hundida en la miseria. Este último golpe la venció; y estaba de rodillas junto al ataúd de Beaufort, sollozando amargamente, cuando entró mi padre en la cámara. Llegó como un espíritu protector para la pobre joven, que se puso en sus manos. Y él, después del entierro de su amigo, la llevó a Ginebra, colocándola bajo los cuidados de una parienta. Dos años después de esto, Caroline se convirtió en su esposa.

Había una gran diferencia de edad entre mis padres, pero esta circunstancia pareció estrechar aún más los lazos de su afecto. Había un sentido de la justicia en el recto espíritu de mi padre que le obligaba a tener muy alto concepto de una persona para amarla intensamente. Quizá en otro tiempo había sufrido un desengaño, y ahora estaba dispuesto a conceder más valor a la mujer que demostrara merecerlo. En su afecto por mi madre manifestaba una adoración y una gratitud que lo hacían completamente distinto de la inclinación decadente de la senectud, pues estaba inspirado por el respeto a sus virtudes, y el deseo de compensarla, en cierto modo, de los sufrimientos que había soportado, lo que daba una gracia inefable a su comportamiento para con ella. Todo se hacía según los deseos y conveniencias de ella. Él se esforzaba en protegerla, como el jardinero protege una hermosa planta exótica de los vientos rigurosos, y la rodeaba de todo cuanto tendía a despertar gratas emociones en su espíritu dulce y bondadoso. Su salud, y aun la serenidad de su hasta entonces espíritu constante, se resentía por todo lo que había sufrido. Durante los dos años que precedieron a su matrimonio, mi padre fue abandonando todas sus funciones

públicas; e inmediatamente después de su unión buscaron el grato clima de Italia, y el cambio de escenario y de interés que comportaba un viaje por estas tierras maravillosas, a fin de restablecer el debilitado organismo de ella.

De Italia fueron a Alemania y a Francia. Yo, el hijo mayor, nací en Nápoles, y les acompañé todavía muy niño en sus viajes. Durante varios años fui hijo único. Debido a lo unidos que estaban, parecían extraer inagotable afecto de su verdadera mina de amor y derramarlo sobre mí. Las tiernas caricias de mi madre y la sonrisa benévola y complaciente de mi padre, cuando me miraba, son mis primeros recuerdos. Yo era un juguete y su ídolo, y algo mejor: su hijo, la inocente e indefensa criatura que el cielo les había concedido, a la que criarían para el bien, y cuyo destino futuro podían encauzar hacia la felicidad o hacia la desdicha, según cumpliesen su deber para conmigo. Con esta profunda conciencia de lo que debían al ser que habían traído al mundo, junto con el activo espíritu de ternura que animaba a los dos, es fácil imaginar que en cada hora de mi infancia recibí una lección de paciencia, de caridad y de autodominio; y me guiaron con infinita dulzura, de modo que todo me parecía una sucesión inacabable de alegrías.

Durante mucho tiempo fui el único objeto de sus cuidados. Mi madre había mostrado grandes deseos de tener una hija, pero yo seguía siendo su único vástago. Cuando tenía unos cinco años volvieron a cruzar las fronteras de Italia, y pasaron una semana a orillas del lago Como. Su bondad natural les impulsaba a visitar con frecuencia las casas de los pobres. Esto, para mi madre, era algo más que un deber; constituía una necesidad, una pasión —recordando lo que había sufrido, y cómo había sido liberada—, hacer a su vez de ángel guardián de los afligidos. En uno de sus paseos les llamó la atención, por su singular desolación, una pobre cabaña que había en el fondo de un valle, mientras un montón de niños mal vestidos, allí cerca, mostraba su miseria de manera patética. Un día en que mi padre se había ido a Milán, mi madre fue a visitar dicha morada llevándome consigo. Encontró a un labriego y a su mujer, trabajando afanosamente, agobiados por la necesidad y las preocupaciones, distribuyendo una comida escasa entre cinco pequeñuelos hambrientos. Entre ellos había una niña que atrajo la atención de mi madre más que los demás. Parecía de estirpe diferente. Los otros eran cuatro atrevidos picaruelos de ojos oscuros, mientras que ella era delgada y muy rubia. Su pelo era de un

dorado muy brillante, y a pesar de la pobreza de su ropa parecía que un halo de distinción adornaba su cabeza. Tenía la frente ancha y despejada, limpios sus ojos azules, y los labios y el óvalo de la cara de tan expresiva sensibilidad y dulzura que nadie habría podido contemplarla sin creerla de especie distinta, un ser enviado del cielo, y portador de un sello celestial en todas sus facciones.

La campesina, al observar que mi madre contemplaba con maravillada admiración a esta niña adorable, se apresuró a contarle su historia. No era hija suya, sino de un noble milanés. Su madre, alemana, había muerto en el parto. La criatura había sido confiada a esta buena gente para que la cuidasen: entonces se encontraban en mejor situación. Se habían casado hacía poco y acababa de nacerles el primer hijo. El padre de la niña era uno de esos italianos educados en el recuerdo del antiguo esplendor de Italia... uno de los *schiavi ognor frementi* que se esforzaban en conseguir la libertad de su país. Fue víctima de la debilidad de su patria. No se sabía si había muerto o vivía aún en las mazmorras de Austria. Le habían confiscado sus propiedades; su hija se había convertido en huérfana y pordiosera. Siguió viviendo con el matrimonio que la había cuidado, y floreció en su tosca morada más bella que una rosa de jardín entre las oscuras zarzas.

Cuando mi padre regresó de Milán encontró, jugando conmigo en el vestíbulo de nuestra villa, a una criatura cuya mirada parecía irradiar luminosidad, y cuya figura y movimientos eran más livianos que los de una gamuza de los montes. Enseguida se le explicó esta aparición. Con su permiso, mi madre logró convencer a sus rústicos guardianes para que le cediesen la custodia de la niña. Querían mucho a la preciosa huerfanita. Su presencia había sido para ellos una bendición, pero comprendieron que era una injusticia retenerla con ellos, en la pobreza y la indigencia, cuando la Providencia le brindaba tan poderosa protección. Consultaron con el sacerdote del pueblo, y el resultado fue que Elizabeth Lavenza se convirtió en otra habitante de nuestra casa, en mi más que hermana, en la hermosa y adorada compañera de todos mis pasatiempos y alegrías.

Todo el mundo aprendió a querer a Elizabeth. El apasionado y casi reverente afecto con que todos la miraban, y yo también, se convirtió en mi orgullo y satisfacción. La noche antes de que la trajeran a casa, mi madre me había dicho en broma:

—Tengo un precioso regalo para ti, Víctor; mañana te lo traerán.

Y cuando, a la mañana siguiente, me presentó a Elizabeth diciendo que era el regalo prometido, yo, con infantil seriedad, interpreté sus palabras en sentido literal y consideré a Elizabeth mía: mía para protegerla, quererla y cuidarla. Todas las alabanzas que le dedicaban las acogía yo como dirigidas a algo de mi propiedad. Nos llamamos el uno al otro con el título familiar de primos. Ninguna palabra, ninguna expresión podría materializar la clase de vínculo que la unía a mí: era más que hermana, puesto que hasta la muerte fue únicamente mía.

Capítulo 2

Nos criamos juntos; no nos llevábamos ni un año de diferencia. No hace falta decir que no conocimos ningún tipo de desunión o disputa. La armonía era el alma de nuestro compañerismo, y la diversidad y contraste que existían en nuestros caracteres nos acercaban aún más. Elizabeth era de disposición más serena y concentrada; yo, con todo mi ardor, era capaz de una dedicación más intensa y estaba más profundamente dominado por la sed de saber. Ella se ocupaba en seguir las creaciones de los poetas, y encontraba en los solemnes y maravillosos escenarios que rodeaban nuestra casa de Suiza, en las formas sublimes de las montañas, en los cambios de las estaciones, en la tempestad y en la calma, en el silencio del invierno, y en la vida y la turbulencia de nuestros veranos alpinos amplios motivos para la admiración y el deleite. Mientras mi compañera contemplaba con espíritu grave y satisfecho la magnífica apariencia de las cosas, yo disfrutaba investigando sus causas. El mundo era para mí un secreto que deseaba desentrañar. Entre las primeras sensaciones de que tengo recuerdo, están la curiosidad, la investigación seria de las leyes ocultas de la naturaleza y un gozo rayano en el éxtasis cuando se me revelaban.

Al nacerles el segundo hijo, siete años menor que yo, mis padres abandonaron por completo su vida viajera y se establecieron en su país natal. Poseíamos una casa en Ginebra, y una *campagne* en Belrive, en la orilla oriental del lago, a algo más de una legua de la ciudad. Residíamos principalmente en esta última, y la vida de mis padres transcurría en considerable aislamiento. Mi carácter me inclinaba a rehuir la multitud y unirme fervientemente a unos pocos. De modo que me eran indiferentes mis compañeros de colegio en general, pero me uní a uno de ellos con los lazos de la más estrecha amistad. Henry Clerval era hijo de un comerciante de Ginebra. Era un muchacho de singular talento y fantasía. Amaba las grandes empresas, las dificultades e incluso el peligro mismo. Conocía a fondo los libros de caballerías y de fantasía. Componía canciones heroicas y empezaba a escribir muchos relatos sobre hechos gloriosos y aventuras caballerescas. Intentó hacernos representar obras de teatro y tomar parte en farsas cuyos personajes

estaban sacados de los héroes de Roncesvalles, de la Tabla Redonda del rey Arturo y del séquito caballeresco que derramó su sangre para rescatar el santo sepulcro de manos de los infieles.

Ningún ser humano puede haber tenido una infancia más feliz que la mía. Mis padres estaban poseídos por el mismo espíritu de la bondad y la indulgencia. Nos dábamos cuenta de que no eran tiranos que gobernaban nuestro destino según su capricho, sino agentes creadores de los numerosos goces de que disfrutábamos. Cuando conocí a otras familias, pude apreciar con claridad cuán especialmente afortunada era mi suerte, y la gratitud que sentí hizo aumentar mi amor filial.

Mi genio era a veces violento, y mis pasiones vehementes; pero por alguna ley de mi carácter, no se volvían hacia objetivos pueriles, sino hacia un ansioso deseo de aprender, aunque no de forma indiscriminada. Confieso que ni la estructura de los idiomas, ni el código de los gobiernos, ni la política de los distintos estados tenían atractivo para mí. Eran los secretos del cielo y de la tierra lo que yo ansiaba saber; y ya fuese la sustancia externa de las cosas, o el espíritu interior de la naturaleza y el alma misteriosa del hombre lo que me ocupara, mis investigaciones se orientaban hacia los secretos metafísicos y físicos del mundo en su más alto sentido.

Entretanto, Clerval se interesaba, por así decir, por las relaciones morales de las cosas. La etapa activa de la vida, las virtudes de los héroes y las acciones de los hombres eran su tema favorito, y su esperanza y su sueño estaban en llegar a ser uno de esos hombres cuyos nombres se encuentran inscritos en la historia como valerosos y arriesgados benefactores de nuestra especie. La piadosa alma de Elizabeth brillaba como lámpara sagrada en nuestro hogar apacible. Su simpatía era nuestra; su sonrisa, su voz suave, la dulce mirada de sus ojos celestiales estaban siempre presentes para bendecirnos y alentarnos. Era el vivo espíritu del amor que atempera y atrae; yo podía haberme vuelto un ser taciturno por mis estudios, áspero por el ardor de mi naturaleza, pero ella estaba siempre a mi lado para aplacarme y hacerme adoptar una semblanza de su propia dulzura. Y Clerval, ¿acaso podía abrigar mal alguno el noble espíritu de Clerval? Sin embargo, quizá no hubiese sido tan perfectamente humano, tan solícito en su generosidad, tan lleno de amabilidad y ternura, en su pasión por las hazañas aventureras, si ella no le hubiese hecho ver el verdadero encanto de la bondad, y no hubiese

convertido el hacer el bien en meta y objetivo de su más alta ambición.

Siento un inmenso placer al demorarme en estos recuerdos de infancia, antes de que la desventura infectase mi espíritu, y cambiase sus luminosas visiones de ilimitada utilidad en estrechas y tenebrosas reflexiones sobre la persona. Además, al trazar el cuadro de mis primeros años, incluyo también aquellos acontecimientos que condujeron, de manera imperceptible, a mi posterior desventura, pues cuando trato de explicarme el nacimiento de esa pasión que después dominó mi destino, la veo surgir como un río de montaña de fuente innoble y casi ignorada; pero, creciendo a medida que avanzaba, se convirtió en un torrente que fue arrasando a su paso todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es el genio que ha regulado mi destino; por tanto, deseo exponer en esta narración aquellos hechos que condujeron a mi predilección por dicha ciencia. Cuando yo tenía trece años fuimos todos de excursión a los baños próximos a Thonon; la inclemencia del tiempo nos obligó a permanecer un día entero encerrados en la posada. En esta casa encontré por casualidad un volumen de las obras de Cornelio Agrippa. Lo abrí con indiferencia; la teoría que intenta demostrar y los hechos maravillosos que relata transformaron enseguida mi actitud en entusiasmo. Una nueva luz pareció alborear en mi mente; y, saltando de gozo, comuniqué dicho descubrimiento a mi padre, que miró sin interés la portada del libro, y dijo:

—¡Ah! ¡Cornelio Agrippa! Mi querido Víctor, no malgastes el tiempo en esto; no es más que un montón de tonterías.

Si en vez de hacer este comentario mi padre se hubiese molestado en explicarme que los principios de Agrippa habían sido refutados en su totalidad y que se había formulado un moderno sistema de ciencia con poderes muy superiores al antiguo, ya que los de este eran reales y prácticos, mientras que los de aquel eran quiméricos, entonces habría arrojado a un lado el libro de Agrippa y me habría conformado con mi imaginación, que ya ardía en deseos de volver con renovado calor a mis estudios anteriores. Incluso es posible que el curso de mis ideas no hubiera recibido nunca el impulso fatal que me condujo a la ruina. Pero la mirada superficial que mi padre había echado al libro no me garantizaba en absoluto que conociese su contenido; y seguí leyendo con la mayor avidez.

Cuando regresé a casa, mi primer cuidado fue conseguir obras completas de este autor; y después, de Paracelso y de Alberto Magno. Leí y estudié con placer las locas fantasías de estos escritores; me parecían tesoros que muy pocos conocían, aparte de mí. Me he descrito como una persona siempre llena de un anhelo ferviente por penetrar los secretos de la naturaleza. A pesar del inmenso esfuerzo y los maravillosos descubrimientos de los modernos filósofos, mis estudios me dejaban siempre descontento e insatisfecho. Se cuenta que sir Isaac Newton decía que se sentía como un niño cogiendo conchas junto al inmenso e inexplorado océano de la verdad. Sus sucesores en cada rama de la filosofía natural que yo conocí parecían, incluso a mi entendimiento juvenil, principiantes entregados al mismo pasatiempo.

El rústico campesino contemplaba los elementos que veía a su alrededor y se familiarizaba con sus usos prácticos. El más instruido filósofo sabía poco más. Había desvelado parcialmente el rostro de la Naturaleza, pero sus facciones inmortales aún eran un prodigio y un misterio. Podía disecar, anatomizar y poner nombres; pero, dejando aparte la causa final, las causas segundas y terceras eran absolutamente desconocidas para él. Yo me había asomado a las murallas y obstáculos que parecían impedir al hombre la entrada en la ciudadela de la naturaleza y, con irreflexión e ignorancia, me había quejado.

Pero aquí estaban los libros y aquí los hombres que más profundamente habían penetrado y sabían más. Acepté todo lo que afirmaban y me convertí en su discípulo. Quizá parezca extraño que esto sucediese en el siglo xviii, pero, mientras seguía la rutina de los cursos en los colegios de Ginebra, adquirí por mi propia cuenta una sólida base en lo que se refería a mis estudios predilectos. Mi padre no era científico, y me dejó que luchase con mi infantil ceguera y mi sed estudiantil de conocimientos. Bajo la dirección de estos nuevos preceptores me lancé con la mayor diligencia a la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida; pero no tardó este último en acaparar todo mi interés. La riqueza era un objetivo inferior; en cambio, ¡qué gloria conseguiría si lograba desterrar la enfermedad del cuerpo humano, y volver al hombre invulnerable a todo, salvo a la muerte violenta!

Pero no eran estas mis únicas visiones. El poder de evocar espectros y demonios era una promesa que generosamente

concedían mis autores preferidos, cuyo dominio traté de conseguir con la mayor ansiedad; y si mis conjuros no lograron su objetivo, atribuí el fracaso más a mi propia inexperiencia y a mis errores que a la falta de habilidad y fidelidad de los maestros. Y así estuve un tiempo dedicado al estudio de sistemas superados mezclando como un inepto mil teorías contradictorias y debatiéndome desesperadamente en un auténtico cenagal de conocimientos heterogéneos, guiado por una ardiente imaginación y un raciocinio infantil, hasta que un accidente cambió de nuevo el curso de mis ideas.

Cuando yo contaba unos quince años, vivíamos en nuestra casa, próxima a Belrive, donde presenciamos una tormenta de lo más violenta y terrible. Había surgido de detrás de las montañas del Jura y los truenos reventaban a un tiempo, con espantosa potencia, en distintos sectores del cielo. Mientras duró la tormenta, estuve observando su evolución con curiosidad y placer. Y, estando en la puerta, vi salir de repente un chorro de fuego de un viejo y hermoso roble que había a veinte yardas de nuestra casa; y, tan pronto como la cegadora luz se desvaneció, vi que el roble había desaparecido, y no quedaba otra cosa que un tocón calcinado. Cuando fuimos a la mañana siguiente, encontramos el árbol destrozado de forma singular. No había sido hendido por el impacto, sino reducido a pequeñas astillas. Jamás había visto nada tan absolutamente destruido.

Antes de esto, yo no desconocía las leyes más elementales de la electricidad. En esta ocasión, estaba con nosotros un hombre que había realizado grandes investigaciones en filosofía natural; y, excitado por la catástrofe, nos explicó una teoría que había elaborado él acerca de la electricidad y el galvanismo, para mí nueva y asombrosa. Todo lo que dijo eclipsó absolutamente a Cornelio Agrippa, a Alberto Magno y a Paracelso; pero, por alguna fatalidad, el derrumbamiento de estos hombres me desanimó a seguir mis acostumbrados estudios. Me parecía como si nada pudiera llegar a conocerse. Todo lo que durante tanto tiempo había atraído mi atención se me antojó de pronto despreciable. Por uno de esos caprichos de la mente a los que quizá somos más propensos en nuestra temprana juventud, abandoné al punto mis anteriores intereses, dejé a un lado la historia natural con toda su progenie, juzgándola una creación abortada y deforme, y alimenté el mayor desprecio por toda supuesta ciencia que no lograse trasponer el

umbral del verdadero saber. En esta disposición de ánimo me consagré a las matemáticas y a las ramas de esa ciencia, puesto que era la única edificada sobre firmes cimientos, y digna por tanto de mi interés.

Así de extrañamente están hechas nuestras almas, y así de sutiles son los ligamentos que nos atan a la prosperidad o a la ruina. Al mirar hacia atrás, me parece como si este cambio casi milagroso de inclinación y voluntad fuese sugerencia inmediata de mi ángel de la guarda: el último esfuerzo realizado por el espíritu de la conservación, para evitar la tormenta que ya entonces se cernía en las estrellas, dispuesta a envolverme. Su victoria se anunciaba por una inusitada tranquilidad y alegría del alma que siguieron al abandono de mis antiguos y últimamente atormentadores estudios. Así fue como aprendí a asociar el mal con su prosecución, y la felicidad con su desprecio.

Aquel fue un esfuerzo enorme del espíritu del bien, aunque resultó inútil. El destino era demasiado poderoso, y sus leyes inmutables habían decretado mi absoluta y terrible destrucción.

Capítulo 3

Cuando cumplí los diecisiete años, mis padres decidieron que ingresase en la Universidad de Ingolstadt. Hasta entonces había estudiado en los institutos de Ginebra; pero mi padre juzgó necesario, para completar mi formación, que conociese costumbres distintas de las de mi país natal. Así que mi partida quedó decidida para una fecha próxima; pero, antes de ese día, tuvo lugar la primera desgracia de mi vida: un presagio, por así decir, de mis sufrimientos futuros.

Elizabeth había cogido la escarlatina; su estado llegó a ser grave, y corrió el más serio peligro. Durante su enfermedad insistimos repetidamente a mi madre para que no la atendiese ella personalmente. Al principio accedió a nuestras súplicas; pero cuando supo que la vida de su favorita corría peligro, no fue capaz de dominar su ansiedad. No se apartó de su cabecera; y sus desveladas atenciones triunfaron sobre el mal. Elizabeth se salvó, pero las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales para mi madre. Al tercer día cayó enferma; su fiebre estuvo acompañada de los síntomas más alarmantes, y la expresión de los médicos que la asistían pronosticó lo peor. La entereza y bondad de esta mujer excelente no la abandonaron en su lecho de muerte. Juntó las manos de Elizabeth y las mías, y dijo:

—Hijos míos, tenía puestas las más firmes esperanzas de futura felicidad en la perspectiva de vuestra unión. Esta perspectiva será ahora el consuelo de vuestro padre. Elizabeth, cariño; debes ocupar mi sitio junto a mis hijos más pequeños. ¡Ay! Siento separarme de vosotros; con lo feliz y querida que he sido, ¿no es duro dejaros a todos? Pero no conviene pensar en estas cosas. Trataré de rendir el alma con alegría, con la esperanza de veros en el otro mundo.

Murió serenamente, y su semblante expresó afecto incluso en la muerte. No hace falta describir los sentimientos de aquellos cuyos lazos más queridos rompe el más irreparable de los males, el vacío que provoca en su alma, y la desesperación que asoma al rostro de todos. Ha de pasar mucho tiempo antes de que la mente se convenza de que quizá aquella a quien veíamos a diario, y cuya existencia parecía formar parte de la nuestra, se ha ido para

siempre... que quizá se ha apagado la luz de los ojos amados, y que quizá ha enmudecido la voz familiar y querida para no volver a oírse nunca más. Estas son las reflexiones de los primeros días; pero cuando el tiempo demuestra la realidad de ese mal, entonces comienza la verdadera amargura del dolor. Pero ¿a quién no ha arrancado esa mano rigurosa algún ser querido? ¿Para qué voy a describir un dolor que todos hemos sufrido y debemos sufrir? Llega al fin la hora en que la aflicción es más un alivio que una necesidad; y no es desterrada la sonrisa que aflora a los labios, aunque pueda juzgarse un sacrilegio. Mi madre había muerto, pero nosotros teníamos deberes que cumplir; debíamos seguir nuestro camino con los demás y aprender a considerarnos afortunados, mientras no nos alcanzase la Parca.

Mi partida para Ingolstadt, pospuesta por todos estos acontecimientos, fue fijada otra vez. Conseguí de mi padre que la aplazase unas semanas. Me parecía un sacrilegio abandonar tan pronto el descanso de mi casa, sumida en el dolor, y lanzarme al torbellino de la vida. El sufrimiento era nuevo para mí, pero no dejó de llenarme de alarma. Me resistía a separarme de los que me quedaban y, sobre todo, quería ver a mi dulce Elizabeth algo más consolada.

Efectivamente, ocultó ella su dolor, y se esforzó en consolarnos a todos. Miraba con firmeza la vida y asumía sus deberes con ánimo y tesón. Se dedicó con entrega a aquellos a quienes había aprendido a llamar su tío y sus primos. Nunca fue tan encantadora como entonces, en que, recobrando el sol de sus sonrisas, lo derramó sobre nosotros. Olvidó incluso su propio dolor en el esfuerzo por hacérnoslo olvidar a nosotros.

Al fin llegó el día de mi partida. Clerval pasó la última velada con nosotros. Había intentado convencer a su padre para que le permitiese venir conmigo y convertirse en mi compañero de estudios, pero no lo había conseguido. Su padre era un comerciante de mentalidad estrecha, que veía haraganería y ruina en las aspiraciones y ambiciones de su hijo. Henry sintió profundamente la desgracia de verse privado de una formación liberal. Habló poco; pero, cuando lo hizo, vi en sus ojos encendidos y en su mirada llena de animación una decisión contenida pero firme de no dejarse encadenar a la rutina miserable del comercio.

Nos quedamos hasta muy tarde. No nos decidíamos a separarnos

ni a pronunciar la palabra «adiós». Por fin lo hicimos, y nos retiramos con el pretexto de descansar, creyendo cada uno que engañaba al otro; pero cuando bajé a la mañana siguiente al coche que debía llevarme, estaban los tres: mi padre para darme otra vez su bendición, Clerval para estrecharme la mano de nuevo, y Elizabeth para renovar sus súplicas de que escribiese a menudo y dedicar sus últimas atenciones femeninas al amigo y compañero de juegos.

Salté al coche que iba a llevarme lejos, y me entregué a las más melancólicas reflexiones. Yo, que siempre había estado rodeado de amigos entrañables, perpetuamente dedicados a prodigarnos mutuo afecto, estaba solo ahora. En la universidad a la que me dirigía debía hacer nuevos amigos y ser yo mi propio protector. Hasta aquí, mi vida había sido considerablemente retirada y doméstica, lo que me hacía sentir una invencible aversión hacia los semblantes nuevos. Quería a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval; eran «viejas caras familiares»; pero me creía totalmente incapacitado para tratar con extraños. Estas eran mis reflexiones al iniciar el viaje; pero a medida que avanzaba, mis ánimos y mis esperanzas fueron en aumento. Deseaba ardientemente adquirir conocimientos. En casa, con frecuencia, me había parecido duro permanecer encerrado en un sitio durante la juventud, y había anhelado salir al mundo y ocupar un lugar entre los seres humanos. Ahora mis deseos se habían cumplido, y habría sido un disparate, efectivamente, arrepentirse.

Tuve tiempo suficiente para estas y otras muchas reflexiones,durante el viaje a Ingolstadt, que fue largo y fatigoso. Finalmente mis ojos descubrieron el alto y blanco campanario de la ciudad. Descendí y fui conducido a un aposento solitario para pasar la noche como gustara.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los principales profesores. El azar —o más bien la influencia maligna, el Ángel de la Destrucción, que hizo valer su dominio omnipotente sobre mí desde el momento en que mis pasos renuentes se alejaron de la casa de mi padre— me llevó en primer lugar a M. Krempe, profesor de Filosofía Natural. Era un hombre rudo, pero profundamente conocedor de los secretos de su ciencia. Me hizo varias preguntas acerca de mi preparación en las distintas ramas de la Filosofía natural. Contesté despreocupadamente; y con

cierto desdén cité los nombres de mis alquimistas como los autores que más había estudiado. El profesor me miró con atención:

—¿Es posible —dijo— que haya malgastado usted el tiempo estudiando esas tonterías?

Contesté que sí.

—Cada minuto —prosiguió M. Krempe con calor—, cada instante que ha dedicado usted a esos libros, ha sido absoluta y totalmente desperdiciado. Se ha cargado la memoria de sistemas superados y de nombres inútiles. ¡Válgame Dios! ¿En qué desierto ha vivido usted, que nadie se ha dignado informarle de que esas extravagancias que tan ávidamente sorbía tienen ya mil años y están mohosas y anticuadas? No esperaba encontrarme, en esta época ilustrada y científica, con un discípulo de Alberto Magno y de Paracelso. Mi querido señor, debe usted empezar sus estudios otra vez a partir de cero.

Mientras así hablaba, se apartó, redactó una lista de libros sobre filosofía natural que deseaba que me procurase, y me despidió, anunciándome que a principios de la semana siguiente pensaba comenzar un curso de Filosofía Natural en sus relaciones generales, y que M. Waldman, colega suyo, hablaría de química en los días alternos que no le tocara a él.

No regresé a casa decepcionado, pues, como he dicho ya, desde hacía tiempo consideraba superados a aquellos autores que el profesor desaprobaba; pero tampoco me sentía inclinado a volver a dichos estudios en ninguna de sus formas. M. Krempe era un hombre algo rechoncho, de voz ronca y semblante repulsivo, de modo que nada en él consiguió despertar mi interés. En términos demasiado filosóficos y precipitados, quizá, he explicado las conclusiones a las que había llegado yo años antes. De niño no me había conformado con los resultados prometidos por los modernos profesores de la Ciencia Natural. Con una confusión de ideas solo explicable por mi extrema juventud y mi falta de guía en tales materias, había recorrido las etapas del saber por los caminos del tiempo, y había cambiado los descubrimientos de las recientes investigaciones por los sueños de los alquimistas olvidados. Además, desdeñaba el empleo que se hacía de la moderna filosofía natural. Muy distinto era cuando los maestros de la ciencia buscaban el poder y la inmortalidad; sus opiniones, aunque inútiles, eran grandiosas; pero ahora la situación había cambiado. La

ambición del investigador parecía limitarse a aniquilar aquellas visiones en las que se había fundado mi interés. Se me pedía que cambiase mis quimeras de ilimitada grandeza por realidades de escaso valor.

Estas fueron mis reflexiones los dos o tres primeros días de mi estancia en Ingolstadt, durante los cuales me dediqué principalmente a conocer los lugares y a las más destacadas personalidades de mi nueva ciudad. Pero, al iniciarse la semana siguiente, recordé la información que M. Krempe me había dado sobre las conferencias. Y, aunque no estaba dispuesto a ir a escuchar cómo soltaba frases desde un púlpito aquel sujeto bajito y engreído, recordé lo que había dicho de M. Waldman, a quien no había visto aún, dado que había estado ausente de la ciudad.

En parte por curiosidad, y en parte por aburrimiento, entré en clase poco antes que M. Waldman. Este profesor era muy distinto de su colega. Aparentaba unos cincuenta años de edad, pero su semblante reflejaba una gran benevolencia; unos pocos cabellos grises cubrían sus sienes; pero los de detrás de la cabeza eran casi negros. Era de baja estatura, aunque iba notablemente derecho; y tenía la más dulce voz que había oído yo. Empezó su conferencia con una recapitulación de la historia de la química y los progresos realizados por los diferentes hombres de ciencia, pronunciando con fervor los nombres de los más distinguidos descubridores. Luego efectuó un rápido repaso al estado actual de la ciencia y explicó muchos de sus términos elementales. Tras hacer algunos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico de la moderna química, con palabras que nunca olvidaré:

—Los antiguos profesores de esta ciencia —dijo— prometieron imposibles y no lograron nada. Los modernos maestros prometen muy poco; saben que no pueden transmutarse los metales, y que el elixir de la vida es una quimera. Pero estos filósofos, cuyas manos parecen estar hechas para chapotear en el barro, y sus ojos para escrutar el microscopio y el crisol, han realizado efectivos milagros. Penetran en las reconditeces de la naturaleza y muestran cómo actúa esta en lo más oculto. Ascienden a los cielos; han descubierto la circulación de la sangre, y la naturaleza del aire que respiramos. Han alcanzado nuevos y casi ilimitados poderes; son capaces de mandar sobre las tormentas del cielo, imitar el terremoto y hasta remedar el mundo invisible con sus propios fantasmas.

Esas fueron las palabras del profesor —o permítame decir que del destino— que anunciaban mi destrucción. Mientras él seguía hablando, yo sentía como si mi alma luchase cuerpo a cuerpo con un enemigo palpable; una tras otra fue tocando las diversas claves que componían el mecanismo de mi ser; fue haciendo vibrar una cuerda más otra, y no tardó en dominarme el espíritu una sola idea, una sola concepción, un solo objetivo. «Por mucho que se haya hecho», exclamaba el alma de Frankenstein, «mucho, muchísimo más lograré yo; avanzando por los senderos ya marcados, inauguraré una nueva ruta, exploraré poderes desconocidos, y revelaré al mundo los más profundos misterios de la creación».

Esa noche no cerré los ojos. Mi ser interior se hallaba en un estado de agitación y de caos; sentía que de ahí surgiría el orden, aunque yo no tenía fuerzas para producirlo. Poco a poco, cuando ya había amanecido, me dormí. Desperté, y mis pensamientos de la noche anterior me parecieron un sueño. Solo perduraba la decisión de volver a mis antiguos estudios y dedicarme a una ciencia para la que me creía dotado de talento natural. Ese mismo día visité a M. Waldman. Sus modales en privado eran aún más suaves y atractivos que en público, ya que durante la conferencia su semblante adoptaba cierta dignidad que en su propia casa reemplazaba por la más grande afabilidad y dulzura. Le hice una relación de mis estudios anteriores casi idéntica a la que le había hecho a su colega. Escuchó con atención el breve resumen, y sonrió al oír los nombres de Cornelio Agrippa y de Paracelso, aunque sin el desdén que M. Krempe había manifestado. Dijo que «estos son hombres a cuyo celo infatigable deben los modernos filósofos la mayor parte de los fundamentos de su saber. Nos han dejado la tarea más fácil de dar nuevos nombres y ordenar en clasificaciones coordinadas datos que ellos han contribuido en gran medida a sacar a la luz. Los esfuerzos de los hombres de genio, aunque erróneamente orientados, difícilmente dejan de convertirse, en última instancia, en positiva ventaja para la humanidad». Escuché esta afirmación, hecha sin afectaciones ni engreimientos, y le confesé luego que su conferencia había disipado mis prejuicios contra la química moderna; me expresé con palabras mesuradas, con la modestia y deferencia que el joven debe a su instructor, sin manifestar (la inexperiencia en la vida me había hecho sentir vergüenza) el menor signo de aquel entusiasmo que me iba a estimular en mis trabajos futuros. Le pedí que me aconsejase sobre los libros que debía procurarme.

—Me alegro —dijo M. Waldman— de haber ganado un discípulo; y, si su aplicación iguala a su capacidad, no me cabe ninguna duda de que triunfará. La química es la rama de la filosofía natural en la que se han hecho y pueden hacerse los más grandes progresos; esa es la razón por la cual la he convertido en mi especialidad; pero, al mismo tiempo, no he descuidado las demás ramas de la ciencia. Sería un mal químico si me dedicara solamente a esa parcela del saber humano. Si su deseo es llegar a ser verdaderamente un hombre de ciencia y no un mero experimentador, le aconsejo que se aplique en todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas.

A continuación me llevó a su laboratorio y me explicó los usos de los diversos aparatos, aconsejándome sobre los que debía procurarme, y prometiendo que me dejaría utilizar los suyos cuando hubiese progresado lo bastante en la ciencia como para no estropear su funcionamiento. También me dio la lista de libros que le había pedido, y me despidió.

Así concluyó un día para mí memorable, que decidió mi destino futuro.

Capítulo 4

A partir de aquel día, la filosofía natural, y especialmente la química, en el sentido más amplio del término, se convirtieron en mi única ocupación. Leí con ardor las obras, tan llenas de genio y de discernimiento, que los investigadores modernos han escrito sobre estas materias. Asistí a las clases y cultivé la amistad de los hombres de ciencia de la universidad, descubriendo incluso en M. Krempe un gran sentido común y unos conocimientos auténticos que, si bien se combinaban con una fisionomía y unos modales repulsivos, no eran por ello menos valiosos. En M. Waldman encontré a un verdadero amigo. Su afabilidad jamás estuvo teñida de dogmatismo, e impartía sus enseñanzas con un aire de franqueza y de bondad natural que disipaba toda sombra de pedantería. De mil maneras me allanó el camino del saber y me aclaró las cuestiones más abstrusas, haciéndolas asequibles a mi comprensión. Mi aplicación era al principio vacilante e insegura, aunque fue ganando fuerza a medida que progresaba; y no tardé en volverme tan ardiente y apasionado que a menudo desaparecían las estrellas con la luz de la mañana, mientras yo seguía absorto en mi laboratorio.

Al entregarme con tanto interés, se comprende que mis progresos fueran rápidos. En efecto, mi ardor causaba asombro entre mis compañeros, y mi capacidad entre mis superiores. El profesor Krempe me preguntaba a menudo, con sonrisa maliciosa, cómo iba Cornelio Agrippa, mientras que M. Waldman manifestaba la más sincera alegría por mis progresos. Así transcurrieron dos años, durante los cuales no fui una sola vez a Ginebra, sino que me consagré en alma y vida a la consecución de ciertos descubrimientos que esperaba realizar. Nadie sino aquellos que las han experimentado pueden imaginar las seducciones de la ciencia. En los estudios se puede llegar hasta donde han llegado los demás, y nada hay más allá; pero en una investigación científica hay continuamente terreno para el descubrimiento y el asombro. Una inteligencia de mediana capacidad, consagrada a un estudio concreto, debe alcanzar infaliblemente una gran competencia en dicho campo; por lo que yo, constantemente dedicado a la

consecución de un objetivo e inmerso solo en él, progresé tan rápidamente que al cabo de dos años efectué ciertos descubrimientos para el perfeccionamiento de determinados instrumentos químicos que me granjearon gran estima y admiración en la universidad. Al llegar a este punto, y cuando ya dominaba la teoría y la práctica de la filosofía natural que impartían los profesores de Ingolstadt, y mi permanencia no me reportaba perfeccionamiento alguno, por lo cual andaba pensando en regresar a mi ciudad natal con mis amigos, ocurrió un incidente que me hizo prolongar mi estancia.

Uno de los fenómenos que habían atraído especialmente mi interés era el de la estructura del cuerpo humano, así como la de todo animal dotado de vida. ¿De dónde, me preguntaba a menudo, procedía el principio vital? Era una pregunta atrevida, cuya respuesta había sido considerada siempre un misterio; sin embargo, ¡cuántas cosas tendríamos al alcance de nuestro conocimiento si la cobardía o la indiferencia no frenaran nuestras investigaciones! Les di vueltas a todos estos pensamientos en la cabeza, y decidí dedicarme más particularmente a aquellas ramas de la filosofía natural que se relacionan con la fisiología. De no haberme animado un entusiasmo casi preternatural, mi entrega a este estudio habría sido penosa e insoportable. Para examinar las causas de la vida, debemos primero recurrir a la muerte. Me familiaricé con la ciencia de la anatomía, pero eso no bastaba; tuve que observar también la descomposición y la corrupción del cuerpo humano. En mi educación, mi padre había tomado las mayores precauciones para que mi mente no se dejase impresionar por ninguno de los horrores sobrenaturales. No recuerdo haber temblado jamás al escuchar un relato supersticioso, ni haber temido la aparición de un espíritu. La oscuridad no tenía efecto alguno sobre mi imaginación, y los cementerios no eran para mí sino receptáculos de los cuerpos privados de vida, los cuales, de sede de la belleza y de la fuerza, habían pasado a ser alimento de gusanos. Ahora me sentí impulsado a investigar la causa y el proceso de esta descomposición, por lo que tuve que pasar noches y días enteros en las criptas y los osarios. Mi atención se centraba en todos los objetos insoportables para los delicados sentimientos humanos. Observé cómo se degrada y consume el hermoso cuerpo del hombre; observé cómo se suceden la corrupción y la muerte en las mejillas radiantes de la vida; vi cómo el gusano hereda las maravillas del ojo y del cerebro. Me

detuve a examinar y analizar los más pequeños detalles de la causa tal como se manifiesta en el cambio de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, hasta que del centro de todas estas tinieblas me surgió una luz; una luz tan brillante y prodigiosa, aunque tan simple, que, al tiempo que me sentía deslumbrado ante los inmensos horizontes que iluminaba, me asombraba el que, entre tantos hombres de genio que habían orientado sus investigaciones hacia la misma ciencia, se me hubiese reservado a mí solo tan prodigioso secreto.

Recuerde que no le estoy relatando las visiones de un loco. Tan ciertas son las verdades que aquí afirmo como que brilla en el cielo el sol que nos alumbra. Puede que fuera resultado de algún milagro; sin embargo, las etapas del descubrimiento eran claras y probables. Tras días y noches de increíble trabajo y fatiga, logré averiguar la causa de la generación y la vida; y, más aún, conseguí dotar de animación a la materia inerte.

El asombro que experimenté al principio ante tal descubrimiento dio paso muy pronto al gozo y al entusiasmo. Después de tanto tiempo dedicado a un trabajo laborioso, llegar de repente a la cima de mis deseos supuso la gratificante culminación de mis esfuerzos. Pero este descubrimiento era tan grande y abrumador que enseguida olvidé las etapas que gradualmente me habían conducido a él, y solo tuve ojos para el resultado. Lo que había sido el objeto de estudio y de deseo de los hombres más sabios desde la Creación del mundo estaba ahora en mis manos. No es que tuviese todo de pronto ante mí, como en un escenario mágico: más que revelarme el objeto en sí de mi investigación, la información que había obtenido podía guiar mis esfuerzos tan pronto como los orientase hacia él. Yo era como el árabe al que enterraron con los muertos, y encontró un acceso hacia la vida con la ayuda tan solo de una luz parpadeante y sin importancia aparente.

Veo por su ansiedad, amigo mío, y por el asombro y expectación que denotan sus ojos, que espera una revelación del secreto que poseo; pero no puede ser; escuche con paciencia hasta el final de mi relato, y comprenderá fácilmente por qué soy reservado a este respecto. No quiero llevarle, confiado y ardiente como entonces era yo, a su destrucción e indefectible desdicha. Aprenda de mí —si no de mis preceptos, al menos de mi ejemplo— lo peligrosa que es la adquisición del saber, y cuánto más feliz vive quien cree que su

pueblo natal es el mundo que aquel que aspira a ser más grande de lo que su naturaleza puede permitir.

Cuando descubrí tan asombroso poder en mis manos, dudé mucho tiempo sobre la manera en que debía emplearlo. Aunque poseía capacidad para dotar de animación, sin embargo, aún seguía siendo para mí una labor de inconcebible dificultad y esfuerzo el preparar un cuerpo que la recibiese, con toda su complicación de fibras, músculos y venas. Al principio, dudé si debía intentar crear un ser como yo o de organización más sencilla; pero tenía la imaginación demasiado exaltada por el éxito para permitirme dudar de mi capacidad para dar vida a un animal tan complejo y maravilloso como el hombre. Los materiales de que disponía de momento apenas eran adecuados para una empresa tan difícil, pero estaba seguro de que finalmente lo conseguiría. Me dispuse a afrontar multitud de contratiempos; mis operaciones podían malograrse incesantemente, y al final resultar una obra imperfecta: sin embargo, considerando los avances que cada día hacen la ciencia y la mecánica, me sentí animado a esperar que mis intentos sirvieran al menos de base para mi éxito ulterior. Tampoco consideraba que la magnitud y complejidad de mi plan fuesen prueba de su inviabilidad. Con estos sentimientos, empecé la creación de un ser humano. Como la pequeñez de las partes constituía un gran obstáculo para la rapidez de mi trabajo, decidí, en contra de mi primera intención, hacer un ser de estatura gigantesca; es decir, de unos ocho pies de alto, y de una anchura proporcionada. Y, tras adoptar esta decisión, y pasar meses recogiendo y ordenando material, emprendí el trabajo.

Nadie puede imaginar la diversidad de sentimientos que me empujaron a seguir, como un huracán, desde el primer entusiasmo del éxito. La vida y la muerte me parecían barreras ideales que yo sería el primero en romper, derramando un torrente de luz sobre nuestro mundo en tinieblas. Una nueva especie me bendeciría como su origen y creador; muchas naturalezas excelentes y dichosas me deberían su ser. Ningún padre podría reclamar la gratitud de sus hijos con tanto derecho como yo merecería la de ellos. Siguiendo con estas reflexiones, pensé que, si podía infundir animación a la materia inerte, en el curso del tiempo (pues ahora resultaba imposible) podría renovar la vida allí donde la muerte había sometido el cuerpo aparentemente a la corrupción.

Estos pensamientos sostenían mi ánimo, mientras proseguía la empresa con infatigable ardor. Mis mejillas habían palidecido con el estudio, y mi persona había enflaquecido con la reclusión. A veces, al borde mismo de la certidumbre, fracasaba; sin embargo, seguía aferrado a la esperanza de que al día o a la hora siguiente lo conseguiría. El secreto que solo yo poseía constituía la única esperanza a la que me había consagrado; y la luna contemplaba mis afanes nocturnos, mientras, con incansable y viva ansiedad, perseguía a la naturaleza hasta los lugares más recónditos. ¿Quién puede imaginar los horrores de mi trabajo secreto, mientras andaba entre las humedades impías de las tumbas o torturaba a los animales vivos con el fin de dar vida al barro inanimado? Hoy me tiemblan las piernas y se me anegan los ojos ante el recuerdo; pero entonces me empujaba un deseo irresistible y casi frenético; parecía haber perdido por completo el alma y la sensibilidad, salvo para ese objetivo. Fue tan solo un trance pasajero, que no hizo sino despertar intensamente mi conciencia tan pronto como dejó de actuar aquel estímulo antinatural, y volví a mis antiguos hábitos. Recogí huesos de los osarios y turbé con dedos profanadores los tremendos secretos del cuerpo humano. En una cámara solitaria —una celda más bien— de lo alto de la casa, apartada de las demás, y separada por una galería y una escalera, tenía mi taller de inmunda creación: los ojos se me salían de las órbitas, atentos a los detalles de mi trabajo. La sala de disección y el matadero me proporcionaron muchos de mis materiales; y, con frecuencia, mi naturaleza abominaba mi empresa mientras, impulsado por una ansiedad perpetuamente en aumento, mi trabajo se acercaba a su fin.

Pasé los meses del verano consagrado en alma y vida a este único objetivo. Era la época más hermosa del año; nunca habían dado los campos cosecha más abundante ni los viñedos vendimia más generosa: pero mis ojos fueron insensibles a los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que me hacían desdeñar los escenarios de mi alrededor hacían que olvidase también a los amigos que tenía lejos, a quienes no había visto desde hacía tanto tiempo. Sabía que mi silencio les llenaba de inquietud y recordaba muy bien las palabras de mi padre: «Sé que mientras te sientas contento contigo mismo pensarás en nosotros con afecto, y sabremos de ti con regularidad. Debes perdonarme si considero cualquier interrupción de tu correspondencia como prueba de que el resto de tus obligaciones ha sido igualmente descuidado».

Sabía muy bien, por tanto, cuáles eran los sentimientos de mi padre; pero no podía apartar mis pensamientos de este trabajo, en sí mismo tan repugnante, pero que se había apoderado de forma irresistible de mi imaginación. Deseaba, por así decir, aplazar todo lo relacionado con mis sentimientos de afecto hasta haber alcanzado el gran objetivo que absorbía todos los hábitos de mi naturaleza.

Entonces pensaba que mi padre sería injusto si atribuía mi silencio a algún vicio o falta; pero ahora estoy convencido de que tenía razón al imaginar que yo no estaba completamente exento de culpa. Un ser humano perfecto debe conservar siempre una mente tranquila y serena, y no permitir jamás que la pasión, o un deseo transitorio, turbe su tranquilidad. No creo que la persecución del saber sea una excepción a esta regla. Si el estudio al que nos dedicamos tiende a debilitar nuestros afectos y a destruir nuestro gusto por los placeres sencillos en los que no puede haber mezcla ninguna, entonces ese estudio es indefectiblemente malo y en modo alguno conveniente para la mente humana. Si se observase siempre esta regla, si ningún hombre consintiera que interfiriesen sus afanes en la tranquilidad de sus afectos domésticos, Grecia no habría sido esclavizada, César habría perdonado a este país, América habría sido descubierta más gradualmente, y los imperios de México y Perú no habrían sido destruidos.

Pero estoy moralizando en la parte más interesante del relato, y su expresión me recuerda que debo proseguir.

Mi padre no me hacía ningún reproche en sus cartas, y solo aludía a mi silencio preguntándome más detalladamente que antes acerca de mis ocupaciones. Pasé el invierno, la primavera y el verano inmerso en mi trabajo; y no me di cuenta de la aparición de los brotes y de las hojas —espectáculos que antes me habían producido un supremo deleite—; tan profundamente absorto me hallaba en mi trabajo. Las hojas se marchitaron ese año antes de que mi obra se hubiese aproximado a su fin, y cada día veía más claramente el éxito de mis progresos. Pero la ansiedad sofocaba mi entusiasmo, y yo parecía más bien un esclavo condenado al trabajo de las minas, o a cualquier empresa malsana, que un artista absorto en su quehacer favorito. Cada noche me sentía oprimido por una fiebre ligera, y sentía crecer mi nerviosismo hasta un grado doloroso; me sobresaltaba la caída de una hoja, y evitaba a mis

semejantes como si fuese culpable de algún crimen. A veces, me alarmaba el ver en qué ruina me había convertido; solo la energía de mi propósito me sostenía: mis trabajos terminarían pronto; creía que el ejercicio y la diversión disiparían mi incipiente enfermedad; y me prometí a mí mismo cumplir ambas cosas una vez concluida la obra.

Capítulo 5

Una lúgubre noche de noviembre vi coronados mis esfuerzos. Con una ansiedad casi rayana en la agonía, reuní a mi alrededor los instrumentos capaces de infundir la chispa vital al ser inerte que yacía ante mí. Era ya la una de la madrugada; la lluvia golpeteaba triste contra los cristales, y la vela estaba a punto de consumirse, cuando, al parpadeo de la llama medio extinguida, vi abrirse los ojos amarillentos y apagados de la criatura; respiró con dificultad, y un movimiento convulso agitó sus miembros.

¡Cómo expresar mis emociones ante aquella catástrofe, ni describir al desdichado que con tan infinitos trabajos y cuidados me había esforzado en formar! Sus miembros eran proporcionados; y había seleccionado unos rasgos hermosos para él. ¡Hermosos! ¡Dios mío! Su piel amarillenta apenas cubría la obra de músculos y arterias que quedaba debajo; el cabello era negro, suelto y abundante; los dientes tenían la blancura de la perla; pero estos detalles no hacían sino contrastar espantosamente con unos ojos aguanosos que parecían casi del mismo color blancuzco que las cuencas que los alojaban, una piel apergaminada, y unos labios estirados y negros.

Los distintos accidentes de la vida no son tan mudables como los sentimientos de la naturaleza humana. Yo había trabajado denodadamente durante casi dos años, con el único objeto de infundir vida a un cuerpo inanimado. Para ello me había privado del descanso y de la salud. Lo había deseado con un ardor que excedía con mucho la moderación; pero, ahora que había terminado, se había desvanecido la belleza del sueño, y un intenso horror y repugnancia me invadieron el corazón. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí precipitadamente de la habitación, y estuve paseando por mi dormitorio durante mucho tiempo, sin poder sosegar mi espíritu ni dormir. Finalmente, el cansancio sucedió al tumulto que había soportado previamente, y me eché vestido en la cama, tratando de encontrar unos momentos de olvido. Pero fue en vano; dormí, efectivamente, y los sueños más dislocados vinieron a turbarme el descanso. Me pareció ver a Elizabeth, radiante de salud, paseando por las calles de Ingolstadt.

Sorprendido y lleno de alegría, la abracé; pero al depositar el primer beso en sus labios, estos se volvieron lívidos y adquirieron la coloración de la muerte; sus facciones se transformaron, y me pareció que tenía en mis brazos el cadáver de mi madre; su cuerpo estaba envuelto en un sudario, y entre los pliegues del tejido vi pulular los gusanos. Desperté horrorizado de este sueño; un sudor frío me empapaba la frente, los dientes me castañeteaban, y mis miembros eran presa de continuas convulsiones; entonces, a la luz desmayada y amarillenta de la luna que penetraba a través de los postigos de la ventana, vi al desdichado, al miserable monstruo que había creado. Había levantado la cortina de la cama, y sus ojos, si es que se podían llamar ojos, estaban fijos en mí. Abrió las mandíbulas y emitió un sonido inarticulado, mientras un rictus arrugaba sus mejillas. Quizá dijo algo, pero no le oí; extendió la mano, probablemente para detenerme; pero yo le esquivé y eché a correr escaleras abajo. Me refugié en el patio de la casa donde vivía, y allí permanecí el resto de la noche, paseando arriba y abajo, presa de la más grande agitación, escuchando atento, captando todos los ruidos y temiendo que me anunciasen la proximidad del cadáver demoníaco al que tan desventuradamente había dado vida.

¡Ah! No había mortal capaz de soportar el horror de aquel semblante. Una momia a la que dotaran nuevamente de animación no podría ser tan espantosa como aquel desdichado. Yo lo había observado atentamente durante el tiempo en que estuvo sin terminar; entonces era feo; pero, cuando los músculos y las articulaciones adquirieron movimiento, se convirtió en un ser que ni el propio Dante habría podido imaginar.

Pasé la noche en un estado lamentable. Unas veces el pulso me latía con tanta fuerza y violencia que sentía el palpitar de cada arteria; otras, estaba a punto de caerme al suelo a causa de mi languidez y extrema debilidad. En medio de este horror, sentía la amargura del desencanto; los sueños que habían sido mi alimento, mi plácido descanso durante tanto tiempo, se habían convertido ahora en un infierno para mí; ¡pero el cambio había sido tan rápido, el derrumbamiento tan completo...!

La mañana, triste y húmeda, clareó al fin y reveló a mis insomnes y doloridos ojos la iglesia de Ingolstadt, su blanco campanario y su reloj, que señalaba la sexta hora. El portero abrió la verja del patio, que esa noche había sido mi refugio, y salí a las

calles, recorriéndolas con paso apresurado, como si tratara de eludir al desdichado con el que temía tropezarme en cada recodo. No me atrevía a regresar al aposento donde residía, sino que me sentía impulsado a seguir huyendo, calado por la lluvia que caía de un cielo negro y desabrido.

Seguí andando de este modo durante un rato, tratando de aliviar con el ejercicio físico el peso que me agobiaba el espíritu. Recorrí las calles sin una idea clara de dónde estaba ni qué hacía. El corazón me latía angustiado de miedo mientras caminaba con pasos atropellados, sin atreverme a mirar a mi alrededor:

> Como el que, en camino solitario,
> anda temeroso y asustado;
> y habiendo mirado atrás una vez,
> no vuelve ya la cabeza,
> porque sabe que un espantoso demonio
> avanza cerca de él.

Siguiendo de esta manera, llegué por fin a la posada en la que solían parar las diversas diligencias y carruajes. Me detuve, no sé por qué; y me quedé unos minutos con los ojos fijos en un coche que venía por el otro extremo de la calle. Al acercarse a mí, observé que era la diligencia suiza; paró justamente donde yo estaba, y al abrirse la portezuela, apareció Henry Clerval, quien, al verme, saltó inmediatamente hacia mí.

—¡Mi querido Frankenstein —exclamó—, qué alegría verte! ¡Qué suerte que estuvieras aquí en el mismo instante de mi llegada!

Nada puede igualar la alegría que sentí al ver a Clerval; su presencia volvió a traerme el recuerdo de mi padre, de Elizabeth y de todos los paisajes de mi querida patria. Estreché su mano con fuerza, y un instante después había olvidado mi horror y mi desventura; sentí de pronto, y por primera vez en muchos meses, una tranquila y serena alegría. Di a mi amigo la más efusiva bienvenida, y nos dirigimos a la residencia. Clerval siguió hablando durante un rato de nuestros amigos comunes y de su suerte al haber conseguido permiso para venir a Ingolstadt.

—Puedes figurarte —dijo—, lo difícil que me ha sido convencer a mi padre de que todo el saber necesario no está comprendido en el noble arte de la contabilidad; y en efecto, creo que sigue tan

escéptico como antes, pues su respuesta invariable a mi incansable insistencia era la misma que la del maestro holandés de *El vicario de Wakefield:* «Gano diez mil florines al año sin necesidad del griego, y como en abundancia sin necesidad del griego». Pero el afecto que siente por mí se ha impuesto al fin sobre sus pocos deseos de aprender, y me ha dado permiso para que haga este viaje de exploración al país de la sabiduría.

—Me produce una inmensa alegría el verte; pero cuéntame cómo has dejado a mi padre, a mis hermanos y a Elizabeth.

—Muy bien, y muy felices; solo un poco preocupados por saber tan poco de ti. A propósito, tengo que regañarte en nombre de ellos. Pero, mi querido Frankenstein —prosiguió, parándose de pronto a mirarme de lleno a la cara—, no me había dado cuenta del mal aspecto que tienes; estás muy delgado y pálido; parece como si llevaras varios días sin dormir.

—Has acertado; últimamente he estado tan profundamente absorto en un trabajo que no me he permitido el descanso suficiente, como ves; pero espero, sinceramente espero, que todas estas ocupaciones hayan terminado, y que por fin me encuentre libre.

Yo temblaba visiblemente; no podía pensar en los sucesos de la noche anterior, y mucho menos hablar de ellos. Caminé con paso vivo, y no tardamos en llegar a la residencia de la universidad. Entonces se me ocurrió —y el pensamiento me hizo estremecer—, que la criatura a la que había dejado en mi aposento podía estar aún allí, viva y coleando. Tenía miedo de encontrarme con aquel monstruo, pero aún temía mucho más que lo viese Henry. Así que, tras rogarle que esperase unos minutos al pie de la escalera, subí corriendo a mi habitación. Antes de recobrarme, tenía ya la mano en el pomo de la puerta. Me detuve entonces, y un frío estremecimiento me sacudió. Abrí la puerta violentamente, como suelen hacer los niños cuando esperan ver un espectro aguardándoles al otro lado; pero nada apareció. Entré temeroso: el aposento estaba vacío, y mi dormitorio se encontraba libre también del horrendo huésped. Apenas podía creer que tuviera yo tan buena fortuna: pero cuando comprobé que mi enemigo había huido efectivamente, palmoteé de alegría y bajé corriendo a buscar a Clerval.

Subimos a mi habitación, y poco después el criado nos trajo el

desayuno; pero yo no podía contenerme. No era solo la alegría que me dominaba; sentía que me hormigueaba la carne por el exceso de sensibilidad, y que el pulso me galopaba. No era capaz de permanecer un solo instante en el mismo sitio; saltaba de una silla a otra, palmoteaba, y reía desaforadamente. Clerval al principio atribuyó mi insólito comportamiento a la alegría de su llegada; pero cuando me observó más detenidamente, descubrió una expresión frenética en mis ojos que no alcanzaba a explicarse, y mis carcajadas estrepitosas e inhumanas le llenaron de extrañeza y asombro.

—Mi querido Víctor —exclamó—, ¿qué es lo que te pasa, en nombre de Dios? No te rías de esa manera. ¡Qué mal estás! ¿Cuál es la causa de todo esto?

—No me preguntes —exclamé yo, llevándome las manos a los ojos, pues me pareció que el espantoso espectro entraba furtivamente en la habitación—; *él* te lo puede decir. ¡Oh, sálvame! ¡Sálvame! —imaginé que el monstruo me agarraba; me debatí furiosamente y caí al suelo presa de un ataque.

¡Pobre Clerval! ¿Cuáles debieron de ser sus sentimientos? El encuentro que él había imaginado tan gozoso se había convertido extrañamente en amargura. Pero no fui yo testigo de su aflicción, ya que caí inconsciente, y no recobré el sentido hasta mucho, mucho después.

Este fue el comienzo de una fiebre que me tuvo confinado varios meses. En todo ese tiempo, Henry fue el único que me cuidó. Después me enteré de que, sabiendo la avanzada edad de mi padre y lo poco conveniente que sería para él emprender un largo viaje, y lo que iba a entristecer a Elizabeth la noticia de mi enfermedad, les ahorró este pesar ocultándoles la gravedad de mi estado. Sabía que nadie podía cuidarme con más amabilidad y atención que él mismo; y, firme en su esperanza de que me recuperaría, no dudó que, lejos de perjudicarme, era la más generosa medida que podía adoptar respecto a ellos.

Pero, en realidad, yo estaba muy mal, y nada sino las ilimitadas e incansables atenciones de mi amigo pudieron salvarme. La figura del monstruo al que había dado vida se encontraba siempre ante mis ojos, y estaba perpetuamente presente en mis delirios. Sin duda, mis palabras llenaban de asombro a Henry; al principio creyó que eran desvaríos de mi perturbada imaginación; pero la insistencia

con que volvía yo sobre el mismo tema le convenció de que mi trastorno tenía efectivamente su origen en un suceso inusitado y terrible.

Muy poco a poco, y con frecuentes recaídas que alarmaban y afligían a mi amigo, me fui recuperando. Recuerdo que, la primera vez que fui capaz de observar con placer los objetos de mi alrededor, vi que las hojas caídas habían desaparecido y que se estaban abriendo las jóvenes yemas de los árboles que daban sombra a mi ventana. Fue una primavera divina, y la estación contribuyó muchísimo a mi convalecencia. A veces sentía también renacer en mi pecho la alegría y el afecto; desapareció mi depresión, y en poco tiempo volví a ser tan alegre como antes de sumirme en aquella pasión fatal.

—¡Queridísimo Clerval —exclamé—, qué amable, qué bondadoso eres conmigo! Durante todo este invierno, en vez de dedicarte al estudio como te habías prometido, te has consumido en esta habitación de enfermo. ¿Cómo podré corresponderte? Siento un gran remordimiento por el desencanto que te he ocasionado, pero sé que sabrás perdonarme.

—Me compensarás enteramente si no recaes, y te pones bien cuanto antes; y, puesto que parece que estás tan animado, voy a hablarte de cierto asunto, ¿de acuerdo?

Me eché a temblar. ¡Un asunto! ¿Qué podría ser? ¿Se referiría a aquel en el que no me atrevía siquiera a pensar?

—Tranquilízate —dijo Clerval, que se dio cuenta de que se me había mudado el color—; no lo mencionaré, si tanta agitación te produce; pero tu padre y tu prima se alegrarían muchísimo si recibieran carta de tu propia mano. No saben lo enfermo que has estado y les preocupa tu prolongado silencio.

—¿Esto es todo, mi querido Henry? ¿Cómo puedes suponer que mi primer pensamiento no ha volado hacia esos seres, a quienes quiero y son merecedores de todo mi amor?

—Si es ese tu ánimo actual, amigo mío, quizá te alegre ver una carta que está ahí aguardándote desde hace unos días; es de tu prima, creo.

Capítulo 6

Clerval puso entonces la siguiente carta en mis manos. Era de mi amada Elizabeth:

> Queridísimo primo:
>
> Has estado enfermo, muy enfermo, y ni siquiera las constantes cartas de nuestro querido y bondadoso Henry son suficientes para tranquilizarme en lo que se refiere a ti. Te han prohibido escribir, coger la pluma; sin embargo, necesitamos unas líneas tuyas, querido Víctor, para calmar nuestros temores. Durante mucho tiempo he creído que cada correo nos traería esas líneas, y mi persuasiones han evitado que mi tío emprendiese el viaje a Ingolstadt. Le he impedido que afronte las incomodidades y quizá los peligros de tan largo viaje; sin embargo, ¡cuántas veces he lamentado no poder hacerlo yo! Me figuro que la tarea de asistirte en tu enfermedad habrá recaído en alguna enfermera vieja y mercenaria que nunca podrá adivinar tus deseos ni atenderlos con el cuidado y el afecto de tu pobre prima. Pero ahora todo ha terminado: Clerval dice que, efectivamente, estás mejor. Espero con impaciencia que confirmes muy pronto esa noticia con tu propia mano.
>
> Ponte bien... y vuelve con nosotros. Aquí encontrarás un hogar feliz y alegre, y a unos amigos que te quieren entrañablemente. La salud de tu padre es fuerte, y él no pide más que verte, asegurarse de que estás bien, y ninguna preocupación nublará su benévolo semblante. ¡Cuánto te alegrará descubrir los progresos de nuestro Ernest! Ahora tiene ya dieciséis años y está lleno de actividad y dinamismo. Está ansioso por ser un auténtico suizo e ingresar en un ejército extranjero, pero no podemos separarnos de él, al menos hasta que tú hayas vuelto con nosotros. A mi tío no le agrada la idea de que siga la carrera militar en un país lejano, pero Ernest nunca ha tenido tu capacidad. Considera el estudio como una traba odiosa; pasa el tiempo al aire libre, trepando a los montes o remando en el lago. Me temo que se volverá un

holgazán, si no cedemos y le permitimos ingresar en la profesión que él ha elegido.
Salvo el crecimiento de nuestros queridos niños, pocos son los cambios que ha habido desde que nos dejaste. El lago azul y las montañas cubiertas de nieve no cambian jamás; y creo que nuestro plácido hogar y nuestros corazones contentos se rigen por las mismas leyes inmutables. Yo ocupo mi tiempo en pequeños quehaceres que me distraen, y siento compensados mis esfuerzos al no ver a mi alrededor más que caras felices y amables. Desde que nos dejaste, solo ha habido un cambio en nuestra reducida servidumbre. ¿Recuerdas con qué motivo entró Justine al servicio de nuestra familia? Probablemente no, así que te contaré su historia en pocas palabras. Madame Moritz, su madre, era viuda con cuatro hijos, de los que Justine hacía la tercera. Esta niña había sido siempre la preferida de su padre, pero, por una extraña perversidad, la madre no podía soportarla y, al morir M. Moritz, la trató muy mal. Mi tía se dio cuenta de esto y, cuando Justine cumplió doce años, consiguió que su madre accediera a dejarla vivir en nuestra casa. Las instituciones republicanas de nuestro país han propiciado costumbres más sencillas y felices que las que predominan en las grandes monarquías que lo circundan. De ahí que haya menos diferencias de clase entre sus habitantes; y, al no ser ni tan pobres ni tan despreciados los estratos inferiores, sus costumbres son más refinadas y morales. No es lo mismo un criado de Ginebra que uno de Francia o de Inglaterra. Justine, acogida así en nuestra familia, aprendió los deberes de una criada; condición que, en nuestro afortunado país, no incluye la idea de ignorancia ni sacrificio de la dignidad del ser humano.
Justine, como recordarás, era predilecta tuya; y me acuerdo de que una vez dijiste que si te encontrabas de mal humor, una mirada de Justine bastaba para disipártelo, por la misma razón que Ariosto daba de la belleza de Angélica: que tan sincera y feliz parecía. Mi tía le cobró gran afecto, por lo que se sintió inclinada a proporcionarle una educación superior a la que había pensado al principio. Este beneficio fue plenamente compensado: Justine es la criatura más agradecida del mundo; no me refiero a que hiciese declaraciones de agradecimiento —jamás he oído ninguna de sus labios—, pero podía leerse en

sus ojos que casi adoraba a su protectora. Aunque su disposición era alegre y en muchos sentidos poco reflexiva, sin embargo, prestaba la mayor atención a cada gesto de mi tía. La tenía por modelo de toda excelencia y se esforzaba en imitar su forma de hablar y sus modales, de manera que aun hoy me recuerda a ella a menudo.

Cuando mi queridísima tía murió, todos estuvimos demasiado sumidos en nuestro propio dolor para reparar en la pobre Justine, que la había asistido en su enfermedad con el más solícito afecto. La pobre Justine lo pasó muy mal; pero le estaban reservadas otras pruebas.

Sus hermanos y su hermana murieron, uno tras otro, y su madre se quedó sin hijos, salvo la hija a la que no quería. A la mujer se le trastornó el juicio; empezó a pensar que la muerte de sus hijos predilectos era un designio del cielo para castigar su favoritismo. Era católica apostólica, y creo que su confesor le confirmó la idea que había concebido. De modo que, pocos meses después de tu marcha a Ingolstadt, la arrepentida madre llamó a Justine a su lado. ¡Pobre muchacha! Lloró cuando abandonó nuestra casa; estaba muy afectada desde la muerte de mi tía; la aflicción había conferido una dulzura y una atrayente mansedumbre a sus modales, antes dotados de notable vivacidad. Su vida en casa de la madre tampoco contribuyó a devolverle la alegría. La pobre mujer manifestaba un arrepentimiento muy vacilante. A veces pedía a Justine que le perdonase su falta de cariño, pero más frecuentemente la culpaba de las muertes de los hermanos. Las continuas lamentaciones sumieron finalmente a madame Moritz en una postración que al principio aumentó su irritabilidad; pero ahora ha encontrado la paz para siempre. Murió con la llegada de los primeros fríos, a principios del invierno pasado. Justine ha vuelto con nosotros, y te aseguro que la quiero con toda ternura. Es muy dulce e inteligente, y extremadamente bonita; como te he dicho antes, su expresión y su modo de hablar me recuerdan constantemente a mi querida tía.

Debo ponerte también unas palabras, Víctor, sobre el pequeño William. Me gustaría que le vieses; está muy alto para su edad, con sus ojos azules y risueños, sus negras pestañas y el pelo ondulado. Cuando sonríe se le forman dos hoyuelos en las mejillas rebosantes de salud. Ha tenido ya una o dos pequeñas

esposas, pero su favorita es Louise Biron, una niñita preciosa de cinco años.

Ahora, querido Víctor, supongo que querrás que te hable un poco de la sociedad de Ginebra. Miss Mansfield ha recibido ya las visitas de felicitación ante la proximidad de su boda con el señor John Melbourne, un joven inglés. Su fea hermana, Manon, se casó con M. Duvillard, el rico banquero, el otoño pasado. Tu compañero de clase predilecto, Louis Manoir, ha sufrido varias desgracias desde que Clerval se marchó de Ginebra. Pero ya ha recobrado el ánimo y se dice que está a punto de contraer matrimonio con una francesa muy alegre y bonita, madame Tavernier. Es viuda y mucho mayor que Manoir. Pero es muy admirada y querida por todo el mundo.

He escrito con el mejor de los ánimos, querido primo; pero la inquietud me vuelve a la hora de terminar. Escríbenos, queridísimo Víctor; una línea, una palabra, sería para nosotros una bendición. Miles de gracias a Henry por su amabilidad, su cariño y sus muchas cartas; le estamos sinceramente agradecidos. ¡Adiós! ¡Primo, cuídate y escríbenos, te lo suplico!

Elizabeth Lavenza
Ginebra, 18 de marzo, 17...

—¡Querida, querida Elizabeth! —exclamé al terminar de leer la carta—. Escribiré ahora mismo, y les aliviaré de la ansiedad que deben de sentir.

Les escribí, y el esfuerzo me cansó enormemente; pero mi recuperación había comenzado, y siguió con regularidad. Un par de semanas después fui capaz de abandonar la habitación.

Uno de mis primeros deberes, cuando me encontré bien, fue presentar a Clerval a los diversos profesores de la universidad. Para ello, tuve que adoptar una especie de actitud forzada que se adecuaba mal a las heridas que mi espíritu había sufrido. Desde la noche fatal que marcó el fin de mis esfuerzos y el principio de mis desventuras, había concebido una violenta antipatía incluso al nombre mismo de la filosofía natural. Así que, una vez restablecido por completo, la mera visión de los instrumentos químicos era capaz de renovar en mí toda una agonía de crisis nerviosa. Henry se había dado cuenta y había quitado todos los aparatos de mi vista.

Había transformado también el aposento, pues había observado que yo le tenía aversión al cuarto que antes fuera laboratorio. Pero los cuidados de Clerval no valieron de nada en nuestra visita a los profesores. M. Waldman me sometió a una tortura cuando alabó, con amabilidad y calor, los asombrosos progresos que yo había hecho en las ciencias. No tardó en observar que el tema me desagradaba; pero, no adivinando el verdadero motivo, atribuyó estos sentimientos a mi modestia, y pasó a hablar de la ciencia misma con la intención, según vi con toda claridad, de tirarme de la lengua. ¿Qué podía hacer yo? Trataba de agradarme, y me estaba atormentando. Para mí, era como si hubiese colocado cuidadosamente ante mi vista, uno a uno, aquellos instrumentos que más tarde iban a infligirme una muerte lenta y cruel. Yo me retorcía bajo sus palabras, aunque sin atreverme a manifestar el dolor que sentía. Clerval, cuyos ojos y sentimientos eran agudos y penetrantes para descubrir las emociones de los demás, cambió de tema, alegando como excusa su total ignorancia; y la conversación tomó un derrotero más general. Di las gracias a mi amigo en lo más hondo de mi corazón, pero no dije nada. Me daba cuenta claramente de que él estaba sorprendido; pero no trató de arrancarme el secreto; y aunque yo le quería con una mezcla de afecto y respeto ilimitados, sin embargo, jamás me decidí a confiarle aquel acontecimiento que tan a menudo estaba presente en mi memoria, pero cuya descripción no habría hecho sino grabármelo de manera más indeleble.

M. Krempe no fue tan considerado; y, en mi estado de casi insoportable sensibilidad, sus rudos y francos elogios me produjeron más dolor que la benévola aprobación de M. Waldman.

—¡Demonio de muchacho! —exclamó—. Escuche, M. Clerval, le aseguro que nos ha superado a todos. Sí, puede quedarse mirando si quiere; pero así es. El jovencito que hace unos años creía en Cornelio Agrippa como si fuese el Evangelio se ha puesto ahora a la cabeza de la universidad; y como no se vaya pronto, acabará por desbancarnos a todos. Sí, sí —prosiguió, al observar mi expresión de sufrimiento—; M. Frankenstein es modesto, cualidad excelente en un joven. Los jóvenes deberían ser más cautos, M. Clerval; yo mismo era así de joven, pero es algo que se pierde en muy poco tiempo.

M. Krempe había empezado ahora el panegírico de sí mismo, lo

que afortunadamente desvió la conversación del tema que tanto me molestaba.

Clerval nunca había simpatizado con mis gustos por la ciencia natural, y sus estudios literarios diferían por completo de los que me habían interesado a mí. Él venía a la universidad con el propósito de hacerse un maestro consumado en lenguas orientales, donde se le abría amplio campo para el plan de vida que se había trazado. Decidió no abrazar una carrera vulgar; volvió los ojos hacia Oriente en busca de horizontes para su espíritu de empresa. Las lenguas persa, árabe y sánscrita acapararon su atención, y no tardó en convencerme de que acometiese los mismos estudios. La ociosidad había sido siempre fastidiosa para mí, y ahora que quería evitar el pensar, y odiaba mis anteriores estudios, experimenté un gran alivio al convertirme en compañero de clase de mi amigo, encontrando no solo instrucción, sino consuelo, en las obras de los autores orientales. No intentaba, como él, alcanzar un conocimiento profundo de sus lenguas, ya que no me proponía utilizarlos sino como distracción pasajera. Leía sus obras tratando meramente de entender lo que decían, y ello compensaba sobradamente mis esfuerzos. Su melancolía me llenó de sosiego, y su alegría me elevó el espíritu hasta un grado que jamás había alcanzado estudiando a los autores de otros países. Al leer esos textos, la vida parece un sol radiante y un jardín de rosas, la sonrisa y el ceño de un enemigo leal, o el fuego que te consume el corazón. ¡Qué distintos de la poesía viril y heroica de Grecia y Roma!

Pasé el verano en estas ocupaciones, y quedó fijado mi regreso a Ginebra para finales del otoño; pero se aplazó por diversos motivos, llegaron el invierno y la nieve, los caminos se volvieron intransitables, y el viaje se pospuso hasta la primavera siguiente. Este retraso resultó muy amargo para mí, pues anhelaba ver mi ciudad natal y a mis seres queridos. La razón de mi larga demora era mi renuencia a dejar a Clerval en una ciudad extraña sin que hubiese trabado amistad con algunos de sus habitantes. El invierno, sin embargo, transcurrió alegremente; y aunque la primavera llegó bastante tarde, su belleza compensó esta tardanza.

Había empezado el mes de mayo ya, y yo esperaba diariamente la carta que debía indicarme la fecha de mi partida, cuando Henry me propuso una excursión por los alrededores de Ingolstadt, a fin de despedirme del país donde había residido tanto tiempo. Accedí

encantado a esta proposición: me gustaba el ejercicio físico, y Clerval había sido siempre mi compañero predilecto en las excursiones de este tipo que había hecho por los escenarios de mi tierra natal.

Pasamos un par de semanas en estos vagabundeos; yo había recobrado la salud y el ánimo hacía tiempo, y ambas cosas se fortalecían con el aire saludable que respiraba, los incidentes naturales de nuestra marcha, y nuestras conversaciones. Antes, mis estudios me habían aislado del contacto con mis semejantes y me habían vuelto insociable; pero Clerval despertó los mejores sentimientos de mi corazón; me enseñó otra vez a amar las bellezas de la naturaleza y las caras alegres de los niños. ¡Excelente amigo! ¡Cuán sinceramente me amabas, y cómo te esforzabas en elevar mi espíritu hasta el tuyo! Un objetivo egoísta me había atenazado y bloqueado, hasta que tu bondad y tu afecto dieron calor a mis sentidos y los abrieron; volví a ser la misma criatura feliz que unos años antes, amada y adorada por todos, había vivido de espaldas al dolor y los cuidados. Cuando me sentía dichoso, la naturaleza inanimada me brindaba las más deliciosas sensaciones. El cielo sereno y los campos verdeantes me llenaban de éxtasis. Aquella estación era efectivamente divina: las flores de la primavera florecían en los setos, mientras las del verano estaban ya en capullo. Ya no me turbaban los pensamientos que durante el año anterior me habían agobiado, como un peso invencible, a pesar de mis esfuerzos por desecharlos.

Henry se congratulaba de mi alegría y compartía sinceramente mis sentimientos; se esforzaba en distraerme, a la vez que manifestaba los sentimientos que inundaban su alma. Los recursos de su mente, en esta ocasión, fueron auténticamente asombrosos; su conversación estaba llena de imaginación, y muy frecuentemente, a imitación de los autores persas y árabes, inventaba relatos maravillosamente fantásticos y apasionados. En otras ocasiones, repetía mis poemas favoritos o me arrastraba a discusiones que él sostenía con gran ingeniosidad.

Regresamos a nuestra residencia un domingo por la tarde; los campesinos bailaban, y todo el mundo con quien nos tropezábamos parecía contento y feliz. Yo mismo me sentía muy animado, y caminaba con un sentimiento de incontenible alegría e hilaridad.

Capítulo 7

Al llegar, encontré la siguiente carta de mi padre:

Mi querido Víctor:
Probablemente habrás esperado con impaciencia carta mía indicándote la fecha de tu regreso a casa: al principio estuve tentado de escribirte solo unas líneas, anunciándote meramente cuándo debías llegar. Pero eso habría sido una cruel amabilidad, así que no me he atrevido. ¿Cuál no habría sido tu sorpresa, hijo mío, si, esperando una feliz y gozosa acogida, te hubieses encontrado, al contrario, con estas lágrimas y este dolor? ¿Cómo podré relatarte, Víctor, nuestra desventura? La ausencia no puede haberte vuelto insensible a nuestros gozos y aflicciones; así que, ¿cómo podría ahorrar yo sufrimientos a mi hijo durante tanto tiempo ausente? Quiero prepararte para las dolorosas noticias, pero sé que es imposible; imagino tu mirada deslizándose por la página, buscando las palabras que te traen tan horribles nuevas.
¡William ha muerto! ¡El hijito querido cuyas sonrisas me llenaban el corazón de alegría, que era tan afable y tan vivo, Víctor, ha sido asesinado!
No quiero tratar de consolarte, sino de relatarte simplemente las circunstancias del suceso.
El jueves pasado (7 de mayo) fuimos Elizabeth, tus dos hermanos y yo a pasear por Plainpalais. La tarde era cálida y serena, y prolongamos nuestro paseo más de lo acostumbrado. Había empezado a oscurecer antes de que decidiéramos regresar, cuando nos dimos cuenta de que Ernest y William, que iban delante, no aparecían por ningún lado. Así que nos sentamos a descansar hasta que regresaran. Poco después llegó Ernest y preguntó si habíamos visto a su hermano; dijo que había estado jugando con él, que William había echado a correr para ocultarse, y que le había estado buscando; después le había esperado un buen rato, pero en vano.
Esta noticia nos alarmó un poco, y seguimos buscándole hasta que se hizo de noche; entonces Elizabeth sugirió que tal vez

había regresado a casa. No estaba allí. Volvimos nuevamente con antorchas, ya que no podíamos descansar, pensando que mi querido hijito se había extraviado y estaba expuesto a la humedad y el relente de la noche; Elizabeth estaba también enormemente angustiada. Hacia las cinco de la madrugada, descubrimos a nuestro amado William, a quien la tarde anterior habíamos visto rebosante de vida y salud, tendido en la yerba, lívido, inmóvil; tenía en el cuello las huellas de los dedos del asesino.

Lo llevaron a casa, y la angustia que reflejaba mi semblante delató el secreto a Elizabeth. Se empeñó en ver el cadáver. Al principio traté de impedírselo, pero insistió; entró en la habitación donde yacía, y tras examinar apresuradamente el cuello de la víctima, juntó las manos y exclamó: «¡Oh, Dios! ¡He matado a mi querido niño!».

Se desmayó, y nos costó muchísimo hacerla volver en sí. Cuando se recobró, no fue sino para llorar y suspirar. Me contó que esa misma tarde William le había pedido insistentemente que le dejara ponerse una miniatura muy valiosa que ella tenía de tu madre. Dicho retrato había desaparecido, y sin duda fue la tentación que había impulsado al asesino a cometer el crimen. Por ahora no tenemos ningún rastro, aunque nuestros esfuerzos por encontrarle son incansables; ¡pero eso no me devolverá a mi querido William!

Ven, queridísimo Víctor; solo tú puedes consolar a Elizabeth. No para de llorar y de acusarse injustamente de ser la causa de su muerte; sus palabras me parten el corazón. Somos todos muy desdichados; pero ¿no es ese un motivo más, hijo mío, para que vengas a consolarnos? ¿Y tu querida madre? ¡Ay, Víctor! ¡Ahora doy gracias a Dios de que no haya vivido para presenciar la muerte cruel y miserable de su hijito más pequeño!

Ven, Víctor; no alimentes pensamientos de venganza contra el asesino, sino de paz y de amor, para que, en vez de enconar las heridas de nuestro espíritu, las hagan cicatrizar. Entra en la casa del dolor, amigo mío, pero con amabilidad y afecto hacia los que te aman, y no con odio a tus enemigos.

Tu afectuoso y afligido padre,

Alphonse Frankenstein

Ginebra, 12 de mayo, 17…

Clerval, que había estado observando mi semblante mientras yo leía esta carta, se quedó sorprendido al ver cómo la alegría de recibir noticias de mi familia se transformaba en desesperación. Arrojé la carta sobre la mesa y me cubrí el rostro con las manos.

—Mi querido Frankenstein —exclamó Henry, viéndome llorar amargamente—, ¿es que siempre vas a ser desgraciado? Mi querido amigo, ¿qué ha sucedido?

Le hice gesto de que cogiese la carta, mientras yo paseaba de un extremo al otro del aposento, presa de la más extrema agitación… Las lágrimas fluyeron también de los ojos de Clerval al leer el relato de mi desventura.

—No puedo ofrecerte ningún consuelo, amigo mío —dijo—; tu desgracia es irreparable. ¿Qué piensas hacer?

—Irme inmediatamente a Ginebra; acompáñame, Henry, a pedir los caballos.

Durante el trayecto, Clerval trató de decirme unas palabras de consuelo; solo fue capaz de expresar su profunda simpatía.

—¡Pobre William! —dijo—. ¡Pobre criatura encantadora, ahora duerme junto a su angelical madre! ¡Que tenga que llorar su muerte prematura quien le ha visto radiante y lleno de gracia y juventud! ¡Morir de forma tan desventurada; sentir la garra del homicida! ¡Qué entrañas tendrá ese asesino, que ha sido capaz de destruir tan luminosa inocencia! ¡Pobre, pobre niño! Solo nos queda un consuelo: que mientras sus amigos lloran su muerte, él descansa. El suplicio ha terminado; sus sufrimientos han concluido para siempre. Un velo de tierra cubre su dulce cuerpo, y no conoce el dolor. No puede ser ya objeto de compasión; debemos reservar eso para los desdichados que le sobreviven.

Así hablaba Clerval mientras caminábamos apresuradamente por las calles; sus palabras se grabaron en mi mente, y las recordé después en soledad. Pero ahora, tan pronto como llegaron los caballos, subí al cabriolé y me despedí de mi amigo.

El viaje fue muy triste. Al principio quería volar, pues ansiaba vivamente consolar a mi familia y compartir su dolor; pero a medida que me acercaba a mi ciudad natal, disminuí la marcha. Apenas podía soportar la multitud de sentimientos que se me agolpaban en el alma. Atravesé los parajes familiares de mi

juventud, que no había visto desde hacía casi seis años. ¡Qué cambiado podía estar todo después de ese tiempo! Solo había acontecido un cambio súbito y desolador; pero puede que mil pequeñas circunstancias hubiesen operado otras alteraciones que, aunque imperceptibles, quizá fueran igualmente decisivas. El miedo me dominó; no me atreví a seguir temiendo mil males indecibles que me hacían temblar, aunque me era imposible definir.

Me quedé dos días en Lausana, en un estado de postración espiritual. Contemplé el lago: sus aguas eran plácidas; todo a mi alrededor estaba en calma, y las nevadas montañas, «palacios de la naturaleza», no habían cambiado. Poco a poco, me tranquilizó el paisaje sereno y celestial, y proseguí el viaje hacia Ginebra.

La carretera corría junto al lago, que se estrechaba a medida que me iba acercando a mi ciudad natal. Divisé más claramente las negras laderas del Jura y la brillante cumbre del Mont Blanc. Lloré como un niño. «¡Amadas montañas! ¡Hermoso lago mío! ¿Cómo acogéis a este viajero? Vuestras cimas limpias y el cielo y el lago son azules y plácidos. ¿Presagia todo esto la paz o es una burla a mi desventura?»

Temo, amigo mío, aburrirle demorándome en estas circunstancias preliminares, pero fueron días de relativa felicidad, y pienso en ellos con deleite. ¡Mi país, mi amado país! ¡Quién sino un nativo puede comprender el gozo que experimenté al contemplar de nuevo tus ríos, tus montañas y, más aún, tu hermosísimo lago!

Sin embargo, a medida que me acercaba a mi hogar, volvieron a dominarme la aflicción y el temor. La noche, también, se cerró a mi alrededor, y cuando apenas se distinguían ya las oscuras montañas, me sentí más abatido. El cuadro parecía un inmenso y sombrío escenario de maldad, y presentí oscuramente que estaba destinado a convertirme en el más desdichado de los seres humanos. ¡Ay! Resultó cierto cuanto profeticé y solo erré en una circunstancia: que, con toda la desdicha que imaginaba y temía, no imaginaba ni la centésima parte del dolor que estaba condenado a soportar.

Era completamente de noche cuando llegué a las afueras de Ginebra; habían cerrado ya las puertas de la ciudad, y me vi obligado a pasar la noche en Secheron, pueblecito que distaba media legua de la ciudad. El cielo estaba sereno; y, puesto que me sentía incapaz de descansar, decidí visitar el lugar donde el pobre William había sido asesinado. No pudiendo atravesar el pueblo,

tuve que cruzar el lago en barca para llegar a Plainpalais. Durante este corto trayecto vi cómo jugaban los relámpagos en la cumbre del Mont Blanc, trazando las más hermosas figuras. La tormenta parecía aproximarse rápidamente; al saltar a tierra, subí a una colina, desde donde podía observar su avance.

Se acercaba deprisa; el cielo se encapotó; no tardé en sentir la lluvia cayendo en grandes goterones espaciados, pero su violencia aumentó rápidamente.

Abandoné el lugar donde me había sentado y seguí andando, aunque la oscuridad y la tormenta aumentaban por momentos y los truenos estallaban con un terrible estampido sobre mi cabeza. Se oía retumbar el eco en el Salêve, el Jura y los Alpes de Saboya; los lívidos resplandores de los relámpagos me cegaban la vista iluminando el lago y haciéndolo brillar como una inmensa lámina de fuego; luego, durante un instante, todo parecía sumirse en una oscuridad impenetrable y los ojos se recobraban del relámpago anterior. La tormenta, como ocurre con frecuencia en Suiza, había surgido a la vez desde distintos sectores del cielo. Su mayor violencia se concentraba exactamente en el norte de la ciudad, sobre la parte del lago situada entre el promontorio de Belrive y el pueblo de Copêt. Entretanto, otra tormenta iluminaba el Jura con débiles relámpagos, y otra entenebrecía y desvelaba a intervalos la Môle, montaña puntiaguda al este del lago.

Mientras contemplaba la tempestad, hermosa pero terrible, seguí andando con paso rápido. Esta noble guerra que se desarrollaba en el cielo me elevaba el ánimo; junté las manos y exclamé:

—¡William, mi querido ángel! ¡Este es tu funeral, este es tu réquiem!

Al pronunciar estas palabras vislumbré en la oscuridad una figura que se deslizaba furtivamente por detrás de un grupo de árboles que había cerca de mí; me quedé inmóvil, mirando intensamente; no podía equivocarme. El resplandor de un relámpago iluminó aquel bulto y me reveló su figura con toda nitidez; su estatura gigantesca y la deformidad de su aspecto, más horrendo del que puede asumir un ser humano, me hicieron comprender que se trataba del desdichado, del repugnante demonio al que yo había dado vida. ¿Qué hacía allí? ¿Sería acaso (me estremecí ante tal idea) el asesino de mi hermano? No bien me hubo cruzado tal pensamiento por la imaginación, tuve la seguridad

de que así era; me rechinaron los dientes, y me vi obligado a apoyarme contra un árbol para sostenerme. La figura me adelantó rápidamente, y se perdió en la negrura. Nadie que fuese humano podría haber destruido a aquel hermoso niño. ¡Él era el asesino! No me cabía ninguna duda. La mera presencia de tal idea era prueba irrefutable de su veracidad. Pensé perseguir al demonio, pero habría sido inútil, pues otro relámpago me lo reveló encaramado entre los peñascos casi perpendiculares del Salêve, montaña que bordea Plainpalais por el sur. No tardó en llegar a la cima y desaparecer.

Me quedé inmóvil. Los truenos habían cesado; pero la lluvia aún continuaba, y el escenario estaba envuelto en espesas tinieblas. Empecé a darle vueltas a los acontecimientos que hasta el momento había tratado de olvidar: todos los pasos encaminados a la creación; la aparición de la obra de mis manos, viva, junto a mi cabecera; su desaparición. Habían transcurrido casi dos años desde la noche en que recibió vida; ¿sería este su primer crimen? ¡Ay! ¡Yo, yo había soltado al mundo a un miserable depravado que se complacía en el sufrimiento y la sangre! ¿Acaso no había matado a mi hermano?

Nadie puede imaginar la angustia que sufrí durante el resto de la noche que pasé, frío y mojado, a la intemperie. Pero no sentía las molestias del tiempo; mi imaginación estaba absorta en escenas de maldad y desesperación. Consideraba al ser que había arrojado entre los hombres, dotado de voluntad y poder para cometer espantosos designios como el crimen que ahora había cometido, casi como si fuese mi propio vampiro, mi propio espíritu de la tumba, obligado a destruir cuanto me era querido.

Empezaba a clarear el día, y encaminé mis pasos hacia la ciudad. Las puertas estaban abiertas y me dirigí apresuradamente a casa de mi padre. Mi primera intención era revelar lo que sabía sobre el asesino, y hacer que se emprendiese su inmediata persecución. Pero me contuve al pensar en la historia que debía contar. Un ser, al que yo mismo había formado y dotado de vida, había salido a mi encuentro, a medianoche, entre los precipicios de una montaña inaccesible. Recordé también la fiebre nerviosa que me había acometido precisamente el día que llevé a efecto su creación, cosa que daba un cariz de delirio a la historia, por otra parte totalmente inverosímil. Me daba perfecta cuenta de que si alguien me contase una historia de esa naturaleza la juzgaría producto de una mente enferma. Además, la excepcional constitución de aquel animal

eludiría toda persecución, en el caso de que yo lograra convencer a mi familia de la necesidad de emprenderla. Así que, ¿de qué serviría perseguirle? ¿Quién podía detener a una criatura capaz de escalar los empinados flancos del monte Salêve? Estas reflexiones me decidieron a guardar silencio.

Eran alrededor de las cinco de la mañana cuando llegué a casa de mi padre. Dije a los criados que no molestasen a mi familia y entré en la biblioteca a esperar a que se levantasen.

Seis años habían transcurrido; habían volado como un sueño, aparte de aquel rastro imborrable, y me encontraba en el mismo lugar donde mi padre me había abrazado por última vez, antes de partir para Ingolstadt. ¡Amado y venerable padre mío! Aún vivía para mí. Contemplé el cuadro de mi madre colgado sobre la chimenea. Era un motivo histórico, pintado por deseo de mi padre, y representaba a Caroline Beaufort en una agonía de desesperación, arrodillada ante el ataúd de su padre muerto. Sus ropas eran rústicas y sus mejillas estaban pálidas; pero había en ella un aire de dignidad y belleza que apenas consentía un sentimiento de compasión. Debajo de este cuadro había una miniatura de William, y al verle, los ojos se me anegaron en lágrimas. Mientras estaba así absorto entró Ernest; me había oído llegar y acudía corriendo a saludarme. Manifestó una contristada alegría al verme:

—Bienvenido, queridísimo Víctor —dijo—. ¡Ah, ojalá hubieses llegado hace tres meses!; entonces nos habrías encontrado a todos contentos y felices. Ahora vienes a compartir un dolor que nada puede consolar; sin embargo, espero que tu presencia alivie a nuestro padre, que parece hundirse bajo el peso de la desgracia, y que tus palabras convenzan a la pobre Elizabeth de que deje de acusarse a sí misma inútilmente. ¡Pobre William! ¡Era nuestra alegría y nuestro orgullo!

Las lágrimas caían incontenibles de los ojos de mi hermano; un sentimiento de mortal agonía se apoderó de todo mi ser. Hasta entonces, solo había imaginado la desdicha de mi hogar desconsolado; ahora, la realidad se me ofrecía como un nuevo y no menos terrible desastre. Traté de calmar a Ernest; le pregunté con más detalle sobre mi padre y mi prima.

—Ella más que nadie —dijo Ernest— necesita consuelo; se acusa de ser la causa de la muerte de nuestro hermano, y eso la hace sentirse desdichada. Pero desde que han descubierto a quien lo

hizo…

—¡Han descubierto al asesino! ¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Quién ha podido tratar de perseguirle? Es imposible; sería como alcanzar al viento o contener un río de montaña con paja. Yo le he visto también; ¡andaba libre anoche!

—No sé a qué te refieres —replicó mi hermano con expresión de asombro—; respecto a nosotros, el descubrimiento ha colmado nuestro dolor. Nadie podía creerlo al principio; aun hoy sigue Elizabeth sin estar convencida, a pesar de todas las pruebas. Desde luego, ¿quién iba a creer que Justine Moritz, tan dulce y afectuosa con toda la familia, fuese capaz de cometer un crimen tan espantoso y horrible?

—¡Justine Moritz! Pobre, pobre muchacha, ¿es ella la acusada? Pero eso es un error; todo el mundo lo sabe; nadie lo puede creer, ¿no es cierto, Ernest?

—Nadie lo creyó al principio, pero han salido a la luz diversas circunstancias que nos han obligado casi a aceptarlo; su propia conducta resulta tan confusa, y añade tal peso a la evidencia de los hechos, que me temo que no deja la menor esperanza de duda. Pero la van a juzgar hoy… entonces lo oirás todo.

Me contó que la mañana en que se descubrió el asesinato del pobre William, Justine cayó enferma, teniendo que guardar cama varios días. Durante este tiempo, una de las criadas, al examinar casualmente la ropa que ella llevaba puesta la noche del crimen, descubrió en su bolsillo el retrato de mi madre, considerado el móvil del homicidio. La criada se lo enseñó enseguida a sus compañeras, las cuales, sin decir una sola palabra a nadie de la familia, fueron al magistrado; y, tras las declaraciones de estas, Justine fue detenida. Al oír que se la acusaba del crimen, la extrema confusión de la pobre muchacha vino a confirmar en gran medida las sospechas.

Esta era una historia muy extraña, pero no hizo vacilar mi convicción, y repliqué con vehemencia:

—Estáis todos equivocados; yo sé quién es el asesino. Justine, la pobre y buena Justine, es inocente.

En aquel instante entró mi padre. Vi la aflicción hondamente impresa en su semblante, pero se esforzó en saludarme con alegría; y tras intercambiar unas palabras de mutua condolencia, habríamos abordado cualquier tema menos el de nuestra desgracia, de no ser

por Ernest, que exclamó:

—¡Dios mío, papá! Víctor dice que sabe quién es el asesino del pobre William.

—Nosotros también, por desgracia —replicó mi padre—; pues, desde luego, habría preferido seguir en la ignorancia a descubrir tanta depravación e ingratitud en alguien a quien tenía en alto concepto.

—Padre, está usted equivocado; Justine es inocente.

—Si lo es, no consienta Dios que sufra como culpable. Hoy va a ser juzgada; y espero, sinceramente lo espero, que sea absuelta.

Estas palabras me tranquilizaron. Yo estaba firmemente convencido en mi fuero interno de que Justine, y por supuesto cualquier ser humano, era inocente de este crimen. No temía, por tanto, que cualquier prueba circunstancial que pudiera aducirse fuese lo bastante sólida como para condenarla. No era posible anunciar públicamente mi historia; su espantoso horror sería juzgado locura por el vulgo. ¿Habría alguien, efectivamente, aparte de mí mismo, el creador, capaz de creer, a menos de que le convenciesen sus sentidos, en la existencia de ese testimonio viviente de presunción y de atolondrada ignorancia que yo había liberado en el mundo?

No tardó Elizabeth en reunirse con nosotros. El tiempo la había cambiado desde la última vez que la había visto; había impresa en ella una dulzura que superaba la belleza de sus años infantiles. Tenía el mismo candor, la misma vivacidad, pero unidos a una expresión más llena de sensibilidad e inteligencia. Me saludó con el mayor afecto.

—Tu llegada, querido primo —dijo—, me llena de esperanzas. Quizá encuentres tú el medio de justificar a mi pobre e inocente Justine. ¡Ay! ¿Quién se sentirá seguro, si la declaran a ella culpable? Confío en su inocencia con tanta seguridad como en la mía. Nuestra desgracia es doblemente dolorosa; no solo hemos perdido a nuestro niño querido, sino que esta pobre muchacha, a la que quiero sinceramente, va a ser arrebatada por un destino aún peor. Si la condenan, nunca más volveré a conocer la alegría. Pero no la condenarán, estoy segura de que no la condenarán; así que volveré a ser feliz otra vez, aun después de la dolorosa muerte de mi pequeño William.

—Es inocente, Elizabeth —dije yo—; eso quedará probado; no

temas nada, y deja que tu ánimo renazca con la seguridad de su absolución.

—¡Qué bueno y generoso eres! Todos los demás la creen culpable, y eso me hacía desdichada, pues sabía que era imposible: el ver a todo el mundo tan terriblemente predispuesto contra ella me llenaba de angustia y desesperanza —lloró.

—Queridísima sobrina —dijo mi padre—; seca tus ojos. Si es inocente como crees, confía en la justicia de nuestras leyes, y en la energía con que impediré la más leve sombra de parcialidad.

Capítulo 8

Pasamos unos momentos de aflicción hasta las once, hora en que iba a comenzar el juicio. Mi padre y el resto de la familia se vieron obligados a estar presentes en calidad de testigos; yo les acompañé al tribunal. Durante toda aquella desdichada parodia de juicio sufrí una viva tortura. Se iba a decidir si el producto de mi curiosidad y de mis ilícitos experimentos acarrearía la muerte a dos de mis semejantes: un niño sonriente y lleno de inocencia y alegría, y otra, muchísimo más espantosa, con todos los agravantes de la infamia, capaces de convertirla en un homicidio memorable por su horror. Justine era también una joven de mérito y poseía cualidades que prometían hacerle la vida feliz; ahora, todo iba a desaparecer en una tumba ignominiosa, ¡y yo era la causa! Hubiera preferido mil veces confesarme culpable del crimen que se imputaba a Justine; pero yo estaba ausente en el momento de cometerse, y tal declaración habría sido considerada como el desvarío de un loco, y no habría exculpado a la que sufría por mi causa.

El aspecto de Justine era sereno. Iba vestida de luto y la solemnidad de sus sentimientos confería a su rostro, siempre atractivo, una belleza exquisita. Sin embargo, parecía confiar en su inocencia y no temblaba, aunque la miraban y maldecían miles de personas, pues toda la benevolencia que su belleza habría podido despertar había quedado borrada de las mentes de los espectadores por la enormidad que se le atribuía. Estaba tranquila, aunque se notaba que era una tranquilidad contenida; y, dado que se había aducido anteriormente su confusión como prueba de culpabilidad, se esforzaba en su interior en aparentar valor. Cuando entró en la sala, miró en torno suyo y descubrió enseguida dónde estábamos sentados nosotros. Una lágrima le enturbió la mirada al vernos; pero se recobró inmediatamente y una expresión de doloroso afecto pareció confirmar su absoluta inocencia.

Empezó el juicio, y tras exponer el abogado los cargos contra ella, fueron llamados varios testigos. Se combinaban en su contra una serie de hechos extraños capaces de hacer vacilar a cualquiera que no tuviese una prueba de su inocencia como la que yo poseía. Había estado fuera de casa la noche en que se cometió el asesinato,

y hacia el amanecer había sido vista por una vendedora del mercado, no lejos del lugar donde más tarde encontraron el cuerpo sin vida del niño. La mujer le preguntó qué hacía allí, pero ella tenía un aspecto muy extraño y se limitó a contestar de manera confusa e ininteligible. Regresó a casa hacia las ocho, y cuando alguien le preguntó dónde había pasado la noche, contestó que había estado buscando al niño, inquiriendo con ansiedad si se sabía algo de él. Cuando le enseñaron el cadáver sufrió un violento ataque de histeria, y tuvo que guardar cama varios días. A continuación le enseñaron el retrato que una criada había encontrado en su bolsillo; y cuando Elizabeth, con voz desfallecida, corroboró que era el mismo que, una hora antes de echar de menos al niño, había puesto ella en torno a su cuello, un murmullo de horror y de indignación recorrió la sala.

Se le cedió la palabra a Justine para que hiciese su defensa. En el curso del juicio, su semblante se había ido alterando. La sorpresa, el horror y el sufrimiento se reflejaron en él visiblemente. A veces, luchaba por contener las lágrimas; pero cuando se la requirió para que hiciese su alegato, hizo acopio de fuerzas y habló con voz audible aunque alterada.

—Dios sabe —dijo—, cuán enteramente inocente soy. Pero no pretendo que me absuelvan mis protestas; apoyo la defensa de mi inocencia en la clara y simple explicación de los hechos que se han presentado contra mí, y espero que la reputación que siempre he tenido incline a mis jueces a adoptar una interpretación favorable allí donde cualquier circunstancia parezca dudosa o sospechosa.

Contó a continuación que, con el permiso de Elizabeth, había pasado la tarde previa a la noche del homicidio en casa de una tía que tenía en Chêne, pueblecito situado como a una milla de Ginebra. A su regreso, hacia las nueve, se había tropezado con un hombre que le preguntó si sabía algo del niño que se había extraviado. Esta noticia la alarmó, y estuvo buscándole varias horas. Durante este tiempo cerraron las puertas de Ginebra, y se vio obligada a pasar el resto de la noche en el granero de una casa de campo, ya que no deseaba llamar a sus propietarios, a quienes conocía muy bien. Pasó la mayor parte de la noche en vela; creía que, hacia el amanecer, se había dormido unos minutos; la turbaron unos pasos, y se despertó. Estaba amaneciendo, y abandonó el refugio, a fin de seguir buscando a mi hermano. Si se había

aproximado al lugar donde fue encontrado el cadáver había sido sin saberlo. No era extraño que se hubiese mostrado perpleja al interrogarla la mujer del mercado, ya que había pasado la noche en vela y no sabía qué le había podido ocurrir al pobre William. En cuanto al retrato, no podía dar ninguna explicación.

—Sé —prosiguió la pobre víctima— cuán grave y fatalmente pesa esa circunstancia contra mí, pero no me es posible explicarla; y, una vez declarada mi total ignorancia, solo me queda hacer conjeturas sobre cómo pudieron metérmelo en el bolsillo. Pero aquí me siento desconcertada también. Creo que no tengo ningún enemigo en este mundo, y seguramente nadie es tan malvado como para querer perderme de forma tan inhumana. ¿Me lo puso acaso el asesino? No sé cómo habría tenido ocasión de hacerlo; y si la tuvo, ¿por qué robó la joya y se desprendió de ella tan pronto?

»Confío mi causa a la justicia de mis jueces, aunque no tengo ninguna esperanza. Solicito que se interrogue a algunos testigos sobre mi carácter; y si su testimonio no prevalece sobre mi supuesta culpa, tendré que ser condenada, aunque fío mi salvación a mi inocencia.

Fueron llamados varios testigos que la conocían desde hacía muchos años, y hablaron bien de ella; pero el temor y el odio hacia el crimen del cual se la suponía culpable les volvió timoratos y renuentes en sus respuestas. Elizabeth comprendió que incluso esta última apelación a sus excelentes disposiciones y a su irreprochable conducta estaba a punto de fallarle a la acusada y, muy agitada, solicitó permiso para dirigir la palabra al tribunal.

—Soy prima —dijo— de la desventurada criatura asesinada, o más bien hermana suya, pues he sido educada por sus padres y he vivido con ellos desde el nacimiento del niño, y aun mucho antes. Por tanto, puede que se juzgue inapropiado el que salga yo a declarar en esta ocasión; pero, viendo a un semejante a punto de perecer por la cobardía de unos supuestos amigos, deseo que se me permita hablar, a fin de poder decir lo que sé de su persona. Conozco bastante a la acusada. He vivido en la misma casa con ella, una vez durante cinco años, y otra durante casi dos. En todo ese tiempo me ha parecido la persona más amable y bondadosa del mundo. Cuidó de madame Frankenstein, mi tía, en su última enfermedad, con el mayor afecto y cuidado, y después asistió a su propia madre durante su larga postración, de una manera que

causaba admiración en todos los que la conocían; después regresó a vivir a casa de mi tío, donde es querida por toda la familia. Ella se sentía cálidamente unida al pobre niño asesinado, y se comportaba con él como la madre más afectuosa. Por mi parte, no vacilo en decir que, a pesar de todas las pruebas presentadas en su contra, creo y confío en su perfecta inocencia. Nada pudo tentarla para cometer acción semejante; en cuanto a la chuchería en la que se apoya la prueba principal, si de verdad la hubiese querido, yo misma se la habría dado con gusto, por todo lo que la estimo y valoro.

Un murmullo de aprobación acogió el sencillo y vehemente alegato de Elizabeth, aunque provocado por su generosa intercesión y no por una disposición en favor de la pobre Justine, hacia la que se volvió la indignación pública con renovada violencia, culpándola de la más negra ingratitud. Ella misma lloró mientras hablaba Elizabeth; pero no contestó. Mi propia agitación y angustia fueron extremas durante todo el juicio. Creía en su inocencia; sabía que era inocente. ¿Sería capaz el demonio que había matado a mi hermano (cosa que no dudaba ni un segundo), en su infernal diversión, de arrastrar a esta inocente a la muerte y la ignominia? No podía soportar el horror de mi situación; y cuando me di cuenta de que las voces populares y los semblantes de los jueces habían sentenciado ya a mi desventurada víctima, salí precipitadamente de la sala, presa de la mayor agonía. Las torturas de la acusada no eran tan grandes como las mías; a ella la sostenía su inocencia, pero a mí los colmillos del remordimiento me desgarraban el pecho, y no estaban dispuestos a abandonar su presa.

Pasé la noche hundido en la mayor desdicha. Por la mañana acudí al tribunal; tenía resecos los labios y la garganta. No me atrevía a formular la pregunta fatal; pero me conocían, y el oficial adivinó la causa de mi visita. Ya se había efectuado la votación; todas las balotas habían salido negras, y Justine había sido condenada.

No pretendo describir qué es lo que sentí entonces. Antes había experimentado sentimientos de horror que he procurado plasmar en expresiones adecuadas; pero las palabras no pueden transmitir una idea de la angustiosa desesperación que me embargó en aquel momento. La persona que me dio la noticia añadió que Justine había confesado ya su culpa.

—Casi no hacía falta esa confesión —añadió—, en un caso tan evidente, pero me alegro; por supuesto, a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal valiéndose de pruebas circunstanciales, aun cuando sean tan decisivas.

Esta era una extraña e inesperada novedad; ¿qué podía significar? ¿Me habrían engañado mis ojos? ¿Estaba yo verdaderamente tan loco como todo el mundo me iba a creer, si revelaba el motivo de mis sospechas? Regresé apresuradamente a casa, y Elizabeth me preguntó ansiosa cuál había sido el fallo.

—Prima querida —repliqué—, el que cabía esperar; los jueces prefieren condenar a diez inocentes antes que soltar a un culpable. Pero ella ha confesado.

Este fue un tremendo golpe para la pobre Elizabeth, que había confiado firmemente en la inocencia de Justine.

—¡Ay! —dijo—. ¿Cómo voy a creer nunca más en la bondad humana? ¿Cómo ha podido fingir Justine, a quien amaba y estimaba como a una hermana, esas sonrisas de inocencia, solo para traicionar? Sus dulces ojos parecían incapaces de severidad ni de engaño; y, sin embargo, ha cometido un crimen.

Poco después supimos que la pobre víctima había manifestado deseos de ver a Elizabeth. Mi padre no quería que fuese, pero dijo que dejaba a su propio criterio y sentimientos tal decisión.

—Sí —dijo Elizabeth—; iré, aunque sea culpable; y tú, Víctor, me acompañarás; no puedo ir sola.

La idea de esta visita suponía una tortura para mí, pero no me podía negar.

Entramos en la oscura celda de la prisión y encontramos a Justine sentada en un montón de paja, en el último rincón; tenía las manos esposadas y la cabeza apoyada sobre las rodillas. Se levantó al vernos entrar; y, cuando nos dejaron a solas con ella, se arrojó a los pies de Elizabeth, sollozando amargamente. Mi prima también lloró.

—¡Oh, Justine! —dijo—. ¿Me has robado el último consuelo? Yo confiaba en tu inocencia, y aunque entonces estaba muy apenada, no sentía el dolor que siento ahora.

—¿Y cree que soy muy, muy malvada? ¿Se ha unido a mis enemigos para aplastarme y condenarme como a una asesina? —los sollozos le ahogaron la voz.

—Levanta, mi pobre muchacha —dijo Elizabeth—; ¿por qué te arrodillas, si eres inocente? No estoy con tus enemigos; yo creía en tu inocencia, a pesar de todas las pruebas, hasta que me dijeron que tú misma te habías confesado culpable. Dices que esa declaración es falsa; pues ten la seguridad, Justine, de que nada sino tu propia confesión me hará perder la confianza en ti un solo instante.

—He confesado, pero he confesado una mentira. Lo he hecho a fin de obtener la absolución; pero ahora la falsedad pesa en mi corazón más que todos los demás pecados. ¡Que el Dios del cielo me perdone! Desde que me condenaron, el capellán no ha hecho más que acosarme; me ha amenazado una y otra vez, hasta que casi empezaba a creer que soy el monstruo que decía. Me amenazaba con la excomunión y el fuego del infierno en mis últimos momentos, si seguía obstinada. Señora, yo no tenía a nadie que me apoyase; todos me miraban como a una desdichada, condenada a la ignominia y la perdición. ¿Qué podía hacer? En un momento de flaqueza, suscribí una mentira; y ahora me siento verdaderamente miserable.

Calló, sollozando, y luego prosiguió:

—Pensé con horror, mi bondadosa señora, en la posibilidad de que creyera que su Justine, a la que su bendita tía había estimado tanto y a la que usted tanto amaba, era capaz de un crimen que nadie sino el propio demonio podía haber perpetrado. ¡Querido William! ¡Querido y bendito niño! Pronto me reuniré contigo en el cielo, donde todos seremos felices; eso es lo que me consuela, yendo como voy a sufrir la ignominia y la muerte.

—¡Oh, Justine! Perdóname por haber dudado un instante de ti. ¿Por qué confesaste? Pero no llores, mi querida muchacha. No temas. Yo proclamaré, yo probaré tu inocencia. Yo ablandaré los duros corazones de tus enemigos con mis lágrimas y mis súplicas. ¡No morirás! ¡Tú, mi amiga de juegos, mi compañera, mi hermana, morir en el cadalso! ¡No! ¡No! Jamás sobreviviría yo a tan horrible desventura.

Justine movió tristemente la cabeza.

—No tengo miedo a morir —dijo—; ese dolor ya ha pasado. Dios me ayuda en mi debilidad y me da fuerzas para soportar lo peor. Dejo un mundo triste y amargo; y si usted me recuerda y piensa en mí como en un ser injustamente condenado, me resignaré al destino que me aguarda. Aprenda de mí, señora, a someterse con paciencia

a la voluntad del cielo.

Durante esta conversación, yo me había retirado a un rincón de la celda, a fin de ocultar la horrible angustia que me dominaba. ¡Desesperación! ¿Quién se atrevía a hablar de eso? La pobre víctima, que por la mañana debía trasponer la espantosa frontera entre la vida y la muerte, no sentía, como yo, tan profunda y amarga agonía. Me rechinaban los dientes, y los apreté, dejando escapar un gemido que me brotó de lo más hondo del alma. Justine se sobresaltó. Cuando vio quién era, se acercó a mí y dijo:

—Mi querido señor, es muy bondadoso al visitarme; espero que no me crea culpable, ¿verdad?

No pude contestar.

—No, Justine —dijo Elizabeth—; él está más convencido de tu inocencia que yo misma, pues aun después de saber que habías confesado, no lo ha creído.

—Se lo agradezco de corazón. En estos últimos momentos siento la más sincera gratitud hacia aquellos que piensan en mí con bondad. ¡Cuán dulce es para una desdichada como yo recibir el afecto de otros! Eso me quita más de la mitad de mi desventura, y siento como si pudiera morir en paz, ahora que usted, mi querida señora, y su primo reconocen mi inocencia.

Así trataba la pobre víctima de consolar a los demás y a sí misma. Había alcanzado, en efecto, la resignación que deseaba. Pero yo, el verdadero homicida, sentía en mi pecho el gusano que nunca muere, que no me permitía ninguna esperanza ni consuelo. Elizabeth lloraba y se sentía desdichada; pero el suyo era también el dolor de la inocencia, como la nube que cruza ante la blanca luna y la oscurece un instante sin manchar su resplandor. La angustia y la desesperación me habían llegado a lo más hondo del alma; tenía dentro de mí un infierno que nada era capaz de extinguir. Estuvimos varias horas con Justine; y a Elizabeth le costó mucho trabajo separarse de ella.

—¡Quisiera morir contigo! —exclamó—; no puedo vivir en este mundo de dolor.

Justine adoptó una expresión de alegría, mientras reprimía a duras penas sus lágrimas amargas. Abrazó a Elizabeth y dijo, con voz medio ahogada por la emoción:

—Adiós, mi dulce señora, mi querida Elizabeth, mi amada y

única amiga; que el cielo, con su generosidad, la bendiga y la proteja; ¡que sea esta la última desventura que le toque sufrir! Viva y sea feliz, y haga felices a los demás.

Y, a la mañana siguiente, Justine murió. La conmovedora elocuencia de Elizabeth no consiguió que los jueces modificasen el veredicto de culpabilidad que incriminaba a la santa víctima. Mis vehementes e indignadas apelaciones chocaron con su impasibilidad. Y, al recibir sus frías respuestas y oír las duras e insensibles razones de estos hombres, mi proyectada confesión murió en mis labios. De haberla hecho, me habrían declarado loco, pero no habría conseguido que revocasen la sentencia dictada contra mi desventurada víctima. ¡Pereció en el cadalso como los asesinos!

De las torturas de mi corazón, me volví a contemplar el mudo y profundo dolor de mi Elizabeth. ¡También era yo la causa! Y la aflicción de mi padre, y la desolación de aquel hogar en otro tiempo sonriente... ¡Todo era obra de mis manos triplemente malditas! ¡Llorad, desventurados, pero no serán estas vuestras últimas lágrimas! ¡Otra vez elevaréis los lamentos funerarios y el sonido de vuestros gemidos volverá a oírse una y otra vez! Frankenstein, vuestro hijo, vuestro pariente, vuestro primo y queridísimo amigo, que daría hasta la última gota de sangre por vosotros, que no tiene más pensamiento ni sentimiento de alegría que los que se reflejan en vuestros rostros entrañables, que llenaría el aire de bendiciones y consagraría su vida a serviros, os pide que lloréis, que derraméis incontables lágrimas; ¡feliz, más allá de sus esperanzas, si el inexorable destino se sacia de otro modo, y se detiene la destrucción antes de que la paz de la tumba suceda a vuestros dolorosos tormentos!

Así habló mi alma profética cuando, lacerado por los remordimientos, el horror y la desesperación, vi a los que amaba derramar en vano su dolor sobre la tumba de William y de Justine, las primeras víctimas de mis artes impías.

Capítulo 9

Nada hay tan doloroso para el espíritu humano, tras la excitación que provoca la rápida sucesión de los acontecimientos, como esa calma mortal de apatía y certidumbre que la sigue, y priva al alma de toda esperanza y temor. Justine había muerto; ella descansaba y yo seguía vivo. La sangre fluía libremente por mis venas, pero un peso de desesperación y remordimiento que nada podía aliviar me agobiaba el corazón. El sueño huía de mis ojos; yo vagaba como un espíritu maligno, pues había cometido acciones indeciblemente horribles, y (estaba convencido) aún cometería más, muchas más. Sin embargo, mi corazón rebosaba de benevolencia y amor por la virtud. Había empezado la vida henchido de buenos propósitos, y ansiaba que llegase el momento de llevarlos a la práctica y hacerme útil a mis semejantes. Ahora, todo se había venido abajo; en vez de la serenidad de conciencia que me permitiría mirar el pasado con satisfacción y extraer de él la promesa de nuevas esperanzas, me sentía atenazado por el remordimiento y el sentimiento de culpa, que me arrastraban a un infierno de torturas imposible de describir con palabras.

Este estado espiritual minó mi salud, que quizá no se había recuperado enteramente de la primera conmoción sufrida. Evitaba enfrentarme con el rostro de los hombres; todo cuanto sonaba a alegría o complacencia era un suplicio para mí; mi único consuelo era la soledad: la profunda, oscura y mortal soledad.

Mi padre observó con dolor la perceptible alteración de mi talante y de mis hábitos; y, con argumentos que le inspiraban su conciencia serena y su vida intachable, se esforzaba por infundirme fortaleza y despertar en mí el valor suficiente para disipar la negra nube que ensombrecía mi vida.

—¿Crees, Víctor —dijo—, que yo no sufro también? Nadie puede querer a un hijo como yo quería a tu hermano —las lágrimas asomaron a sus ojos mientras hablaba—; pero ¿no es un deber de los que sobreviven procurar no aumentar la aflicción con una inmoderada manifestación de pesar? También es un deber para contigo mismo; pues el excesivo dolor impide la superación y la alegría, e incluso el cumplimiento de las obligaciones diarias, sin las

cuales ningún hombre está capacitado para vivir en sociedad.

Este consejo, aunque bueno, era totalmente inaplicable a mi caso; habría sido el primero en ocultar mi aflicción y consolar a mi familia, si el remordimiento no hubiese mezclado su amargura, y el terror su alarma, con el resto de mis sentimientos. Ahora, solo pude contestar a mi padre con una mirada de desesperación, y procuré evitar su presencia.

Hacia aquellas fechas fuimos a vivir a nuestra casa de Belrive. Este cambio fue particularmente grato para mí. El hecho de que cerrasen las puertas a las diez y la imposibilidad de permanecer en el lago después de esa hora habían hecho que la vida dentro de los muros de Ginebra me resultase demasiado fastidiosa. Ahora era libre. A menudo, cuando el resto de la familia se había retirado ya a descansar, cogía el bote y me pasaba horas enteras en el agua. Unas veces, con las velas desplegadas, me dejaba llevar por el viento; otras, después de remar hacia el centro del lago, dejaba que la embarcación siguiese su propio rumbo y me entregaba a melancólicas reflexiones. A menudo me sentía tentado, cuando todo estaba en paz a mi alrededor, y era yo el único ser que vagaba inquieto por aquel majestuoso y celestial escenario —salvo, quizá, algún murciélago, o las ranas, cuyo áspero y discontinuo croar se oía únicamente cuando me acercaba a la orilla—, a menudo, digo, me sentía tentado a arrojarme al lago silencioso, para que las aguas se cerrasen sobre mí y terminasen mis desdichas para siempre. Pero me contenía el pensar en la heroica y sufrida Elizabeth, a quien amaba tiernamente, y cuya existencia estaba ligada a la mía. Pensaba también en mi padre y en el hermano que me quedaba; ¿debía, con mi baja deserción, dejarles indefensos y expuestos a la maldad del demonio que yo había soltado entre ellos?

En aquellos momentos lloraba amargamente y deseaba que me volviese otra vez la paz al espíritu, solo para poder proporcionarles consuelo y felicidad. Pero no era posible. El remordimiento me había aniquilado toda esperanza. Yo era el autor de males que ya no tenían remedio, y vivía con el miedo constante de que el monstruo que había creado perpetrara alguna nueva maldad. Tenía el vago presentimiento de que no había terminado todo, y de que cometería algún nuevo crimen que, por su enormidad, borraría casi el recuerdo de los anteriores. En tanto tuviera algún ser querido detrás, siempre habría lugar para el temor. No es posible calcular el

odio que sentía yo hacia este demonio. Cuando pensaba en él, los dientes me rechinaban, se me inflamaban los ojos, y deseaba ardientemente destruir aquella vida que tan irreflexivamente había infundido. Cada vez que pensaba en su maldad y sus crímenes, mi odio y mi deseo de venganza rebasaban todos los límites de la moderación. Habría sido capaz de subir al pico más alto de los Alpes, para precipitarle desde allí al fondo del abismo. Deseaba verle otra vez, a fin de poder descargar todo el odio sobre su cabeza, y vengar las muertes de William y de Justine.

Nuestra casa era la morada del dolor. La salud de mi padre se había resentido seriamente con el horror de los recientes acontecimientos. Elizabeth se mostraba triste y desalentada; ya no encontraba gusto a sus ocupaciones ordinarias; toda satisfacción le parecía un sacrilegio para con los muertos; la eterna aflicción y las lágrimas, pensaba, eran el justo tributo que ella debía rendir a la inocencia arruinada y destruida de este modo. Ya no era la feliz criatura que en su primera juventud vagaba conmigo por las orillas del lago y hablaba con éxtasis de nuestros planes futuros. La había visitado el primero de los sufrimientos que vienen a arrebatarnos de la tierra, y su sombría influencia había apagado su más encantadora sonrisa.

—Cuando pienso, mi querido primo —decía—, en la desventurada muerte de Justine Moritz, no veo ya el mundo y sus obras como antes me parecían. Antes, las historias sobre la maldad y la injusticia que leía en los libros o escuchaba de otros se me antojaban consejas de tiempos remotos o males imaginarios; al menos, eran antiguos y más familiares a la imaginación que a la razón; pero ahora la desgracia ha llegado a nuestra casa, y los hombres me parecen monstruos sedientos de sangre. Sin embargo, sé que soy injusta. Todo el mundo creía que la pobre muchacha era culpable, y de haber cometido el crimen por el que la condenaron, sin duda habría sido la más depravada de las criaturas humanas. ¡Asesinar por unas joyas al hijo de su benefactora y amiga, a un niño al que ella misma había cuidado desde su nacimiento, y al que parecía querer como si fuese suyo propio! No puedo admitir que se castigue con la muerte a ningún ser humano; aunque, ciertamente, habría juzgado que tal criatura era indigna de vivir en la sociedad de los hombres. Pero era inocente. Sé, siento que era inocente; tú eres de la misma opinión, y eso confirma mi creencia. ¡Ay!, Víctor, cuando la falsedad puede adoptar la apariencia de verdad, ¿quién

puede estar seguro de alcanzar alguna felicidad? Siento como si caminara por el borde de un precipicio, hacia el que se agolpan miles de personas y pugnan por arrojarme al abismo. William y Justine han sido asesinados, pero el homicida ha escapado; anda libre por el mundo, y quizá es respetado; sin embargo, aunque me condenasen a sufrir en el cadalso el castigo de sus crímenes, no cambiaría mi suerte por la de ese desdichado.

Escuché este discurso con extrema agonía. Yo, no por el acto sino por el efecto, era el verdadero homicida. Elizabeth leyó la angustia en mi semblante, y tomándome la mano dulcemente, dijo:

—Mi queridísimo amigo, debes serenarte. Dios sabe cuán profundamente estos acontecimientos me han afectado; pero no me siento tan desdichada como tú. Hay en tu semblante una expresión de desesperación, y a veces de venganza, que me hace temblar. Querido Víctor, desecha esas pasiones tenebrosas. Recuerda a los amigos que te rodean, y que cifran en ti todas sus esperanzas. ¿Hemos perdido el poder de hacerte feliz? ¡Ah! Mientras nos amemos, mientras seamos sinceros los unos con los otros, aquí en esta tierra de paz y de belleza que es nuestro país natal, podremos cosechar toda serena bienaventuranza... ¿Qué puede turbar nuestra paz?

¿Acaso no bastaban estas palabras, dichas por aquella a quien estimaba por encima de todo otro don de la fortuna, para alejar al enemigo que acechaba en mi corazón? Mientras hablaba, me acerqué a ella, como con temor, no fuera a venir el destructor en ese mismo instante y arrebatarme de su lado.

Así, ni la ternura de la amistad ni la belleza de la tierra o del cielo podían redimir mi alma del dolor; los mismos acentos del amor carecían de efecto. Me sentía envuelto por una nube que ninguna influencia benefactora era capaz de penetrar. El ciervo herido arrastrando sus patas desfallecientes hacia algún matorral inexplorado para mirarse allí la flecha que lleva clavada y morir... no era sino mi propia imagen.

Unas veces podía vencer la negra desesperación que me abrumaba; pero otras, el torbellino de pasiones de mi alma me empujaba a buscar algún alivio a mis insoportables sentimientos en el ejercicio físico y el cambio de lugar. Durante uno de estos accesos salí súbitamente de casa y encaminé mis pasos hacia los próximos valles alpinos, tratando de olvidarme de mí mismo y de mis penas

efímeras y humanas en la magnificencia inmutable de esos escenarios. Me dirigí hacia el valle de Chamonix. Lo había visitado frecuentemente durante mi niñez. Habían pasado seis años desde entonces: ahora, yo era un despojo..., pero nada había cambiado en aquellos parajes agrestes y eternos.

Hice la primera parte de esta excursión a caballo. Después alquilé una mula, que es de pezuña más segura y menos propensa a los percances en esos caminos accidentados. El tiempo era bueno; estábamos a mediados de agosto, y hacía casi dos meses de la muerte de Justine, fecha desventurada desde la cual cuento todos mis males. El peso que me agobiaba el espíritu se alivió sensiblemente al adentrarme aún más en el barranco del Arve. Las inmensas montañas y precipicios que se alzaban a mi alrededor, la furia del río bramando entre las rocas y el estruendo de las cascadas revelaban la fuerza poderosa de la Omnipotencia... , y dejé de temer y de rendirme ante cualquier ser inferior a aquel que había creado y gobernaba los elementos, aquí desplegados en su aspecto más tremendo. Mientras ascendía, el valle adquirió un carácter más imponente y asombroso. Los castillos ruinosos colgados sobre precipicios en las montañas cubiertas de pinos, el Arve impetuoso, las casas asomando aquí y allá, entre los árboles, componían un paisaje de singular belleza. Pero aún lo realzaban y hacían más sublime los Alpes poderosos, cuyas blancas y resplandecientes pirámides y cúpulas se erguían impresionantes, como si fuesen otro mundo, la morada de otra raza de seres.

Crucé el puente de Pélissier, donde el barranco que forma el río se abría ante mí, y empecé el ascenso a la montaña que lo domina. Poco después entré en el valle de Chamonix. Este valle es más impresionante y sublime, aunque no tan hermoso y pintoresco como el de Servox, por el cual acababa de pasar. Las altas y nevadas montañas eran sus límites inmediatos; pero no vi más castillos ruinosos ni campos de labor. Inmensos glaciares se acercaban al camino, se oía el ruido atronador de los aludes al desprenderse, y se veía el vapor que señalaba su paso. El Mont Blanc, el magnífico y supremo Mont Blanc, descollaba entre las *aiguilles* que lo rodeaban, dominando el valle su cúpula tremenda.

Una hormigueante sensación placentera, hacía tiempo olvidada, me recorrió el cuerpo a menudo durante esta excursión. Un recodo del camino, un accidente súbitamente reconocido me hacían evocar

tiempos pasados, y se asociaban con la alegría de mi adolescencia. El mismo viento susurraba de forma tranquilizadora, y la Naturaleza maternal me pedía que dejase de llorar. Después, cesaba este influjo benefactor..., me atenazaba nuevamente la aflicción, y me sumía en el completo dolor de mis reflexiones. De modo que espoleaba al animal, tratando de olvidar el mundo, mis miedos y, sobre todo, de olvidarme de mí mismo..., o de manera más desesperada, desmontaba y me arrojaba en la hierba, abrumado por el horror y la desolación.

Por último, llegué al pueblo de Chamonix. Tras el extremo cansancio del cuerpo y de la mente que había soportado, me sobrevino el agotamiento. Permanecí un rato en la ventana, observando los pálidos relámpagos que jugaban sobre el Mont Blanc, y escuchando el rumor precipitado del Arve, que seguía su curso fragoroso por abajo. Estos mismos rumores fueron un arrullo para mi excitada sensibilidad; cuando apoyé la cabeza en la almohada, me invadió el sueño; noté cómo se adueñaba de mí, y bendije al dador del olvido.

Capítulo 10

El día siguiente lo pasé recorriendo el valle. Estuve en las fuentes del Arve, que toman sus aguas de un glaciar que desciende lento desde la cima de los montes hasta la barrera del valle. Delante tenía las abruptas laderas de unas montañas inmensas; la muralla helada del glaciar se alzaba imponente por encima de mí; no lejos, se veían algunos pinos destrozados, y tan solo turbaba el solemne silencio de esta sala gloriosa de la naturaleza el alboroto de las aguas, la caída de algún enorme fragmento, el ruido atronador de los aludes o el crujido, multiplicado por el eco de las montañas, del hielo acumulado que, merced a la acción silenciosa de las leyes inmutables, se hendía y desgarraba de cuando en cuando como un juguete en manos de ellas. Estos escenarios sublimes y magníficos me proporcionaron el mayor consuelo que podía recibir. Me elevaron por encima de toda mezquindad de sentimientos, y aunque no borraron mi dolor, lo dulcificaron y mitigaron. En cierto modo, también, apartaron mi atención de aquellos pensamientos que me habían atormentado durante el mes anterior. Por la noche me retiré a descansar; mis sueños, por así decir, fueron custodiados y administrados por grandiosas moles que había contemplado durante el día. A mi alrededor se congregaron los picos de nieve inmaculada, el pináculo espléndido, los bosques de pinos y el barranco pelado y abrupto, el águila remontando entre las nubes…; todo acudía a mi lado para llenarme de paz.

¿Adónde huyó cuando desperté a la mañana siguiente? Todo cuanto me había traído algún aliento se había disipado con el sueño, y una honda tristeza ensombreció mis pensamientos. La lluvia caía a torrentes, y espesas nubes ocultaban las cimas de los montes, de forma que dejé de ver las caras de aquellos amigos poderosos. No obstante, traspasaría aquel velo de nubes e iría a visitarlos en sus brumosos refugios. ¿Qué me importaban la lluvia y la tormenta? Me trajeron la mula hasta la puerta, y decidí subir a la cima del Montvert. Recordaba la impresión que me había producido la primera vez que vi el tremendo glaciar, perpetuamente en movimiento. Me había llenado de un inefable éxtasis que daba alas al alma, y le permitía elevarse de este mundo oscuro, hacia la luz y

la alegría. La visión de lo tremendo y lo sublime en la naturaleza, efectivamente, me había producido siempre una impresión de solemnidad en el espíritu que me hacía olvidar los cuidados pasajeros de la vida. Decidí ir sin guía, ya que el sendero me era bastante familiar, y la presencia de otro podía anular la solitaria grandeza del paisaje.

La subida es empinada, y el sendero está cortado en continuas y breves revueltas que permiten vencer la perpendicularidad de la montaña. El panorama es terriblemente desolador. En todas partes pueden verse las huellas de los aludes del invierno: árboles derribados y esparcidos por el suelo, unos enteramente destrozados, otros tumbados, apoyados contra las rocas salientes o atravesados sobre otros árboles. El sendero, a medida que sube, está cortado por barrancos de nieve, por donde ruedan a cada instante las piedras que se desprenden de lo alto; uno de ellos es particularmente peligroso, ya que el más leve ruido, unas palabras en voz alta tan solo, provoca en el aire una conmoción suficiente para precipitar la destrucción sobre la cabeza del hablante. Los pinos no son altos ni frondosos, pero son sombríos y añaden un matiz de severidad al escenario. Miré el valle de abajo; de los ríos que lo recorrían se elevaban inmensas nieblas que se enroscaban con espesos festones alrededor de las montañas que tenía enfrente, cuyas cimas ocultaban las nubes uniformes, mientras la lluvia caía del cielo tenebroso y aumentaba la melancolía de los objetos que me rodeaban. ¡Ay! ¿Por qué se jacta el hombre de sensibilidades superiores a las del bruto? Ello no hace sino someterle más a la necesidad. Si nuestros impulsos se redujesen al hambre, a la sed y al deseo, casi seríamos libres; en cambio, así nos mueve cualquier soplo de viento, cualquier palabra casual, o la idea que esa palabra puede transmitir.

Descansamos, y un sueño puede envenenar nuestro descanso.
Despertamos, y un pensamiento fugaz corrompe el día.
Sentimos, concebimos, razonamos; reímos o lloramos,
abrazamos con pasión el dolor, desechamos los cuidados;
da igual: pues ya sea el gozo o el dolor,
el sendero de su marcha aún está libre.
El ayer del hombre jamás será como el mañana;
¡nada dura salvo la propia mutabilidad!

Era casi mediodía cuando coroné la ascensión. Permanecí sentado un rato en la roca que domina el mar de hielo. Una bruma lo envolvía, al igual que a las montañas vecinas. Luego, la brisa disipó la nube, y descendí al glaciar. La superficie es muy desigual, y ya se alza como las olas de un mar encrespado, o desciende, salpicada de grietas que se hunden profundamente. El campo de hielo tiene alrededor de una legua de anchura, pero tardé casi dos horas en cruzarlo. La montaña del otro extremo es una roca pelada y perpendicular. Desde donde estaba yo, el Montvert se encontraba exactamente al lado opuesto, a una legua de distancia; y por encima se alzaba el Mont Blanc con imponente majestuosidad. Me detuve en una oquedad de la roca a contemplar este escenario maravilloso e impresionante. El mar, o más bien el vasto río de hielo, serpeaba entre sus montañas tributarias, cuyas elevadas cumbres se alzaban por encima del vacío de los valles. Los picos, helados y resplandecientes, brillaban al sol por encima de las nubes. Mi corazón, antes afligido, se inundó ahora de un sentimiento de gozo, y exclamé:

—¡Espíritus errabundos, si es que efectivamente vagáis y no descansáis en vuestros lechos angostos, permitidme esta débil felicidad, o tomadme como compañero y llevadme lejos de los goces de la vida!

No bien hube dicho esto cuando vi de pronto, a cierta distancia, la figura de un hombre que venía hacia mí con sobrehumana rapidez. Saltaba las grietas del hielo, entre las que yo había avanzado con lenta precaución; su estatura, a medida que se acercaba, parecía exceder la del hombre normal. Me sentí turbado; se me nublaron los ojos, y noté que me invadía un desfallecimiento; pero, gracias al aire frío de las montañas, me recobré enseguida. Descubrí, al aproximarse más aquella forma (¡tremenda, odiosa visión!), que era el desdichado ser creado por mí. Temblé de rabia y de horror, y decidí esperarle para entablar con él un combate mortal. Al fin llegó; su expresión reflejaba una angustia infinita, no exenta de desprecio y malevolencia, mientras su espantosa fealdad le hacía casi insoportable a los ojos humanos. Pero apenas me di cuenta de esto: la rabia y el odio me habían privado de la voz, y solo me recobré para cubrirle de expresiones de furiosa abominación y desprecio.

—¡Demonio! —exclamé—, ¿cómo te atreves a acercarte a mí? ¿No temes que descargue la fiera venganza de mi brazo agraviado

sobre tu miserable cabeza? ¡Vete, insecto despreciable! ¡O más bien quédate, que pueda devolverte al polvo! ¡Ah! ¡Ojalá fuese posible, con la supresión de tu existencia, restituir a las víctimas que tan diabólicamente has aniquilado!

—Esperaba esta acogida —dijo el demonio—. Todos los hombres odian a los desventurados; así que ¡cuánto no me deben de odiar a mí, que soy el más desdichado de los seres vivientes! Sin embargo, tú, mi creador, detestas y desprecias a tu criatura, a la que tu arte te ligó con lazos que solo disolverá la desaparición de uno de los dos. Pretendes matarme. ¿Cómo te atreves a jugar de este modo con la vida? Cumple tu deber para conmigo, y yo cumpliré el mío respecto a ti y al resto de los hombres. Si accedes a cumplir mis condiciones, os dejaré en paz; pero si rehúsas, cebaré el buche de la muerte hasta saciarla con la sangre de los amigos que aún te quedan.

—¡Monstruo abominable! ¡Demonio de la perversión! Las torturas del infierno son una venganza demasiado indulgente para tus crímenes. ¡Engendro desdichado! Me reprochas el haberte dado el ser; ven, pues, que pueda extinguir la chispa que tan descuidadamente te infundí.

Mi enojo no tenía límites; me abalancé sobre él, impulsado por todos los sentimientos que pueden enconar a un ser contra la existencia de otro.

Me eludió fácilmente, y dijo:

—¡Cálmate! Te ruego que me escuches, antes de descargar tu odio sobre mi desventurada cabeza. ¿No he sufrido bastante, que aún tratas de aumentar mi desdicha? Estimo mi vida, aunque solo sea un cúmulo de aflicciones, y la defenderé. Recuerda que me has hecho más poderoso que tú mismo; mi estatura es superior a la tuya, y mis articulaciones más flexibles. Pero no siento deseos de alzarme contra ti. Soy tu criatura, y seré incluso manso y dócil ante mi señor y rey natural, si tú también cumples tu parte, cosa que me debes. ¡Oh, Frankenstein!, no seas justo con los demás y déspota conmigo únicamente, ya que soy a quien más debes mostrar tu justicia, incluso tu clemencia y afecto. Recuerda que soy tu criatura; debería ser tu Adán, pero soy más bien el ángel caído, a quien privaste de la alegría sin haber cometido mal alguno. En todas partes veo la felicidad, de la que solo yo me encuentro irrevocablemente excluido. Yo era afectuoso y bueno, y la aflicción me ha convertido en demonio. Haz que sea feliz, y seré virtuoso

otra vez.

—¡Vete! No quiero escucharte. No puede haber comunión entre nosotros; somos enemigos. Vete, o pongamos a prueba nuestras fuerzas en una lucha en la que caiga uno de los dos.

—¿Cómo podré conmoverte? ¿No hay súplica capaz de hacer que vuelvas una mirada favorable hacia tu criatura, que implora tu bondad y tu compasión? Créeme, Frankenstein; yo era benévolo; mi alma resplandecía de amor y humanidad; pero ¿no estoy solo, miserablemente solo? Si tú, mi creador, me detestas, ¿qué me cabe esperar de tus semejantes, que no me deben nada? Me desprecian y me odian. Mi refugio son las montañas desiertas y los desolados glaciares. He vagado por aquí durante muchos días; las cavernas de hielo, que únicamente yo no temo y el hombre no apetece, son mi morada. Bendigo estos cielos desolados, pues son conmigo más clementes que tus semejantes. Si la multitud humana conociese mi existencia, haría como tú; se armaría para destruirme. ¿No habré de odiar, entonces, a quienes me odian a mí? No haré trato alguno con mis enemigos. Si soy desdichado, compartirán mi desdicha. Sin embargo, en tu mano está el compensarme, y librarles a ellos de un mal que puedes aumentar tanto que no solo tú y tu familia, sino miles de seres serán tragados por los torbellinos de la furia. Deja que se conmueva tu compasión, y no me desprecies. Escucha mi historia; cuando la hayas oído, abandóname o compadécete de mí, según lo que creas que merezco. Pero óyeme. A los culpables, aunque lo sean por delitos de sangre, las leyes humanas les permiten hablar en su propia defensa antes de ser condenados. Escúchame, Frankenstein. Tú me acusas de homicidio y, sin embargo, destruirías a tu propia criatura con la conciencia tranquila. ¡Oh, bendita, eterna justicia del hombre! No te pido que me perdones: óyeme; y luego, si puedes, y si quieres, destruye la obra de tus manos.

—¿Por qué me traes a la memoria —repliqué— la circunstancia, cuyo recuerdo me hace estremecer, de que he sido yo tu miserable origen y autor? ¡Maldito sea el día, demonio abominable, en que viste la luz por primera vez! ¡Malditas (aunque sea yo quien las maldiga) las manos que te formaron! Me has hecho desdichado más allá de cuanto cabe imaginar. No me has dejado la posibilidad de considerar si soy contigo justo o no. ¡Vete! Líbrame de la visión de tu presencia detestable.

—Entonces te libro de ella, mi creador —dijo, y me puso sus odiosas manos ante los ojos, que yo aparté con violencia—; quitaré de tu vista una imagen que aborreces. Sin embargo, ¿no puedes escucharme y concederme tu compasión? Por las virtudes que poseí una vez, pido esto de ti. Escucha mi historia; es larga y extraña. Pero la temperatura de este lugar no conviene a tu constitución delicada; vamos a la cabaña del monte. El sol aún está alto; antes de que baje a ocultarse tras aquellos precipicios nevados e ilumine otro mundo, habrás oído lo que tengo que contarte, y podrás decidir. De ti depende si debo dejar para siempre la vecindad del hombre y llevar una vida inofensiva, o convertirme en azote de tus semejantes y autor de tu propia e inmediata ruina.

Dicho esto, emprendió la marcha por el hielo; le seguí. Tenía el corazón agobiado, y no le contesté; pero, mientras caminábamos, sopesé los diversos argumentos que él había esgrimido, y decidí, al menos, escuchar su historia. En parte, me movía la curiosidad, y la compasión reforzaba esta resolución. Hasta aquí le había tenido por el asesino de mi hermano, y deseaba vivamente confirmar o desechar tal suposición. Por primera vez, también, comprendí cuáles eran los deberes de un creador para con su criatura, y que debía hacerla feliz antes de lamentar su perversidad. Estos motivos me impulsaron a acceder a su petición. Así que cruzamos el hielo y subimos a la roca opuesta. El aire era frío, y la lluvia empezaba a caer otra vez; entramos en la cabaña, el demonio con expresión exultante, y yo con el corazón oprimido y el ánimo desalentado. Pero accedí a escucharle; me senté junto al fuego que mi odioso compañero había encendido, y él empezó de este modo su relato.

Capítulo 11

—Apenas recuerdo los primeros momentos de mi vida; todos los acontecimientos de ese período me resultan confusos e indistintos. Una extraña multitud de sensaciones se apoderó de mí: veía, tocaba, oía y olía al mismo tiempo; y tardé mucho, efectivamente, en aprender a diferenciar las funciones de mis distintos sentidos. Recuerdo que una luz me iba oprimiendo cada vez más los nervios, hasta que me vi obligado a cerrar los ojos. Entonces me envolvió la oscuridad y me turbó; pero apenas había experimentado esto, abrí los ojos, supongo yo ahora, y me inundó la luz otra vez. Creo que caminé y descendí; pero poco después tuve conciencia de un gran cambio en mis sensaciones. Antes, me habían rodeado cuerpos oscuros y opacos, insensibles al tacto y a la vista; pero ahora descubrí que podía moverme en libertad, sin que hubiese obstáculos que no pudiese superar o evitar. La luz se hizo cada vez más opresiva; y, como el calor me fatigaba al caminar, busqué un sitio en sombra donde poder cobijarme. Lo encontré en el bosque próximo a Ingolstadt; me tumbé junto a un arroyo, a descansar de mi fatiga, hasta que me sentí acuciado por el hambre y la sed. Esto me despertó del estado casi letárgico en que estaba, y comí algunas bayas que colgaban de los árboles o yacían en el suelo. Apagué la sed en el arroyo; me eché después, y el sueño me venció.

»Era de noche cuando desperté; tenía frío, y medio me asusté instintivamente, por así decir, al verme tan solo. Antes de abandonar tu aposento, impulsado por una sensación de frío, me había cubierto con algunas ropas; pero eran insuficientes para protegerme del rocío de la noche. Me sentía pobre, desamparado, miserable, desdichado; no sabía ni podía distinguir nada; pero un sentimiento de dolor me invadió por completo; me senté y lloré.

»Al poco tiempo, surgió en los cielos una luz que me produjo una sensación placentera. Me levanté de un salto y vi una forma radiante que se elevaba de entre los árboles. Me quedé mirándola con una especie de asombro. Se desplazaba lentamente, pero iluminaba el camino; y salí de nuevo en busca de bayas. Aún tenía frío, cuando debajo de un árbol encontré una capa enorme con la

que me cubrí, y me senté en el suelo. En mi mente no había una sola idea clara; todo era confuso. Sentía la luz y el hambre y la sed y la oscuridad; en mis oídos sonaban innumerables ruidos, y de todas partes me llegaban olores distintos; el único objeto que podía distinguir era la luna esplendorosa, y en ella fijaba los ojos con placer.

»Transcurrieron varios cambios de días y noches, y el orbe nocturno había menguado ya mucho, cuando empecé a diferenciar unas sensaciones de otras. Poco a poco, fui distinguiendo con claridad la corriente cristalina que me proporcionaba la bebida y los árboles que me protegían con su follaje. Me encantó descubrir que un sonido agradable, que a menudo recreaba mis oídos, provenía de la garganta de los pequeños animalillos alados que con frecuencia interceptaban la luz de mis ojos. Empecé a observar también, con mayor precisión, las formas que me rodeaban, y a distinguir los contornos del techo radiante que formaba una bóveda por encima de mí. Unas veces trataba de imitar los cantos deliciosos de los pájaros, pero no podía. Otras, trataba de expresar mis sensaciones a mi propia manera, pero los toscos e inarticulados sonidos que brotaban de mi garganta me asustaban y me hacían enmudecer.

»La luna había desaparecido de la noche, y había surgido otra vez, menguada, mientras yo seguía en el bosque. Por entonces, mis sensaciones se habían vuelto claras, y mi mente contenía cada día más ideas. Mis ojos se acostumbraron a la luz, y a percibir los objetos en su justa forma: distinguía al insecto de la hierba y, poco a poco, a una hierba de otra. Descubrí que el gorrión solo profería notas discordantes, mientras que las del mirlo y las del tordo eran dulces y seductoras.

»Un día en que me sentía acosado por el frío, encontré una fogata que habían dejado unos vagabundos, y me sentí inundado de placer ante el calor que experimenté junto a ella. En mi alegría, metí la mano entre las ascuas encendidas, pero la retiré inmediatamente con un grito de dolor. ¡Qué extraño, pensé, que la misma causa sea capaz de producir efectos tan opuestos! Examiné los materiales del fuego, y descubrí que se trataba de leña. Recogí rápidamente algunas ramas, pero estaban mojadas y no ardieron. Esto me apesadumbró, y me quedé sentado, observando la actividad del fuego. La leña mojada que había puesto junto a la fogata se secó y acabó encendiéndose también. Reflexioné sobre esto y, tocando

las diversas ramas, descubrí cuál era la causa, de modo que me dediqué afanosamente a recoger gran cantidad de leña, a fin de secarla y tener así suficiente provisión. Al llegar la noche, trayendo el sueño consigo, sentí un gran temor de que el fuego se apagase. Lo cubrí cuidadosamente con leña seca y hojas, y coloqué ramas mojadas encima; luego, extendiendo la capa, me tumbé en el suelo y me quedé dormido.

»Había amanecido cuando desperté, y mi primer cuidado fue visitar el fuego. Lo destapé, y una suave brisa lo avivó rápidamente, encendiendo una llama. Observé eso también, confeccioné un aventador con ramas y con él avivé las brasas casi apagadas. Cuando llegó la noche de nuevo, me di cuenta con placer de que el fuego daba luz a la vez que calor, y el descubrimiento de esta cualidad me resultó útil para preparar alimentos, pues había encontrado algunos restos de asado que los viajeros habían dejado, y que tenían un sabor mucho más grato que las bayas que yo cogía de los árboles. Así que probé a preparar mi comida de la misma manera, colocándola en las brasas vivas. Descubrí que las bayas se estropeaban de esta forma, y que las nueces y raíces mejoraban mucho.

»Pero empezó a escasear la comida, y a menudo me pasaba el día entero buscando en vano alguna bellota con que mitigar los tormentos del hambre. Al darme cuenta de esto, decidí abandonar el lugar que hasta ahora había habitado, y buscar otro donde pudiera satisfacer más fácilmente las pocas necesidades que sentía. Lo que más me pesaba de esta emigración era perder el fuego que había conseguido accidentalmente, ya que no sabía producirlo otra vez. Estuve varias horas considerando seriamente esta dificultad, pero me vi obligado a renunciar a todo intento de proporcionármelo; y, envolviéndome con la capa, crucé el bosque hacia poniente. Pasé tres días en estos vagabundeos, y al final llegué a campo abierto. La noche antes había caído una gran nevada, y los campos tenían una blancura uniforme: el aspecto era desolador, y me di cuenta de que mis pies estaban yertos a causa de la fría y húmeda sustancia que cubría el suelo.

»Eran alrededor de las siete de la mañana, y deseaba vivamente encontrar alimento y cobijo; por último, divisé una pequeña cabaña en una ladera, construida sin duda para resguardo de algún pastor. Aquello era nuevo para mí, y examiné la construcción con

curiosidad. Al ver la puerta abierta, entré. Había un hombre viejo sentado cerca del fuego, donde se preparaba el desayuno. Se volvió al oír ruido; y, al verme, profirió un alarido; y, abandonando la choza, echó a correr por los campos a una velocidad increíble para su cuerpo debilitado. Su aspecto, distinto de cuantos había visto hasta ahora, y su huida me dejaron un poco sorprendido. Pero me encantó la choza; aquí no podían penetrar la nieve y la lluvia; el suelo estaba seco; y me pareció un refugio tan exquisito y divino como el Pandemonium a los diablos del infierno, después de los sufrimientos en el lago de fuego. Devoré con avidez los restos del desayuno del pastor, consistentes en pan, queso, leche y vino; este último, sin embargo, no me gustó. Luego, vencido por el cansancio, me tumbé en la paja y me quedé dormido.

»Era mediodía cuando desperté; y, animado por el calor del sol, que brillaba radiante en la blancura del suelo, decidí reanudar mi camino; me guardé las sobras del desayuno del pastor en un zurrón que había encontrado, y seguí recorriendo los campos durante horas, hasta el atardecer, en que llegué a un pueblo. ¡Qué milagro me pareció! Las cabañas, las casitas de campo, más cuidadas, y los edificios solemnes provocaron sucesivamente mi admiración. Las hortalizas de los huertos, la leche y el queso que vi en las ventanas de algunas casas me despertaron el apetito. Entré en una de las mejores; pero, apenas puse los pies en el umbral, los niños empezaron a chillar, y una de las mujeres se desmayó. Todo el pueblo se alarmó; unos huyeron, otros me atacaron; hasta que, gravemente magullado por las piedras y muchas otras clases de proyectiles, escapé a campo abierto y me refugié asustado en un bajo cobertizo, completamente vacío, y de aspecto miserable, después de los palacios que había visto en el pueblo. Este cobertizo estaba adosado a una casita cuidada y de aspecto agradable; pero, tras la última experiencia que tan cara me había costado, no me atreví a entrar. El lugar de mi refugio estaba hecho de troncos; y era tan bajo que a duras penas podía permanecer de pie en su interior. No tenía tabla alguna que formase el piso, si bien tenía el suelo seco; y, aunque el viento entraba por innumerables grietas, encontré que era un abrigo confortable contra la nieve y la lluvia.

»Así que me escondí en él, y me eché, feliz de haber encontrado un refugio, aunque miserable, contra las inclemencias del tiempo y, más aún contra la barbarie del hombre.

»Tan pronto como clareó el día, salí a gatas de mi perrera, a fin de echar una ojeada a la casa adyacente y averiguar si podía quedarme en este escondite que había encontrado. Estaba adosado a la parte posterior de la casa, y rodeado por una cochiquera y una charca de agua clara. Uno de los lados tenía una abertura, que era por donde me había introducido; pero ahora cubrí todas las grietas por las que podía ser visto con piedras y ramas, aunque de modo que pudiera quitarlas para salir; toda la luz que me llegaba entraba por el lado de la cochiquera, y era suficiente para mí.

»Después de arreglar de este modo mi morada, y alfombrarla con paja limpia, me retiré; pues vi la figura de un hombre a cierta distancia, y recordaba demasiado bien el tratamiento que había recibido la noche anterior por confiarme a su poder. Antes, sin embargo, me había provisto, para la comida del día, de una hogaza de tosco pan que había robado y de un tazón con que poder beber —más conveniente que la mano— del agua pura que discurría junto a mi escondite. El suelo estaba un poco levantado, de modo que se encontraba perfectamente seco y, debido a la proximidad de la chimenea de la casa, estaba tolerablemente caliente.

»Provisto de este modo, resolví quedarme en dicho cobertizo en tanto no ocurriera alguna cosa que me hiciera cambiar de parecer. Era, en efecto, un paraíso comparado con el bosque desolado, mi primera residencia, con las ramas goteantes de lluvia y la tierra húmeda. Desayuné con apetito; y estaba a punto de quitar una tabla para salir en busca de un poco de agua, cuando oí pasos y, al mirar a través de una pequeña rendija, vi a una joven criatura con un cubo en la cabeza que cruzaba por delante del cobertizo. Era una muchacha muy joven y de dulce figura, distinta de cuantas había visto hasta entonces en las campesinas y criadas de las granjas. Sin embargo, iba pobremente vestida, con una tosca enagua de color azul y una chaqueta por única vestimenta; llevaba su rubio cabello trenzado y sin adornos; parecía paciente, aunque triste. Desapareció de mi vista, y como un cuarto de hora después regresó con el cubo, ahora parcialmente lleno de leche. Mientras caminaba, incómoda por la carga, salió a su encuentro un hombre joven, cuyo rostro reflejaba un desaliento más profundo. Profirió unos sonidos con aire de melancolía, tomó el cubo de la cabeza de ella y lo llevó él mismo a la casa. La niña le siguió, y desaparecieron. Poco después vi otra vez al joven cruzar el campo por detrás de la casa, con algunas herramientas en la mano; la niña andaba ocupada también, unas

veces en la casa y otras en el exterior.

»Al examinar mi morada descubrí que en otro tiempo una de las ventanas de la casa se abría a lo que ahora era el interior del cobertizo; pero su hueco había sido cegado con tablas. En una de ellas había una rendija pequeña y casi imperceptible. A través de esta grieta se veía una habitación limpia y encalada, casi desprovista de muebles. En un rincón, cerca de una pequeña chimenea, estaba sentado un anciano, con la cabeza apoyada entre las manos, en actitud desconsolada. La niña estaba ordenando la casa; luego sacó algo de un cajón —con lo que ocupó después sus manos— y se sentó junto al anciano, el cual, tomando un instrumento, comenzó a tocar y producir unos sonidos más dulces que la voz de los tordos y de los ruiseñores. Era una escena encantadora incluso para mí, ¡pobre desdichado!, que jamás había visto nada tan hermoso hasta entonces. El cabello plateado y el semblante benévolo del viejo campesino conquistaron mi respeto, mientras que los dulces modales de la niña cautivaron mi amor. El viejo tocaba una tonada dulce y triste que, según descubrí, arrancaba lágrimas de los ojos de su amable compañera; cosa de la que el viejo no se dio cuenta, hasta que ella sollozó de manera audible; entonces él pronunció unos cuantos sonidos, y la rubia criatura, dejando la labor, se arrodilló a sus pies. Él la levantó y sonrió con tal ternura y afecto que yo mismo experimenté una emoción extraña e irresistible; era una mezcla de dolor y de placer, tal como no me habían hecho sentir jamás ni el hambre y el frío, ni el calor y el alimento; me retiré de la ventana, incapaz de soportarlo.

»Poco después regresó el joven, llevando al hombro una carga de leña. La niña salió a la puerta a recibirle; le ayudó a descargar y a entrar un poco de leña a la casa, y la echó al fuego; luego ella y el joven se retiraron a un rincón de la casa, y él le enseñó una gran hogaza y un trozo de queso. Ella pareció alegrarse y salió al huerto a coger unas cuantas raíces y plantas, las metió en agua y luego las puso al fuego. Después volvió a coger la labor, y el joven salió al huerto y se dedicó afanosamente a cavar y extraer raíces. Después de trabajar de este modo alrededor de una hora, la joven fue a buscarle, y entraron juntos en la casa.

»El viejo, entretanto, había permanecido pensativo; pero al aparecer sus compañeros adoptó un aire más alegre, y se sentaron a

comer. Terminaron enseguida. La joven se dedicó otra vez a ordenar; el anciano salió a pasear unos minutos al sol por delante de la casa, apoyado en el brazo del joven. Nada podría superar en belleza el contraste entre estos dos seres excelentes. Uno era viejo, con los cabellos plateados, y un semblante que resplandecía de benevolencia y amor; el más joven era de delgada y graciosa figura, y su rostro estaba modelado con la más bella simetría, aunque sus ojos y su actitud expresaban una profunda tristeza y desaliento. Luego el anciano regresó a la casa, y el joven, con herramientas distintas a las que había empleado por la mañana, se encaminó al otro lado de los campos.

»La noche cerró rápidamente, pero, para mi mayor asombro, vi que los campesinos tenían un medio de prolongar la luz mediante el uso de velas, y fue una alegría descubrir que la puesta del sol no puso fin al placer que yo experimentaba observando a mis vecinos humanos. Por la noche, la niña y su compañero se entregaron a diversas ocupaciones que yo no entendí; y el anciano cogió nuevamente el instrumento que producía los divinos sonidos que me habían encantado por la mañana. Tan pronto como hubo terminado, empezó el joven, no a tocar, sino a emitir sonidos monótonos, que no tenían la armonía del instrumento del anciano ni de los cantos de los pájaros; luego supe que leía en voz alta, pero entonces no sabía nada de la ciencia de las palabras y las letras.

»La familia, tras ocuparse en esto durante breve rato, apagó las luces y se retiró, supuse, a descansar.

Capítulo 12

»Permanecí tumbado en la paja, pero no pude dormir. Pensaba en los sucesos del día. Lo que más me había impresionado era la bondadosa conducta de estas personas, y sentía vivos deseos de unirme a ellos; pero no me atrevía. Recordaba demasiado bien el trato que había sufrido la noche anterior por parte de los bárbaros aldeanos; y, fuera cual fuese la conducta que tuviera que adoptar más adelante, decidí seguir de momento oculto en el cobertizo, observando y tratando de averiguar las razones que motivaban su comportamiento.

»Los moradores de la casa se levantaron a la mañana siguiente antes de que saliese el sol. La niña ordenó la casa y preparó algún alimento; y, después de la primera comida del día, el joven se marchó.

»Ese día transcurrió con la misma rutina que el anterior. El joven estuvo constantemente ocupado fuera, y la niña realizó diversas tareas penosas en la casa. El anciano, quien no tardé en descubrir que estaba ciego, se entretenía tocando su instrumento o meditando. Nada podría superar el amor y el respeto que los moradores más jóvenes mostraban por su venerable compañero. Le prestaban todas las pequeñas atenciones del afecto y el deber con dulzura, y él les correspondía con benévolas sonrisas.

»Pero no eran enteramente felices. El joven y su compañera se apartaban a menudo y parecían llorar. Yo no veía motivo alguno para esta infelicidad, pero aquello me afectaba profundamente. Si tan encantadoras criaturas eran desgraciadas, nada tenía de extraño que lo fuese yo, un ser imperfecto y solitario. Sin embargo, ¿por qué eran infelices estas bondadosas personas? Tenían una casita preciosa (así al menos me lo parecía a mí), y todas las comodidades; disponían de un fuego donde calentarse cuando tenían frío, y de manjares deliciosos cuando tenían hambre; vestían ropas excelentes; pero, además, gozaban de la mutua compañía y conversación, intercambiando a diario miradas de afecto y de ternura. ¿Qué significaban, entonces, sus lágrimas? ¿Eran realmente expresión de dolor? Al principio me fue imposible resolver estos interrogantes; pero la constante observación y el tiempo me dieron la clave de

muchos aspectos que al principio eran un misterio para mí.

»Transcurrió bastante tiempo antes de que descubriese una de las causas de las tribulaciones de esta amable familia: era la pobreza, mal que padecían hasta extremos angustiosos. Su alimentación consistía en hortalizas del huerto y leche de una vaca, que daba muy poca durante el invierno, porque en esa época sus dueños apenas podían mantenerla. A menudo, creo, sufrían intensamente los zarpazos del hambre, sobre todo los dos campesinos jóvenes, pues ponían comida delante del anciano varias veces al día, mientras que para ellos no reservaban ninguna.

»Ese rasgo de ternura me conmovió profundamente. Yo me había acostumbrado a robarles durante la noche una parte de sus provisiones para mi propio consumo, pero cuando descubrí que con esto aumentaba sus sufrimientos, me abstuve y sacié el hambre con bayas, nueces y raíces que recogía en el bosque vecino.

»Descubrí, además, otro medio de ayudarles en sus tareas. Averigüé que el joven pasaba gran parte del día recogiendo leña para el hogar de la familia; así que durante la noche cogía a menudo sus herramientas, cuyo uso había aprendido rápidamente, y les traía leña suficiente para varios días.

»Recuerdo que la primera vez que hice esto, la niña, al abrir la puerta por la mañana, se quedó enormemente asombrada al ver un gran montón de leña en el exterior. Profirió unas palabras en voz alta, y acudió el joven, que se mostró sorprendido también. Observé con placer que ese día no fue al bosque, sino que lo dedicó a reparar la casa y a cultivar el huerto.

»Poco a poco, fui haciendo un descubrimiento de mayor trascendencia aún. Me di cuenta de que esta gente poseía un método de comunicar sus experiencias y sentimientos, articulando sonidos. Noté que las palabras que pronunciaban producían placer o dolor, sonrisas o tristeza, en el espíritu y el semblante de los que escuchaban. Esta era, efectivamente, una ciencia divina, y deseé ardientemente dominarla yo también. Pero fracasé en cada intento que hice en este sentido. Hablaban deprisa y, como las palabras que pronunciaban no tenían ninguna conexión aparente con objetos visibles, me resultaba imposible descubrir alguna clave que me permitiese desentrañar el misterio de su referencia. A fuerza de gran aplicación, sin embargo, y después de llevar viviendo en el cobertizo un período de varios ciclos de luna, averigüé los nombres

que daban a los objetos de más frecuente referencia: aprendí y apliqué las palabras “fuego”, “leche”, “pan” y “leña”. Aprendí también los nombres de los propios moradores de la casa. El joven y su compañera tenían varios; en cambio, el viejo tenía uno solo, que era el de “padre”. La niña se llamaba “hermana” o “Agatha”; y el joven, “Félix”, “hermano” o “hijo”. Me es imposible describir la alegría que sentí cuando aprendí las ideas correspondientes a estos sonidos, y fui capaz de pronunciarlos. Distinguí otras varias palabras sin ser capaz de entenderlas ni aplicarlas, como “bueno”, “querido” y “desdichado”.

»De este modo pasé el invierno. Los dulces modales y la belleza de los moradores de la casa conquistaron mis simpatías; cuando eran infelices, yo me sentía deprimido; cuando estaban contentos, yo compartía su alegría. Veía a pocos seres humanos aparte de ellos; y si por ventura entraba alguien en la casa, sus conductas y ademanes violentos no hacían sino realzar a mis ojos las superiores cualidades de mis amigos. Yo notaba que el anciano se esforzaba a menudo en animar a sus hijos, como observé que les llamaba a veces, para que desechasen toda melancolía. Les hablaba en tono alegre, con una expresión de bondad que incluso a mí me producía placer. Agatha escuchaba con respeto; a veces se le llenaban los ojos de lágrimas, que ella procuraba enjugar sin que la viesen; pero yo veía que, en general, su semblante y el tono de su voz eran más alegres después de escuchar las exhortaciones del padre. No ocurría así con Félix. Él era siempre el más triste del grupo y, aun para mis sentidos inexpertos, parecía haber sufrido más hondamente que los otros. Pero, a pesar de que su semblante revelaba mayor aflicción, su voz era más alegre que la de su hermana, sobre todo cuando le hablaba al anciano.

»Podría referir infinidad de detalles que, aunque triviales, revelaban la disposición de estos amables campesinos. En medio de la pobreza y la necesidad, Félix llevaba a su hermana la primera florecilla blanca que asomaba en la nieve. De madrugada, antes de que ella se hubiera levantado, quitaba la nieve que obstruía el sendero que ella tenía que recorrer hasta el establo, sacaba agua del pozo y entraba leña de la leñera, donde, para su perpetuo asombro, descubría siempre que una mano invisible había repuesto el gasto anterior. Durante el día, creo, trabajaba a veces para un granjero vecino, ya que se iba con frecuencia y no regresaba hasta la hora de cenar, aunque no volvía con leña. Otras veces trabajaba en el

huerto; pero como había poco que hacer en la época de los hielos, leía para el anciano y para Agatha.

»Al principio, estas lecturas me habían tenido enormemente perplejo; pero, poco a poco, fui descubriendo que pronunciaba muchos de los sonidos que utilizaba cuando hablaba. Supuse, por tanto, que encontraba en el papel signos de pronunciación que él entendía, y deseé ardientemente entenderlos yo también; pero ¿cómo conseguirlo, si ni siquiera comprendía los sonidos que representaban los signos? No obstante, mejoré sensiblemente en esta ciencia, aunque no lo bastante como para seguir ningún tipo de conversación, a pesar de que ponía todo el interés en este esfuerzo: me daba cuenta de que, si bien ansiaba vivamente darme a conocer a mis amigos, no debía intentarlo hasta haber dominado su lenguaje, cuyo conocimiento me permitiría hacerles olvidar la deformidad de mi figura; pues, debido al contraste que perpetuamente tenía ante mis ojos, había tomado conciencia de ella.

»Yo había admirado las figuras perfectas de estas personas: su gracia, su belleza y su piel delicada; ¡pero cómo me horroricé cuando me vi en la charca transparente! Al principio retrocedí aterrado, incapaz de creer que era yo, efectivamente, quien se reflejaba en el espejo; y cuando comprobé que era el monstruo que soy, me embargaron los más dolorosos sentimientos de desaliento y mortificación. ¡Ay! Aún no conocía enteramente los fatales efectos de esta desdichada deformidad.

»Cuando el sol se hizo más cálido y la luz del día más larga, la nieve desapareció, y vi los árboles desnudos y la tierra negra. A partir de entonces, Félix estuvo más ocupado, y los patéticos signos del hambre desaparecieron. Su alimento, como descubrí más tarde, era tosco, pero sano; y se lo procuraban con suficiencia. En el huerto brotaron varias clases de plantas nuevas que ellos cultivaban; y estos signos de bienestar fueron aumentando, a medida que avanzaba la estación.

»El anciano, apoyándose en su hijo, salía a pasear a mediodía, si no llovía, como averigüé que se decía cuando los cielos derramaban agua. Esto ocurría con frecuencia, hasta que un gran viento secó la tierra, y la estación se volvió mucho más agradable.

»Mi vida en el cobertizo era siempre la misma. Por las mañanas observaba los movimientos de los moradores de la casa, y cuando

acudían a sus diversas tareas, me echaba a dormir; el resto del día lo pasaba observando a mis amigos. Cuando ellos se retiraban a descansar, si había luna, o la noche era estrellada, me internaba en el bosque y recogía comida para mí y leña para la casa. Al regresar, y siempre que era necesario, les limpiaba el sendero y realizaba algunos menesteres que había visto hacer a Félix. Después descubrí que les tenían muy asombrados estas tareas que efectuaban unas manos invisibles; una o dos veces les oí pronunciar, a propósito de esto, las palabras "espíritus benévolos" y "prodigio", aunque no entendí el significado de estos términos.

»Mis pensamientos se habían vuelto ahora más activos, y ansiaba descubrir los motivos y sentimientos de estas criaturas encantadoras; quería saber por qué Félix parecía tan desgraciado, y Agatha tan triste. Pensé (¡pobre infeliz!) que quizá estaba en mi poder el devolver la felicidad a esta gente digna de toda estima. Cuando dormía o me ausentaba, las figuras del venerable padre ciego, de la dulce Agatha y del excelente Félix fluctuaban ante mí. Los miraba como a seres superiores y árbitros de mi futuro destino. En mi imaginación, me formaba mil escenas de cómo me presentaría a ellos, y cómo me recibirían. Imaginaba que les repugnaría mi presencia, hasta que, por mi actitud afable y mis palabras conciliadoras, ganase primero su favor, y después su afecto.

»Estos pensamientos me llenaban de ánimo y me incitaban a aplicarme con renovado ardor a adquirir el arte del lenguaje. Mis órganos eran, efectivamente, ásperos, pero flexibles; y aunque tenía una voz muy distinta de la dulce música de sus acentos, sin embargo, pronunciaban las palabras que entendía con tolerable facilidad. Era como el asno y el perrito faldero; sin embargo, el asno afable de intenciones afectuosas, a pesar de la rudeza de sus modales, merecía mejor trato que los golpes y los denuestos.

»Los agradables aguaceros y el suave calor de la primavera alteraron enormemente el aspecto de la tierra. Los hombres, que antes parecían haberse ocultado en cavernas, se dispersaron y se dedicaron a las diversas artes del cultivo. Los pájaros cantaban con notas aún más alegres, y empezaban a brotarles hojas a los árboles. ¡Dichosa, dichosa tierra! Morada perfecta para los dioses, poco antes húmeda e inhóspita. Mi ánimo se creció ante el encantador aspecto de la naturaleza; el pasado se borró de mi memoria, el

presente estaba tranquilo, y el futuro se doraba con los vivos resplandores de la esperanza y la promesa de alegría.

Capítulo 13

»Paso ahora a la parte más patética de mi relato. Se trata de sucesos que despertaron en mí sentimientos que, de lo que era, me han hecho lo que soy.

»La primavera avanzaba rápidamente; mejoró el tiempo, y se despejaron los cielos. Me sorprendía ver que lo que antes estaba desierto y desolado, ahora resplandecía de hermosísimas flores y verdor. Mis sentidos se satisfacían y refrescaban con mil perfumes deliciosos y visiones bellas.

»Uno de esos días en que mis amigos descansaban periódicamente del trabajo —el anciano tocaba la guitarra y los hijos le escuchaban—, observé que el semblante de Félix estaba indeciblemente melancólico; suspiraba de cuando en cuando, hasta que su padre dejó de tocar; y por su actitud supongo que preguntó al hijo la causa de aquella melancolía. Félix replicó con alegre acento; y había reanudado el anciano su música, cuando llamó alguien a la puerta.

»Era una dama a caballo, acompañada por un campesino que hacía de guía. La dama llevaba un vestido oscuro y se cubría con un espeso velo. Agatha hizo una pregunta, a la que la desconocida solo contestó pronunciando con dulce acento el nombre de Félix. Su voz era musical, pero distinta de la de mis amigos. Al oírla, Félix se acercó apresuradamente a la dama, la cual, al verle, se quitó el velo, revelando un semblante de una belleza y una expresión angelicales. Su cabello era negro y brillante como el plumaje de un cuervo, y lo llevaba trenzado de manera singular; tenía unos ojos oscuros, aunque dulces y animados; sus facciones eran armoniosas, y su cutis extraordinariamente claro, con las mejillas teñidas de un rosa adorable.

»Félix experimentó una intensa alegría al verla; de su rostro se borró toda huella de tristeza, reflejando al punto un grado de estático arrobamiento del que nunca le habría creído capaz; sus ojos centellearon y las mejillas se le arrebolaron de placer; y en ese momento se me antojó tan hermoso como la desconocida. Ella parecía embargada por unos sentimientos encontrados; tras enjugarse unas lágrimas de sus ojos intensos, tendió la mano a

Félix, que la besó extasiado y la llamó, según pude distinguir, su dulce árabe. Ella pareció no comprenderle, pero sonrió. Él la ayudó a descabalgar y, despidiendo al guía, la condujo al interior de la casa. Hubo una breve conversación entre él y su padre, y la joven desconocida se arrodilló a los pies del anciano y quiso besarle la mano; pero él la levantó y la abrazó afectuosamente.

»No tardé en darme cuenta de que, aunque la desconocida pronunciaba sonidos articulados y parecía tener su propio lenguaje, ni la entendían los moradores de la casa, ni ella les comprendía a ellos. Hacían muchos signos cuyo significado ignoraba yo, pero veía que la presencia de ella comunicaba alegría a toda la casa, disipando la tristeza como el sol disipa las brumas de la mañana. Félix parecía excepcionalmente dichoso, y acogía a su árabe con sonrisas de felicidad. Agatha, la siempre dulce Agatha, besó las manos de la encantadora desconocida y, señalando a su hermano, hizo signos que parecían indicar que él había estado muy triste hasta su llegada. Pasaron de este modo unas horas; entretanto, sus rostros expresaban una alegría cuya causa no entendía yo. Luego descubrí, por la frecuencia con que la desconocida repetía algún sonido después de pronunciarlo ellos, que se esforzaba en aprender el lenguaje de mis amigos; y al punto se me ocurrió que yo podría aprovechar las mismas instrucciones con el mismo fin. La desconocida aprendió unas veinte palabras en la primera lección, la mayoría de las cuales, efectivamente, las había aprendido yo ya; pero me beneficié de las otras.

»Al llegar la noche, Agatha y la joven árabe se retiraron temprano. Al separarse, Félix besó la mano de la desconocida y dijo: “Buenas noches, dulce Safie”. Él permaneció en vela bastante rato, conversando con su padre y, por la frecuente repetición de su nombre, supuse que el tema era la encantadora huésped. Yo deseaba ardientemente comprenderles, y ponía todos mis sentidos en ello; pero me resultaba totalmente imposible.

»A la mañana siguiente, Félix salió a su trabajo; y cuando Agatha terminó sus quehaceres habituales, la joven árabe se sentó a los pies del anciano; y, tomando la guitarra, tocó unos aires tan bellos que enseguida me arrancaron lágrimas de tristeza y de placer. Cantó, y su voz fluyó en rica cadencia, subiendo o perdiéndose como el canto de un ruiseñor de los bosques.

»Al terminar, ofreció la guitarra a Agatha, quien al principio la

rechazó. La tomó luego, y tocó una tonada sencilla, acompañándola con los dulces acentos de su voz, muy distintos del canto melodioso de la desconocida. El anciano parecía embelesado, y dijo unas palabras que Agatha se esforzó en explicar a Safie, mediante las cuales parecía querer decirle que su música le había producido un placer inmenso.

»Los días transcurrieron ahora tan pacíficamente como antes, con el único cambio de que la alegría había sustituido a la tristeza en los semblantes de mis amigos. Safie estaba siempre contenta y feliz; ella y yo progresamos rápidamente en el conocimiento de la lengua, de forma que en dos meses empecé a entender la mayoría de las palabras que empleaban mis protectores.

»Entretanto, también, la tierra negra se cubrió de hierba, y las verdes laderas se salpicaron de innumerables flores, tan dulces para la vista como para el olfato, estrellas de pálido resplandor entre los bosques iluminados por la luna; el sol aumentó su rigor, las noches se volvieron más claras y fragantes, y mis vagabundeos nocturnos se hicieron sumamente placenteros, aunque eran bastante más cortos, ya que el sol tardaba en ocultarse y despuntaba muy pronto, y yo no me atrevía a salir de día por temor a recibir el mismo trato que había sufrido en el primer pueblo en que me había arriesgado a entrar.

»Pasaba los días profundamente atento, a fin de poder dominar rápidamente el lenguaje; y puedo jactarme de que progresé más deprisa que la joven árabe, que comprendía poco y hablaba con acento entrecortado, mientras que yo comprendía y podía imitar casi todas las palabras que ellos empleaban.

»A la vez que mejoraba mi pronunciación, aprendía también la ciencia de las letras, tal como se la enseñaban a la desconocida, lo que abría ante mí un ancho campo de satisfacción y maravilla.

»El libro con el que Félix instruía a Safie era *Las ruinas de Palmira*, de Volney. Yo no habría comprendido el sentido de este libro si no hubiese dado Félix, durante su lectura, explicaciones muy minuciosas. Había elegido esta obra, dijo, porque el estilo declamatorio estaba concebido a imitación de los autores orientales. A través de esta obra adquirí un conocimiento superficial de la historia, y una visión de los diversos imperios del mundo actualmente extinguidos; me dio unas nociones sobre las costumbres, gobiernos y religiones de las distintas naciones de la

tierra. Oí hablar de los indolentes asiáticos, del prodigioso genio de los griegos; de las guerras y admirables virtudes de los primitivos romanos, de su posterior degeneración, y de la decadencia de ese poderoso imperio; de la caballería; del cristianismo y de los reyes. Me enteré del descubrimiento del continente americano, y lloré con Safie el desventurado destino de sus habitantes originales.

»Estos maravillosos relatos me inspiraron extraños sentimientos. ¿Era el hombre, efectivamente, tan poderoso, tan virtuoso y magnífico, y no obstante tan depravado y tan bajo? Unas veces parecía un mero vástago del principio del mal; otras, lo más noble y divino que cabe imaginar. Ser un hombre grande y virtuoso me parecía el más alto honor que podía caberle a un ser sensible; ser bajo y ruin, como hay testimonio de que han sido muchos, era la más baja depravación, una condición más abyecta que la del topo ciego o del gusano inofensivo. Durante mucho tiempo fui incapaz de concebir cómo un hombre podía llegar a matar a un semejante, ni por qué había leyes y gobiernos; pero al enterarme con detalle de las matanzas y los vicios, cesó mi asombro, y rechacé todo aquello con repugnancia y aversión.

»Cada conversación de los moradores de la casa me ofrecía ahora nuevas maravillas. Escuchando las instrucciones que Félix daba a la joven árabe se me revelaba el extraño sistema de la sociedad humana. Oí hablar de la división de la propiedad, de inmensas riquezas y de la pobreza mísera, del rango social, de la estirpe, y de la nobleza de sangre.

»Las palabras hicieron que me volviese hacia mí mismo. Aprendí que los bienes que más estiman tus semejantes son el linaje inmaculado y antiguo, unido a la riqueza. Un hombre puede ser respetado con solo una de estas ventajas; pero si no tiene ninguna es considerado, salvo en casos muy excepcionales, un vagabundo, y un esclavo condenado a gastar sus fuerzas en provecho de unos pocos elegidos. ¿Y qué era yo? Ignoraba absolutamente todo lo relacionado con mi creación y mi creador; pero sabía que no tenía dinero, ni amigos ni ninguna clase de propiedad; y, además, poseía una figura espantosamente deforme y repugnante; ni siquiera era de la misma naturaleza que el hombre. Tenía más agilidad que él, y podía subsistir con una dieta más rudimentaria; soportaba el calor y el frío extremos con menos daño corporal; mi estatura superaba a la suya. Cuando miraba a mi alrededor, no veía ni oía a nadie como

yo. ¿Era, entonces, un monstruo, una abominación de la tierra, de la que todos huían y a la que todos repudiaban?

»No puedo describirte el tormento que me infligían estas reflexiones; trataba de desecharlas, pero el dolor no hacía sino aumentar con el conocimiento. ¡Oh, ojalá hubiese permanecido eternamente en mi bosque natal, y no hubiese conocido otras sensaciones que las del hambre, la sed y el calor!

»¡Qué extraña naturaleza posee el saber! Una vez adquirido, se adhiere a la mente como el liquen a la roca. A veces deseaba librarme de todo pensamiento y sentimiento; pero aprendí que solo había un medio de vencer al dolor, y era la muerte: estado que yo temía, aunque no llegaba a comprender. Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, y amaba los dulces modales y amables cualidades de mis protectores; pero estaba excluido de su contacto, salvo por aquel medio solapado, ignorado y oculto, que, más que satisfacer, aumentaba las ansias que sentía de convertirme en uno de ellos. Las dulces palabras de Agatha y las sonrisas animadas de la encantadora joven árabe no eran para mí. Las bondadosas exhortaciones del anciano y la animada conversación de Félix no eran para mí, ¡un ser miserable y desdichado!

»Hubo otras lecciones que se me quedaron más hondamente grabadas. Aprendí la diferencia entre los sexos, y el nacimiento y crecimiento de los hijos; cómo el padre se embelesaba con las sonrisas del infante y las ocurrencias de los hijos mayores; cómo toda la vida y cuidados de la madre estaban enteramente consagrados a su preciosa carga; cómo la mente de los jóvenes se ensanchaba y aumentaban sus conocimientos; qué era el hermano, la hermana, y todos los diversos parentescos que unen a los seres humanos con lazos mutuos.

»Pero ¿dónde estaban mis amigos y familiares? No había tenido un padre que cuidase de mi infancia, ni una madre que me bendijese con sus sonrisas y caricias; y si los tuve, toda mi vida pasada no era ahora sino tiniebla, un ciego vacío en el que no distinguía nada. Desde el principio de mis recuerdos, había sido como era entonces en estatura y proporción. Hasta ahora, nunca había visto a un ser que se pareciese a mí ni pretendiese contacto alguno conmigo. ¿Qué era yo? La pregunta me surgía una y otra vez, solo para contestarla con gemidos.

»Luego explicaré a qué me empujaron tales sentimientos; ahora,

permíteme volver a los moradores de la casa, cuya historia despertó en mí emociones encontradas de indignación, alegría y asombro, aunque todas ellas se resolvieron en un mayor amor y respeto hacia mis protectores (pues tanto les quería que, en un inocente y semidoloroso deseo de engañarme, di en llamarles de ese modo).

Capítulo 14

»Transcurrió algún tiempo antes de que conociese la historia de mis amigos. Era tal que no pudo por menos de quedárseme hondamente grabada en la memoria, a pesar de sus numerosos episodios, ya que todos resultaban interesantes y maravillosos para un ser tan falto de experiencia como yo.

»El anciano se llamaba De Lacey. Descendía de una buena familia de Francia, donde había vivido muchos años en la opulencia, respetado por sus superiores y amado por sus iguales. Su hijo se había educado para el servicio de su país, y Agatha había estado al nivel de las damas más distinguidas. Unos meses antes de que llegase yo, habían vivido en una ciudad grande y lujosa llamada París, rodeados de amigos, y disfrutando de todos los placeres que la virtud, el refinamiento y el gusto, unidos a una moderada fortuna, podían proporcionar.

»El padre de Safie había sido la causa de su ruina. Era un mercader turco y había vivido en París durante muchos años, hasta que, por alguna razón que no pude averiguar, se volvió indeseable para el Gobierno. Fue detenido y encarcelado el mismo día que Safie llegaba de Constantinopla para reunirse con él. Fue juzgado y condenado a muerte. La injusticia del veredicto era flagrante; todo París se indignó; y se consideró que su religión y su riqueza, más que el supuesto crimen que se le imputaba, eran la causa de su condena.

»Félix había estado presente accidentalmente en el juicio; su horror e indignación no conocieron límites al oír la sentencia del tribunal. En aquel mismo instante hizo solemne promesa de liberarle, y se puso a buscar los medios para ello. Tras numerosos e inútiles esfuerzos para entrar en la prisión, descubrió, en una parte del edificio que carecía de vigilancia, una ventana sólidamente enrejada que daba luz al calabozo del desventurado mahometano, quien, cargado de grilletes, aguardaba desesperado la ejecución de la bárbara sentencia. Félix visitó la reja por la noche y comunicó al prisionero sus intenciones. El turco, sorprendido y esperanzado, procuró inflamar el celo de su libertador con promesas de recompensa y riquezas. Félix rechazó con desprecio sus

ofrecimientos; pero cuando vio a la encantadora Safie, a quien permitían visitar a su padre, y esta le expresó su viva gratitud por medio de gestos, el joven no pudo por menos de reconocer en su interior que el cautivo poseía un tesoro capaz de compensar sobradamente sus riesgos y trabajos.

»El turco se dio cuenta enseguida de la impresión que su hija había producido en el corazón de Félix, y se esforzó en asegurarse más enteramente su interés prometiendo darle a su hija en matrimonio, tan pronto como él se encontrase fuera de peligro. Félix era demasiado delicado para aceptar este ofrecimiento, aunque consideró que tal eventualidad colmaría su dicha.

»Durante los días subsiguientes, mientras realizaba los preparativos para la fuga del mercader, el celo de Félix se vio alentado por varias cartas que recibió de esta joven, la cual encontró el medio de expresar sus pensamientos en la lengua del enamorado con ayuda de un viejo criado de su padre que entendía el francés. Le agradecía, en los términos más ardientes, el servicio que se proponía prestarles, al tiempo que se lamentaba dulcemente de su propio destino.

»Tengo copias de estas cartas, ya que, durante el tiempo que viví en el cobertizo, encontré la forma de procurarme utensilios de escribir; y las cartas anduvieron con frecuencia en manos de Félix y de Agatha. Antes de marcharme te las daré; ellas te probarán la verdad de lo que te cuento; pero, de momento, dado que el sol se ha puesto hace rato, solo tengo tiempo de resumirte lo esencial.

»Safie contaba que su madre era una árabe cristiana, apresada y convertida en esclava por los turcos; avalada por su belleza, se había ganado el corazón del padre de Safie, quien la tomó por esposa. La joven hablaba en términos elevados y entusiastas de su madre, que, nacida en libertad, menospreció la esclavitud a la que se veía reducida. Instruyó a su hija en los principios de su religión y la enseñó a aspirar al poder superior del intelecto y a una independencia espiritual vedada a las seguidoras de Mahoma. Murió esta dama, pero sus enseñanzas quedaron impresas de forma imborrable en el espíritu de Safie, a quien apenaba la idea de regresar a Asia a encerrarse entre los muros de un harén, para ocuparse tan solo en diversiones pueriles, impropias del carácter de su alma, acostumbrada ahora a las grandes ideas y a la noble emulación de la virtud. La perspectiva de casarse con un cristiano y

quedarse en un país donde las mujeres tenían un puesto en la sociedad le resultaba seductora.

»Se fijó el día para la ejecución del turco; sin embargo, la noche antes logró huir de la prisión, y al amanecer se encontraba a muchas leguas de París. Félix le había proporcionado pasaportes a nombre de su padre, de su hermana y de sí mismo. Previamente, había comunicado su plan al primero, y este cooperó en dicha simulación abandonando su casa con el pretexto de emprender un viaje, y ocultándose, con su hija, en un lugar apartado de París.

»Félix condujo a los fugitivos por Francia hasta Lyon, cruzó el Mont Cenis y se dirigieron a Livorno, donde el mercader había decidido esperar a que se presentase una ocasión favorable para pasar a alguna parte de los dominios turcos.

»Safie decidió permanecer con su padre hasta el momento de su partida, antes de la cual el turco renovó su promesa de casar a su hija con su libertador; y Félix permaneció con ellos en espera de tal acontecimiento; entretanto, disfrutó de la compañía de la joven árabe, quien dio muestras del más sencillo y tierno afecto hacia él. Conversaban por mediación de un intérprete, y a veces con el lenguaje de las miradas; y Safie cantaba para él las más divinas melodías de su país natal.

»El turco consentía esta intimidad y alentaba las esperanzas de los jóvenes enamorados, mientras trazaba en su corazón planes muy distintos. Detestaba la idea de que su hija se uniese a un cristiano, pero temía el rencor de Félix, si se mostraba poco entusiasmado, ya que sabía que aún estaba a merced de su libertador, si este decidía denunciarle al estado italiano, donde ahora se encontraban. Urdió mil planes que le permitiesen prolongar el engaño hasta que ya no fuese necesario, y llevarse a su hija secretamente cuando tuviera que marcharse; planes que se vieron favorecidos por las noticias que llegaron de París.

»El Gobierno de Francia, irritado por la fuga de su víctima, no había escatimado esfuerzos para descubrir y castigar a su libertador. La intriga de Félix había sido descubierta rápidamente, y De Lacey y Agatha habían sido encarcelados. La noticia llegó a Félix y le despertó de su sueño de amor. Su padre ciego y anciano y su dulce hermana se hallaban en un inmundo calabozo, mientras que él gozaba del aire libre y de la compañía de su amada. Esta idea fue una tortura para él. Rápidamente, acordó con el turco que, si este

encontraba ocasión de escapar antes de que Félix pudiese volver a Italia, Safie se quedaría como pupila en un convento de Livorno; y, tras despedirse de su hermosa árabe, regresó apresuradamente a París y se entregó a la venganza de la ley, esperando liberar de este modo a De Lacey y a Agatha.

»No lo consiguió. Siguieron en prisión durante cinco meses, antes de que tuviera lugar el juicio, cuyo resultado les privó de su fortuna y les condenó al exilio perpetuo de su país natal.

»Encontraron un refugio miserable en la casa de Alemania, donde yo les encontré. Félix no tardó en enterarse de que el traidor turco, por quien él y su familia sufrían tan inaudita opresión, al enterarse de que su libertador había quedado reducido a la miseria y la ruina, había traicionado los nobles sentimientos y el honor, y había abandonado Italia con su hija, enviando a Félix una insultante cantidad de dinero para ayudarle, según decía, en su futuro mantenimiento.

»Tales eran los hechos que devoraban el corazón de Félix y le habían convertido, cuando yo le vi por primera vez, en el más desdichado de la familia. Habría podido soportar la pobreza, y en la medida en que esta desgracia había sido la recompensa de su virtud, se enorgullecía de ella; pero la ingratitud del turco y la pérdida de su amada Safie eran desgracias más amargas e irreparables. La llegada de la joven árabe, ahora, había infundido nueva vida a su alma.

»Cuando se supo en Livorno la noticia de que Félix había sido despojado de su fortuna y de su rango social, el mercader ordenó a su hija que no pensase más en él, y se dispusiera a regresar a su patria. La generosa naturaleza de Safie se sintió ofendida por esta orden; trató de protestar, pero su padre, tras repetir su tiránico mandato, se retiró, dejándola sumamente furiosa.

»Unos días más tarde, entró el turco en el aposento de su hija y le dijo apresuradamente que tenía motivos para creer que había sido descubierta su residencia en Livorno, y que no tardarían en entregarle al Gobierno francés; de modo que había fletado una nave a fin de que le llevase a Constantinopla, para cuya ciudad zarparía en unas horas. Se proponía dejar a la hija bajo los cuidados de un fiel servidor, para que le siguiese sin prisas, juntamente con la mayor parte de sus bienes, que aún no habían llegado a Livorno.

»Cuando Safie se encontró sola, decidió en su interior qué plan

debía seguir ante esta situación. Le repugnaba la idea de regresar a Turquía; su religión y sus sentimientos eran igualmente contrarios a ello. Por algunos papeles de su padre que cayeron en sus manos se había enterado del exilio de su amado y había averiguado el nombre del lugar adonde había ido a vivir. Estuvo vacilando algún tiempo, pero al final tomó una resolución. Llevándose consigo algunas joyas de su pertenencia, y cierta cantidad de dinero, abandonó Italia con una doncella natural de Livorno que entendía la lengua común de Turquía, y se dirigió a Alemania.

»Llegó sin percance a un pueblo situado a unas veinte leguas de la casita de De Lacey, cuando su doncella cayó gravemente enferma. Safie la cuidó con el más abnegado afecto; pero la pobre muchacha murió, y la joven árabe se quedó sola, sin conocer la lengua del país, y totalmente ignorante de las costumbres del mundo. Sin embargo, cayó en buenas manos. La italiana había mencionado el nombre del lugar al que se dirigían, y después de su muerte, la mujer de la casa donde se habían hospedado cuidó de que Safie pudiera llegar sin peligro a la casa de su amado.

Capítulo 15

»Esta es la historia de mis protectores. Me había dejado hondamente impresionado. Aprendí, de la concepción de la vida social que comportaba, a admirar sus virtudes y a reprobar los vicios de la humanidad.

»Por entonces consideraba el crimen un mal lejano; tenía perpetuamente presentes la benevolencia y la generosidad, que despertaban en mí el deseo de convertirme en un actor más de las animadas escenas que tantas cualidades admirables inspiraban y exhibían. Pero al dar cuenta de los progresos de mi intelecto no debo omitir una circunstancia que tuvo lugar a principios del mes de agosto del mismo año.

»Una noche, durante mi acostumbrada visita al bosque vecino donde yo recogía mi alimento y leña para mis protectores, encontré en el suelo una maleta de piel con varias prendas de vestir y algunos libros. Me apoderé de ella ansiosamente y me la llevé al cobertizo. Por fortuna, los libros estaban escritos en la lengua cuyos rudimentos había adquirido yo en la casa De Lacey; se trataba de *El paraíso perdido*, un volumen de las *Vidas* de Plutarco, y *Las desventuras del joven Werther*. La posesión de estos tesoros me produjo una inmensa alegría; ahora estudiaba continuamente y ejercitaba la mente en estas historias, mientras mis amigos se dedicaban a sus ocupaciones ordinarias.

»Me es muy difícil describirte el efecto que me produjeron estos libros. Me despertaron un sinfín de imágenes y sentimientos nuevos, que a veces me elevaban al éxtasis, pero más frecuentemente me hundían en el más hondo desaliento. En *Las desventuras del joven Werther*, además del interés de su historia sencilla y conmovedora se discuten tantas opiniones y se arrojan tantas luces sobre lo que hasta entonces habían sido para mí temas oscuros que en este libro encontré una fuente inagotable de meditación y asombro. Las costumbres dulces y domésticas que describe, junto con las opiniones y sentimientos elevados que tienen por objeto algo de impersonal, concordaban bien con mi experiencia entre mis protectores y los anhelos eternamente vivos en mi pecho. Pero consideré al propio Werther el ser más divino que jamás había

contemplado ni imaginado; su carácter no tenía presunción ninguna, sino que le hundía profundamente. Sus disquisiciones sobre la muerte y el suicidio estaban destinadas a llenarme de asombro. No era mi propósito abordar el fondo de la cuestión; sin embargo, me inclinaba a favor de las opiniones del héroe, cuya muerte lloré sin comprender muy bien por qué.

»Mientras leía, sin embargo, analizaba con atención mis propios sentimientos y situación. Encontraba mi caso parecido, aunque al mismo tiempo extrañamente distinto del de los seres cuyas historias leía y cuyas conversaciones escuchaba. Simpatizaba con ellos y les comprendía, pero yo no estaba intelectualmente formado; no dependía de nadie ni me relacionaba con nadie. "El sendero de mi partida estaba libre", y nadie iba a lamentar mi desaparición. Mi figura era espantosa y mi estatura gigantesca. ¿Qué significaba esto? ¿Quién era yo? ¿De dónde había venido? ¿Cuál era mi destino? Tales eran las preguntas que me repetía continuamente, aunque era incapaz de resolver.

»El volumen de las *Vidas* de Plutarco contenía las historias de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro tuvo un efecto en mí muy distinto al de *Las desventuras del joven Werther*. Las meditaciones de Werther me revelaron la melancolía y el desaliento, pero Plutarco me enseñó los nobles pensamientos; me elevó por encima del ámbito infortunado de mis propias reflexiones, para admirar y amar a los héroes de épocas pasadas. Muchas de las cosas que leía sobrepasaban mi comprensión y experiencia. Tenía una vaga idea de los reinos, de las grandes extensiones de territorio, de los poderosos ríos y de los mares ilimitados. Pero desconocía por completo las ciudades y las grandes concentraciones de seres humanos. La casa de mis protectores había sido la única escuela en la que yo había estudiado la naturaleza del hombre; pero este libro revelaba nuevos y poderosos escenarios de acción. Hablaba de hombres que se ocupaban de los asuntos públicos, los cuales gobernaban o mataban a los seres de su propia especie. Sentí nacer en mí una gran pasión por la virtud, y una aversión al vicio, en la medida en que comprendía el sentido de estos términos, aplicándolos tan solo al placer y al dolor. Movido por tales sentimientos, me inclinaba a admirar a los legisladores pacíficos, Numa, Solón y Licurgo, prefiriéndolos a Rómulo y a Teseo. Las vidas patriarcales de mis protectores hicieron que estas impresiones se consolidaran firmemente en mi mente; quizá, si mi introducción

en la humanidad hubiese corrido a cargo de un joven soldado, ansioso de gloria y de matanzas, me habría infundido sentimientos muy distintos.

»Pero *El paraíso perdido* me despertó emociones distintas y muchísimo más hondas. Lo leí, como había leído los demás volúmenes que cayeron en mis manos, convencido de que era una historia verdadera. Me hizo experimentar todos los sentimientos de maravilla y temor que era capaz de provocar la descripción de un Dios omnipotente en guerra con sus criaturas. A menudo comparaba las diversas situaciones, por su sorprendente parecido, con las mías propias. Como Adán, yo no parecía tener lazo alguno con los demás seres; pero su estado era muy distinto del mío en los demás aspectos. De las manos de Dios había salido una criatura perfecta, próspera y feliz, protegida por el especial cuidado de su Creador; se le había permitido conversar con seres de naturaleza superior y adquirir de ellos su saber; en cambio, yo era desdichado, estaba desamparado y solo. Muchas veces consideré a Satanás el símbolo más acorde con mi condición, pues, con frecuencia, como él, cuando presenciaba la dicha de mis protectores, sentía removerse en mi interior la hiel amarga de la envidia.

»Otra circunstancia vino a reforzar y confirmar estos sentimientos. Poco después de mi llegada al cobertizo, descubrí unos papeles en un bolsillo de la ropa que me había llevado de tu laboratorio. Al principio no les había hecho caso; pero ahora que era capaz de descifrar su escritura, comencé a estudiarlos con interés. Era tu diario de los cuatro meses que precedieron a mi creación. En estos papeles describías con detalle cada uno de los pasos que diste en el proceso de tu trabajo; la historia estaba mezclada con anotaciones sobre tu vida familiar. Sin duda te acordarás de esos papeles. Aquí están. Cuentan todo lo referente a mi desdichado origen, las repugnantes circunstancias que lo hicieron posible, con la más minuciosa descripción de mi abominable figura, en un lenguaje que refleja tu propio horror, y que grabó el mío de forma imborrable. ¡Sentí náuseas al leerlo! ¡Maldito sea el día en que recibí la vida! —exclamé con agonía—. ¡Maldito mi creador! ¿Por qué fabricaste un monstruo tan espantoso que incluso *tú* mismo te apartaste horrorizado de mí? Dios, en su misericordia, hizo al hombre hermoso y atractivo, a su propia imagen; en cambio, mi figura era una mezcla inmunda, una parodia de la tuya, más espantosa aún por su mismo parecido. Satanás tuvo

a sus compañeros, a sus demonios seguidores, que le admiraban y alentaban; pero yo me encuentro solo y soy abominado.

»Estas fueron mis reflexiones en las horas de desaliento y de soledad; pero cuando contemplaba las virtudes de los moradores de la casa, sus dulces y amables disposiciones, me persuadía de que cuando conociesen la admiración que yo sentía por ellos se compadecerían de mí y pasarían por alto mi deformidad personal. ¿Cómo iban a cerrar las puertas a alguien que, aunque monstruoso, solicitaba su compasión y amistad? Decidí, al menos, no desesperar, y prepararme en todos los sentidos para celebrar con ellos la entrevista que decidiría mi destino. Aplacé este paso unos meses, pues la importancia que concedía a mi éxito me inspiraba un gran temor a fracasar. Además, descubrí que mi entendimiento mejoraba tanto con la experiencia diaria que no deseaba acometer esta empresa hasta haber aumentado mi experiencia unos meses más.

»Entretanto, acontecieron varios cambios en la casa. La presencia de Safie infundía felicidad entre sus moradores; y observé también que reinaba un mayor grado de abundancia. Félix y Agatha pasaban más tiempo distrayéndose o conversando, y tenían criados que les ayudaban en sus tareas. No parecían ricos, pero estaban contentos y eran felices; sus sentimientos eran serenos y pacíficos, mientras que los míos se volvían cada día más tumultuosos. El aumento del saber no hizo sino ponerme aún más de manifiesto que era un proscrito. Yo alimentaba esperanzas, es cierto, pero se desvanecían cuando veía mi figura reflejada en el agua o mi sombra recortada por la luz de la luna, pese a que la imagen era débil y la sombra inconstante.

»Procuré vencer estos temores y cobrar fuerzas para la prueba que había decidido afrontar en el plazo de unos meses; a veces, dejaba que mis pensamientos vagaran libres del freno de la razón por los campos del Paraíso, y me atrevía a imaginar que unas criaturas encantadoras y afables compartían mis sentimientos y disipaban mi tristeza; sus rostros angelicales irradiaban sonrisas de consuelo. Pero todo era un sueño; no tenía una Eva que aliviase mi dolor y compartiese mis pensamientos; estaba solo. Recordaba las súplicas de Adán a su Creador. Pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado y, en la amargura de mi corazón, le maldecía.

»Así transcurrió el otoño. Veía, con sorpresa y pesar, que las hojas se marchitaban y caían, y que la naturaleza adquiría el aspecto árido y desolado que tenía la primera vez que contemplé los

bosques y la luna. Sin embargo, no me importaban los rigores que traía esta época del año; mi constitución estaba más preparada para soportar el frío que el calor. Pero mi mayor placer era ver las flores, los pájaros, y todas las alegres galas del verano; cuando estas cosas me abandonaron, me volví con más atención hacia los moradores de la casa. Su felicidad no disminuyó con la ausencia del calor. Se querían y compenetraban unos con otros; y la alegría de cada uno, que dependía de los demás, no se truncaba por los incidentes que acontecían a su alrededor. Cuanto más les observaba, mayor era mi deseo de pedirles protección y afecto; mi corazón suspiraba por que estas amables criaturas lo amasen y conociesen; ver sus dulces miradas dirigidas hacia mí con afecto era la más alta meta de mi ambición. No me atrevía a pensar en la posibilidad de que huyeran de mí con desprecio y horror. Jamás habían rechazado al pobre que llamaba a su puerta. Es cierto que yo pedía tesoros más valiosos que la comida y el descanso: lo que yo necesitaba era dulzura y simpatía; pero no me juzgaba indigno de tales cosas.

»Llegó el invierno, y se completó el ciclo de las estaciones, desde que yo despertara a la vida. Esta vez concentré la atención únicamente en el plan de introducirme en casa de mis protectores. Forjé muchos proyectos, pero finalmente me pareció más sensato entrar en el aposento cuando el ciego estuviese solo. Yo tenía la suficiente perspicacia como para comprender que la fealdad antinatural de mi persona era lo que más había horrorizado a aquellos con quienes me había tropezado. Mi voz, aunque áspera, no tenía nada de terrible en sí misma; así que pensé que si lograba ganarme la buena voluntad y mediación del viejo De Lacey en ausencia de sus hijos, tal vez me tolerasen mis protectores más jóvenes.

»Un día, cuando el sol brillaba en las hojas rojas que cubrían el suelo comunicando alegría, aunque ya no calor, salieron Safie, Agatha y Félix a dar un largo paseo por el campo, y el anciano se quedó solo en la casa por deseo propio. Después de que marchasen sus hijos, cogió la guitarra y tocó varias canciones llenas de tristeza, aunque dulces; más dulces y más tristes que las que le había escuchado hasta entonces. Al principio, su rostro resplandecía de gozo; pero, poco a poco, le fue dominando la meditación y la tristeza; por último, dejó a un lado el instrumento, y se quedó ensimismado.

»El corazón me latía con violencia; había llegado el momento supremo que colmaría mis esperanzas o convertiría en realidad mis temores. Los criados se habían marchado a una feria de la vecindad. Todo estaba en silencio en la casa y sus alrededores; era una excelente ocasión; sin embargo, cuando me disponía a poner en práctica mi plan, me flojearon las piernas y caí al suelo. Nuevamente me levanté y, apelando a toda la firmeza de que era capaz, quité las tablas que había colocado delante del cobertizo para ocultar mi escondite. El aire fresco me reanimó, y me dirigí con renovada decisión a la puerta de la casa. Llamé:

»—¿Quién es? —dijo el anciano—. Pase.

»Entré.

»—Perdone esta intrusión —dije—; soy un viajero que necesita un poco de descanso; le agradecería muchísimo que me permitiese permanecer unos minutos junto al fuego.

»—Pase —dijo De Lacey—; trataré de aliviar en lo que pueda su necesidad; pero, desafortunadamente, mis hijos no están en casa, y yo soy ciego, y me temo que va a ser difícil proporcionarle alimento.

»—No se preocupe, amable anfitrión; tengo comida; solo es calor y descanso lo que necesito.

»Me senté, y se produjo un silencio. Yo sabía que cada minuto era precioso para mí; sin embargo, no sabía cómo empezar la conversación, hasta que el anciano me preguntó:

»—Por su acento, extranjero, deduzco que es usted compatriota mío; ¿es francés?

»—No; pero he sido educado por una familia francesa y solo comprendo esa lengua. Ahora voy a pedir protección a unos amigos a quienes quiero sinceramente, y cuyo favor tengo algunas esperanzas de conseguir.

»—¿Son alemanes?

»—No; son franceses. Pero cambiemos de tema. Soy un ser desventurado y solitario; miro a mi alrededor, y no tengo parientes ni amigo alguno en la tierra. Esta gente amable a la que me dirijo no me ha visto nunca y nada sabe de mí. Me siento lleno de temores, porque si fracaso, seré un proscrito en el mundo para siempre.

»—No desespere. Carecer de amigos es, efectivamente, una

desventura; pero el corazón de los hombres, si no está predispuesto por algún egoísmo, rebosa de caridad y de amor fraternal. Tenga fe, pues, en sus esperanzas; si estos amigos son buenos y afectuosos, no tiene por qué desesperar.

»—Son buenos; son los seres más excelentes del mundo; pero, por desgracia, estarán predispuestos contra mí. Yo tengo buena disposición; mi vida hasta ahora ha sido inofensiva, y en cierto modo benefactora; pero un prejuicio fatal nublará sus ojos, y donde debieran ver a un amigo afectuoso y sensible, solo verán a un monstruo detestable.

»—Esto es, en efecto, una desgracia; pero si es usted irreprochable, ¿no puede desengañarles?

»—Estoy a punto de intentar esa empresa; por esa razón siento tan abrumadores terrores. Amo tiernamente a estos amigos; sin que ellos lo sepan, me he acostumbrado durante muchos meses a admirar a diario su amabilidad; pero ellos creerán que yo deseo hacerles daño, y ese es el prejuicio que yo quiero vencer.

»—¿Dónde viven estos amigos?

»—Cerca de este lugar.

»El anciano guardó silencio, y luego prosiguió:

»—Si quiere confiarme sin reservas los detalles de su historia, quizá pueda ayudarle a desengañarles. Soy ciego y no puedo juzgar su semblante, pero hay algo en sus palabras que me convence de su sinceridad. Soy pobre y exiliado, pero me alegraría muchísimo serle útil a un ser humano.

»—¡Es usted un hombre excelente! Se lo agradezco y acepto su generoso ofrecimiento. Me acaba de levantar del polvo con su amabilidad; y confío en que, con su ayuda, no seré expulsado de la sociedad y la simpatía de sus semejantes.

»—¡No lo quiera el Cielo! Aunque fuese un criminal, pues eso solo conseguiría arrastrarle a la desesperación, no incitarle a la virtud. Yo soy también infortunado; mi familia y yo hemos sido condenados, aunque inocentes; juzgue, por tanto, si no comprendo su desventura.

»—¿Cómo podré agradecérselo, mi excelente y único benefactor? De sus labios he oído por primera vez la voz de la amabilidad dirigida a mí; le estaré eternamente agradecido; su presente

humanidad me asegura el éxito con estos amigos a los que estoy a punto de ver.

»—¿Puedo saber cómo se llaman y dónde viven esos amigos?

»Guardé silencio. Este, pensé, es el momento de la decisión, que debe arrebatarme o concederme para siempre la felicidad. Traté en vano de encontrar la suficiente firmeza para contestarle; pero el esfuerzo aniquiló todas las fuerzas que me quedaban, me dejé caer en la silla, y sollocé audiblemente. En ese instante oí los pasos de mis protectores más jóvenes. No tenía un instante que perder; y cogiéndole la mano al anciano, exclamé:

»—¡Este es el momento! ¡Sálveme y protéjame! Usted y su familia son los amigos a quienes busco. ¡No me abandone en la hora de la prueba suprema!

»—¡Dios mío! —exclamó el anciano—. ¿Quién es usted?

»En ese instante, se abrió la puerta de la casa, y entraron Félix, Safie y Agatha. ¿Cómo describir el horror y la consternación que mostraron al verme? Agatha se desmayó, y Safie, incapaz de atender a su amiga, salió precipitadamente de la casa. Félix se abalanzó sobre mí y, con fuerza sobrehumana, me apartó de su padre, a cuyas rodillas me agarraba yo; en un arrebato de furia, me arrojó al suelo y me golpeó violentamente con un bastón. Podía haberle arrancado los miembros de cuajo como el león desgarra al antílope. Pero mi corazón se sumió en negra amargura, y me contuve. Le vi a punto de repetir el golpe cuando, abrumado de dolor y de angustia, abandoné la casa y, en medio del tumulto general, me refugié en el cobertizo sin que me viesen.

Capítulo 16

»¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué vivía yo? ¿Por qué, en aquel instante, no apagué la chispa de la existencia que tan extravagantemente me habías infundido? No lo sé; aún no me dominaba la desesperación; mis sentimientos eran de rabia y de venganza. Con gusto habría destruido la casa y a sus moradores y me habría saciado con sus sufrimientos y gritos de dolor.

»Cuando llegó la noche, abandoné el refugio y vagué por el bosque; y ahora que no me contenía el temor de que me descubriesen, di rienda suelta a mi congoja con espantosos alaridos. Era como una fiera salvaje que hubiera roto la red de la trampa, y recorría el bosque con la agilidad del ciervo, destruyendo los objetos que encontraba a mi paso. ¡Ah! ¡Qué noche más desdichada pasé! Las frías estrellas brillaban de forma burlesca, y los árboles pelados balanceaban sus ramas por encima de mí; de cuando en cuando, el dulce canto de un pájaro irrumpía en medio de la universal quietud. Todos los seres, salvo yo, descansaban o eran felices; yo, como el demonio, llevaba el infierno dentro; y, puesto que nadie me compadecía, deseaba arrancar árboles, sembrar el estrago y la destrucción a mi alrededor, y luego sentarme a gozar en aquella ruina.

»Pero esto era un lujo de sensaciones que no podía durar; el exceso de esfuerzo corporal me agotó, y me tumbé en la yerba húmeda, impotente de desesperación. No había entre los miles y miles de hombres existentes ninguno que me ayudase o se apiadase de mí; ¿y debía sentir yo amabilidad hacia mis enemigos? No; desde aquel instante, declaré la guerra eterna a la especie; y, sobre todo, a aquel que me había formado para hundirme en esta insoportable desventura.

»Salió el sol; oí voces de hombres, y comprendí que era imposible regresar a mi refugio durante el día. De modo que me oculté en una espesura de matorrales, decidiendo dedicar las horas subsiguientes a meditar sobre mi situación.

»El sol agradable y el aire puro del día me devolvieron un poco la serenidad y, al analizar lo ocurrido en la casa, no pude por menos de pensar que había sido demasiado precipitado en mis

conclusiones. Ciertamente, había obrado con imprudencia. Era evidente que mis palabras habían interesado al padre, y había sido un estúpido al exponer mi persona al horror de sus hijos. Debí haber familiarizado al viejo De Lacey conmigo, y haberme revelado al resto de la familia gradualmente, cuando estuviesen preparados para mi presentación. Pero no consideraba mi error irreparable y, tras largas deliberaciones, decidí regresar a la casa, buscar al viejo, y ganarle con súplicas para mi causa.

»Estos pensamientos me calmaron, y por la tarde me sumí en un profundo sueño; pero el ardor de mi sangre no permitió que me visitasen sueños pacíficos. La horrible escena del día anterior seguía desarrollándose constantemente ante mis ojos: las mujeres huyendo, y el furioso Félix arrancándome de los pies de su padre. Me desperté agotado; y, viendo que ya era de noche, salí sigilosamente de mi escondite en busca de alimento.

»Después de aplacar el hambre, dirigí mis pasos hacia el sendero familiar que conducía a la casa. Todo estaba tranquilo. Me deslicé en el cobertizo y esperé en silencio a que llegase la hora acostumbrada de levantarse la familia. Pasó esa hora, se elevó el sol en el cielo, pero los moradores no aparecieron. Me estremecí violentamente, temiendo alguna espantosa desgracia. El interior de la casa estaba oscuro, y no se oía movimiento ninguno. No puedo describir la agonía de esta incertidumbre.

»Poco después pasaron por allí dos campesinos; se detuvieron a poca distancia y se pusieron a hablar gesticulando de forma enérgica; pero no entendí lo que decían, ya que hablaban en la lengua del país, que era distinta de la de mis protectores. Poco después, sin embargo, apareció Félix con otro hombre; me sorprendió, pues yo sabía que no había abandonado la casa esa mañana, y aguardé con ansiedad para averiguar por sus palabras el significado de estas inusitadas apariciones.

»—¿Se da cuenta —le dijo su compañero— de que está obligado a pagar la renta de tres meses y que perderá el producto de su huerto? No quiero aprovecharme indebidamente, de modo que le ruego que lo piense unos días, antes de tomar una decisión.

»—Es inútil que insista —replicó Félix—; no volveremos a vivir en esta casa. La vida de mi padre corre grave peligro, debido al espantoso incidente que ya le he contado. Mi esposa y mi hermana jamás se recobrarán de su horror. Le suplico que no insista más.

Tome posesión de su vivienda, y deje que me vaya de este lugar.

»Félix temblaba visiblemente mientras hablaba. Entraron él y su acompañante en la casa, en la que estuvieron unos minutos, y luego se marcharon. No volví a ver más a ningún miembro de la familia De Lacey.

»Permanecí el resto del día en el cobertizo, en un estado de completa y estúpida desesperación. Mis protectores se habían marchado y habían roto el único lazo que me mantenía unido al mundo. Por primera vez, embargaron mi pecho sentimientos de venganza y de odio, y no hice nada por reprimirlos, sino que, dejándome llevar por ese torbellino, mi mente se orientó hacia la destrucción y la muerte. Al pensar en mis amigos, en la voz sosegada de De Lacey, en los ojos dulces de Agatha y la exquisita belleza de la joven árabe, se me disiparon tales pensamientos, y un torrente de lágrimas me alivió un poco. Pero al recordar otra vez que me habían despreciado y abandonado, me volvió la cólera, un arrebato de cólera; e incapaz de infligir daño a ningún ser humano, volví mi furia hacia los objetos inanimados. Al llegar la noche apilé un montón de leña alrededor de la casa y, después de destruir todo rastro de cultivo en el huerto, aguardé con contenida impaciencia a que la luna se ocultase para poner en práctica mi decisión.

»Al avanzar la noche, se levantó un fuerte viento desde los bosques que disipó rápidamente las nubes que poblaban el cielo; la ráfaga corrió como una poderosa avalancha, produciendo una especie de locura en mi ánimo que desbordó todos los límites de la razón y la reflexión. Encendí la rama seca de un árbol y dancé furioso alrededor de la casa predestinada, con los ojos fijos aún en el horizonte de poniente, cuyo borde casi tocaba la luna. Una parte de su orbe se ocultó al fin; entonces agité la tea; y cuando hubo desaparecido del todo, proferí un grito exultante, y prendí fuego a la paja, el brezo y los matojos amontonados. El viento avivó las llamas, que envolvieron rápidamente la casa, prendieron en ella y la lamieron con sus lenguas bífidas y destructoras.

»En cuanto tuve la seguridad de que nada podía salvar parte alguna de la vivienda, abandoné el lugar y busqué refugio en los bosques.

»Y ahora, con el mundo frente a mí, ¿adónde debía dirigir mis pasos? Decidí huir lejos del escenario de mis desventuras; aunque para mí, odiado y despreciado, todos los países iban a ser

igualmente horribles. Finalmente, se me ocurrió pensar en ti. Sabía por tus papeles que eras mi padre, mi creador; ¿y a quién podía acudir con más propiedad que a aquel que me había dado la vida? Entre las lecciones que Félix había dado a Safie no habían faltado las de geografía; con ese motivo, yo había aprendido las situaciones relativas de los distintos países de la tierra. Mencionabas Ginebra como tu ciudad natal, de modo que hacia ese lugar decidí encaminarme.

»Pero ¿cómo podía dirigirme allí? Sabía que debía viajar hacia el sudoeste para llegar a mi destino, y con el sol por único guía. No conocía los nombres de las ciudades que debía cruzar, ni podía pedir información a ningún ser humano; pero no me desanimé. Solo de ti podía esperar socorro, aunque no me despertabas otro sentimiento que el de odio. ¡Insensible, despiadado creador! Me habías dotado de percepción y de pasiones, y luego me habías arrojado al mundo para desprecio y horror de la humanidad. Pero solo de ti podía recabar piedad y desagravio, y en ti decidí buscar esa justicia que en vano trataba de obtener de cualquier ser con forma humana.

»Largos fueron mis viajes, e intensos los sufrimientos que soporté. Era a finales del otoño cuando abandoné la región donde había residido durante tanto tiempo. Viajé solo de noche, temeroso de tropezarme con el rostro de algún ser humano. La naturaleza se marchitaba a mi alrededor, y el sol dejó de calentar; la lluvia y la nieve caían por donde pasaba; los ríos poderosos se habían helado; la superficie de la tierra estaba dura y fría y desnuda, y no ofrecía ningún refugio. ¡Oh, tierra! ¡Cuántas veces maldije al causante de mi ser! Había perdido mi inclinación a la bondad, y en mi interior todo se había vuelto hiel y amargura. Cuanto más me acercaba a tu morada, más hondamente sentía arder el espíritu de la venganza en mi corazón. Caía la nieve, y las aguas se habían endurecido; pero yo no desfallecía. De cuando en cuando, me guiaba algún accidente, y un mapa de la región que poseía; pero a menudo me apartaba bastante de mi camino. La agonía de mis sentimientos no me daba tregua; no ocurría ningún incidente del que mi ira y desdicha no extrajeran su alimento; pero al llegar a los confines de Suiza, cuando el sol había recobrado ya su calor y la tierra empezaba a cubrirse nuevamente de verde, sucedió una circunstancia que confirmó de manera especial la amargura y el horror de mis emociones.

»En general, descansaba de día y viajaba solo cuando la noche me protegía de la vista del hombre. Una mañana, sin embargo, viendo que mi camino atravesaba un bosque, me arriesgué a continuar el viaje después de haber salido el sol; la belleza del día y la fragancia del aire, a principios de la primavera, consiguieron animarme. Sentí revivir en mí emociones benevolentes y plácidas que hacía tiempo parecían muertas. Medio sorprendido por la novedad de este estado de ánimo, me dejé llevar por él y, olvidando mi soledad y mi cuerpo deforme, me atreví a ser feliz. Nuevamente me corrieron lágrimas de ternura por las mejillas, e incluso elevé agradecido los ojos húmedos hacia el bondadoso sol que me concedía tal gozo.

»Seguí recorriendo los senderos del bosque, hasta que llegué al límite que bordeaba un río rápido y profundo, hacia el que muchos de los árboles tendían sus ramas, ahora llenas de hojitas por la incipiente primavera. Me detuve aquí, sin saber exactamente qué camino tomar; en ese instante oí unas voces y me oculté bajo la sombra de un ciprés. Apenas lo había hecho, una niña se acercó corriendo y riendo al lugar donde yo estaba, como si jugase a huir de alguien. Siguió por los escarpados bordes del río, hasta que de repente le resbaló un pie, y cayó a las rápidas aguas. Salí al punto de mi escondite y, con gran esfuerzo, la salvé de la corriente y la saqué a la orilla. Estaba sin conocimiento; y trataba de reanimarla con todos los medios a mi alcance, cuando de pronto me interrumpí ante la aproximación de un campesino, que probablemente era la persona con la que había estado jugando. Al verme, se abalanzó sobre mí y, arrancándome a la niña de los brazos, echó a correr hacia lo más intrincado del bosque. Le seguí veloz, sin saber por qué; pero al darse cuenta el hombre de que le seguía, me apuntó con una escopeta que llevaba y disparó. Caí al suelo, mientras mi agresor desaparecía en el bosque con doblada rapidez.

»¡Esta fue, pues, la recompensa a mi gesto de benevolencia! Había salvado de la muerte a un ser humano, y en premio me retorcía ahora de dolor, con una herida que me había destrozado la carne y el hueso. Los sentimientos de dulzura y de bondad que había alimentado momentos antes dieron paso a la furia infernal y al rechinar de dientes. Inflamado por el dolor, juré odiar eternamente a toda la humanidad y vengarme de ella. Pero la agonía de mi herida me venció; mi pulso se detuvo, y perdí el conocimiento.

»Durante unas semanas arrastré una vida miserable por los bosques, tratando de curar la herida que había recibido. La bala había penetrado en el hombro, y no sabía si la tenía dentro o había salido; de todos modos, carecía de medios para extraerla. Además, el opresivo sentido de la injusticia e ingratitud que la herida representaba aumentaba mis dolores. Diariamente hacía promesas de venganza: una venganza honda y fatal era lo único que compensaría las ofensas y las angustias que había sufrido.

»Unas semanas después sanó mi herida, y proseguí el viaje. Los sufrimientos que soportaba no los aliviaban ya ni el radiante sol ni las templadas brisas de la primavera; toda alegría no era sino una burla que insultaba mi completa desolación y me hacía ver más dolorosamente que yo no estaba hecho para el goce del placer.

»Pero mis penalidades tocaban ahora a su fin, y al cabo de dos meses divisé las afueras de Ginebra.

»Caía la tarde, así que busqué un escondite en los campos que rodean la ciudad, a fin de meditar la forma en que debía presentarme ante ti. Me sentía agobiado por el cansancio y el hambre, y demasiado desdichado para gozar de la suave brisa del atardecer, o del espectáculo del sol poniéndose tras las formidables montañas del Jura.

»En esa ocasión, me alivió del dolor de la reflexión un breve sueño, que vino a interrumpir un hermoso niño al acercarse corriendo, con toda la animada alegría de la infancia, al rincón que yo había elegido. De pronto, mientras lo contemplaba, se me ocurrió que esta pequeña criatura carecía de prejuicios, y había vivido demasiado poco para haber adquirido horror alguno a la deformidad. Por tanto, si pudiese cogerle y educarle para que fuera mi compañero y amigo, no estaría solo en esta poblada tierra.

»Impulsado por este pensamiento, agarré al niño cuando pasaba, y lo atraje hacia mí. Tan pronto como me vio, se puso las manos ante los ojos y profirió un agudo chillido; le retiré la mano de la cara con fuerza, y dije:

»—Niño, ¿qué significa esto? Yo no trato de hacerte daño; escúchame.

»Él forcejeó violentamente.

»—¡Suéltame! —exclamó—; ¡monstruo! ¡Monstruo repugnante! Quieres comerme, quieres despedazarme. Eres un ogro. ¡Suéltame, o llamaré a mi papá!

»—Niño; ya no verás más a tu papá; vas a venir conmigo.

»—¡Monstruo asqueroso! Suéltame. Mi papá es síndico... es M. Frankenstein; él te castigará. No te atrevas a retenerme.

»—¡Frankenstein! Perteneces a mi enemigo, a aquel de quien he jurado vengarme eternamente; entonces serás mi primera víctima.

»El niño siguió forcejeando y cubriéndome de insultos que exasperaban mi corazón; le apreté la garganta para callarle, y un instante después cayó muerto a mis pies.

»Contemplé a mi víctima, y el corazón se me llenó de exultación y de triunfo infernal; y exclamé:

»—Yo también puedo sembrar la desolación; mi enemigo no es invulnerable; esta muerte le traerá la desesperación y mil otras calamidades que le atormentarán y destruirán.

»Al clavar la mirada en el niño, vi que brillaba algo en su pecho; era el retrato de una mujer hermosísima. A pesar de mi malignidad, me apaciguó y me atrajo. Contemplé unos instantes sus negros ojos rodeados de largas pestañas y sus labios preciosos; pero luego me volvió la cólera; recordé que se me había privado para siempre de las delicias que tan bellas criaturas podían conceder, y que si me viese aquella, cuyo rostro contemplaba, su expresión de divina bondad se transformaría en un gesto de repugnancia y terror.

»¿Es extraño que tales pensamientos me enajenasen de rabia? Lo que me asombra es que, en vez de desahogarme con exclamaciones de agonía, no me abalanzara en aquel instante sobre la humanidad y pereciese tratando de destruirla.

»Dominado por estas emociones, abandoné el lugar donde había cometido el asesinato y, buscando un escondite más retirado, me metí en un granero que me pareció vacío. Encontré a una mujer dormida en la paja; era joven; desde luego, no tan hermosa como aquella cuyo retrato había cogido; pero tenía un rostro agradable y radiante por el encanto de la juventud y la lozanía. He aquí, pensé, “uno de esos seres cuyas sonrisas gratificantes van dedicadas a todos menos a mí”. Luego me incliné sobre ella y susurré:

»—Despierta, hermosa criatura; tu enamorado, el que daría la vida por obtener una mirada de afecto de tus ojos, está junto a ti; ¡despierta, amada mía!

»La durmiente se agitó; un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo. ¿Despertaría efectivamente y, al verme, me maldeciría y me

acusaría de asesino? Sin duda obraría de ese modo si sus dormidos ojos llegaban a abrirse y me descubría. La idea era enloquecedora; agitó al demonio que había dentro de mí... no era yo, sino ella, quien debía sufrir; yo había cometido el crimen porque se me había privado para siempre de todo lo que ella podía darme; así que debía pagar. Puesto que el crimen tenía su origen en ella, ¡que ella sufriese el castigo! Gracias a las lecciones de Félix y a las sanguinarias leyes de los hombres, había aprendido ahora a obrar mal. Me incliné y coloqué el retrato en uno de los pliegues de su vestido. Volvió a revolverse, y huí.

»Durante unos días, anduve merodeando por el lugar donde habían ocurrido estos hechos; unas veces con el deseo de verte, y otras decidido a abandonar el mundo y sus miserias para siempre. Por último, me vine a estas montañas, cuyos inmensos y retirados parajes recorro, consumido por una ardiente pasión que tú solo puedes apagar. No podemos separarnos hasta que me hayas prometido cumplir lo que te pido. Estoy solo y lleno de amargura; los hombres no quieren tener relación alguna conmigo; en cambio, una mujer deforme y horrible no se apartará de mí. Mi compañera debe ser de la misma especie, y tener los mismos defectos que yo. Así debes crear ese ser.»

Capítulo 17

Terminó de hablar el ser, y clavó en mí su mirada, esperando una respuesta. Pero yo estaba estupefacto, perplejo, y era incapaz de ordenar mis ideas lo suficiente como para comprender el alcance de sus palabras. Y prosiguió:

—Debes crear una mujer para mí, con la que pueda intercambiar los afectos necesarios para mi existencia. Solo tú puedes hacerlo, y te lo exijo como un derecho que no debes negarte a conceder.

La última parte de su historia había vuelto a encender en mí la ira que se había apaciguado mientras relataba su vida pacífica entre los moradores de la casa; y, al oírle esto, no pude contener más la cólera que ardía en mi interior.

—Me niego por completo —repliqué—; y ninguna tortura logrará obligarme a acceder. Puedes convertirme en el más desdichado de los hombres, pero jamás me volverás despreciable ante mis propios ojos. ¿Crear otro ser como tú, para que vuestra maldad unida pueda desolar el mundo? ¡Vete! Te lo repito; puedes torturarme, pero jamás accederé.

—No tienes razón —replicó el demonio—; lejos de amenazar, me limito a razonar contigo. Soy malvado porque soy desgraciado. ¿No me odia y me rehúye la humanidad? Tú, mi creador, me despedazarías y te alegrarías, tenlo presente; así que dime, ¿por qué tengo yo que compadecerme del hombre más de lo que se compadece él de mí? Si pudieses arrojarme a uno de esos precipicios de hielo y destruir mi cuerpo, obra de tus propias manos, no lo llamarías homicidio. ¿Y debo respetar yo al hombre, cuando él me condena? Que intercambie sus amabilidades conmigo, y en vez de daño derramaré sobre él todos los beneficios con lágrimas de agradecimiento por su aceptación. Pero no; los sentimientos humanos son barreras insalvables para nuestra unión. Sin embargo, no obtendrá de mí una sumisión de abyecta esclavitud. Vengaré mis ofensas; si no puedo inspirar afecto, inspiraré terror; y a ti, mi mayor enemigo, por ser mi creador, te juro un odio inextinguible. Ten cuidado; buscaré tu destrucción, y no descansaré hasta desolar tu corazón, a fin de que maldigas la hora de tu nacimiento.

Una furia demoníaca le animaba al decir esto; tenía el rostro contraído en una espantosa contorsión. Luego prosiguió:

—Estoy tratando de razonar. Esta pasión es perjudicial para mí, ya que no te das cuenta de que eres *tú* la causa de su exceso. Si algún ser sintiese alguna benevolencia hacia mí, yo le devolvería cien, y aun esas cien centuplicadas; ¡pues por esa criatura haría yo las paces con toda la humanidad! Pero hablo de sueños de dicha que no se pueden realizar. Lo que pido de ti es razonable y modesto; te exijo una criatura de otro sexo, pero horrenda como yo; la compensación es pequeña, pero es cuanto puedo recibir, y con eso me conformo. Es cierto que seremos monstruos y viviremos lejos del resto del mundo; pero por esa razón nos sentiremos más unidos el uno al otro. Nuestras vidas no serán felices, pero serán inofensivas, y estarán libres de esta desdicha que ahora me consume. ¡Oh, creador mío, hazme dichoso!, ¡deja que te guarde gratitud por este único beneficio! Deja que vea nacer mi simpatía por algún ser existente; ¡no rechaces esta petición!

Me sentía conmovido. Me estremecí al pensar en las posibles consecuencias si accedía, pero me daba cuenta de que había cierta justicia en sus palabras. Su historia y los anhelos que ahora expresaba demostraban que era una criatura de elevados sentimientos; ¿y acaso no le debía yo, como hacedor suyo, toda la felicidad que mi mano pudiera otorgarle? Él se dio cuenta de mi cambio de sentimientos, y continuó:

—Si accedes, ni tú ni ningún ser humano volveréis a verme más; me iré a las inmensas soledades de Sudamérica. Mi alimento no es el mismo que el del hombre; yo no destruyo al cordero ni a la cabra para saciar mi apetito; las bellotas y las bayas me proporcionan alimento suficiente. Mi compañera será de la misma naturaleza que yo y se conformará con igual comida. Nos haremos un lecho con hojas secas; el sol nos alumbrará como al hombre y madurará nuestro alimento. El cuadro que te describo es pacífico y humano, y comprenderás que solo puedes negarte por embriaguez de poder y de crueldad. Pero, aunque has sido despiadado conmigo, veo ahora compasión en tus ojos; déjame aprovechar el momento favorable para obtener de ti la promesa que tan ardientemente deseo.

—Dices —repliqué— que huirás de las moradas del hombre, para vivir en aquellas soledades donde las fieras del campo serán tus únicas compañeras. ¿Cómo podrás tú, que tanto anhelas el amor

y la simpatía del hombre, vivir en ese exilio? Regresarás, buscarás otra vez su compasión, y chocarás con su rechazo; renacerán tus malas pasiones, y entonces tendrás a una compañera que te ayude en tu empresa destructora. No puede ser; deja de discutir este asunto, pues no puedo acceder.

—¡Qué inconstantes son tus sentimientos! Hace un instante tan solo, te sentías conmovido por mis peticiones; ¿por qué te endureces otra vez ante mis quejas? Te juro por la tierra que habito, y por ti que me hiciste, que abandonaré la vecindad del hombre con la compañera que me concedas y viviré, si es posible, en el más salvaje de los lugares. ¡Mis malas pasiones me abandonarán, ya que habré encontrado la comprensión! Mi vida discurrirá en el sosiego; y en mi última hora, no maldeciré a mi hacedor.

Estas palabras produjeron un extraño efecto en mí. Le compadecía, y a veces sentía deseos de consolarle; pero cuando le miraba, cuando veía moverse y hablar a aquella masa inmunda, se me angustiaba el corazón y mis sentimientos se transformaban en odio y horror. Traté de sofocar estos impulsos; pensé que, si bien no podía simpatizar con él, no tenía ningún derecho a negarle la pequeña porción de felicidad que aún estaba en mi poder concederle.

—Juras ser inofensivo —dije—; pero ¿no has mostrado ya tal grado de maldad que debería hacerme desconfiar razonablemente de ti? ¿No puede ser esto, incluso, un fingimiento que aumentará tu triunfo proporcionándote más amplio campo para la venganza?

—¡Cómo! No juegues conmigo; te exijo una respuesta. Si carezco de lazos y de afectos, el odio y el rencor serán mi destino; el amor de otra criatura eliminará la causa de mis crímenes, y me convertiré en un ser cuya existencia ignorarán los demás. Mis pasiones son hijas de una obligada soledad que detesto, y mis virtudes surgirán necesariamente cuando viva en comunión con un ser como yo. Recibiré el afecto de un ser sensible, y me uniré a la cadena de la existencia y los acontecimientos de la que ahora estoy excluido.

Medité unos momentos sobre todo lo que me había contado, y sobre los diversos argumentos que había utilizado. Pensé en la disposición a la virtud de que había dado muestras al principio de su existencia, y el hundimiento subsiguiente de todo sentimiento amable, a causa de la repugnancia y el desprecio que sus protectores habían manifestado hacia él. No dejé de tener en cuenta

su poder y sus amenazas; una criatura capaz de subsistir en las cavernas de hielo y burlar las persecuciones entre las crestas de los precipicios inaccesibles estaba dotada de facultades con las que era inútil competir. Tras larga reflexión, concluí que la justicia que les debía a él y a mis semejantes me exigía que accediese a su demanda. Así que me volví y le dije:

—Accedo a lo que me pides, si juras solemnemente abandonar Europa para siempre, y cualquier otro lugar de la vecindad del hombre, tan pronto como deposite en tus manos a una mujer que te acompañe en el exilio.

—Juro por el sol —exclamó—, por el cielo azul y el fuego del amor que arde en mi corazón, que si me concedes lo que te pido, no me verás otra vez mientras esas cosas existan. Ve a tu casa y empieza el trabajo; yo vigilaré su progreso con indecible ansiedad; y no temas, cuando termines, apareceré yo.

Dicho esto se marchó inmediatamente; temeroso, quizá, de que cambiase de parecer. Le vi descender la montaña más deprisa que el vuelo de un águila, y perderse rápidamente entre las ondulaciones del mar de hielo.

Su relato había ocupado el día entero, y el sol rozaba la raya del horizonte cuando se marchó. Yo sabía que debía darme prisa en bajar hacia el valle, ya que no tardaría en envolverme la oscuridad; pero sentía un peso en el corazón, y mis pasos eran lentos. El asegurar los pies en el suelo mientras avanzaba por los senderos serpeantes de la montaña me producía perplejidad, dado lo absorto que me tenían las emociones sufridas durante el día. La noche estaba muy avanzada cuando llegué a un lugar de descanso que hay a mitad del camino, y me senté junto a la fuente. Las estrellas brillaban a intervalos entre las nubes viajeras; ante mí se alzaban los pinos oscuros, y aquí y allá se veían árboles desgajados y tumbados en el suelo; era un escenario de maravillosa solemnidad que despertó en mí extraños pensamientos.

Lloré amargamente; y, juntando las manos con agonía, exclamé:

—¡Oh, estrellas y nubes y vientos, parecéis a punto de burlaros de mí; si realmente me tenéis compasión, borradme el sentimiento y la memoria; reducidme a la nada; si no, marchaos, marchaos y dejadme en las tinieblas!

Eran estos pensamientos insensatos y desventurados, pero me es imposible describir cómo pesaba sobre mí el eterno parpadeo de los

astros, y cómo escuchaba cada ráfaga de viento como si fuese un siroco insistente y a punto de consumirme.

Despuntó el alba antes de que llegara yo al pueblo de Chamonix; no descansé, sino que regresé inmediatamente a Ginebra. Incluso en mi propio corazón, era incapaz de dar expresión a mis sentimientos; gravitaban sobre mí con el peso de una montaña, y su mismo exceso me anulaba la agonía. Así regresé a casa; y al entrar, me presenté ante la familia. Mi aspecto desencajado y macilento despertó gran alarma, pero no contesté a ninguna de sus preguntas; apenas dije nada. Me sentía como un proscrito... como si no tuviera derecho a pedirles comprensión... como si nunca más pudiese gozar de su compañía. Sin embargo, aun así, los amaba hasta la adoración; y, para salvarles, decidí emprender la obra abominable. La perspectiva de semejante empresa hacía que toda otra circunstancia de la existencia desfilara ante mí como un sueño, y que solo ese pensamiento tuviese para mí consistencia real.

Capítulo 18

Después de mi regreso a Ginebra, el tiempo transcurría día tras día y semana tras semana sin que yo lograra hacer suficiente acopio de valor para empezar de nuevo mi trabajo. Temía la venganza del demonio si llegaba a decepcionarle, pero era incapaz de vencer mi repugnancia a emprender la obra que me había impuesto. Veía que no era posible confeccionar una hembra sin dedicar varios meses a profundos estudios y laboriosas investigaciones. Había oído hablar de ciertos descubrimientos que había realizado un filósofo inglés, y a veces pensaba en obtener permiso de mi padre para visitar Inglaterra con este fin; pero me aferraba a cualquier pretexto para aplazarlo, y retrasaba el momento de dar el primer paso en una empresa cuya necesidad inmediata empezaba a parecerme menos absoluta. Efectivamente, se había operado un cambio en mí; mi salud, hasta entonces desmejorada, se había fortalecido; en cuanto al ánimo, cuando no lo constreñía el recuerdo de mi desventurada promesa, renacía del mismo modo. Mi padre observaba complacido este cambio, y pensaba en la mejor manera de eliminar los últimos vestigios de melancolía que de cuando en cuando me volvía, y nublaba, con devorada negrura, el cercano amanecer. En esos momentos buscaba refugio en la más absoluta soledad. Me pasaba días enteros en el lago, embarcado en un pequeño bote, observando las nubes y escuchando el murmullo de las olas, indiferente y abstraído. Pero el aire fresco y el sol radiante raramente dejaban de devolverme cierto grado de serenidad; y cuando regresaba, afrontaba los saludos de mis amigos con la sonrisa más dispuesta y el corazón más alegre.

Al regreso de uno de estos paseos mi padre me llamó aparte y me habló en estos términos:

—Me alegra observar, querido hijo, que recobras tus antiguas aficiones y que vuelves a ser tú mismo. Sin embargo, aún no eres feliz, y evitas nuestra compañía. Durante un tiempo he estado sumido en un mar de conjeturas sobre cuál sería la causa, y ayer me vino a la cabeza una idea que, si tiene algún fundamento, te ruego que me lo confirmes. El mantenerte reservado en tal extremo no solo sería inútil, sino que podría acarrearnos a todos triple

desgracia.

Me estremecí violentamente ante este preámbulo, y mi padre prosiguió:

—Confieso, hijo, que siempre he considerado tu futuro matrimonio con nuestra querida Elizabeth como el vínculo de la felicidad familiar y el puntal de mis últimos años. Os habéis querido desde vuestra más tierna infancia; habéis estudiado juntos y por vuestros caracteres y vuestros gustos parecéis enteramente hechos el uno para el otro. Pero es tan ciega la experiencia del hombre que lo que yo imaginaba que iba a cooperar mejor en mis planes ha sido quizá lo que los ha destruido por completo. Tal vez la ves como a una hermana, sin ningún deseo de que llegue a convertirse en tu esposa. Es posible, incluso, que hayas conocido a otra, a la que amas; y al considerarte unido a Elizabeth, por tu promesa, quizá esta lucha te ocasione el hondo sufrimiento que pareces soportar.

—Mi querido padre, tranquilízate. Amo a mi prima tierna y sinceramente. Jamás he conocido a ninguna mujer que haya despertado en mí, como despierta Elizabeth, la más cálida admiración y afecto. Mis esperanzas y perspectivas de futuro están completamente ligadas a nuestra proyectada unión.

—Tus manifestaciones sobre este particular, querido Víctor, me producen la mayor alegría que he sentido desde hace tiempo. Si es así como piensas, sin duda seremos felices, aunque los presentes acontecimientos nos hayan sumido en la melancolía. Y esta melancolía, que parece tan fuertemente arraigada en tu mente, es lo que yo deseo disipar. Así que dime si tienes alguna objeción a que se celebre inmediatamente vuestro matrimonio. Hemos sido desgraciados, y las recientes desgracias nos han arrebatado la tranquilidad cotidiana que tanto conviene a mis años y a mis achaques. Tú eres joven; sin embargo, supongo que, con una desahogada fortuna como la que posees, el matrimonio prematuro no perturbará ninguno de los planes futuros de honor y utilidad que hayas trazado. No creas, sin embargo, que es mi deseo dictarte la felicidad, ni que me vas a ocasionar seria inquietud si decides aplazarlo. Así que te pido que interpretes mis palabras desapasionadamente, y me contestes con sinceridad y confianza.

Escuché a mi padre en silencio, y durante un rato fui incapaz de darle ninguna respuesta. Di vueltas rápidamente en la cabeza a una multitud de pensamientos, pugnando por llegar a alguna

conclusión. Pero, ¡ay!, la idea de una inmediata unión con Elizabeth me producía horror y espanto. Me encontraba atado por una promesa solemne que aún no había cumplido, y no me atrevía a romper, ya que si lo hacía, ¡cuántas desgracias caerían sobre mí y mi desventurada familia! ¿Podía celebrar nada con este peso mortal que me doblaba hasta el suelo colgando aún de mí? Tenía que cumplir mi compromiso y dejar que el monstruo se marchase con su compañera antes de permitirme gozar de la dicha de una unión de la que esperaba la paz.

Recordé también la necesidad en que me encontraba de viajar a Inglaterra, o de iniciar una larga correspondencia con los filósofos de aquel país cuya ciencia y descubrimientos eran indispensables para mi presente empresa. El segundo recurso para conseguir la deseada información era lento y poco satisfactorio; además, sentía una insuperable aversión a la idea de abordar mi abominable tarea en casa de mi padre, mientras sostenía una relación entrañable con aquellos a quienes amaba. Sabía que podían ocurrir mil accidentes espantosos, el más ligero de los cuales revelaría una historia capaz de hacer estremecer de horror a toda mi familia. Me daba cuenta, además, de que perdería frecuentemente mi autodominio y mi capacidad de ocultar los angustiosos sentimientos que me embargarían durante el progreso de la horrenda tarea. Tenía que alejarme de todos a los que amaba mientras trabajase en esto. Una vez empezado terminaría rápidamente y podría reintegrarme a mi familia en paz y con felicidad. Cumplida mi promesa, el monstruo se marcharía para siempre. O (así daba en imaginarlo mi ilusión) tal vez sucediera entretanto algún accidente que lo destruyese, poniendo fin para siempre a mi esclavitud.

Estos sentimientos fueron los que me dictaron la respuesta a mi padre. Le expresé el deseo de visitar Inglaterra, aunque le oculté los verdaderos motivos; vestí este deseo con un disfraz que no despertaba ninguna sospecha, imprimiéndole una seriedad que enseguida indujo a mi padre a acceder. Después de un largo período de melancolía, rayana en la locura por su intensidad, le alegró descubrir que era capaz de ilusionarme con la idea de un viaje, y confió en que el cambio de escenario y las diversas distracciones me devolviesen por completo, antes de mi regreso, a mi propio ser.

La duración de esta ausencia quedaba a mi entera elección; decidí que fuese de unos meses, un año todo lo más. Mi padre tomó

la amable precaución de buscarme un compañero. Sin consultarme previamente, dispuso, de común acuerdo con Elizabeth, que Clerval se reuniera conmigo en Estrasburgo. Esto era un obstáculo para la soledad que necesitaba para realizar mi trabajo; sin embargo, en la primera etapa del viaje, la presencia de mi amigo no sería en absoluto un impedimento, y me alegré sinceramente de que me salvaran por este medio de muchas horas de meditaciones solitarias y enloquecedoras. Por otra parte, Henry podía interponerse entre mi enemigo y yo. Si llegaba a quedarme solo, ¿no me impondría de vez en cuando su abominable presencia para recordarme mi tarea o comprobar sus progresos?

Así pues, me marché a Inglaterra, y quedó acordado que mi unión con Elizabeth se celebraría inmediatamente después de mi regreso. La edad de mi padre le hacía mostrarse extremadamente contrario a toda demora. En cuanto a mí, había una recompensa que me prometía después de aquel odiado trabajo, un consuelo para mis indecibles sufrimientos: la promesa del día en que, libre de mi miserable esclavitud, podría reclamar a Elizabeth y olvidar el pasado casándome con ella.

Hice, pues, los preparativos para el viaje, aunque con una sensación que me llenaba de temor y agitación. Durante mi ausencia debía dejar a mi familia ignorante de la existencia de su enemigo y expuesta a sus ataques, ya que se exasperaría cuando se enterase de mi marcha. Pero había prometido seguirme a donde fuese; así que ¿no me acompañaría a Inglaterra? Dicha posibilidad era en sí misma espantosa, aunque tranquilizadora en la medida en que suponía la seguridad de los míos. Me angustiaba la idea de que fuese al revés. Pero durante todo el tiempo en que fui esclavo de mi criatura me dejé llevar por impulsos momentáneos, y ahora tenía la firme convicción de que el demonio me seguiría, y que de este modo libraría a mi familia del peligro de sus maquinaciones.

En la segunda mitad de septiembre abandoné otra vez mi país. Emprendía el viaje por propia iniciativa, y Elizabeth estaba de acuerdo por esa razón; pero la llenaba de inquietud la idea de que pudiese sufrir, lejos de ella, los asaltos de la desdicha y del dolor. Había sido su preocupación lo que había motivado que me acompañase Clerval... sin embargo, el hombre está ciego ante los mil pequeños detalles que la solicitud inspira a una mujer. Ansiaba pedirme que me apresurase a regresar; mil emociones encontradas

le impidieron hablar cuando me despidió llorosa y en silencio.

Subí al carruaje que debía llevarme, sin saber apenas a dónde iba, y sin preocuparme de cuanto sucedía a mi alrededor. Solo me acordé —y la idea me produjo una profunda agonía— de encargar que empaquetasen mis instrumentos químicos para llevarlos conmigo. Sumido en sombrías reflexiones, recorrí un sinfín de majestuosos y bellos escenarios con la mirada fija y ausente. No podía pensar más que en la meta de mi viaje y en el trabajo que debía ejecutar mientras durase.

Tras unos días de completa indolencia, durante los cuales recorrí muchas leguas, llegué a Estrasburgo, donde tuve que esperar dos días a Clerval. Llegó. ¡Ay! ¡Qué grande era el contraste que había entre nosotros! Él admiraba cada paisaje que veía, gozaba contemplando las bellezas del sol poniente, y más aún cuando lo veía salir y comenzar un nuevo día. Me hacía fijarme en los colores cambiantes de las cosas y los aspectos del cielo.

—Esto sí que es vivir —exclamaba—; ¡ahora sí que disfruto de la vida! Pero ¿y tú, mi querido Frankenstein, por qué estás tan triste y desanimado?

Verdaderamente, me hallaba abismado en tenebrosos pensamientos, y ni veía descender el lucero de la tarde, ni salir el dorado sol reflejándose en el Rin. Y usted, amigo mío, se distraería mucho más leyendo el diario de Clerval, que observaba el paisaje con emoción y placer, que escuchando estas reflexiones. Las reflexiones de un miserable desdichado, perseguido por una maldición que le cierra todo acceso a la felicidad.

Habíamos acordado descender el Rin en barca desde Estrasburgo a Rotterdam, donde podríamos coger un barco para Londres. Durante este trayecto cruzamos numerosas islas pobladas de sauces, y vimos varias ciudades hermosas. Permanecimos un día en Mannheim; y al quinto de nuestra partida de Estrasburgo llegamos a Maguncia. El curso del Rin al pasar Maguncia se vuelve mucho más pintoresco. Desciende rápidamente y serpea entre colinas, no muy elevadas, aunque escarpadas y de formas bellísimas. Vimos numerosos castillos en ruinas que se alzaban al borde de unos precipicios altos e inaccesibles, rodeados de negros bosques. Esta parte del Rin, efectivamente, presenta un paisaje singularmente variado. Pueden verse en un sitio montes enhiestos y castillos ruinosos dominando tremendos precipicios con el Rin debajo,

impetuoso y oscuro, y descubrir, al pasar de pronto un promontorio, un escenario de florecientes viñedos y verdes praderas junto a un río perezoso entre ciudades populosas.

Viajábamos en la época de la vendimia y escuchábamos las canciones de los campesinos mientras navegábamos río abajo. Incluso yo, con el espíritu deprimido y el ánimo agitado continuamente por sombríos pensamientos, las oía con agrado. Iba tendido en el fondo de la embarcación; y, contemplando el cielo azul y sin nubes, me parecía beber en una tranquilidad que me había sido ajena desde hacía mucho tiempo. Y si estos eran mis sentimientos, ¿cómo describir los de Henry? Se sentía como si le hubiesen transportado a un país mágico y gozase de una felicidad raramente alcanzada por el hombre.

—He visto —dijo— los más hermosos escenarios de mi país; he visitado los lagos de Lucerna y de Uri, donde las nevadas montañas descienden perpendiculares hasta el agua, proyectando negras e impenetrables sombras que les darían un aspecto tenebroso, si no fuera por las verdeantes islas que alivian la vista con su alegre presencia; he visto el lago agitado por tempestades en las que el viento levantaba trombas de agua, dando idea de lo que debe de ser una tromba en el océano inmenso, y estrellarse furiosas las olas al pie del monte donde un alud sepultó al sacerdote y a su amante, y donde dicen que aún se oyen sus voces de agonía cuando se calma el viento por la noche; he visto las montañas de La Valais y del Pays de Vand; pero este país, Víctor, me gusta más que todas esas maravillas. Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas, pero hay un encanto en las riberas de este río divino como nunca he visto igual. Observa aquel castillo encaramado sobre el precipicio; y aquel otro, en la isla, casi oculto entre el follaje de los árboles hermosos; mira ese grupo de vendimiadores que andan entre las vides; y el pueblo semiescondido en el regazo de la montaña. ¡Ah, seguramente, los espíritus que habitan y guardan este lugar tienen un alma más en armonía con el hombre que aquellos que acrecientan el glaciar o se refugian en las cumbres inaccesibles de nuestra tierra!

¡Clerval! ¡Querido amigo! Aun ahora me llena de gozo repetir tus palabras y demorarme en alabanzas que tanto mereces. Era un ser formado en «la verdadera poesía de la naturaleza». La sensibilidad de su corazón templaba su imaginación arrolladora y

entusiasta. Su alma desbordaba de afectos, y su amistad era de esa naturaleza abnegada y maravillosa que el mundo nos enseña a buscar en el reino de la imaginación. Pero ni aun las simpatías humanas saciaban la avidez de su espíritu. El escenario de la naturaleza elemental, que otros contemplan tan solo con admiración, despertaba su entusiasmo:

La atronadora catarata
le embargaba como una pasión: la roca alta,
la montaña, el bosque tenebroso y profundo,
y sus formas y colores, eran para él
un anhelo, un sentimiento, un amor
que no necesitaba de otro encanto más remoto
debido al pensamiento, ni de otro interés
que no fuese la mirada.

¿Y dónde está ahora? ¿Se ha perdido para siempre este ser afable y bondadoso? ¿Ha perecido esa mente llena de ideas y de imaginaciones fantásticas y grandiosas que constituían un mundo cuya existencia dependía de su creador? ¿Solo vive ahora en mi memoria? No, no es así; tu cuerpo tan divinamente forjado, y radiante de belleza, se ha corrompido; pero tu espíritu aún visita y consuela a este desventurado amigo tuyo.

Perdone esta efusión de dolor; estas inútiles palabras no son sino un tributo pequeño al valor incomparable de Henry; pero alivian mi corazón transido por la angustia que me causa su recuerdo. Proseguiré con mi historia.

Después de pasar Colonia descendimos a las llanuras de Holanda, y decidimos hacer en diligencia el resto del trayecto, pues el viento era contrario, y la corriente del río demasiado mansa para ayudarnos.

Aquí, nuestro viaje perdió el interés de los bellos parajes; y a los pocos días llegamos a Rotterdam, de donde zarpamos para Inglaterra. Fue una clara mañana de últimos de diciembre cuando vi por primera vez los blancos acantilados ingleses. Las riberas del Támesis mostraban un paisaje nuevo; eran llanas pero fértiles, y casi cada pueblo estaba marcado por el recuerdo de algún hecho memorable. Vimos Tilbury Fort, que nos recordó la Armada Española; Gravesend, Woolwich y Greenwich…, lugares de los que

había oído hablar incluso en mi país.

Finalmente divisamos los numerosos campanarios de Londres, la descollante cúpula de San Pablo y la torre famosa de la historia de Inglaterra.

Capítulo 19

Londres fue nuestro presente punto de descanso; decidimos pasar unos meses en esta ciudad célebre y maravillosa. Clerval deseaba conocer a los hombres de genio y de talento que estaban en boga; pero para mí, esta era una cuestión secundaria; lo que me interesaba ante todo era obtener los conocimientos necesarios para cumplir mi promesa, de modo que me serví enseguida de las cartas de presentación que llevaba conmigo, dirigidas a los más distinguidos filósofos de la naturaleza.

Si hubiese realizado este viaje en mis tiempos venturosos de estudiante, me habría producido un placer indescriptible. Pero había caído una maldición sobre mi existencia, por lo que visité a estas personas con el único objeto de que me facilitasen la información necesaria para la empresa en la que estaba tan terriblemente empeñado. La compañía me resultaba enojosa; cuando estaba solo, podía ocupar la mente contemplando el cielo y la tierra; la voz de Henry me sosegaba y de este modo podía fingir una paz transitoria. Pero los rostros afanosos, alegres o desprovistos de interés volvían a despertar la desesperación de mi corazón. Veía una barrera insalvable entre mis semejantes y yo; una barrera sellada con la sangre de William y de Justine; y el pensar en los sucesos relacionados con esos nombres me llenaba el alma de angustia.

Pero en Clerval veía la imagen de mi antiguo yo; era curioso y siempre mostraba deseos de aumentar su experiencia y saber. La diversidad de costumbres que observaba era para él una fuente inagotable de interés y diversión. Él perseguía también un objetivo que desde hacía tiempo se había propuesto. Quería visitar la India, convencido de que el conocimiento que tenía de sus diversas lenguas y las nociones que había adquirido de su sociedad le capacitaban para contribuir materialmente al progreso de la colonización y el comercio europeos. Solo en Gran Bretaña podía convertir su plan en realidad. Andaba constantemente ocupado, y lo único que le impedía disfrutar era mi ánimo triste y deprimido. Yo trataba de ocultarlo, a fin de no privar de los placeres naturales a quien debía entrar en un nuevo escenario de la vida sin que le

turbasen amargos recuerdos. A menudo rehusé acompañarle, pretextando otros compromisos, para poder estar solo. Había empezado, también, a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, cosa que me atormentaba como una gota de agua cayendo sin cesar sobre la cabeza. Cada pensamiento que le dedicaba me ocasionaba un agudo dolor, y cada palabra alusiva a ese tema me producía un temblor en los labios y un vuelco violento en el corazón.

Cuando ya hacía varios meses que estábamos en Londres, recibimos una carta de cierta persona de Escocia que en otro tiempo nos había visitado en Ginebra. Hablaba de las bellezas de su país y nos preguntaba si no eran atractivos suficientes para decidirnos a prolongar nuestro viaje hasta Perth, donde vivía. Clerval mostró vivos deseos de aceptar la invitación; en cuanto a mí, aunque detestaba la sociedad, quería ver otra vez montañas y ríos, y todas las obras maravillosas con que la Naturaleza adorna sus parajes escogidos.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre, y estábamos en febrero. Así que decidimos emprender nuestro viaje hacia el norte en cuanto pasase otro mes. En esta expedición no nos proponíamos seguir la gran carretera de Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, para concluir el viaje hacia últimos de julio. Empaqueté mis instrumentos químicos y el material recogido, con idea de terminar mi obra en algún oscuro rincón al norte de las tierras altas de Escocia.

Salimos de Londres el 27 de marzo y nos detuvimos varios días en Windsor, donde paseamos por su hermoso bosque. Era un escenario nuevo para unos montañeses como nosotros: los robles majestuosos, la cantidad de caza y las manadas de ciervos arrogantes eran todo novedades deslumbrantes para los dos.

De aquí continuamos a Oxford. Al entrar en esta ciudad se nos llenó el espíritu con el recuerdo de los hechos que allí habían sucedido más de siglo y medio antes. Aquí fue donde Carlos I había reunido sus fuerzas. Esta ciudad le había permanecido fiel, aun después de que la nación entera hubiese abandonado su causa para alistarse bajo el estandarte del Parlamento y la libertad. El recuerdo de aquel infortunado rey y de sus compañeros, del amable Falkland y del insolente Goring, de la reina y de su hijo dotaba de un interés especial a cada parte de la ciudad donde se supone que habían

vivido. El espíritu de los tiempos pasados había encontrado aquí su morada, y disfrutamos rastreando sus huellas. Y si estos sentimientos no hubiesen encontrado una imaginaria gratificación, el aspecto de la misma ciudad tenía belleza suficiente para despertar nuestra admiración. Los edificios universitarios son antiguos y pintorescos; las calles son casi magníficas; y el encantador Isis pasa junto a ella entre prados de exquisito verdor, y se ensancha en una plácida extensión de agua que refleja el majestuoso conjunto de torres y agujas y cúpulas cercadas por árboles añosos.

Gocé de este escenario; sin embargo, el recuerdo del pasado y las expectativas del futuro amargaban mi goce. Yo estaba hecho para una felicidad sosegada. Durante mis tiempos jóvenes, el descontento jamás había visitado mi espíritu; y si me vencía *l'ennui*, la contemplación de las bellezas naturales o el estudio de las cosas excelentes y sublimes creadas por el hombre podían cautivarme siempre el corazón y comunicar flexibilidad a mi ánimo. Ahora soy un árbol seco; el rayo ha fulminado mi alma; pero entonces comprendí que debía seguir viviendo para mostrar al mundo lo que yo era y pronto dejaría de ser: un ejemplo lamentable de humanidad derrotada, digno de lástima para otros e insoportable para mí.

Pasamos bastante tiempo en Oxford, recorriendo los alrededores y tratando de identificar cada rincón relacionado con la época más animada de la historia inglesa. Nuestras pequeñas excursiones de exploración se prolongaban a menudo por los lugares de interés que iban surgiendo sucesivamente. Visitamos la tumba del ilustre Hampden y el campo donde cayó este patriota. Por un instante mi alma se elevó de sus bajos y miserables temores para contemplar las ideas divinas de la libertad y el sacrificio, de las que estos lugares eran monumentos y recuerdos. Y, por un instante, me atreví a sacudirme las cadenas y a mirar a mi alrededor con espíritu sereno y libre; pero el hierro me había mordido en la carne, y nuevamente me sumergí, temblando y desesperanzado, en el abismo miserable de mi propio yo.

Partimos de Oxford pesarosos y lamentando tener que continuar hacia Matlock, nuestra siguiente etapa. El campo, en las proximidades de este pueblo, se parecía bastante más al paisaje de Suiza, aunque todo a escala más reducida; aunque a las verdes

montañas les faltaba esa corona de blancos y distantes Alpes que siempre aparece por encima de los montes cubiertos de pinos de mi país. Visitamos la maravillosa caverna y las pequeñas vitrinas de historia natural, donde se exhiben curiosidades con la misma disposición que lo hacen los coleccionistas de Servox y de Chamonix. Este último nombre me hizo temblar al pronunciarlo Henry; y me apresuré a abandonar Matlock, que de este modo se asociaba con aquel terrible escenario.

De Derby seguimos hacia el norte, pasamos dos meses en Cumberland y Westmoreland. Ahora casi podía imaginarme entre las montañas suizas. Las pequeñas manchas de nieve que aún perduraban en la ladera norte de las montañas, los lagos y el fragor de los ríos entre las rocas eran espectáculos muy familiares y queridos para mí. Aquí hicimos también algunas amistades que casi consiguieron hacerme creer que era feliz. El placer de Clerval era proporcionalmente superior al mío; su espíritu se ensanchaba en compañía de hombres de talento, y encontraba en su propia naturaleza mayores capacidades y recursos de los que él mismo imaginaba tener cuando estaba en contacto con gente inferior a él.

—Aquí podría pasarme la vida —me dijo—; entre estas montañas, apenas echaría de menos Suiza y el Rin.

Pero descubrió que la vida del viajero incluye también sufrimiento, en medio de todos sus goces. Los sentimientos están perpetuamente en tensión, y cuando empieza a disfrutar del reposo, se ve obligado a abandonar aquello en lo que descansa placenteramente, y buscar algo nuevo que cautive su atención, para abandonarlo después por otras novedades.

No bien habíamos visitado los diversos lagos de Cumberland y Westmoreland, y cobrado afecto a algunos de sus habitantes, llegaron las fechas en que debíamos reunirnos con nuestro amigo escocés, así que los dejamos para proseguir el viaje. Por mi parte, no lo sentí. Hacía ya algún tiempo que tenía descuidada mi promesa, y temía los efectos del desencanto del demonio. Quizá estuviese en Suiza, y descargase su venganza sobre mis familiares. Tal pensamiento me perseguía y atormentaba en aquellos momentos en que podía haber encontrado un poco de descanso y de paz. Esperaba las cartas con febril impaciencia; si se retrasaban, me sentía desdichado y me agobiaban mil temores; y cuando llegaban, y veía la letra de Elizabeth o de mi padre en el sobre, apenas me

atrevía a leerlas, no fuera a ver confirmada mi condenación. A veces pensaba que el demonio me seguía y podía estimular mi renuencia matando a mi compañero. Cuando me asaltaban estos pensamientos, no quería dejar a Henry solo ni un momento, sino que le seguía como si fuese su sombra para protegerle de la imaginada furia de su destructor. Me sentía como si hubiese cometido algún crimen enorme, cuya conciencia me atormentara. Era inocente, pero había atraído efectivamente sobre mi cabeza una horrible maldición tan mortal como la del crimen.

Visité Edimburgo con languidez en los ojos y en la mente; sin embargo, esa ciudad podía haber interesado al más desventurado de los seres. A Clerval no le gustó tanto como Oxford, pues la antigüedad de esta última le resultaba más grata. Pero la belleza y regularidad de la parte nueva de Edimburgo, su castillo romántico y sus alrededores, los más deliciosos del mundo, el Arthur’s Seat, la fuente de San Bernardo y las Montañas de Pentland le compensaron del cambio y le llenaron de entusiasmo y admiración. Pero yo estaba impaciente por llegar al fin de mi viaje.

Dejamos Edimburgo una semana después, cruzamos Couper, St. Andrew’s y seguimos por las riberas del Tay, hasta Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Pero yo no me encontraba con humor para reír y charlar con desconocidos, ni para compartir sus sentimientos y planes con la jovialidad que se espera de un invitado; así que le dije a Clerval que deseaba dar la vuelta a Escocia solo.

—Disfruta tú —dije—, y que sea este nuestro punto de encuentro. Estaré ausente un mes o dos; pero te ruego que no interfieras en mis movimientos; déjame en paz y soledad un poco de tiempo; cuando regrese, espero que sea con el corazón más aliviado, y más en armonía con tu humor.

Henry quiso disuadirme, pero viéndome decidido a llevar adelante este plan, dejó de protestar. Insistió en escribirme a menudo.

—Preferiría acompañarte —dijo— en tus paseos solitarios, a estar con estos escoceses a quienes no conozco; así que no tardes en regresar, amigo querido, para que pueda sentirme otra vez a gusto, cosa que no puede ser en tu ausencia.

Después de separarme de mi amigo, decidí buscar algún lugar remoto de Escocia y terminar mi obra en soledad. No dudaba que el monstruo me seguía, y que se presentaría a mí cuando hubiese

terminado, a fin de recibir a su compañera.

Con este propósito atravesé las tierras altas del norte y elegí una de las islas más remotas de las Orkney como escenario de mis trabajos. Era el marco apropiado para una obra de este género, ya que se trataba de una roca cuyos elevados flancos azotaban continuamente las olas. Su suelo, yermo, apenas producía pasto para unas cuantas vacas escuálidas y avena para sus habitantes: cinco personas cuyos flacos y demacrados miembros daban prueba de su dieta miserable. El pan y las verduras, cuando podían contar con tales lujos, y hasta el agua potable, había que traerlos de tierra firme, que estaba a unas cinco millas de distancia.

En todo el islote había solo tres cabañas, una de las cuales estaba desocupada cuando llegué. La alquilé. Constaba de dos habitaciones, en las que se podían ver las huellas de la más extremada penuria. La techumbre de paja se había hundido, las paredes estaban sin enlucir, y la puerta se había salido de sus goznes. Mandé repararla, compré algunos muebles y tomé posesión de ella, cosa que sin duda habría producido cierta sorpresa en los campesinos, de no haber tenido embotada la sensibilidad por la pobreza y la indigencia. De este modo, podía vivir sin que me molestasen ni se fijasen en mí, ni me agradeciesen siquiera los escasos alimentos y las ropas que les di, hasta tal extremo adormece el sufrimiento los sentimientos más elementales de los hombres.

En este retiro dediqué las mañanas al trabajo; por la tarde, cuando el tiempo lo permitía, paseaba junto a la playa, pedregosa, escuchando las olas que rugían y se estrellaban a mis pies. Era un escenario monótono, aunque siempre cambiante. Pensaba en Suiza: qué distinta de este paisaje desolado y horrible. Sus colinas están cubiertas de viñedos, y sus casitas de campo salpican profusamente las llanuras. Los lagos hermosos reflejan un cielo terso y azul, y cuando los vientos los agitan, su tumulto no es sino el juego de un niño vivaracho, comparado con los rugidos del océano gigantesco.

De este modo me había distribuido el tiempo al principio; pero, a medida que avanzaba mi labor, los días se me hacían más horribles y enojosos. Unas veces no lograba animarme a entrar en el laboratorio durante días enteros; otras, trabajaba febrilmente día y noche, a fin de completar cuanto antes mi obra. Era, efectivamente, una tarea inmunda la que tenía entre manos. Durante mi primer experimento, una especie de frenético entusiasmo me había

impedido ver el horror de mi trabajo; había mantenido la atención intensamente fija en la culminación de mis esfuerzos, y había cerrado los ojos al horror de mis manipulaciones. Pero ahora lo hacía todo fríamente, y mi corazón desfallecía a menudo ante lo que hacían mis manos.

Viviendo de este modo, entregado a la más detestable ocupación, inmerso en una soledad en la que nada podía desviar un instante mi atención de la obra en la que estaba empeñado, el ánimo se me desequilibró; me volví inquieto y nervioso. A cada instante temía encontrarme con mi perseguidor. A veces permanecía sentado con los ojos fijos en el suelo, con miedo a levantarlos, no fuera a descubrir al que tanto me aterraba ver. Temía alejarme de la vista de mis semejantes, no fuera que cuando estuviese solo viniese a reclamarme a su compañera.

Entretanto, seguía trabajando, y mi labor avanzaba considerablemente. Miraba su conclusión con una esperanza trémula y ansiosa que no me atrevía a poner en duda, aunque se entremezclaba con oscuros presagios que hacían desfallecer mi corazón.

Capítulo 20

Una tarde, me encontraba sentado en mi laboratorio; el sol se había puesto, y la luna salía por el mar; no había luz suficiente, y estaba sin hacer nada, pensando si debía suspender el trabajo hasta el día siguiente o apresurarme a terminarlo. Y, estando así, mis reflexiones tomaron un rumbo que me llevó a considerar las consecuencias de lo que estaba haciendo. Tres años antes me había enfrascado de la misma manera, creando un demonio cuya inigualable barbarie me había desolado el corazón, llenándolo de los más amargos remordimientos. Ahora estaba a punto de crear otro ser cuyas inclinaciones ignoraba igualmente; y esta mujer podía llegar a ser mil veces más malvada que su compañero, y gozarse en el homicidio y la desdicha. Él había jurado abandonar la proximidad del hombre y ocultarse en los desiertos, pero ella no; y, dado que con toda probabilidad se convertiría en un animal pensante y racional, podía negarse a cumplir un compromiso acordado antes de su creación. Incluso podían llegar a aborrecerse mutuamente; el ser que ya vivía odiaba su propia deformidad; ¿no llegaría a concebir un odio aún mayor cuando la tuviera ante sus ojos en forma femenina? Y ella, a su vez, podría apartarse de él con repugnancia, y buscar la belleza superior del hombre; tal vez lo abandonase, dejándole nuevamente solo, y exasperado por la provocación que suponía el que le abandonase alguien de su misma especie.

Aun cuando se marcharan de Europa y se fueran a vivir a los desiertos del Nuevo Mundo, una de las primeras consecuencias de esos afectos que tanto ansiaba el demonio serían los hijos, y por la tierra se propagaría una raza de demonios que podría reducir la misma existencia de la especie humana a una condición precaria y llena de horror. ¿Tenía yo derecho, por propio beneficio, a desatar esta maldición sobre las generaciones venideras? Antes me había dejado conmover por los sofismas del ser que había creado; ahora, por primera vez, se me reveló con toda claridad la maldad de mi promesa; me estremecí al pensar que las épocas futuras me maldecirían por haber sido su azote, cuyo egoísmo no había vacilado en comprar su propia paz al precio, quizá, de la existencia

de toda la humanidad.

Me estremecí; y el corazón se me paralizó cuando, al alzar los ojos, vi al demonio en la ventana, iluminado por la luna. Una sonrisa arrugó sus labios al encontrarme cumpliendo el trabajo que él me había asignado. Sí; me había seguido en mis viajes; había vagado por los bosques, se había ocultado en las cavernas, o había buscado cobijo en los grandes parajes deshabitados; y ahora venía a comprobar mis progresos y a reclamar el cumplimiento de mi promesa.

Al mirarle descubrí en su rostro una expresión de malevolencia y de traición inconcebibles. Pensé, con una sensación de vértigo, en mi promesa de crear otro ser como él y, temblando de ira, destrocé el cuerpo en el que estaba ocupado en ese momento. Al verme destruir la criatura de cuya futura existencia dependía su dicha, el desdichado profirió un aullido de diabólica desesperación y venganza y desapareció.

Salí de la habitación, cerré la puerta y me prometí solemnemente no volver a reanudar jamás este trabajo; luego, con pasos vacilantes, me dirigí a mi aposento. Estaba solo; no tenía a nadie que me ayudase a disipar el malestar que sentía y me aliviase de la insoportable opresión que me producían los más terribles pensamientos.

Permanecí varias horas junto a la ventana contemplando el mar: estaba casi inmóvil, pues los vientos habían amainado, y toda la naturaleza descansaba bajo la mirada plácida de la luna. Unas cuantas embarcaciones de pesca moteaban el agua y, de cuando en cuando, la brisa suave hacía llegar hasta mí las voces de los pescadores que se llamaban unos a otros. Sentía el silencio, aunque apenas tenía conciencia de su extraordinaria profundidad; hasta que mi oído captó súbitamente un chapoteo de remos cerca de la orilla, y una persona saltó a tierra cerca de mi casa.

Pocos minutos después oí crujir la puerta, como si alguien tratase de abrirla con suavidad. Me estremecí de pies a cabeza; tuve el presentimiento de quién era, y sentí deseos de despertar a los campesinos que vivían en una cabaña no lejos de la mía; pero me venció esa sensación de impotencia que tan frecuentemente acompaña a las pesadillas angustiosas, cuando uno pugna por huir de un peligro inminente y siente que está clavado en el suelo.

Luego oí ruido de pasos en el pasillo; se abrió la puerta y

apareció el desdichado a quien tanto temía. Cerró la puerta, se acercó a mí y dijo con voz sofocada:

—Has destruido la obra que habías empezado; ¿qué es lo que pretendes? ¿Te atreves a romper tu promesa? He soportado el sufrimiento y la miseria; he abandonado Suiza contigo; he recorrido las riberas del Rin, las islas de los sauces y las cimas de sus montes. He vivido durante meses en los parajes despoblados de Inglaterra y en los desiertos de Escocia. He soportado fatigas incalculables, el frío y el hambre; ¿y te atreves ahora a destruir mis esperanzas?

—¡Vete! Rompo mi promesa; ¡jamás crearé otro ser como tú, con tu misma deformidad y malevolencia!

—Esclavo, trataré de razonar contigo, aunque has dado prueba de ser indigno de mi condescendencia. Recuerda que tengo un gran poder; te consideras miserable; pero yo puedo hacerte tan desdichado que la luz del día te resulte odiosa. Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo: ¡Obedece!

—La hora de mis vacilaciones ha pasado, y ha concluido el período de tu poderío. Tus amenazas no pueden moverme a ejecutar ninguna maldad; al contrario, me confirman en mi decisión de no crearte una compañera de perversidades. ¿Debo soltar fríamente en el mundo a un demonio que se complace en la muerte y la desdicha? ¡Vete! Estoy decidido, y tus palabras no harán sino exasperar mi cólera.

El monstruo leyó la determinación en mi rostro, y rechinó los dientes en la impotencia de su ira.

—¿Por qué cada hombre —exclamó— ha de tener una esposa para su lecho, y cada bestia una compañera, y tengo yo que vivir en soledad? Yo tuve sentimientos de afecto, y fueron correspondidos con el odio y el desprecio. ¡Tú podrás odiarme, hombre, pero ten cuidado! Pasarás tus horas sumido en el terror y la desdicha; y no tardará en caer el rayo que ha de arrebatarte para siempre la felicidad. ¿Pretendes ser dichoso, mientras yo me arrastro en la intensidad de mi desventura? Podrás aplastar mis otras pasiones, pero me queda aún la venganza... ¡la venganza, en adelante, será para mí más querida que la luz y el alimento! Puede que yo muera; pero antes, tú, mi tirano y verdugo, maldecirás el sol que alumbra tu miseria. Ten cuidado; porque soy atrevido, y por tanto poderoso. Vigilaré con la astucia de una serpiente, a fin de morder con su veneno. Te arrepentirás de las injurias que me infliges.

—Calla, demonio; no envenenes el aire con palabras malvadas. Ya te he dicho mi decisión, y no soy ningún cobarde para rendirme a las amenazas. Déjame; soy inexorable.

—Bien. Me voy; pero recuerda esto: estaré contigo en tu noche de bodas.

Me revolví, y exclamé:

—¡Malvado! Antes de que firmes tú mi sentencia de muerte, asegúrate de que estás a salvo.

Quise agarrarle; pero él me eludió y abandonó la casa con precipitación. Unos instantes después le vi subir en su barca y surcar las aguas a la velocidad de una flecha perdiéndose enseguida entre las olas.

Todo quedó en silencio otra vez, pero sus palabras aún resonaban en mis oídos. Yo estaba furioso, con unas ganas inmensas de perseguir al que me había arrebatado la paz, y precipitarle al fondo del océano. Me puse a pasear, inquieto y desasosegado, de un lado para otro de la habitación, mientras mi imaginación evocaba mil imágenes que me atormentaban y herían. ¿Por qué no le había seguido y había entablado con él una lucha a muerte? Le había dejado que se marchara, y se había dirigido hacia tierra firme. Me estremecí al pensar quién podía ser la siguiente víctima que sacrificaría a su insaciable sed de venganza. Luego pensé otra vez en sus palabras: «Estaré contigo en tu noche de bodas». Ese era, pues, el plazo que fijaba para el cumplimiento de mi condenación. Esa era la hora en que yo debía morir, para satisfacer y apagar a un tiempo su rencor. No me daba miedo tal perspectiva; sin embargo, al pensar en mi amada Elizabeth, en el llanto y el dolor interminable que la embargarían al ver a su esposo bárbaramente arrebatado de su lado, acudieron a mis ojos las primeras lágrimas que derramaba desde hacía muchos meses; y decidí no caer ante mi enemigo sin presentarle una lucha encarnizada.

Pasó la noche, y el sol surgió del océano; mis sentimientos se habían calmado, si puede hablarse de calma cuando la violencia de la furia nos hunde en las profundidades de la desesperación. Salí de la casa —horrendo escenario de la disputa de la noche anterior— a pasear por el borde del mar, que casi se me antojaba una barrera insalvable entre mis semejantes y yo; es más, me asaltó el deseo de que fuese efectivamente así. Deseé quedarme para siempre en aquella roca inhóspita, olvidado de todos, es cierto, pero sin que me

turbase ningún súbito infortunio. Si regresaba estaría condenado a ver morir a quienes amaba en las garras de un demonio que yo mismo había creado.

Paseé por la isla como un espectro inquieto, separado de todos los que amaba y desdichado por esta separación. Cuando llegó el mediodía, y el sol estuvo en su cenit, me tumbé en la yerba y me dejé vencer por un profundo sueño. Había estado despierto toda la noche anterior, tenía los nervios agitados, y los ojos inflamados por la vigilia y el sufrimiento. El sueño fue reparador; al despertar, me sentí nuevamente como si perteneciese a la raza de los seres humanos, y empecé a pensar con más serenidad en lo que había pasado; sin embargo, aún me resonaban en los oídos las palabras del demonio como un tañido fúnebre; me parecía como un sueño, aunque eran claras y opresivas como la realidad.

El sol había descendido bastante, y aún permanecía yo sentado en la playa, saciando el apetito —que se me había vuelto voraz— con una torta de avena, cuando vi atracar una barca de pesca cerca de donde estaba, y uno de los hombres me trajo un paquete; contenía unas cuantas cartas de Ginebra, y una de Clerval, pidiéndome que me reuniese con él. Decía que estaba perdiendo el tiempo inútilmente; que los amigos que había hecho en Londres le habían escrito rogándole que regresase para ultimar las negociaciones que habían iniciado con una empresa india. No podía retrasar más su marcha; pero como después de este viaje a Londres tal vez le tocase emprender otro más largo, incluso antes de lo que calculaba, me pedía que estuviese con él el tiempo que me fuera posible. Por tanto, me suplicaba que dejase mi isla solitaria y fuese a reunirme con él a Perth, de donde podríamos proseguir juntos hacia el sur. Esta carta me llamó en cierto modo a la vida, por lo que decidí que abandonaría mi isla dos días después.

Sin embargo, antes de partir, tenía una tarea que cumplir, cuyo pensamiento me hacía estremecer: debía empaquetar mis instrumentos químicos, para lo cual tenía que entrar en la habitación que había sido escenario de mi espantoso trabajo, y manipular aquellos utensilios cuya visión me producía malestar. A la mañana siguiente, cuando rompió el día, hice acopio de valor y abrí la puerta del laboratorio. Los restos de la criatura inacabada que había destruido yacían esparcidos por el suelo; casi me pareció como si hubiese despedazado la carne viva de un ser humano. Me

detuve para recobrarme, y luego entré en la cámara. Con mano temblorosa, saqué los instrumentos de la habitación; pero pensé que no debía dejar que los restos de mi obra despertasen el horror y el recelo de los lugareños, y los metí en un cesto con gran cantidad de piedras, decidiendo arrojarlos al mar esa misma noche; entretanto, me senté junto a la orilla y me dediqué a limpiar y ordenar los aparatos químicos.

Nada podía haber más completo que el cambio operado en mis sentimientos durante la noche de la aparición del demonio. Antes había mirado mi promesa con negra desesperación, como algo que debía cumplir, fueran cuales fuesen sus consecuencias; ahora, en cambio, era como si me hubiesen arrancado una venda de los ojos, y viera claramente por primera vez. Ni por un instante me vino la idea de recomenzar aquel trabajo. La amenaza que había oído pesaba sobre mis pensamientos; pero no se me ocurría que pudiera evitarla ninguna decisión por mi parte. Estaba íntimamente convencido de que crear otro ser como aquel demonio suponía un acto de egoísmo de lo más indigno y atroz, y había desterrado de mi mente todo pensamiento que me indujese a una conclusión diferente.

Entre las dos y las tres de la madrugada salió la luna; entonces embarqué el cesto a bordo del pequeño esquife y me alejé unas cuatro millas de la costa. El escenario estaba perfectamente solitario; unas cuantas embarcaciones regresaban a tierra, pero yo navegaba en dirección opuesta. Me parecía como si estuviese a punto de cometer un crimen espantoso, y evitaba con estremecida ansiedad cualquier encuentro con mis semejantes. En determinado momento, la luna, que había estado clara y despejada, se ocultó súbitamente tras una espesa nube; aproveché esos minutos de oscuridad y arrojé el cesto al mar; escuché un gorgoteo al sumergirse, y me alejé del lugar. El cielo se encapotó; el aire era puro, aunque frío por la brisa que se estaba levantando del nordeste. Sin embargo, esto me animó y me llenó de sensaciones tan gratas que decidí demorarme en este paseo; y fijando la caña a la vía me tendí en el fondo del bote. Las nubes ocultaban la luna; todo estaba oscuro, y solo se oía el chapoteo del bote cuando la quilla cortaba las olas; el murmullo me apaciguó, y al poco rato me quedé profundamente dormido.

No sé cuánto tiempo estuve dormido, pero al despertar me

encontré con que el sol se había elevado ya considerablemente. El viento era fuerte y las olas amenazaban sin cesar la seguridad de mi pequeño esquife. Me di cuenta de que el viento soplaba del nordeste, y que debía de haberme alejado bastante del punto donde había embarcado. Traté de cambiar de rumbo, pero enseguida vi que si volvía a intentarlo el bote se llenaría de agua.

En esta situación, mi único recurso era navegar a favor del viento. Confieso que estaba un poco asustado. No llevaba brújula conmigo y conocía tan superficialmente la geografía de esta parte del mundo que el sol me era de muy poca utilidad. Podía ser impelido hacia el anchuroso Atlántico para sufrir allí todas las torturas del hambre o ser tragado por las aguas inmensas que rugían y me zarandeaban. Hacía ya muchas horas que estaba en el mar, y sentía los tormentos de una sed ardiente, preludio de otros sufrimientos. Miré a los cielos cubiertos de nubes que el viento arrastraba, solo para sustituirlas por otras; y miré el mar, que iba a ser mi tumba.

—¡Demonio —exclamé—, se ha cumplido tu misión!

Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval... Todos quedarían a merced del monstruo; podría saciar en ellos sus pasiones sanguinarias y crueles. Esta idea me sumió en unos pensamientos tan desesperados y espantosos que aun ahora, cuando el telón está a punto de caer ante mí para siempre, me estremezco al recordarlo.

Así transcurrieron unas horas. Gradualmente, a medida que el sol descendía hacia el horizonte, el viento se fue convirtiendo en una brisa moderada, y el mar se limpió de cabrillas. Pero estas dieron paso a un movimiento pesado; me sentía mareado, y casi incapaz de sostener la caña, cuando de pronto vi una raya de tierra por el sur.

Dado lo exhausto que estaba por el cansancio, y la espantosa incertidumbre que había venido soportando durante varias horas, esta súbita esperanza de vida me llegó al corazón como un torrente de cálida alegría, y las lágrimas me asomaron a los ojos.

¡Qué mudables son nuestros sentimientos, y qué extraño es ese apego que tenemos a la vida, aun en la más negra desdicha! Confeccioné otra vela con parte de mi ropa y enfilé la proa ansiosamente hacia aquella tierra. Su aspecto era salvaje y rocoso, pero, al acercarme, pude divisar con facilidad vestigios de cultivo. Vi embarcaciones cerca de la costa, y me encontré de repente

devuelto al mundo civilizado. Seguí atentamente las sinuosidades de la costa, y avisté un campanario que finalmente surgió de detrás de un pequeño promontorio. Como me hallaba en un estado de extrema debilidad, decidí navegar directamente hacia el pueblo, donde encontraría comida con facilidad. Por fortuna, llevaba dinero conmigo. Al dar la vuelta al promontorio descubrí un precioso pueblecito, con un buen puerto, donde entré, con el corazón palpitante de alegría por esta inesperada salvación.

Mientras amarraba el bote y recogía las velas se acercaron varias personas. Parecían muy sorprendidas ante mi aparición; pero, en vez de ofrecerme ayuda, murmuraban y hacían gestos que en otro momento me habrían producido cierta alarma. Ahora, en cambio, solo me fijé en que hablaban en inglés; así que me dirigí a ellos en esa lengua.

—Amigos míos —dije—, ¿tendrían la amabilidad de decirme cómo se llama este pueblo, e informarme de dónde estoy?

—Enseguida lo sabrá —replicó con voz áspera un hombre—. Puede que haya llegado usted a un lugar que no es de su agrado; pero no le van a pedir su parecer, se lo aseguro.

Me sorprendió enormemente la desabrida respuesta de aquel desconocido, y me extrañaron también los ceños fruncidos y furiosos de sus compañeros.

—¿Por qué me contesta con tanta rudeza? —repliqué—. Sin duda no es costumbre de los ingleses recibir a los extranjeros de forma tan poco hospitalaria.

—No sé cuál será la costumbre de los ingleses —dijo el hombre —; pero la de los irlandeses es odiar a los malvados.

Mientras tenía lugar este extraño diálogo, observé que la multitud aumentaba rápidamente. Sus rostros expresaban una mezcla de ira y de curiosidad que me irritaba, y en cierto modo me alarmaba. Pregunté el camino hacia la posada, pero nadie me contestó. Luego eché a andar, y un murmullo se elevó de la multitud mientras me seguía y me rodeaba, hasta que se acercó un hombre mal encarado, me dio unas palmadas en el hombro, y dijo:

—Vamos, señor; debe acompañarme a casa del señor Kirwin, a darle cuenta de su presencia.

—¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué tengo que darle cuenta de mí? ¿No es este un país libre?

—Sí, señor; libre para las gentes honradas. El señor Kirwin es el magistrado, y usted debe dar cuenta de la muerte de un caballero, al que encontramos anoche asesinado.

Esta respuesta me sobresaltó; pero enseguida me recobré. Yo era inocente, eso podía probarse fácilmente; así que seguí a mi guía en silencio, y este me condujo a una de las mejores casas del pueblo. Yo estaba a punto de caerme de cansancio y de hambre; pero, viéndome rodeado por la multitud, juzgué prudente hacer acopio de todas las fuerzas que me quedaban, a fin de impedir que mi debilidad física fuese considerada temor o conciencia culpable. Poco me esperaba yo la calamidad que me iba a abrumar poco después, ahogando con su horror y desesperación todo temor a la ignominia o a la muerte.

Pero debo detenerme aquí, ya que necesito de toda mi fortaleza para evocar los espantosos sucesos que voy a relatar con detalle, según los recuerdo.

Capítulo 21

Poco después estaba ante el magistrado, un hombre anciano y benévolo, de modales afables y sosegados. Me miró, sin embargo, con cierta severidad; y volviéndose luego a los que me conducían, preguntó quiénes comparecían como testigos.

Se ofrecieron como media docena de hombres. El magistrado eligió a uno de ellos, el cual declaró que había salido a pescar la noche anterior con su hijo y su cuñado, Daniel Nugent; hacia las diez, observaron que se estaba levantando fuerte viento del norte, de modo que regresaron. Era una noche muy oscura, dado que la luna no había salido todavía; no entraron en el puerto, sino, como tenían por costumbre, en una ensenada que hay un par de millas más abajo. Echó él a andar primero, cargando con parte de los aparejos de pesca, y sus compañeros le siguieron a cierta distancia. Cuando iba por la arena, su pie chocó con algo, y se cayó cuan largo era al suelo. Sus compañeros acudieron a ayudarle; y a la luz del farol que llevaban descubrieron que había tropezado con el cuerpo de un hombre que tenía todo el aspecto de estar muerto. Al principio supusieron que se trataba del cadáver de algún ahogado que habían sacado las olas; pero, al examinarlo, descubrieron que no tenía las ropas mojadas, y que ni siquiera estaba frío. Inmediatamente lo trasladaron a la cabaña de una vieja que vivía allí cerca y trataron de reanimarlo, aunque en vano. Era un joven de buen aspecto, de unos veinticinco años de edad. Al parecer, lo habían estrangulado, pues no tenía señales de violencia, salvo las huellas negras de unos dedos en el cuello.

La primera parte de esta deposición no me interesó lo más mínimo; pero cuando mencionaron las huellas de los dedos recordé el asesinato de mi hermano y me sentí extremadamente agitado; me temblaron las piernas, y un velo me cubrió los ojos, viéndome obligado a apoyarme en una silla para no caerme. El magistrado me observó con ojos penetrantes, y naturalmente sacó una conclusión desfavorable de mi actitud.

El hijo confirmó la declaración del padre, pero cuando compareció Daniel Nugent juró sin vacilaciones que, antes de que tropezara su compañero, vio un bote a poca distancia de la orilla,

en el que iba un hombre solo; y, por lo que pudo juzgar a la luz de las estrellas, era el mismo bote del que acababa de desembarcar yo.

Una mujer declaró que vivía cerca de la playa; y estaba en la puerta de su cabaña aguardando el regreso de los pescadores, como una hora antes de enterarse de la noticia, cuando vio un bote con un solo hombre que se alejaba de la orilla donde más tarde se descubrió el cadáver.

Otra mujer confirmó la declaración de los pescadores, ya que habían llevado el cuerpo a su casa: no estaba frío. Le metieron en la cama y lo frotaron, y Daniel fue al pueblo en busca de un boticario; pero ya estaba completamente muerto.

Fueron interrogados varios hombres más sobre mi desembarco; y todos coincidieron en que, con el fuerte viento del norte que se había levantado durante la noche, era muy probable que me hubiera visto obligado a barloventear durante muchas horas, para regresar después casi al mismo punto del que había salido. Además, dijeron que al parecer había traído el cuerpo de otro sitio y, que al no conocer la costa, había entrado en puerto sin saber la distancia que había del pueblo de... al lugar donde había depositado el cadáver.

El señor Kirwin, tras escuchar esta última declaración, ordenó que me llevasen a la habitación donde habían dejado el cadáver en espera de enterrarlo, a fin de observar el efecto que me producía su visión. Esta idea se la sugirió probablemente la extrema agitación que yo había mostrado al oír de qué forma se había cometido el asesinato. Así que fui conducido a la posada por el propio magistrado y varias otras personas. No podía por menos de sorprenderme la extraña coincidencia que había tenido lugar en esta azarosa noche, pero, dado que había estado hablando con varias personas de la isla donde vivía hacia la misma hora en que se había descubierto el cuerpo, me sentía perfectamente tranquilo en cuanto a las consecuencias de este caso.

Entré en la habitación donde estaba el cadáver, y me condujeron hasta el ataúd. ¿Cómo describir mis emociones al verlo? Aún me siento estupefacto de horror, y no puedo pensar en aquel terrible momento sin estremecerme de agonía. El interrogatorio, la presencia del magistrado y de los testigos, todo desapareció de mi conciencia como un sueño cuando vi tendido ante mí el cuerpo sin vida de Henry Clerval. Abrí la boca, sintiendo que me faltaba el

aire; y, arrojándome sobre su cuerpo, exclamé:

—¿También a ti, mi queridísimo Henry, te han privado de la vida mis maquinaciones asesinas? Ya he destruido a otros seres; otras víctimas aguardan su destino; pero tú, Clerval, mi amigo, mi benefactor...

Mi cuerpo no pudo soportar ya tanta agonía, y me sacaron de la habitación presa de violentas convulsiones.

A estas les sucedió la fiebre. Durante dos meses estuve al borde de la muerte; mis delirios, como me dijeron después, eran espantosos; me acusaba de la muerte de William, de Justine y de Clerval. Unas veces pedía a los que me asistían que me ayudasen a destruir al demonio que me atormentaba; otras, sentía que los dedos del monstruo me atenazaban el cuello, y gritaba en una agonía de terror. Por fortuna, como hablaba en mi lengua nativa, solo podía entenderme el señor Kirwin; pero mis gestos y mis gritos desgarrados bastaban para asustar a los demás testigos.

¿Por qué no sucumbí yo entonces? Puesto que era más desdichado de lo que haya sido cualquier hombre, ¿por qué no me hundí en el olvido? La muerte arrebata a muchos hijos radiantes de salud que son la única esperanza de sus ancianos padres; ¡cuántas esposas y jóvenes amantes están un día llenos de vigor y de esperanza, y al siguiente son festín de los gusanos y la corrupción de la tumba! ¿De qué materia estaba hecho yo que podía resistir así tantas conmociones que, como la vuelta de la rueda, renovaban continuamente mi tortura?

Pero estaba condenado a vivir; y a los dos meses me encontré, como si despertase de un sueño, en una prisión, tendido en un camastro miserable, rodeado de carceleros, llaveros, cerrojos y todo el siniestro aparato propio de un calabozo. Recuerdo que era de madrugada cuando desperté de este modo a la conciencia; había olvidado los detalles de lo sucedido, y solo me sentía como si una gran desdicha se hubiese abatido súbitamente sobre mí; pero al mirar a mi alrededor, y ver las ventanas enrejadas y la lobreguez del recinto donde me encontraba, me vino todo de pronto a la memoria, y gemí con amargura.

Mi voz despertó a una vieja que dormía en una silla, a mi lado. Era la esposa de uno de los guardianes, a la que habían contratado como enfermera, y su semblante expresaba todas las malas cualidades que a menudo caracterizan a esa clase. Los rasgos de su

cara eran duros e insolentes, como los de las personas acostumbradas a presenciar sin simpatía escenas de sufrimiento. Su tono expresó una absoluta indiferencia; se dirigió a mí en inglés, y me pareció que había oído aquella voz durante mis delirios.

—¿Se encuentra mejor, señor? —dijo.

Contesté en la misma lengua, débilmente:

—Creo que sí; pero si todo es cierto, si efectivamente no he estado soñando, lamento estar vivo aún para sentir tanto sufrimiento y horror.

—Respecto a eso —contestó la vieja—, si se refiere al caballero que ha matado, pienso que sería preferible que hubiese muerto, pues creo que lo va a pasar usted mal. Sin embargo, no es asunto mío; a mí me han mandado cuidarle y procurar que se ponga bien; cumplo mi deber con la conciencia tranquila; mejor sería que cada uno hiciera lo mismo.

Volví la espalda con repugnancia a aquella mujer que era capaz de pronunciar palabras tan insensibles a una persona que acababa de salvarse, y que aún estaba al borde de la muerte; pero me sentía débil e incapaz de pensar en lo que había pasado. Las mismas etapas de mi vida me parecían como un sueño: a veces dudaba que fuera todo cierto, ya que no se me presentaba a la mente con la fuerza de la realidad.

A medida que las imágenes que flotaban ante mí se hacían más distintas, me aumentaba la fiebre; mi alrededor se fue poblando de tinieblas; no tenía a nadie cerca que me tranquilizase con la voz amable del amor; ninguna mano querida me sostenía. El médico venía a prescribirme medicinas, y la vieja me las preparaba; pero el primero evidenciaba una total indiferencia, mientras que el rostro de la segunda reflejaba una expresión de manifiesta brutalidad. ¿A quién podía interesar el destino de un asesino, salvo al verdugo que iba a ganarse su salario?

Estas fueron mis primeras reflexiones; pero no tardé en averiguar que el señor Kirwin se había portado con excepcional amabilidad conmigo. Había mandado disponer para mí la mejor celda de la prisión (la mejor, en efecto, resultaba miserable); y había sido él quien me había proporcionado médico y enfermera. Es cierto que raramente iba a verme, pues, aunque deseaba aliviar los sufrimientos de toda criatura humana, no deseaba presenciar las agonías y desventurados delirios de un homicida. Así que pasaba a

veces para ver si me tenían abandonado, pero sus visitas eran breves y espaciadas.

Un día, mientras me recuperaba gradualmente, me encontraba sentado en una silla con los ojos entornados y las mejillas lívidas como las de la muerte. Me sentía vencido por el dolor y la desdicha, y pensaba que era preferible morir a permanecer en un mundo lleno de sufrimiento. Llegué a pensar incluso en declararme culpable y sufrir el castigo de la ley, ya que era menos inocente que la pobre Justine. Tales eran mis pensamientos cuando se abrió la puerta de mi celda y entró el señor Kirwin. Su semblante expresaba simpatía y compasión; acercó una silla donde estaba yo y me dijo en francés:

—Me temo que encontrará espantoso este lugar; ¿puedo hacer algo para que se encuentre más a gusto?

—Se lo agradezco, pero todo esto no tiene importancia para mí; no hay en toda la tierra nada que pueda hacer que me sienta a gusto.

—Sé que la simpatía de un desconocido es de poco alivio para una persona abatida por tan extraña desventura. Pero confío en que pronto abandonará esta triste morada, pues sin duda podrá aducir fácilmente pruebas que le librarán de la acusación que pesa sobre usted.

—Eso es lo que menos me preocupa; por una serie de extraños acontecimientos, me he convertido en el más desdichado de los mortales. Perseguido y torturado como soy y he sido, ¿puede la muerte hacerme mal alguno?

—Efectivamente, nada puede haber más desafortunado y angustioso que las singulares coincidencias que han tenido lugar hace poco. Por algún extraño accidente, usted fue arrojado a esta costa, famosa por su hospitalidad, donde fue inmediatamente detenido y acusado de asesinato. Y lo primero que le pusieron delante de los ojos fue el cuerpo de su amigo, asesinado de tan extraordinaria manera, y depositado en su camino, por así decir, por algún malvado.

Al oír esto del señor Kirwin, pese a la agitación que sufría ante esta rememoración de mis sufrimientos, experimenté una gran sorpresa al ver lo que sabía de mí. Supongo que mi semblante debió de reflejar cierto asombro, pues el señor Kirwin se apresuró a añadir:

—Inmediatamente después de caer usted enfermo me trajeron todos los documentos que le encontraron encima, y los examiné a fin de averiguar quién era, y enviar a sus familiares alguna noticia sobre su desventura y su enfermedad. Encontré varias cartas; entre ellas, una que, por su encabezamiento, comprendí que era de su padre. Inmediatamente, escribí a Ginebra; han transcurrido casi dos meses desde que envié la carta. Pero usted está enfermo; incluso ahora está temblando; no se encuentra en condición de recibir excitación de ningún género.

—Esta incertidumbre es mil veces peor que el más horrible acontecimiento; dígame qué escena de muerte ha ocurrido, y qué asesinato tengo ahora que lamentar.

—Su familia está perfectamente bien —dijo el señor Kirwin con afabilidad—; y ha venido alguien a verle.

No sé por qué cadena de pensamientos me llegó la idea, pero instantáneamente se me ocurrió que el asesino había venido a burlarse de mi dolor y a echarme en cara la muerte de Clerval, a fin de obligarme a acatar sus infernales deseos. Me cubrí los ojos con las manos, y exclamé con agonía:

—¡Oh! ¡Lléveselo! ¡No quiero verle! ¡Por Dios, no le deje entrar!

El señor Kirwin me miró con expresión turbada. No pudo por menos de pensar que mi reacción denotaba culpabilidad, y dijo en tono algo severo:

—Yo creía, joven, que la presencia de su padre iba a ser bien acogida, en vez de inspirar tan violenta aversión.

—¡Mi padre! —exclamé, mientras cada rasgo y cada músculo se me relajaban, transformándose la angustia en alegría—. ¿De veras ha venido mi padre? ¡Qué afectuoso y amable! Pero ¿dónde está, por qué no viene enseguida?

Mi cambio de actitud sorprendió y agradó al magistrado; tal vez atribuyó la exclamación anterior a un retorno de mis delirios, y adoptó de nuevo su habitual benevolencia. Se levantó y abandonó la celda con mi enfermera; un instante después entró mi padre.

Nada podía haberme producido más alegría en aquel momento que la llegada de mi padre. Le tendí la mano y exclamé:

—¿Entonces, estáis bien, tú... Elizabeth... y Ernest?

Mi padre me tranquilizó, asegurándome que se encontraban bien, procurando demorarse en estos temas tan importantes para mi

corazón, a fin de elevar mi ánimo decaído; pero enseguida se dio cuenta de que una prisión no puede ser morada de alegrías.

—¿Qué lugar es este en el que te encuentras, hijo mío? —dijo, mirando lúgubremente las ventanas enrejadas y el miserable aspecto de la celda—. Emprendiste el viaje en busca de distracción, pero una fatalidad parece perseguirte. Y el pobre Clerval...

El nombre del infortunado amigo me produjo una agitación demasiado violenta para poderla soportar mi debilitado ser, y se me desbordaron las lágrimas.

—¡Ah! Sí, padre mío —repliqué—; algún destino horrible se cierne sobre mí, y debo vivir para que se cumpla; de lo contrario, sin duda habría muerto sobre el ataúd de Henry.

No se nos permitió hablar más, ya que el estado precario de mi salud hacía necesarias todas las precauciones que garantizasen mi tranquilidad. El señor Kirwin entró e insistió en que no debía hacer esfuerzos excesivos. Pero la aparición de mi padre fue como la de mi ángel de la guarda, y poco a poco me recuperé.

A medida que abandonaba la enfermedad me fue invadiendo una oscura y lúgubre melancolía que nada era capaz de disipar. Ante mí tenía perpetuamente la imagen de Clerval, lívido y asesinado. Más de una vez la agitación que me provocaban estos pensamientos hacía temer a mis amigos una peligrosa recaída. ¡Ay! ¿Por qué protegían una vida tan miserable y odiada? Sin duda para que yo cumpliese mi destino, que ahora está tocando a su fin. Pronto, ¡ah!, muy pronto, la muerte detendrá estos latidos y me librará de la enorme carga de angustias que me anonada; cuando se cumpla el fallo de la sentencia me sumiré también en el descanso. Entonces la muerte estaba lejana, aunque siempre la deseaba en mis pensamientos; y a menudo permanecía sentado durante horas, inmóvil y mudo, esperando que algún poderoso cataclismo nos sepultase entre ruinas a mí y a mi destructor.

Se acercaba el día de la vista de mi causa. Hacía ya tres meses que me tenían en prisión, y aunque me encontraba débil y en constante peligro de recaer, me obligaron a viajar casi cien millas, hasta el pueblo donde se iba a celebrar el juicio. El señor Kirwin se encargó de llevar a cabo todas las gestiones para reunir a los testigos y preparar la defensa. Se me ahorró la vergüenza de aparecer públicamente como un criminal, ya que el caso no llegó a plantearse ante el tribunal que decide sobre la vida y la muerte. El

gran jurado rechazó el cargo, al probarse que me encontraba en las Islas Orkney a la hora en que fue descubierto el cuerpo de mi amigo; y dos semanas después de mi traslado me dejaron en libertad.

Mi padre no cabía en sí de alegría, al verme exento de la ignominia de una acusación criminal, así como de que me dejaran respirar de nuevo libremente y me permitiesen regresar a mi país. Yo no compartía esos sentimientos; para mí, los muros del calabozo y los del palacio eran igualmente odiosos. El cáliz de mi vida se había emponzoñado para siempre; y aunque el sol brillaba por encima de mí del mismo modo que por encima de los que son felices y llevan la alegría en el corazón, yo no veía a mi alrededor otra cosa que una densa y espantosa negrura, en la que no penetraba más luz que el tenue parpadeo de unos ojos fijos en mí. Unas veces eran los ojos expresivos de Henry moribundo, con los globos casi ocultos por sus párpados y sus negras pestañas; otras, eran los ojos aguanosos y turbios del monstruo, tal como los vi por vez primera en mi alcoba de Ingolstadt.

Mi padre trató de despertar en mí los sentimientos del afecto. Me habló de Ginebra, que no tardaríamos en volver a ver; de Elizabeth y de Ernest; pero sus palabras no hacían sino arrancarme hondos gemidos. A veces, efectivamente, sentía deseos de felicidad y pensaba con melancólico placer en mi amada prima; o anhelaba, con devoradora *maladie du pays,* ver nuevamente el lago azul y el rápido Ródano, que tan queridos habían sido para mí en mi niñez; pero el estado de mis sentimientos era de una apatía tal que tan buena residencia me habría parecido la prisión, como el más divino escenario de la Naturaleza; raramente interrumpía nada estas depresiones, si no eran los paroxismos de angustia y desesperación. En esos momentos trataba a menudo de poner fin a mi odiosa existencia, lo que hacía necesario que se me tuviese en constante vigilancia y compañía, a fin de impedirme cometer algún espantoso acto de violencia.

Sin embargo me quedaba un deber que cumplir, cuyo recuerdo triunfó finalmente sobre mi desesperación egoísta. Era preciso que regresase sin demora a Ginebra para velar allí por las vidas de aquellos a quienes amaba entrañablemente, y estar al acecho, por si el azar me llevaba hasta el asesino, o se atrevía él a atormentarme con su presencia, para poner fin con golpe certero a la existencia de

aquella imagen monstruosa, a la que yo había infundido una parodia de alma más monstruosa aún. Mi padre quería retrasar un poco más la marcha, por temor a que yo no fuese capaz de soportar las fatigas del viaje, pues era un escuálido despojo… un espectro de ser humano. Las fuerzas me habían abandonado. No era sino un mero esqueleto, y la fiebre se apoderaba día y noche de mi cuerpo consumido.

Sin embargo insistí en que nos marcháramos de Irlanda con tanta inquietud e impaciencia que mi padre juzgó más prudente ceder. Tomamos pasaje a bordo de un barco con destino a El Havre-de-Gràce y zarpamos de las costas irlandesas con viento favorable. Era medianoche. Me tumbé en la cubierta a contemplar las estrellas y escuchar el rumor de las olas. Saludé a la oscuridad que había borrado Irlanda de mi vista, y el pulso se me aceleró de gozo al pensar que pronto vería Ginebra. El pasado se me antojaba una pesadilla espantosa; sin embargo, el barco en que navegaba, el viento que me alejaba de la odiosa costa de Irlanda y las aguas que surcábamos me decían con demasiada elocuencia que no me engañaba ningún sueño, y que Clerval, mi amigo y más querido compañero, había sucumbido, víctima mía y del monstruo creado por mí. Repasé en la memoria mi vida entera: mi felicidad apacible cuando vivía con mi familia en Ginebra, la muerte de mi madre y mi marcha a Ingolstadt. Recordé, con un estremecimiento, el loco entusiasmo que no cesó de instarme a la creación de mi espantoso enemigo, y reviví la noche en que surgió a la vida. No pude seguir evocando recuerdos. Mil sentimientos se agolparon dentro de mí, y lloré con amargura.

Desde que había superado la fiebre había adoptado la costumbre de tomar por la noche una pequeña cantidad de láudano, ya que solo con esta droga conseguía el descanso necesario para seguir con vida. Agobiado por el recuerdo de mis diversas desventuras, tomé el doble de la cantidad acostumbrada, y al punto me quedé profundamente dormido. Pero el sueño no me proporcionó la suspensión del pensamiento y de la desdicha que buscaba; los sueños me presentaron mil objetos espantosos. Hacia el amanecer me sentí inmerso en una horrible pesadilla; noté la garra del demonio en el cuello sin que pudiera librarme de ella; en mis oídos sonaban gritos y gemidos. Mi padre, que me cuidaba, me despertó al observar mi desasosiego: las olas seguían azotando a nuestro alrededor; arriba tenía un cielo poblado de nubes, y el demonio no

estaba. Un sensación de seguridad, un sentimiento de tregua entre el presente y el inevitable y funesto futuro me proporcionaron una especie de sereno olvido, al que la mente humana, por su estructura, es especialmente propensa.

Capítulo 22

Al fin llegamos a puerto. Desembarcamos, y continuamos por tierra hasta París. No tardé en comprobar que les había exigido demasiado a mis fuerzas, y que debía descansar antes de proseguir el viaje. Los cuidados y atenciones de mi padre eran incansables; pero ignoraba el origen de mis sufrimientos y recurría a métodos equivocados para aliviar lo que no tenía cura. Quería que buscase distracción en la vida de sociedad. Yo detestaba los rostros de los hombres. ¡Oh, no los detestaba! Eran mis hermanos, mis semejantes, e incluso el más repulsivo me atraía, ya que todos eran criaturas de angélica naturaleza y celestial mecanismo. Pero me daba cuenta de que no tenía derecho a compartir su trato. Yo había desencadenado entre ellos a un enemigo que gozaba derramando la sangre de todos ellos y se embriagaba con sus gemidos. ¡Cómo me odiarían todos y me arrojarían del mundo si conociesen las acciones abominables y los crímenes que yo había generado!

Al fin cedió mi padre a mi deseo de evitar la sociedad, y trató de disipar mi desesperación con diversos argumentos. A veces, creía que me había afectado la profunda degradación de tener que responder a una acusación de asesinato, y se esforzaba en demostrarme la futilidad de mi orgullo.

—¡Ay, padre —dije—, qué poco me conoces! Los seres humanos, sus sentimientos y pasiones se degradarían efectivamente si un desdichado como yo tuviese orgullo. Justine, la pobre y desventurada Justine, era tan inocente como yo, y sufrió la misma acusación; murió por ese motivo; pero el causante de su muerte fui yo… yo la maté. William, Justine y Henry… los tres han muerto por mi mano.

Mi padre me había oído a menudo, en la prisión, hacer estas mismas afirmaciones; cuando me acusaba de este modo, unas veces parecía desear una explicación, y otras creía que era efecto del delirio, y que durante mi enfermedad se me había fijado en la imaginación alguna idea, cuyo recuerdo impedía mi convalecencia. Yo evitaba dar explicaciones y mantenía un silencio obstinado en torno a su desdichada causa. Estaba convencido de que me tomarían por loco, y esto bastaba para encadenarme la lengua para

siempre. Pero, además, no lograba decidirme a revelar un secreto que llenaría de consternación a quien lo escuchase, y haría que el miedo y el horror sobrenatural se adueñasen de su pecho. Así que reprimí la acuciante sed de compasión que sentía, y guardé silencio, cuando habría dado un mundo por confiar a alguien el secreto fatal. Sin embargo, me brotaban incontrolablemente expresiones como las que acabo de referir. No podía dar explicación alguna, pero la sinceridad de mis exclamaciones aliviaba parcialmente el peso de mi misteriosa congoja.

En esta ocasión dijo mi padre con muestras de asombro:

—Mi queridísimo Víctor, ¿qué desvarío es ese? Hijo, te pido que no vuelvas a hacer nunca más semejante afirmación.

—No estoy loco —exclamé con energía—; el sol y los cielos, que han presenciado mis acciones, pueden atestiguar la veracidad de cuanto digo. Soy el asesino de esas inocentes víctimas; murieron a consecuencia de mis maquinaciones; mil veces habría preferido yo derramar mi sangre, gota a gota, para salvar sus vidas; pero no he podido, padre mío, porque no soy capaz de sacrificar a toda la humanidad.

El final de este comentario convenció a mi padre de que tenía trastornado el juicio, cambió inmediatamente de tema de conversación y procuró modificar el curso de mis pensamientos. Y deseoso de borrar lo más posible el recuerdo de los acontecimientos ocurridos en Irlanda, no aludió jamás a ellos ni me consintió a mí que hablase de mis desventuras.

A medida que pasaba el tiempo me fui calmando; la desdicha se había cebado en mi corazón, pero ya no hablaba de forma incoherente de mis crímenes; me bastaba tener conciencia de ellos. Forzándome con la más extrema violencia, reprimía la voz imperiosa de la desventura, que a veces pugnaba por manifestarse al mundo, y mi actitud se fue haciendo sosegada como no lo había sido desde mi visita al mar de hielo.

Unos días después de nuestra partida de París, camino de Suiza, recibí la siguiente carta de Elizabeth:

> Mi querido amigo:
> Me ha producido una inmensa alegría el recibir carta de mi tío desde París; ya no estáis tan lejísimos, y tengo esperanzas de verte antes de dos semanas. ¡Pobre primo mío, cuánto has

debido de sufrir! Me temo que te voy a encontrar peor que cuando te marchaste de Ginebra. Este invierno ha sido para mí de lo más desventurado, por las torturas que me ha infligido la angustiosa incertidumbre; sin embargo, espero ver la paz reflejada en tu rostro, y descubrir que tu corazón no está totalmente vacío de serenidad y sosiego.

Sin embargo, tengo miedo de que los mismos sentimientos que tanto te hicieron sufrir el año pasado hayan aumentado con el tiempo. No quisiera preocuparte en estos momentos en que tantas desventuras pesan sobre ti; pero tuve una conversación con mi tío, antes de marcharse, que requiere cierta explicación antes de que nos veamos.

¡Una explicación! Probablemente te dirás: «¿Qué puede tener que explicar Elizabeth?». Si piensas eso verdaderamente, mis preguntas quedan contestadas, y mis dudas satisfechas. Pero estás lejos de mí, y es posible que temas y quieras esta explicación; y, en la eventualidad de que sea este el caso, no me atrevo a posponer más tiempo el hablar de algo que a menudo he deseado decirte durante tu ausencia, aunque nunca he tenido el valor de empezar.

Tú sabes bien, Víctor, que nuestra unión ha sido el ilusionado proyecto de tus padres desde nuestra infancia. Nos lo dijeron desde muy jóvenes, y nos enseñaron a considerarlo como un acontecimiento que indefectiblemente se cumpliría. Fuimos afectuosos compañeros de juegos durante la niñez y, creo, amigos entrañables y cariñosos al hacernos mayores. Pero así como el hermano y la hermana sienten un vivo afecto el uno por el otro sin desear una unión más íntima, ¿no puede ser este también nuestro caso? Dímelo, queridísimo Víctor. Contéstame, te lo suplico por nuestra mutua felicidad, con toda franqueza: ¿no amas a otra?

Tú has viajado; has pasado varios años de tu vida en Ingolstadt, y confieso que, cuando te vi el otoño pasado tan abatido, y observé que te apartabas de la compañía de todos, no pude evitar el pensar que quizá lamentabas nuestras relaciones, y que el honor te obligaba a cumplir el deseo de tus padres, aunque era opuesto a tus inclinaciones. Pero este es un falso razonamiento. Confieso que te amo y que, en mis etéreos sueños sobre el futuro, has sido mi constante amigo y compañero. Pero lo que pretendo es tu felicidad, tanto como la

> mía, al confesarte que nuestro matrimonio me haría eternamente desgraciada si no fuese fruto de tu libre elección. Lloro ante la idea de que, abatido por las más crueles desventuras, aún seas capaz de ahogar, por la palabra «honor», toda la esperanza de amor y felicidad que solo tú puedes restituirte. Puede que, sintiendo un afecto desinteresado por ti, sea yo quien multiplique tus sufrimientos al convertirme en obstáculo para tus deseos. ¡Ah, Víctor!, ten la seguridad de que tu prima y compañera siente por ti un amor demasiado sincero para que este pensamiento no la haga desgraciada. Sé feliz, amigo mío; y, si accedes a esta única petición, ten la certeza de que nada en la tierra será capaz de turbar mi tranquilidad.
>
> No permitas que esta carta te preocupe; no me contestes mañana ni pasado; ni siquiera cuando vengas, si eso va a causarte dolor. Mi tío me enviará noticias de tu salud; y si al vernos descubro una sonrisa en tus labios debida a este o a algún otro cuidado mío, no necesitaré de otra felicidad.

Elizabeth Lavenza
Ginebra, 18 de mayo, 17…

Esta carta resucitó en mi memoria algo que había olvidado, la amenaza del demonio: «¡Estaré contigo en tu noche de bodas!». Tal era mi sentencia; esa noche el demonio emplearía todo su arte para destruirme y arrebatarme el último atisbo de felicidad que prometía consolarme de mis sufrimientos. Esa noche había decidido él consumar su cadena de crímenes con mi muerte. Bien, que lo hiciese; entablaríamos una lucha a muerte: si salía él victorioso, yo encontraría la paz, y su poder sobre mí habría terminado. Si llegaba a vencer yo alcanzaría la libertad. ¡Ah!, ¿pero qué libertad? La que goza el campesino cuando su familia ha sido pasada a cuchillo ante sus ojos, y quemada su casa y devastadas sus tierras, y vaga sin rumbo, sin hogar, sin dinero, solo, pero libre. Esa sería mi libertad; salvo que yo poseía un tesoro con mi Elizabeth, aunque mermado por los horrores del remordimiento y de la culpa, que me perseguirían hasta la muerte.

¡Dulce y amada Elizabeth! Leí y releí su carta, y un suave sentimiento inundó mi corazón y se atrevió a susurrarme sueños paradisíacos de gozo y de amor; pero yo había mordido la manzana, y el brazo del ángel me expulsaba de toda esperanza. Sin embargo,

estaba dispuesto a morir por su felicidad. Si el monstruo cumplía su amenaza, la muerte sería inevitable; sin embargo, dudaba que el matrimonio precipitase mi destino. Puede que, efectivamente, adelantara unos meses mi destrucción; pero si mi torturador llegaba a sospechar que yo aplazaba la ceremonia a causa de sus amenazas, sin duda encontraría otro medio de vengarse, quizá más espantoso. Había jurado estar conmigo la noche de mi boda; sin embargo, tal amenaza no le obligaba a permanecer tranquilo entretanto, pues, como para mostrarme que aún no estaba saciado de sangre, había matado a Clerval después de lanzar su amenaza. Decidí, por tanto, que si mi unión inmediata con Elizabeth iba a suponer la felicidad de ella y la de mi padre, las maquinaciones del demonio contra mi vida no la iban a demorar una sola hora.

En este estado de ánimo escribí a Elizabeth. Fue una carta serena y afectuosa: «Me temo, mi amada niña —le decía—, que queda muy poca felicidad para nosotros en este mundo; sin embargo, todo cuanto me quepa gozar se cifra en ti. Desecha esos temores infundados; solo a ti consagro mi vida, mis esfuerzos y mis satisfacciones. Pero me pesa un secreto, Elizabeth, un espantoso secreto. Cuando te lo revele te hará estremecer de horror; y, lejos de sorprenderte mi desventura, te extrañará que aún sobreviva a cuanto he soportado. Quiero confiarte esta historia desdichada y aterradora al día siguiente de nuestra boda, ya que, mi dulce prima, ha de haber una completa confianza entre nosotros. Pero hasta entonces, te lo suplico, no menciones ni hagas alusión alguna a esto. Te lo pido de corazón, y sé que lo harás».

Una semana después de recibir la carta de Elizabeth regresamos a Ginebra. La dulce muchacha me acogió con cálido afecto, aunque se le llenaron los ojos de lágrimas al ver mi cuerpo demacrado y mis mejillas enfebrecidas. Yo observé también un cambio en ella. Estaba más delgada y había perdido gran parte de aquella celestial vivacidad que tanto me había encantado en otro tiempo; pero su mansedumbre y sus dulces miradas de compasión la convertían en una compañera más apreciada para un ser maldito y desgraciado como yo.

La tranquilidad de que llegué a gozar entonces no duró. El recuerdo trajo consigo la locura, y cada vez que pensaba en lo ocurrido caía en un auténtico estado de enajenación; unas veces me ponía furioso y ardía de rabia; otras, me invadían la depresión y el

desaliento. No hablaba ni miraba a nadie; me limitaba a permanecer sentado, inmóvil, anonadado por la multitud de desgracias que se habían abatido sobre mí.

Solo Elizabeth era capaz de sacarme de tales accesos; su dulce voz me devolvía la paz cuando la pasión me arrebataba, y me inspiraba sentimientos humanos cuando me hundía en el estupor. Lloraba conmigo y por mí. Y al volver a la lucidez, Elizabeth me amonestaba y se esforzaba en inspirarme resignación. ¡Ah! Está bien que el desventurado se resigne; pero para el culpable no existe la paz. Las agonías del remordimiento envenenan el alivio que podría encontrar abandonándome a una pena excesiva.

Poco después de llegar, mi padre me habló de mis inmediatas nupcias con Elizabeth. Yo permanecí en silencio.

—¿Acaso tienes otro compromiso?

—Ninguno en el mundo. Amo a Elizabeth y estoy deseando que llegue el momento de nuestra unión. Así que acordemos el día; entonces me consagraré, en la vida o en la muerte, a la felicidad de mi prima.

—Mi querido Víctor, no hables así. Los infortunios que han caído sobre nosotros son graves, pero que sirvan para unirnos aún más a los que quedamos y para transferir nuestro amor por los que faltan a los que viven todavía. Formaremos un círculo pequeño, pero unido estrechamente por los lazos del afecto y la desgracia común. Y cuando el tiempo dulcifique nuestra desesperación habrán nacido nuevos seres a los que amar, que reemplazarán a los que tan cruelmente nos han arrebatado.

Tales eran las lecciones de mi padre. En cuanto a mí, me volvió el recuerdo de la amenaza, y no es extraño que, dado lo omnipotente que se había revelado el demonio en sus sangrientas hazañas, le considerase invencible, y que juzgase mi muerte inevitable si él había dicho: «Estaré contigo en tu noche de bodas». Pero la muerte no era mala para mí si venía a equilibrar la pérdida de Elizabeth; así que con el rostro sereno y hasta alegre acordé con mi padre, si mi prima accedía, celebrar la ceremonia diez días después, sellando de este modo, creía yo, la hora de mi muerte.

¡Dios mío! Si por un instante hubiese imaginado cuáles eran los infernales designios de mi adversario, habría huido para siempre de mi país y habría vagado por el mundo como un proscrito solitario, antes que consentir en estas nupcias malhadadas. Pero, como

dotado de una fuerza mágica, el monstruo me tuvo ciego en cuanto a sus verdaderas intenciones; y creyendo haber dispuesto mi propia muerte, apresuré la de una víctima más cara para mí.

A medida que se acercaba el día de la ceremonia, bien por cobardía, bien por un sentimiento profético, sentía encogérseme el corazón. Pero oculté mis aprensiones aparentando una jovialidad que hacía aflorar la sonrisa y la alegría al semblante de mi padre, aunque no conseguía engañar a la mirada vigilante y perspicaz de Elizabeth. Ella esperaba nuestra unión con serena satisfacción, aunque no sin cierto temor —que las pasadas desventuras habían dejado en ella— de que lo que ahora parecía una felicidad cierta y tangible pudiera disiparse de pronto como un sueño etéreo, sin dejar otra huella que la de un dolor profundo y duradero.

Se hicieron los preparativos para el acontecimiento, se recibieron visitas de felicitación, y todo mostraba un aspecto risueño. Yo sepulté en mi corazón, hasta donde me era posible, la ansiedad que me devoraba, y tomé parte, con aparente seriedad, en los planes de mi padre, aunque quizá solo iban a servir de telón de fondo en mi tragedia. Merced a los esfuerzos de mi padre, el Gobierno austriaco había devuelto a Elizabeth parte de su herencia. Le correspondía una pequeña posesión a orillas del Como. Acordamos que, inmediatamente después de nuestra boda, iríamos a Villa Lavenza a pasar nuestros primeros días de felicidad, junto al hermoso lago, en cuya orilla se encontraba.

Entretanto, adopté todas las precauciones para defender mi persona, en caso de que el demonio me atacase abiertamente. Llevaba siempre pistolas y una daga, y andaba alerta, a fin de prevenir cualquier sorpresa, logrando por este medio una mayor tranquilidad. Por otra parte, la amenaza iba pareciendo un desvarío indigno de turbarme, mientras que la felicidad que yo esperaba de mi matrimonio adquiría más aspecto de certidumbre, a medida que se aproximaba el momento de su celebración, y oía hablar de ella como un acontecimiento que ningún accidente podía impedir.

Elizabeth parecía feliz; mi actitud serena contribuía en gran medida a tranquilizar su espíritu. Pero el día en que se debían cumplir mis deseos y mi destino, estuvo triste, y embargada por un mal presentimiento; quizá pensaba también en el espantoso secreto que yo había prometido revelarle al día siguiente. Mi padre, entretanto, no cabía en sí de alegría, y con el ajetreo de los

preparativos atribuyó la tristeza de su sobrina a una timidez de novia.

Tras la celebración de la ceremonia se reunió una gran concurrencia en casa de mi padre; pero se acordó que Elizabeth y yo emprendiéramos nuestro viaje por el lago; dormiríamos en Evian y continuaríamos a la mañana siguiente. El día era radiante y el viento favorable: todo sonreía a nuestro viaje nupcial.

Aquellos fueron los últimos momentos de mi vida en que gocé de felicidad. Navegábamos bastante deprisa; el sol abrasaba, pero nos protegíamos de sus rayos con una especie de toldo, mientras disfrutábamos de la belleza del escenario, unas veces a un lado del lago, donde veíamos el Mont Salêve, las agradables laderas de Montalègre, y a lo lejos, coronándolo todo, el hermoso Mont Blanc y el conjunto de montañas nevadas que en vano intentaban emularlo; otras, bordeando la orilla opuesta, contemplábamos el imponente Jura, que oponía su oscuro costado a quien ambicionara abandonar su país, y su barrera casi infranqueable al invasor que quisiera someterlo.

Le cogí la mano a Elizabeth:

—Estás triste, amor mío. ¡Ah! Si supieras lo que he sufrido y lo que puede que aún tenga que sufrir, procurarías hacerme saborear la serenidad y la ausencia de desesperación que me concede al menos este día.

—Sé feliz, mi querido Víctor —contestó Elizabeth—; espero que no haya nada que te aflija, y ten la seguridad de que si mi rostro no refleja una animada alegría, mi corazón está gozoso. Algo me dice que no confíe demasiado en el futuro que se abre ante nosotros, pero no escucharé esos susurros siniestros. Observa lo deprisa que vamos, y cómo las nubes, que unas veces ocultan la cumbre del Mont Blanc y otras se elevan por encima, hacen aún más interesante la belleza de este escenario. Mira también los innumerables peces que nadan en las claras aguas, donde puede distinguirse cada guijarro del fondo. ¡Qué día divino! ¡Qué feliz y serena parece toda la Naturaleza!

Así se esforzaba Elizabeth en desviar sus pensamientos y los míos de toda melancólica meditación. Pero su humor oscilaba; resplandecía el gozo en sus ojos unos instantes y luego recaía en un estado de perplejidad y abatimiento.

En el cielo, el sol estaba cada vez más bajo; cruzamos el río

Drance y observamos su curso entre los abismos que forman los montes más altos, y los valles que se abren entre los más pequeños. Aquí, los Alpes llegaban hasta el lago, y nos aproximamos al anfiteatro de montañas que constituye su límite oriental. La espiral del Evian brillaba por debajo de los bosques que la rodean y de la cadena de montaña sobre montaña que asoma por detrás.

El viento, que hasta aquí nos había llevado con asombrosa rapidez, se convirtió, al caer la tarde, en una brisa mansa que solo rizaba el agua y producía un blando movimiento en los árboles, al acercarnos a la orilla, en donde difundía una deliciosa fragancia de flores y de heno. El sol se ocultaba en el horizonte cuando desembarcamos; y al pisar tierra me volvieron aquellos cuidados y temores que no iban a tardar en adueñarse de mí para siempre.

Capítulo 23

Eran las ocho cuando desembarcamos; caminamos durante un corto trecho por la orilla, gozando de la luz efímera, y luego nos retiramos a la posada, desde donde contemplamos el sublime panorama del agua, los bosques y las montañas envueltas en sombras, aunque recortando aún sus negras siluetas.

El viento que había amainado en el sur se levantó ahora con violencia por el oeste. La luna había alcanzado su cenit en el cielo y empezaba a descender; las nubes se desplazaban por delante de ella más rápidas que el vuelo de los buitres, empañando sus rayos, mientras el lago reflejaba el inquieto paisaje del cielo que hacían aún más inestable las olas que comenzaban a levantarse. Y de repente empezó a caer una espesa tormenta de agua.

Yo había estado tranquilo durante el día; pero tan pronto como la noche ocultó las formas de las cosas, me asaltaron mil temores. Sudaba desasosegado y alerta, mientras apretaba con la mano derecha la pistola que ocultaba en el pecho; cada ruido me sobresaltaba; pero decidí vender cara mi vida y no rehuir la lucha, hasta que el demonio acabase con la mía o yo con la de él.

Elizabeth observó largamente, con tímido silencio, mi agitación; pero había algo en mi mirada que le aterraba, y me preguntó temblando:

—¿Qué es lo que te produce esa agitación, mi querido Víctor? ¿De qué tienes miedo?

—¡Oh! ¡Tranquilízate, amor mío! —repliqué—; cuando acabe esta noche habrá pasado el peligro; pero esta noche es espantosa, espantosa.

Llevaba una hora sumido en este estado de ánimo cuando de pronto pensé en lo terrible que sería para mi esposa el combate que esperaba de un momento a otro, y le supliqué con vehemencia que se retirase, decidiendo no reunirme con ella hasta saber algo sobre la situación de mi enemigo.

Me dejó, y yo seguí durante un rato paseando arriba y abajo por los pasillos de la casa e inspeccionando cada rincón donde pudiera esconderse mi adversario. Pero no descubrí rastro alguno de él; y

empezaba a pensar que sin duda había ocurrido alguna afortunada casualidad que le había impedido cumplir sus amenazas, cuando súbitamente oí un alarido espantoso y desgarrado. Provenía de la habitación donde se había retirado Elizabeth. Al oírlo se me agolpó toda la verdad en la conciencia; los brazos me colgaron sin fuerzas, y el movimiento de cada músculo y cada fibra se me quedó en suspenso; podía sentir el latido de la sangre en las venas y hormiguear en el extremo de las piernas. Esta sensación me duró solo un instante; se repitió el alarido, y corrí precipitadamente a la habitación.

¡Gran Dios! ¡Por qué no moriría yo entonces! ¿Por qué estoy aquí relatando la destrucción de la mejor esperanza y de la criatura más pura de la tierra? Elizabeth estaba allí, sin vida, atravesada en la cama, con la cabeza colgando y el semblante pálido y desencajado, semioculto por los cabellos. Adondequiera que me vuelvo, veo la misma figura: sus brazos exangües y su cuerpo inerte, tal como lo había arrojado el asesino sobre su féretro nupcial. ¿Cómo es posible que contemplara yo aquella escena y siguiera viviendo? ¡Ay! La vida es obstinada y se aferra aún más cuando se la detesta. Durante un instante perdí el conocimiento y caí al suelo sin sentido.

Cuando volví en mí me encontré rodeado por la gente de la posada; sus caras expresaban un intenso terror, aunque este no parecía sino un remedo, una sombra de los sentimientos que a mí me embargaban. Escapé de ellos y corrí adonde yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi esposa, viva aún hacía muy poco, tan querida, tan noble. La habían cambiado de postura, y ahora, tendida, con la cabeza sobre el brazo y un pañuelo cubriéndole el rostro y el cuello, parecía que dormía. Me arrojé sobre ella y la abracé con ardor; pero su mortal languidez y la frialdad de sus miembros me hicieron comprender que lo que ahora sostenía en mis brazos había dejado de ser la Elizabeth a la que había querido y amado. Tenía en el cuello la huella asesina del demonio, y el aliento había dejado de salir de sus labios.

Sumido aún en esta agonía de desesperación, miré hacia arriba. Yo había dejado cerradas las ventanas; una especie de pánico se apoderó de mí al ver que la pálida luz de la luna iluminaba la cámara. Las contraventanas estaban abiertas, y con una sensación de horror indescriptible, vi en el vano la figura abominable y horrenda. El rostro del monstruo esbozó una sonrisa; parecía

burlarse, mientras con dedo diabólico señalaba el cadáver de mi esposa. Me abalancé hacia la ventana, y sacando la pistola de mi pecho disparé; pero él me eludió, saltó y, corriendo a la velocidad del relámpago, se zambulló en el lago.

El estampido de la pistola atrajo a una multitud a la habitación. Señalé el lugar por donde había desaparecido, y seguimos su rastro en botes; echamos redes, pero todo fue inútil. Al cabo de varias horas regresamos sin esperanzas; la mayoría de mis acompañantes, convencidos de que aquel ser era producto de mi fantasía. Después de desembarcar proseguimos la búsqueda por el campo, saliendo en distintas direcciones entre bosques y viñedos.

Intenté acompañarles y llegué hasta cierta distancia de la casa; pero me daba vueltas la cabeza, mis pasos eran como los de un hombre ebrio, y finalmente me desplomé en el suelo, vencido por un total agotamiento; un velo me nublaba los ojos, y la fiebre me abrasaba la piel. En este estado me transportaron a la posada y me depositaron en una cama, casi inconsciente de lo sucedido; mis ojos vagaron por la habitación como buscando algo que había perdido.

Me levanté al cabo de un rato y, como por instinto, me dirigí penosamente a la habitación donde yacía el cadáver de mi amada. Allí estaban las mujeres llorando a su alrededor; me incliné sobre ella y mis lágrimas se unieron a las demás; en todo este tiempo no me llegó una sola idea clara a la conciencia; mis pensamientos vagaban de objeto en objeto, reflexionando confusamente sobre mis desgracias y su causa. Yo estaba perplejo, inmerso en una nube de estupefacción y de horror. La muerte de William, la ejecución de Justine, el asesinato de Clerval y finalmente el de mi esposa; en aquel momento no sabía si los últimos seres que me quedaban se encontraban a salvo de la malignidad del demonio; tal vez mi padre estaba ahora retorciéndose bajo sus garras, con Ernest muerto a sus pies. Esta idea me hizo estremecer y me llamó a la acción. Me levanté de un salto y decidí regresar a Ginebra lo más rápidamente posible.

No había caballos disponibles, por lo que tenía que cruzar el lago; pero los vientos soplaban en contra, y la lluvia caía torrencialmente. Sin embargo, estaba amaneciendo, y tenía la esperanza de llegar al anochecer. Contraté a unos hombres para que remasen, y yo mismo me cogí a un remo, ya que el ejercicio corporal siempre me había aliviado de mis sufrimientos morales.

Pero la infinita desdicha que ahora soportaba y el exceso de agitación que me dominaba me incapacitaban para efectuar esfuerzo alguno. Solté el remo; y apoyando la cabeza sobre las manos, me dejé llevar por todos los pensamientos tenebrosos que me embargaban. Si levantaba la vista veía los paisajes familiares de mis tiempos felices, los cuales había llegado a contemplar tan solo un día antes en compañía de la que ahora no era sino una sombra y un recuerdo. Los ojos se me anegaron en lágrimas. La lluvia había cesado un momento, y vi jugar a los peces en el agua, tal como habían jugado unas horas antes, cuando los viera Elizabeth. Nada hay tan doloroso para la mente humana como un cambio grande y repentino. Que brillara el sol o el cielo se cubriera de nubes: nada sería para mí como antes. Un demonio me había arrebatado la esperanza de felicidad para siempre; ninguna criatura ha sido jamás tan desdichada, ya que tan espantoso acontecimiento es único en la historia.

¿Para qué demorarme en los hechos que siguieron a esta última catástrofe? La mía es una historia hecha de horrores; he llegado a su punto culminante, y lo que ahora vaya a contarle no puede sino resultar tedioso para usted. Sepa que, uno por uno, el demonio me fue arrebatando a todos mis seres queridos. Me quedé solo. Pero mis fuerzas están exhaustas y debo terminar, en pocas palabras, este espantoso relato.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernest aún vivían, pero el primero no pudo soportar la noticia que yo le llevaba. ¡Aún veo al excelente y venerable anciano! Sus ojos vagaron ausentes, pues había perdido a la que había sido su alegría y su encanto, a Elizabeth, su más que hija, a quien había mimado con todo el cariño del hombre que, en el ocaso de la vida, y teniendo pocos afectos, se aferra más firmemente a los que le quedan. ¡Maldito, maldito sea el demonio que precipitó la desdicha sobre sus cabellos grises colmándole de sufrimientos! No pudo soportar los horrores que se acumulaban a su alrededor; los resortes de la existencia no tardaron en ceder; fue incapaz de levantarse de la cama, y a los pocos días murió en mis brazos.

¿Qué fue entonces de mí? No lo sé; perdí la sensibilidad, y las cadenas y la oscuridad eran lo único de lo que tenía conciencia. A veces, soñaba que caminaba por prados floridos y valles agradables con los amigos de mi juventud; pero al despertar descubría que me

encontraba en una mazmorra. Luego vino la melancolía, y gradualmente llegué a tener una clara noción de mis desdichas y mi situación. Entonces me pusieron en libertad. Pues me habían declarado loco y, durante muchos meses, según comprendí después, mi morada había sido una celda solitaria.

La libertad, sin embargo, habría sido para mí un don inútil, de no haber despertado a la venganza, al mismo tiempo que a la razón. A la vez que comenzaba a acosarme el recuerdo del pasado, empecé a pensar en su causa: el monstruo que había creado, el miserable demonio que había soltado en el mundo para mi destrucción. Una furia enloquecedora se apoderaba de mí cada vez que pensaba en él, y deseaba ardientemente tenerle en mis manos para descargar mi tremenda venganza sobre su maldita cabeza.

Pero mi odio no se limitó durante mucho tiempo a inútiles deseos; empecé a meditar el mejor medio de atraparle; para lo cual, un mes después de mi liberación, acudí a un juez de lo criminal y le dije que tenía una acusación que presentar; que conocía al destructor de mi familia, y que le requería para que hiciese uso de toda su autoridad para aprehender al asesino.

El magistrado me escuchó con atención y amabilidad.

—Tenga la seguridad, señor —dijo—, de que no ahorraré esfuerzos ni trabajos para descubrir a ese villano.

—Se lo agradezco —contesté—; escuche, pues, la deposición que tengo que presentar. Se trata, desde luego, de una historia tan extraña que quizá no le daría usted crédito, si no fuese porque contiene una verdad que, por prodigiosa que parezca, obliga a reconocerla. Es demasiado coherente para que se la pueda considerar un sueño, y no tengo motivos para declarar una cosa que no es cierta.

Mi actitud al hablarle en estos términos era solemne, aunque serena; en mi fuero interno había adoptado la resolución de perseguir a muerte a mi destructor, propósito que aplacaba mi agonía, y de momento me reconciliaba con la vida. Le relaté mi historia brevemente, pero con firmeza y precisión, citando las fechas con toda exactitud y sin dejarme arrastrar en ningún momento hacia expresiones violentas y exclamatorias.

El magistrado parecía al principio totalmente escéptico; pero a medida que yo hablaba fue prestando más atención e interés; unas veces le veía estremecerse de horror; otras, su semblante reflejaba

un gran asombro no exento de escepticismo.

Al concluir, dije:

—Ese es el ser al que acuso y cuya detención y castigo le pido que ejecute con todo su poder. Es deber suyo como magistrado, y confío, y espero que su sentir como hombre no se opondrá en este caso al cumplimiento de tales deberes.

Esta petición produjo un notable cambio en el semblante de mi interlocutor. Había escuchado mi historia con esa especie de crédito que se da a un relato de espíritus y sucesos preternaturales; pero cuando le pedí que actuase oficialmente en consecuencia, le volvió todo su anterior escepticismo. Sin embargo, contestó afable:

—Con mucho gusto le brindaría toda mi ayuda en su persecución; pero la criatura de que me habla tiene poderes capaces de desafiar todos los esfuerzos. ¿Quién puede seguir a un animal capaz de cruzar el mar de hielo y habitar en cavernas y madrigueras que ningún hombre se atrevería a pisar? Además, han transcurrido algunos meses desde la comisión de sus crímenes, y no se sabe hacia dónde ha dirigido sus pasos ni en qué región puede estar ahora.

—Tengo la seguridad de que ronda cerca de donde yo estoy; y si efectivamente se ha refugiado en los Alpes, se le puede cazar como a un gamo, y matar como a una alimaña. Pero leo en sus pensamientos que usted no ha dado crédito a mi relato, y no tiene intención de perseguir a mi enemigo y castigarle como se merece.

Los ojos me centelleaban de furia al hablar; el magistrado estaba atemorizado.

—Se equivoca —dijo—. Haré todo lo posible; y si está en mi mano atrapar al monstruo, tenga la seguridad de que sufrirá el castigo que sus crímenes merecen. Pero me temo, por lo que usted mismo me ha explicado, que no resultará factible; de modo que, aunque adoptemos todas las medidas necesarias, debe estar preparado para el fracaso.

—Eso nunca; pero todo lo que yo diga servirá de poco. Mi venganza carece de interés para usted; no obstante, si bien reconozco que se trata de algo condenable, confieso que es la única pasión que me devora el alma. Mi ira es indecible cuando pienso que ese asesino que yo mismo he soltado en la sociedad vive aún. Usted se niega a aceptar mi justo requerimiento; de modo que no me queda otro recurso que consagrarme hasta la muerte a su destrucción.

El exceso de agitación me hizo temblar al decir esto; mi actitud tenía algo de frenética, y algo, sin duda, de aquella altiva fiereza que, según se dice, poseían los mártires de tiempos pasados. Pero para un magistrado ginebrino, cuya mente ocupaban ideas muy distintas a las de lealtad y heroísmo, esta exaltación de espíritu se asemejaba a la locura. Se esforzó en aplacarme, como la niñera tranquiliza a un pequeñuelo, y atribuyó mi relato a los efectos del delirio.

—¡Señor —exclamé—, cuán ignorante es usted con todo su orgulloso saber! Calle; no sabe lo que dice.

Salí de la casa furioso y alterado, y me retiré a meditar el plan que debía seguir.

Capítulo 24

Mi situación era tal que me imposibilitaba y anulaba todo pensamiento sereno. Me sentía dominado por el furor; solo la venganza me calmaba y me daba fuerzas, modelaba mis sentimientos y me permitía ser frío y calculador en momentos en que, de no haber sido así, el delirio o la muerte habrían hecho presa en mí.

Mi primera decisión fue abandonar Ginebra para siempre; mi país, al que tanto quería cuando era feliz, me resultaba odioso ahora en la adversidad. Cogí algún dinero, además de unas cuantas joyas que habían pertenecido a mi madre, y me marché.

Y así empecé una vida errabunda que no concluirá sino con mi vida. He recorrido una vasta porción de la tierra y he soportado todas las penalidades que puede padecer un viajero en los desiertos y países bárbaros. No sé cómo he logrado sobrevivir; muchas veces he tendido mis desfallecidos miembros en la arena en espera de que llegara la muerte. Pero la venganza me mantenía vivo; no me atrevía a morir y dejar con vida a mi adversario.

Cuando salí de Ginebra, la primera tarea que me impuse fue descubrir alguna clave que revelase los pasos de mi infernal enemigo. Pero no tenía un plan concreto, y vagué muchas horas por las afueras de la ciudad sin saber qué camino seguir. Al caer la noche, me encontré en la entrada del cementerio donde descansaban William, Elizabeth y mi padre. Entré y me acerqué al lugar donde estaban sus sepulturas. Todo permanecía en silencio, salvo las hojas de los árboles que el viento agitaba mansamente; la noche casi había cerrado, y el paraje resultaba solemne y conmovedor. Los espíritus de los difuntos parecían agitarse en torno mío y proyectar una sombra apenas presentida a mi alrededor.

El profundo dolor que este lugar me produjo al principio dio paso a la furia y la desesperación. Ellos habían muerto, mientras que yo estaba con vida; su asesino vivía también. Pero yo debía seguir arrastrando mi existencia para destruirle. Me arrodillé en la yerba, besé la tierra, y exclamé con labios trémulos:

—¡Juro por la tierra sagrada en la que estoy arrodillado, por los

espectros que vagan a mi alrededor, por este dolor profundo y eterno que siento, y por ti, oh Noche, y los espíritus que te presiden, que perseguiré al demonio que ha ocasionado este infortunio hasta que perezcamos él o yo en una lucha a muerte! Solo con este propósito conservaré la vida; para ejecutar esta venganza, volveré a ver el sol y a hollar la verde yerba de la tierra, que de otro modo se borrarían de mi vista para siempre. A vosotros apelo, espíritus de los muertos, y a vosotros, ministros errabundos de la venganza, para que me ayudéis y me guiéis en esta empresa. Que ese monstruo infernal y maldito apure hasta las heces el cáliz de la agonía, y sienta la desesperación que a mí me atormenta ahora.

Había empezado mi imprecación con solemnidad y temor, casi convencido de que los espectros de mis amigos muertos me escuchaban y aprobaban mi decisión: pero la furia se apoderó de mí al concluir, y la rabia ahogó mis últimas palabras.

Una tremenda carcajada me respondió en el silencio de la noche. Resonó en mis oídos larga y pesadamente; las montañas devolvieron su eco, y sentí como si el infierno entero me envolviese con risas y burlas. En aquel instante me habría dejado dominar por el frenesí, y habría puesto fin a mi desdichada existencia; pero mi juramento había sido escuchado, y mi vida estaba reservada para la venganza. Se desvaneció la risa, y una voz que yo conocía y odiaba dijo en audible susurro cerca de mí:

—¡Me alegro, miserable desdichado! Has decidido vivir, y me alegro.

Me abalancé hacia el lugar de donde provenía la voz, pero el diablo eludió mi acometida. Súbitamente, surgió el ancho disco de la luna y bañó de lleno la horrenda y deforme figura que huía con sobrenatural rapidez.

Lo perseguí; durante muchos meses ha sido esta mi tarea. Guiado por un ligero rastro, seguí los serpenteos del Ródano, aunque en vano. Apareció el Mediterráneo azul, y por una extraña casualidad, vi al demonio subir por la noche a un navío y ocultarse en él con destino al Mar Negro; saqué pasaje en aquel mismo barco, pero logró escapar no sé cómo.

Aunque siempre ha conseguido eludirme, he seguido su rastro por los desiertos de Tartaria y de Rusia. Unas veces, los campesinos, amedrentados por su horrenda aparición, me informaban de su paso; otras, él mismo, temiendo que desesperase y muriese si perdía

su rastro, dejaba alguna pista que me sirviera de orientación. Cayeron nevadas, y descubrí las huellas que dejaban sus pies enormes en la blanca llanura. ¿Cómo podría comprender usted, que acaba de iniciarse en la vida, y para quien la preocupación es nueva y la agonía desconocida, lo que sentía yo, y todavía siento? El frío, la necesidad y la fatiga eran los sufrimientos más pequeños que estaba destinado a soportar; me había maldecido algún demonio y llevaba conmigo el infierno eterno; sin embargo, aún me acompañaba y guiaba mis pasos un espíritu benévolo; y, cuando más hundido estaba, me sacaba de dificultades que parecían insalvables. Unas veces, cuando mi cuerpo, vencido por el hambre, se desplomaba de agotamiento, descubría un poco de comida dispuesta para mí en medio del desierto que me reponía y me devolvía el ánimo. Eran alimentos frugales propios de los campesinos de la región; pero no me cabía duda de que me los colocaban allí los espíritus que yo había invocado en mi ayuda. Frecuentemente, cuando todo estaba seco, el cielo aparecía despejado y me consumía la sed, venía una nube ligera a oscurecer el cielo y a aliviarme con algunas gotas, y luego desaparecía.

Cuando podía, seguía el curso de los ríos; pero el demonio los evitaba generalmente, ya que en ellos suele congregarse la población de cada comarca. Había zonas, en cambio, en las que raramente se veían seres humanos, y me mantenía de animales que se cruzaban en mi camino. Solía ganarme la amistad de los aldeanos con el dinero que llevaba conmigo y repartía entre ellos; en cuanto a la caza que mataba, reservaba un pequeño trozo para mí, y daba el resto a aquellos que me prestaban fuego y útiles para cocinar.

Aquel género de vida me resultaba efectivamente odioso, y solo durmiendo alcanzaba alguna satisfacción. ¡Oh, bendito sueño! A menudo, cuando más desdichado me sentía, me sumía en el descanso, y los sueños me sosegaban hasta el arrobamiento. Los espíritus que velaban por mí me concedían esos momentos —o más bien horas— de felicidad durante los cuales recobraba fuerzas para cumplir mi peregrinación. Sin esta tregua, me habría derrumbado bajo el peso de tantas penalidades. Durante el día me sostenía y alentaba la esperanza de la noche: pues en esos sueños veía a mis seres queridos, a mi esposa y mi amado país; contemplaba nuevamente el rostro bondadoso de mi padre, oía los acentos argentinos de Elizabeth, y veía a Clerval lleno de vida y de juventud. A menudo, cuando me sentía cansado por la dura marcha,

trataba de convencerme de que estaba soñando, y de que cuando llegara la noche gozaría de la realidad en brazos de mis más queridos seres. ¡Qué afecto más profundo y doloroso sentía por ellos! ¡Cómo me aferraba a sus imágenes inolvidables que a veces me visitaban en mis horas vigiles convenciéndome de que aún vivían! En tales momentos, la venganza que me abrasaba moría en mi corazón, y proseguía mi camino para destruir al demonio más como una empresa impuesta por el cielo, como el impulso mecánico de una fuerza de la cual era inconsciente, que como el ardiente deseo de mi alma.

No sé cuáles eran los sentimientos de aquel a quien perseguía. A veces, efectivamente, dejaba señal de su paso escribiendo en las cortezas de los árboles o en las piedras, a fin de guiarme y hostigar mi furia. «Mi dominio aún no ha concluido —rezaba una de aquellas inscripciones—; vives, y mi poder es completo. Sígueme; voy en busca de los hielos eternos del norte, donde sentirás el suplicio de los fríos y de la helada, a los que yo soy insensible. Cerca de este lugar encontrarás, si no te demoras, una liebre muerta; come, y repón tus fuerzas. Adelante, enemigo mío; aún no hemos puesto a prueba nuestras vidas; pero habrás de soportar muchas horas de privaciones y dolor, hasta que llegue ese momento.»

¡Demonio escarnecedor! Una vez más juro venganza; una vez más me consagro a tu persecución, engendro miserable, para torturarte y matarte. Jamás abandonaré esta búsqueda, hasta que perezcamos él o yo; entonces, con qué éxtasis me reuniré con Elizabeth y mis amigos difuntos que ahora preparan la recompensa a mi penosa y horrible peregrinación.

A medida que avanzaba hacia el norte, las nevadas iban espesando; y el frío se volvía casi demasiado riguroso para poderlo soportar. Los campesinos se encerraban en sus cabañas, y solo los más osados se atrevían a cazar los animales que salían de sus escondrijos en busca de presa, obligados por el hambre. Los ríos estaban helados y no era posible pescar, lo que me privaba de mi principal recurso.

El triunfo de mi enemigo aumentaba con la dificultad de mis esfuerzos. Una de las inscripciones que me dejó, decía: «¡Prepárate! Tus sufrimientos no han hecho más que empezar; abrígate con pieles y provéete de alimentos, ya que pronto emprenderemos un

viaje en el que tu dolor saciará mi eterno odio».

Esta burla hizo aumentar mi valor y mi perseverancia; decidí no desfallecer en mi propósito, y pidiendo al cielo que me sostuviese, seguí recorriendo desiertos con ardor inquebrantable, hasta que apareció el océano a lo lejos como el límite extremo del horizonte. ¡Oh! ¡Qué distinto era de las azules regiones del sur! Cubierto de hielo, solo se distinguía de la tierra porque era más desolado y desigual. Los griegos lloraron de alegría al contemplar el Mediterráneo desde los montes de Asia, y saludaron con emoción el límite de sus penalidades. Yo no lloré, pero caí de rodillas y di las gracias de corazón al espíritu que me guiaba hacia el lugar donde, pese al sarcasmo de mi adversario, esperaba encontrarle y entrar en combate con él.

Unas semanas antes de esto, me había procurado un trineo y perros, y de este modo había atravesado las nieves a increíble velocidad. No sé si el demonio poseía las mismas ventajas; pero descubrí que, así como antes había ido yo perdiendo terreno en esta persecución, ahora lo ganaba, de tal modo que, cuando divisé el océano, me llevaba solo un día de ventaja, y esperaba alcanzarle antes de que llegase a la playa. Así que seguí adelante con renovado ánimo, y a los pocos días entré en una mísera aldea de la costa. Pregunté a los habitantes sobre el demonio, y me dieron una información bien concreta. Me dijeron que la noche antes había llegado un monstruo gigantesco armado con un rifle y muchas pistolas, y había puesto en fuga a los habitantes de una casa solitaria, que se habían asustado de su terrible aspecto. Había cogido las provisiones que ellos guardaban para el invierno, colocándolas en un trineo, se había apoderado de una nutrida traílla de perros adiestrados, la había aparejado, y la misma noche, para alivio de los amedrentados lugareños, había proseguido su viaje a través del mar, tomando una dirección que no conducía a tierra alguna.

Suponían que no tardaría en perecer en alguna grieta de los hielos, o víctima de los fríos eternos.

Al oír esto, me acometió un acceso de desesperación. Se me había escapado, y ahora debía emprender una persecución casi interminable a través de los montañosos hielos del océano, en medio de un frío que pocos nativos eran capaces de resistir, y al que yo, que procedía de un clima suave y soleado, no tenía esperanzas

de sobrevivir. Sin embargo, la idea de que el demonio pudiera superarlo y salir triunfante hizo que me volvieran la rabia y la sed de venganza como una oleada incontenible, ahogando todos los demás sentimientos. Tras un pequeño descanso, en el que los espíritus de los muertos me rodearon y me incitaron a esforzarme y a vengarme, me apresté para el viaje.

Cambié mi trineo por otro concebido para las irregularidades del océano helado, compré abundantes provisiones y abandoné tierra firme.

No sé cuántos días han transcurrido desde entonces, pero he resistido sufrimientos que solo el eterno y ardiente sentimiento de una justa retribución me ha permitido soportar. Inmensas y accidentadas montañas de hielo se interponían con frecuencia en mi camino, y a menudo oía el rugir de las aguas embravecidas que amenazaba destruirme. Pero volvían las heladas, y hacían seguros los senderos del mar.

Por la cantidad de provisiones consumidas, pude calcular que llevaba tres semanas viajando de este modo; entretanto, el continuo aplazamiento de las esperanzas me arrancaba amargas lágrimas de desaliento y pesar. Casi se había adueñado de mí la desesperación de forma definitiva, y no habría tardado en hundirme bajo el peso de esta desdicha. Una vez —después de que los pobres animales subieran, con increíble trabajo, a la cima de una pronunciada montaña de hielo, muriendo uno de ellos en el esfuerzo—, contemplaba yo con angustia la vasta extensión que se abría ante mí, cuando súbitamente mis ojos divisaron un punto negro en la oscura llanura. Forcé la mirada tratando de averiguar qué podía ser, y proferí un grito de entusiasmo, al distinguir un trineo y el desmesurado tamaño de la conocida silueta que lo tripulaba. ¡Ah! ¡Con qué ardor volvió la esperanza a inundarme el corazón! Los ojos se me llenaron de cálidas lágrimas, que me apresuré a enjugar para que no me impidiesen la visión del demonio; pero las ardientes gotas siguieron emborronándome su imagen, hasta que, cediendo a las emociones que me oprimían, sollocé audiblemente.

Pero no era este momento para dilaciones; desembaracé a los perros de su compañero muerto, les di una abundante ración de comida, y tras un descanso de una hora, absolutamente necesario, aunque enojoso para mí, proseguí la marcha. Aún divisaba el trineo

de mi enemigo, y no volví a perderlo de vista salvo en algún instante en que lo ocultaba alguna roca de hielo. Efectivamente, iba ganándole terreno de forma perceptible; y cuando, después de casi dos días de marcha, divisé al demonio a no más de una milla, el corazón pareció saltárseme del pecho.

Pero entonces, cuando parecía que tenía a mi enemigo al alcance de la mano, mis esperanzas se apagaron súbitamente, perdiendo su rastro por completo como no me había sucedido antes. Se oyó una marejada de fondo, el tronar de su avance: las aguas se ondularon y se hincharon por debajo de mí, volviéndose por momentos más inquietantes y terribles. Forcé la marcha, aunque de nada servía. Se había levantado viento. Rugió el mar; y, como sacudida por la fuerza poderosa de un terremoto, la helada superficie se hendió y resquebrajó con un rugido tremendo y ensordecedor. La acción terminó enseguida; a los pocos minutos, un mar tumultuoso se agitaba entre mi enemigo y yo. Me quedé flotando a la deriva sobre un témpano que menguaba por momentos, preparándome de este modo a una muerte espantosa para mí.

Así transcurrieron unas horas espantosas; se me murieron varios perros, y yo mismo estaba a punto de sucumbir a causa de tantas privaciones, cuando divisé este barco fondeado que me ofrecía esperanzas de socorro y de vida. No tenía idea de que los barcos llegasen tan al norte, y su presencia me dejó asombrado. Destruí rápidamente parte de mi trineo para construir unos remos y, por este medio, aunque con infinita fatiga, fui capaz de desplazar mi balsa de hielo en dirección a su barco. Había decidido, si se dirigía hacia el sur, confiarme a la merced de los mares, antes que renunciar a mi persecución. Esperaba convencerles para que me cediesen un bote con el que poder seguir a mi enemigo. Pero llevaba usted el rumbo que me convenía. Me tomó a bordo cuando estaba sin fuerzas, y a punto de encontrar, transido de sufrimientos, una muerte que aún temo, ya que mi empresa no ha concluido.

¡Ah! ¿Cuándo me concederá el espíritu que me guía el descanso que tanto deseo, llevándome hasta el demonio? ¿O debo morir yo, mientras él sigue viviendo? Si es así, Walton, júreme que no le dejará, que le buscará y dará satisfacción a mi venganza con su muerte. Pero ¿cómo me atrevo a pedirle que emprenda mi peregrinación, que se someta a los sufrimientos que he soportado yo? No; no soy tan egoísta. Sin embargo, cuando haya muerto, si

apareciese él, si los ministros de la venganza lo condujesen hasta usted, júreme que no le dejará con vida…, júreme que no le dejará triunfar sobre mi dolor y sobrevivir para aumentar la lista de sus tenebrosos crímenes. Es elocuente y persuasivo, y en otro tiempo sus palabras tuvieron fuerza sobre mi corazón; pero no se fíe de él. Su alma es infernal como su cuerpo, y está lleno de traición y de maldad. No le escuche; invoque los nombres de William, de Justine, de Clerval, de Elizabeth y de mi padre, así como el del desdichado Víctor, y atraviésele con su espada el corazón. Yo estaré cerca, y haré que no yerre el acero.

Continuación de Walton

26 de agosto, 17...

¿Has leído esta historia extraña y terrible, Margaret?; ¿no sientes que la sangre se te hiela de horror, como aún se me hiela a mí? Unas veces, embargado por una súbita agonía, se veía obligado a interrumpir su relato; otras, con voz quebrada y profunda, articulaba palabras transidas de angustia. Unas veces, sus bellos ojos se encendían de indignación; otras, se apagaban de dolor, y le abatía una infinita desdicha. En ocasiones, era dueño de su expresión y sus palabras, y entonces relataba los más horribles incidentes con voz serena, reprimiendo toda muestra de agitación; pero luego, como el estallido de un volcán, su rostro adoptaba de repente una expresión furiosa y salvaje, y no paraba de proferir imprecaciones sobre su perseguidor.

Su relato es coherente y parece contado con la mayor veracidad; y confieso que las cartas de Félix y de Safie que me ha enseñado, así como la existencia del monstruo al que hemos visto desde nuestro barco, me han confirmado la autenticidad de lo que dice aun más que sus afirmaciones, pese a su seriedad y coherencia. ¡Así que el monstruo es efectivamente real! No me es posible dudarlo; sin embargo, me llena de sorpresa y admiración. A veces he intentado obtener de Frankenstein detalles acerca de la construcción de su criatura; pero sobre este particular es impenetrable.

—¿Está usted loco, amigo mío? —ha dicho—. ¿Adónde le lleva su insensata curiosidad? ¿Desea crear también, para usted y para el mundo, un enemigo demoníaco? ¡Por favor, por favor! Escuche mis desventuras, y no trate de aumentar las suyas.

Frankenstein ha descubierto que yo tomaba notas sobre su historia; me ha pedido que se las deje ver, y las ha corregido y ampliado en muchos pasajes; pero, sobre todo, ha dado vida y fuerza a las conversaciones que él sostuvo con su enemigo.

—Ya que ha decidido conservar mi relato —ha dicho—, no quiero que quede mutilado, por si pasa a la posteridad.

Así ha transcurrido una semana, mientras escuchaba yo una historia jamás concebida por la imaginación. Mis pensamientos y

las emociones de mi alma han estado absortos en mi huésped por el interés que me han despertado su historia y sus mismos modales elevados y afables. Desearía tranquilizarle; sin embargo, ¿cómo puedo convencer a una persona tan infinitamente infortunada, tan carente de toda esperanza de consuelo, de que debe vivir? ¡Ah, no! El único gozo que ahora puede conocer es el sosiego de su espíritu quebrantado, cuando encuentre la paz de la muerte. Pero disfruta de un único placer, fruto de la soledad y del delirio: la convicción, cuando conversa en sueños con sus amigos —comunión que trae consuelo a sus miserias y aliento a su venganza—, de que no son creaciones de su fantasía, sino ellos mismos quienes vienen a visitarle desde las regiones de un mundo remoto. Esta fe confiere a sus ensoñaciones una solemnidad que las vuelve a mis ojos tan imponentes e interesantes como si fueran la propia verdad.

Nuestras conversaciones no se limitan siempre a la historia de sus desventuras. Manifiesta unos conocimientos ilimitados en todo lo referente a la literatura general, y una capacidad de comprensión rápida y penetrante. Su elocuencia es vigorosa y conmovedora; y no puedo escucharle sin lágrimas, cuando relata un incidente patético o se propone despertar las pasiones de la compasión y del amor. ¡Qué gloriosa criatura debió de ser en sus días de prosperidad, cuando es tan noble y divino en la ruina! Él mismo parece darse cuenta de su propio valor y de la grandeza de su caída.

—Cuando era joven —dice—, me creía destinado a una gran empresa. Mis sentimientos eran profundos, pero poseía una frialdad de juicio que me capacitaba para ilustres hazañas. Esta conciencia del valor de mi naturaleza me alentaba, cuando a otros les habría anonadado, pues consideraba un crimen malgastar en vanas lamentaciones aquellas facultades que podían ser útiles a mis semejantes. Cuando reflexionaba sobre la obra que había ejecutado, nada menos que la creación de un animal sensible y racional, no podía colocarme en el nivel de los vulgares experimentadores. Pero este pensamiento, que me sostuvo al comienzo de mi carrera, no me sirve ahora sino para hundirme más en el polvo. Todas mis especulaciones y esperanzas se han reducido a la nada; y, como el arcángel que aspiró a la omnipotencia, estoy condenado al infierno eterno. Mi imaginación era vívida, e intensa mi capacidad de análisis y aplicación; al unir estas cualidades, concebí la idea y ejecuté la creación de un hombre. Ni aun ahora puedo pensar sin pasión en mis sueños mientras avanzaba el trabajo. Alcanzaba los

cielos en mis pensamientos, bien gozoso ante mis poderes, bien inflamado ante la idea de sus efectos. Desde la infancia me imbuyeron elevadas esperanzas y una gran ambición; ¡pero cómo me he hundido! ¡Ah! Amigo mío, si usted me hubiera conocido tal como era en otro tiempo, no me reconocería en este estado de degradación. Rara vez me dejaba vencer por el desaliento; parecía que me estaba reservado un gran destino, hasta que caí para no levantarme nunca, nunca más.

¿Habré de perder, pues, a este ser admirable? Siempre he anhelado tener un amigo; he buscado a alguien que simpatizara conmigo y me quisiera. Y ya ves; he venido a encontrarlo en estos mares desiertos; pero me temo que solo lo he ganado para conocer su valor, y perderlo después. Quisiera reconciliarle con la vida, pero rechaza tal idea.

—Le agradezco, Walton —me ha dicho—, sus buenas intenciones para con este miserable desdichado; pero cuando habla usted de nuevos lazos y nuevos afectos, ¿cree que puede alguien sustituir a los seres que he perdido? ¿Puede ningún hombre ser para mí lo que fue Clerval, y ninguna mujer lo que fue Elizabeth? Aun cuando los afectos no estén fuertemente motivados por una excelente cualidad, los compañeros de la infancia siempre tendrán sobre nuestro espíritu un poder que difícilmente puede conseguir un amigo posterior. Ellos conocen nuestras inclinaciones infantiles que, si bien pueden modificarse más tarde, nunca llegan a desaparecer; y pueden juzgar nuestras acciones con más acierto en lo que se refiere a la integridad de nuestros motivos. Una hermana o un hermano jamás llegan a sospechar falsedad o engaño en el otro, a menos que tales síntomas se revelen temprano; mientras que el amigo, por muy unido que se sienta a uno, puede mirarle a pesar suyo con recelo. Pero yo tenía amigos a los que quería no solo por nuestra conveniencia y relación, sino por sus propios méritos; y allí donde me encuentre, la voz apaciguadora de Elizabeth y las palabras de Clerval sonarán eternamente en mis oídos. Están muertos, y solo hay un sentimiento, en mi soledad, que puede inclinarse a preservar mi vida. Si yo estuviese empeñado en una empresa llena de utilidad para mis semejantes, viviría para cumplirla. Pero no es ese mi destino; debo seguir para destruir al ser al que di la vida; entonces se habrá cumplido mi misión en este mundo, y podré morir.

2 de septiembre

Querida hermana:

Te escribo cercado por el peligro, sin saber si estoy predestinado a volver a ver alguna vez mi querida Inglaterra y a los amigos que tengo en ella. Los icebergs me rodean, me cierran toda salida y amenazan con aplastar el barco. Los valerosos compañeros a los que convencí para que me acompañasen me miran en espera de ayuda, pero no puedo brindarles ninguna. Hay algo espantoso en nuestra situación. Sin embargo, el valor y la esperanza no me abandonan. Pero es terrible pensar que la vida de todos estos hombres corre peligro por mi causa. Si estamos perdidos, la culpa la tendrán mis locos proyectos.

¿Cuál será, Margaret, tu estado de ánimo? No te enterarás de mi muerte y esperarás ansiosa mi regreso. Pasarán años; tendrás momentos de desesperación y, no obstante, te torturará la esperanza. ¡Ah, querida hermana mía!, me resulta más terrible la angustia que sentirás al ir perdiendo la esperanza que mi propia muerte. Pero tú tienes un esposo y unos hijos adorables; puedes ser feliz. ¡Que el cielo te bendiga y permita que lo seas!

Mi desventurado huésped me mira con la más tierna compasión. Se esfuerza en infundirme esperanzas y habla como si la vida fuese un don que él estimase. Me recuerda con cuánta frecuencia han sucedido estas mismas vicisitudes a los navegantes que se aventuraron por estos mares; y, a pesar de mí mismo, me llena de alentadores augurios. Incluso los marineros sienten el poder de su elocuencia; cuando él les habla, olvidan la desesperación y recobran sus energías; y, mientras escuchan su voz, miran estos gigantescos icebergs como si fuesen toperas que fueran a desvanecerse por voluntad del hombre. Pero esta euforia es pasajera; cada día que transcurre sin que acontezca ningún cambio, les aumentan los recelos, y casi temo que esta desesperación les empuje al amotinamiento.

5 de septiembre

Acaba de ocurrir una escena de tan inusitado interés que,

aunque es muy probable que estos papeles no lleguen a ti jamás, no puedo por menos de consignarla.

Aún estamos cercados por los icebergs y en inminente peligro de ser aplastados si chocan entre sí. El frío es excesivo, y muchos de mis infortunados camaradas ya han encontrado su sepultura en este escenario desolado. La salud de Frankenstein mengua de día en día; un fuego febril parpadea todavía en sus ojos, pero se encuentra agotado; y si de pronto hace algún esfuerzo, se hunde después en la más completa apatía.

En mi última carta te hablaba de mis temores de que hubiese un motín. Esta mañana, mientras observaba el pálido rostro de mi amigo —tenía los ojos medio cerrados y los brazos le colgaban con abandono—, me han despabilado media docena de marineros que pedían permiso para entrar en el camarote. Han entrado, y el que venía a la cabeza se ha dirigido a mí. Dijo que él y sus compañeros habían sido elegidos por los demás marineros para venir a mí en delegación, con objeto de hacerme una petición a la que, en justicia, no me podía negar. Estábamos emparedados por el hielo, y quizá no escaparíamos jamás; pero temían que, si el hielo se deshacía y se abría un acceso, cosa que era probable, fuera yo lo bastante temerario como para continuar el viaje y llevarles a nuevos peligros, después de haber salvado este felizmente. De modo que insistían en que prometiera solemnemente que, si la nave quedaba libre, pondría inmediatamente rumbo al sur.

Este discurso me preocupó. No había perdido las esperanzas, ni se me había ocurrido hasta ahora la idea de regresar, si quedábamos libres. Sin embargo, ¿podía negarme en justicia a esta petición? ¿Cabía incluso la posibilidad de tal cosa? Vacilé antes de contestar, y Frankenstein, que había estado callado y apenas parecía tener fuerzas suficientes para prestar atención, se levantó; los ojos le centelleaban, y se le habían arrebolado las mejillas con un momentáneo ardor. Y, volviéndose hacia los hombres, dijo:

—¿Qué pretendéis? ¿Qué le pedís a vuestro capitán? ¿Tan fácilmente renunciáis a vuestro proyecto? ¿No calificabais de gloriosa esta expedición? ¿Y por qué era gloriosa? No porque el rumbo fuese suave y apacible como en un mar del sur, sino porque estaba lleno de peligros y de terror; porque en cada nuevo incidente teníais que dar prueba de vuestra fortaleza, y demostrar vuestro valor; porque lo acechaban los peligros y la muerte, a los que ibais

a desafiar y vencer. Pues se trataba de una empresa honrosa y llena de gloria. En el futuro, seríais considerados benefactores de vuestra especie, y vuestros nombres serían glorificados como los de aquellos que se enfrentaron a la muerte para honor y beneficio de la humanidad. Y he aquí que al primer asomo de peligro o, si queréis, a la primera prueba poderosa y terrible para vuestro valor, os echáis atrás y os conformáis con que os tengan por hombres sin arrestos para soportar el frío y el peligro, y piensen que sois pobres almas ateridas deseosas de regresar al calor de vuestros hogares. Para eso no necesitabais preparación; no hacía falta venir hasta aquí y arrastrar a vuestro capitán a la vergüenza del fracaso, solo para demostrar que sois cobardes. ¡Ah! Sed hombres; sed algo más que hombres. Sed constantes en vuestros propósitos y firmes como la roca. Este hielo no está hecho del material que están hechos vuestros corazones; es mudable y no podrá resistirse a vosotros, si vosotros queréis. No regreséis a vuestras familias con el estigma de la deshonra impreso en vuestra frente. Regresad como los héroes que han luchado y vencido, y no saben lo que es volver la espalda al enemigo.

Habló con un acento tan acorde con los diferentes sentimientos expresados en su discurso, con unos ojos tan llenos de nobles propósitos y de heroísmo, que nada tiene de extraño que los hombres se conmovieran. Se miraron unos a otros y fueron incapaces de contestar. Hablé yo; les dije que se retirasen y meditaran sobre lo que se les había dicho, que yo no les llevaría más al norte si ellos querían lo contrario, si bien esperaba que, tras reflexionar, les volviese el valor.

Se retiraron, y me volví hacia mi amigo; pero había vuelto a sumirse en una languidez casi mortal.

No sé cómo terminará todo esto; pero preferiría morir a volver vergonzosamente sin haber cumplido mi objetivo. Sin embargo, me temo que eso es lo que sucederá; los hombres, sin el apoyo del honor y de la gloria, no desean seguir soportando las actuales penalidades.

7 de septiembre

La suerte está echada; he consentido en regresar, si no perecemos. Por tanto, la cobardía y la indecisión han echado abajo mis esperanzas; vuelvo ignorante y decepcionado. Hace falta más filosofía de la que yo poseo para soportar con paciencia esta injusticia.

12 de septiembre

Ya está; regresamos a Inglaterra. He perdido toda esperanza de realizar una hazaña útil y gloriosa; he perdido a mi amigo. Pero trataré de detallarte estos amargos sucesos, mi querida hermana; y si los vientos nos empujan hacia Inglaterra y hacia ti, no quiero dejarme vencer por el desaliento.

El 9 de septiembre empezó a moverse el hielo, y oímos un rumor como de truenos lejanos, mientras las islas se fragmentaban y resquebrajaban en todas direcciones. Entonces fue cuando corrimos el más inminente peligro; pero como no teníamos más remedio que permanecer inactivos, concentré mi atención en el infortunado huésped cuya enfermedad se agravaba de tal modo que tenía que permanecer confinado en su lecho. El hielo se hendió detrás de nosotros, y fue arrastrado con fuerza hacia el norte; sopló brisa del oeste, y el día 11 el acceso hacia el sur quedó perfectamente libre. Cuando los marineros se dieron cuenta, y vieron claramente que estaba asegurado el regreso a su país, prorrumpieron en gritos de incontenible alegría. Frankenstein, que dormitaba, se despertó y preguntó la causa de este tumulto.

—Gritan —dije—, porque pronto regresan a Inglaterra.

—Entonces, ¿vuelve usted, por fin?

—¡Ay, sí!; no puedo oponerme a sus demandas. No puedo conducirles al peligro en contra de su voluntad; así que debo regresar.

—Hágalo, si lo desea; pero yo no lo haré. Usted puede renunciar a su propósito; el mío me lo ha asignado el cielo, y no me atrevo. Estoy débil, pero seguramente los espíritus que me asisten en mi venganza me concederán la fuerza suficiente.

Diciendo esto, trató de abandonar el lecho, pero el esfuerzo fue demasiado para él; cayó de espaldas y se desvaneció.

Transcurrió mucho tiempo antes de que se recobrase, y más de una vez pensé que había muerto. Por último, abrió los ojos; respiraba con dificultad y no podía hablar. El cirujano le administró un bebedizo, y nos ordenó que no le molestáramos. Entretanto, me dijo que a mi amigo no le quedaban muchas horas de vida.

Su sentencia había sido pronunciada, y no pude hacer otra cosa que lamentarlo y resignarme. Permanecí sentado junto a su lecho, vigilándole; tenía los ojos cerrados, y me pareció que dormía; pero poco después me llamó con voz débil; y pidiendo que me acercase, dijo:

—¡Ah! Me han abandonado las fuerzas en las que confiaba; presiento que moriré pronto, mientras que él, mi enemigo y perseguidor, va a seguir con vida. No crea, Walton, que en los últimos momentos que me quedan siento el odio abrasador y el deseo ardiente de venganza que una vez le manifesté; pero me siento justificado al desear la muerte de mi adversario. Durante estos últimos días he estado meditando sobre mi pasada conducta, y no la encuentro censurable. En un acceso de entusiástica locura, di el ser a una criatura racional y me vi obligado a asegurar, en la medida que me fuera posible, su felicidad y bienestar. Era mi deber; pero tenía otro aún mayor. Mi deber para con los seres de mi propia especie exigía más atención, porque incluía una mayor proporción de felicidad o de desdicha. Movido por este criterio, me negué —e hice bien en negarme— a crear una compañera para mi primera criatura. Esta mostró una malignidad y un egoísmo sin precedentes; mató a mis amigos; se entregó a la destrucción de unos seres dotados de una sensibilidad, una felicidad y una virtud fuera de lo común; y no sé dónde puede terminar esta sed suya de venganza. Aunque ese desgraciado debe morir para no hacer desgraciados a los demás. Era mía la misión de destruirle, pero he fracasado. Impulsado por el egoísmo y el rencor, le pedí a usted que prosiguiese mi obra inacabada. Ahora renuevo esta petición, aunque solo me mueven la razón y la virtud.

»Sin embargo, no puedo pedirle que renuncie a su país y a sus amigos para cumplir esta empresa; y puesto que regresa a Inglaterra, pocas son las posibilidades de que se encuentre con él. Pero dejo a usted la consideración de estos extremos, y la decisión de lo que considere su deber; mi razón y mis ideas se hallan trastornadas ante la proximidad de la muerte. No me atrevo a

pedirle que haga lo que yo juzgo correcto, porque quizá me engaña la pasión.

»Me preocupa que siga viviendo ese instrumento de maldad; por lo demás, en esta hora en que espero mi liberación me siento feliz por primera vez desde hace varios años. Las formas de mis amados difuntos fluctúan ante mí, y corro a sus brazos. ¡Adiós, Walton! Busque la felicidad en la paz y evite la ambición, aun cuando parezca inocente el ansia de distinguirse en la ciencia y en los descubrimientos. Pero ¿por qué digo esto? Si mis esperanzas han fracasado en ese ámbito, otros pueden triunfar.

Su voz se fue debilitando mientras hablaba; al final, agotado por el esfuerzo, se quedó en silencio. Media hora más tarde, trató de hablar nuevamente, pero no pudo; me apretó la mano desmayadamente, y sus ojos se cerraron para siempre, mientras por sus labios cruzaba el destello de una sonrisa.

Margaret, ¿qué te puedo decir sobre la extinción de este espíritu glorioso? ¿Qué palabras te harían comprender la hondura de mi tristeza? Todo cuanto diga será pálido e inexacto. Las lágrimas me fluyen en abundancia; una nube de desencanto me entenebrece el espíritu. Pero seguimos rumbo a Inglaterra; quizá encuentre ahí consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué significan esos ruidos? Es medianoche; la brisa sopla mansamente, y la guardia de cubierta apenas se mueve. Otra vez oigo como un rumor de voz humana, aunque muy áspera; proviene del camarote donde descansan los restos de Frankenstein. Iré a ver. Buenas noches, hermana.

¡Dios mío! ¡Qué escena acaba de ocurrir! Aún me siento estupefacto de la impresión. No sé si voy a ser capaz de detallarla; pero la historia que he consignado aquí quedaría incompleta sin esta catástrofe prodigiosa y final.

Entré en el camarote donde yacen los restos de mi infortunado amigo. Inclinada sobre él había una figura que no me es posible describir con palabras: tenía una estatura gigantesca, aunque de proporciones toscas y deformes. En su postura, unos largos y descuidados mechones le ocultaban el rostro; pero tenía extendida una mano inmensa, semejante en color y textura a las de una momia. Al oírme, dejó de proferir exclamaciones de pesar y de horror, y saltó hacia la ventana. Jamás he contemplado una visión más horrible que su rostro, de una fealdad repugnante y espantosa.

Cerré los ojos involuntariamente, y me esforcé en tener presente mi deber con respecto a este destructor. Le ordené que se detuviera.

Se quedó mirándome con extrañeza; luego se volvió otra vez hacia el cuerpo sin vida de su creador, como ignorando mi presencia. Cada una de sus facciones y gestos parecían animados por la furia de una pasión incontrolable.

—¡Esa es también víctima mía! —exclamó—. Con su muerte, mis crímenes han concluido; ¡la miserable serie ha llegado a su fin! ¡Ah, Frankenstein! ¡Ser generoso y abnegado! ¿De qué me sirve ahora pedirte que me perdones? ¿A mí, que irreverentemente te he destruido a ti y a cuanto amabas? ¡Ay! Pero está frío y no puede contestar.

Parecía que se le ahogaba la voz; y mi primer impulso, que me decía que cumpliese lo que mi amigo me había pedido en la agonía y destruyese a su enemigo, quedó en suspenso a causa de una mezcla de curiosidad y de compasión. Me acerqué a este ser tremendo; no me atrevía a alzar los ojos hacia su rostro. Había algo terrible y extraterreno en su fealdad. Traté de hablar, pero las palabras murieron en mis labios. El monstruo siguió profiriendo feroces e incoherentes reproches sobre sí mismo. Por último, en una pausa de su pasión tempestuosa, hice acopio de resolución para hablarle.

—De nada sirve tu arrepentimiento —dije—. Si hubieses escuchado la voz de la conciencia y hecho caso de las llamadas del remordimiento, antes de llevar tu diabólica venganza hasta este extremo, Frankenstein aún viviría.

—¿Acaso sueñas? —dijo el demonio—. ¿Crees que he sido insensible a la agonía y al remordimiento? Él —prosiguió, señalando el cadáver— no sufrió cuando llevó a cabo su hazaña. ¡Ah! Durante los morosos detalles de su ejecución, no sufrió ni la diezmilésima parte de la angustia que he sufrido yo. Un egoísmo espantoso me empujaba, mientras el remordimiento me envenenaba el corazón. ¿Crees que los gemidos de Clerval fueron música para mis oídos? Mi corazón estaba hecho para el amor y la simpatía; y cuando la desdicha lo empujó hacia la maldad y el odio, no pude soportar la violencia del cambio sin una tortura como nadie puede siquiera imaginar.

»Después de la muerte de Clerval, regresé a Suiza, vencido y destrozado. Compadecía a Frankenstein, y mi compasión rayaba en

el horror: abominaba de mí mismo. Pero cuando descubrí que él, autor a la vez de mi existencia y de mis indecibles tormentos, se atrevía a esperar la felicidad; que, mientras acumulaba sobre mí la desdicha y la desesperación, se disponía a gozar de sentimientos y pasiones que yo tenía vedados para siempre, entonces la envidia impotente y la amarga indignación me inspiraron una sed insaciable de venganza; recordé mi amenaza, y decidí que debía cumplirla. Comprendí que esto atraería sobre mí una tortura mortal, pero era esclavo —no dueño— de un impulso que detestaba, aunque no podía desobedecer. ¡Pero cuando ella murió! No, entonces no fui desdichado. Había desechado todo sentimiento, había reprimido toda angustia, para gozarme en el exceso de mi desesperación. A partir de entonces, el mal se convirtió en un bien para mí. Ya no tuve elección sino para adaptar mi naturaleza a un elemento que voluntariamente había escogido. El cumplimiento de mis demoníacos designios se convirtió en una pasión insaciable. Ahora, ha concluido; ¡ahí está mi última víctima!

Al principio me habían conmovido sus manifestaciones de desventura; sin embargo, cuando recordé lo que Frankenstein había dicho sobre su poder de elocuencia y persuasión, y volví una vez más los ojos hacia el cuerpo sin vida de mi amigo, la indignación renació en mi interior.

—¡Desdichado! —exclamé—. No está mal, venir aquí a gimotear sobre la desolación que has ocasionado. Arrojas la antorcha sobre un montón de edificios, y una vez consumidos todos, te sientas entre sus ruinas a lamentar su derrumbamiento. ¡Demonio de hipocresía! Si aquel por quien lloras viviese todavía, volvería a ser el objeto y la víctima de tu odiosa venganza. No es compasión lo que tú sientes; te lamentas solo porque la víctima de tu malignidad ha escapado a tu poder.

—¡Ah, no es eso... no es eso! —interrumpió el monstruo—. Aunque sea esa la impresión que te produzcan mis acciones. Pero no es un sentimiento de compasión por mis sufrimientos lo que busco. No hay simpatía para mí. Cuando la busqué al principio, lo hice movido por el deseo de compartir el amor a la virtud, y los sentimientos de felicidad y de afecto me desbordaron por entero. Pero ahora que la virtud se ha convertido para mí en una sombra, y la felicidad y el afecto en amarga y odiosa desesperación, ¿en dónde debo buscar simpatía? Me resigno a sufrir solo mientras duren mis

sufrimientos; y me alegro de que, cuando muera, el oprobio y la abominación acompañen mi memoria. Hubo un tiempo en que mi imaginación se recreaba en sueños de virtud, de fama y de alegría. Hubo un tiempo en que esperé ilusoriamente encontrarme con seres que, perdonando mi forma externa, me amasen por las excelentes cualidades que era capaz de manifestar. Abrigué pensamientos elevados de honor y de abnegación. Pero ahora el crimen me ha degradado por debajo de las más ruines alimañas. Ninguna culpa, ningún daño, ninguna maldad, ninguna desdicha pueden compararse a la mía. Cuando examino el espantoso inventario de mis pecados, no logro convencerme de que soy la misma criatura cuyo pensamiento estuvo en otro tiempo lleno de visiones sublimes y trascendentes sobre la belleza y la majestad del bien. Pero es así: el ángel caído se convierte en demonio de maldad. Sin embargo, incluso ese enemigo de Dios y del hombre tuvo amigos y aliados en su desolación; en cambio yo estoy solo.

»Tú, que te dices amigo de Frankenstein, pareces conocer mis crímenes y sus desventuras. Pero los detalles que él te haya contado no pueden resumir las horas y meses de desdicha que he sufrido consumiéndome en pasiones impotentes. Pues, aunque destruía sus esperanzas, no satisfacía mis propios deseos siempre ardientes y devoradores; anhelaba el amor y la compañía, y sin embargo era despreciado. ¿No es injusticia eso? ¿Debo ser considerado el único criminal, cuando toda la humanidad ha pecado contra mí? ¿Por qué no odias a Félix, que arrojó injustamente de su puerta al amigo? ¿Por qué no maldices al rústico que trató de matar al que había salvado a su hijita? ¡No, esos son seres virtuosos e inmaculados! ¡Yo, el miserable, el abandonado, soy un aborto al que hay que despreciar y arrojar y pisotear! Aun ahora me hierve la sangre al recordar esta injusticia.

»Pero es cierto que soy un desdichado. He asesinado a seres encantadores e indefensos; he estrangulado a inocentes criaturas mientras dormían, y he apretado la garganta de quien no me había hecho daño a mí ni a ser humano alguno. He arrastrado a mi creador —el ejemplo más selecto de cuantos son merecedores de amor y admiración— a la desdicha; le he perseguido hasta esta ruina irremediable. Ahí yace, blanco y frío por la muerte. Y tú me odias también; pero tu odio no puede compararse al que siento yo cuando me miro a mí mismo. Contemplo estas manos que han ejecutado tantos crímenes; pienso en mi imaginación que los

concibió, y ansío que llegue el momento en que no vuelva a verme más las manos, y no vuelva a agobiarme más mi imaginación.

»No temas, no volveré a ser el instrumento de nuevas maldades. Mi obra casi ha terminado. No hace falta tu muerte, ni la de ningún otro hombre, para que concluya la serie de crímenes y se cumpla lo que se debe cumplir, pero sí hace falta la mía. No creas que tardaré en llevar a cabo mi sacrificio. Abandonaré tu barco en el témpano que me ha traído hasta aquí y buscaré el extremo más nórdica del globo; construiré una pira funeraria y reduciré a cenizas este cuerpo miserable, para que sus restos no proporcionen luz alguna al curioso y desdichado profano que pretenda crear otro ser como yo. Moriré. No sentiré más las agonías que ahora me consumen ni seré presa de sentimientos insatisfechos. Ha muerto el que me llamó a la vida; cuando yo no exista, se desvanecerá muy pronto el recuerdo de nosotros dos. Ya no veré el sol ni las estrellas, ni sentiré jugar el viento en mis mejillas. Desaparecerán la luz, la sensibilidad y el sentimiento; y en ese estado encontraré mi felicidad. Debí morir hace unos años, cuando las imágenes de este mundo se abrieron por primera vez a mis sentidos, cuando percibí el saludo cálido del verano y oí el susurro de las hojas y los trinos de los pájaros, y eran todos para mí; ahora la muerte es mi único consuelo. Manchado de crímenes y corroído por los más amargos remordimientos, ¿dónde puedo encontrar descanso sino en la muerte?

»¡Adiós!; te dejo. Serás el último de los humanos que contemplen estos ojos. ¡Adiós, Frankenstein! Si estuvieses vivo y abrigases deseos de venganza contra mí, los saciaría mejor mi vida que mi muerte. Pero no es así; tú buscaste mi destrucción para que no pudiese causar mayores desdichas; y si, de algún modo desconocido para mí, no has dejado de pensar y de sentir, no puedes desearme un mal más grande que el que ahora siento. Aun condenado como estabas, mi agonía es mayor que la tuya, pues el aguijón implacable del remordimiento no cesará de hurgar en mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.

»Pero pronto moriré —exclamó con triste y solemne entusiasmo — y dejaré de sentir lo que siento. No tardarán en apagarse estos sufrimientos abrasadores. Subiré triunfalmente a mi pira funeraria, y gozaré en la agonía de las llamas torturadoras. Cuando se apague la luz de esa hoguera, los vientos barrerán mis cenizas arrojándolas al mar. Mi espíritu dormirá en paz; si piensa, sin duda lo hará de

otra manera. Adiós.

Dicho esto, saltó veloz por la ventana del camarote al témpano que había junto al barco. Las olas se lo llevaron rápidamente, perdiéndose en la oscura lejanía.

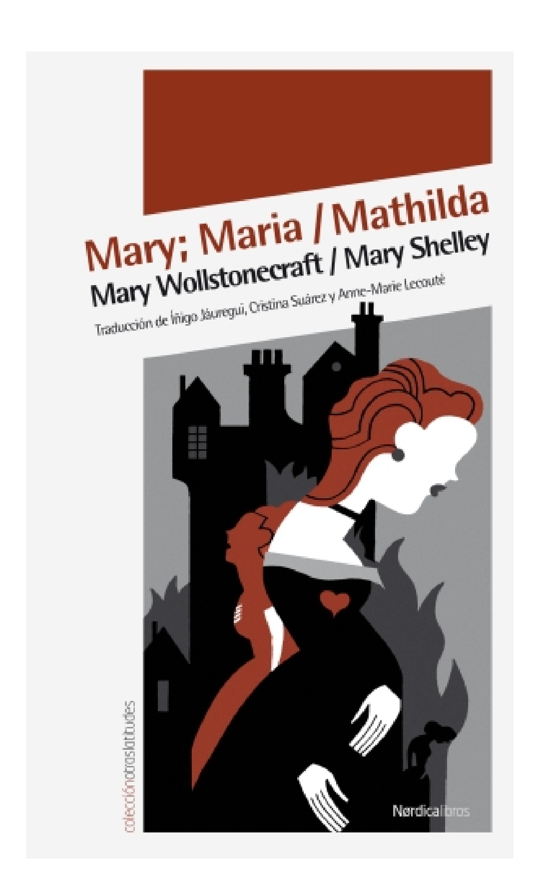
En el verano de 1816, Lord Byron invita al poeta Percy Bysshe Shelley y a su joven esposa, Mary, a su casa de Suiza. Los días son lluviosos y el anfitrión propone que cada uno escriba un relato de fantasmas. Así surgirá *Frankenstein o el moderno Prometeo*, publicada en 1818 y considerada la primera novela del género de ciencia ficción.

Atrapado en los hielos del Ártico, Victor Frankenstein es rescatado por el capitán Walton. Dedicará sus últimos días a narrarle la trágica historia de sus experimentos en búsqueda del poder de dotar de vida a la materia inerte y cómo el ser que creó se rebelaría contra él.

En esta edición destaca especialmente el trabajo gráfico de Elena Odriozola, quien ha hecho una personal lectura del texto clásico. Su TEATRILLO DE PAPEL es un escenario que abre las puertas a nuevas posibilidades de narración visual.

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire





Mary; Maria / Mathilda

Wollstonecraft, Mary
9788492683796
380 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este libro reúne por primera vez tres apasionadas novelas de "la extraordinaria pareja" formada por una madre y su hija: Mary Wollstonecraft y Mary Shelley,

precedidas de una valiosa introducción de Janet Todd, especialista en la obra de Mary Wollstonecraft y Jane Austen. El núcleo de las tres obras es la exploración en torno a la identidad y a la subjetividad femeninas, atrapadas en el "círculo mágico" de la feminidad convencional y de la claustrofóbica unidad familiar. Tanto Mary como Mathilda son obras pasionales e introspectivas. Maria es una novela con más conciencia social que destaca por la manera en que pasa de la experiencia inmediata de la autora a mostrar los complejos infortunios de mujeres de diferentes clases. Está considerada el texto feminista más radical de la Wollstonecraft y supone una extensión de su famosa Vindicación de los derechos de la mujer. Las dos escritoras, especialmente Mary Shelley (autora de Frankenstein), dotan a sus novelas de un marcado carácter autobiográfico. Sus páginas nos llevan a lo mejor del Romanticismo inglés: en ellas nos encontraremos con la Naturaleza, con relaciones apasionadas y con esa pulsión suicida tan propia de la época.



La búsqueda del absoluto

Balzac, Honoré de
9788415564393
290 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La búsqueda del absoluto constituye una detallada crónica de la aventura espiritual de Balthazar Claës,

arquetipo de héroe metafísico que intenta descubrir el secreto del absoluto, es decir, la unidad de la materia. Este genio sombrío arruinará a su familia; su esposa y su hija soportan su monomanía, no tanto para salvar sus bienes como por el amor que sienten hacia él. Las dos mujeres defienden el orden familiar y sentimental; el alquimista lo destruye en nombre de otro orden. La riqueza y la precisión en los detalles, la observación y descripción minuciosas de Balzac nos transportan a la pintura flamenca. En esta novela se encuentran muchos de los elementos de la literatura de este autor: es un maestro en los estudios de las costumbres y un visionario de una ciencia y una humanidad ideales. Están presentes todos sus temas habituales y, también, todos sus modos de composición.



Estudio en escarlata

Doyle, Arthur Conan
9788416112487
120 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tras la publicación en esta misma colección de El perro de los Baskerville, con ilustraciones de Javier Olivares, seguimos con nuestro propósito de publicar todas las novelas de Conan Doyle que tienen como protagonistas al detective más famoso de todos los tiempos, Sherlock Holmes, y a su inseparable doctor Watson.Publicada en

1887, Estudio en escarlataes la primera entrega de la serie, en la que John H. Watson inicia las memorias de sus aventuras. Todo comienza cuando él y Holmes van a compartir casa en la ya famosa dirección del 221B de Baker Street. Allí, Watson convivirá con las excentricidades de Holmes y será testigo de su asombrosa habilidad para obtener información sobre todo lo que le rodea.Aturdido en ocasiones por la personalidad del detective, Watson se verá, sin embargo, deslumbrado por su genialidad.Fernando Vicente ha recreado este caso y ha dado vida gráfica a estos dos míticos personajes.



El hombre que pudo reinar

Kipling, Rudyard
9788416440559
80 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El hombre que pudo reinar (1888) trata de dos aventureros británicos en la India que se convierten en reyes de Kafiristán, una parte remota de Afganistán. La historia está inspirada en las hazañas de James Brooke,

un inglés que se convirtió en el primer rajá de Sarawak en Borneo y en los viajes del aven¬turero estadounidense Josiah Harlan, a quien le fue concedido el título de Príncipe de Ghor a perpetuidad para él y sus descendientes. En 1975 fue adaptada por el director John Huston en la película del mismo nombre, protagonizada por Sean Connery y Michael Caine como los aventureros y Christopher Plummer como Kipling. Esta novela corta, considerada una de las mejores de Kipling, ha sido genialmente ilustrada por Fernando Vicente.



Bartleby, el escribiente

Melville, Herman
9788415717553
120 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bartleby, el escribiente es una de las narraciones más originales y conmovedoras de la historia de la literatura. Melville escribió este relato a mediados del siglo xix, pero por él no parece haber pasado el tiempo. Nos cuenta la historia de un peculiar copista que trabaja en una oficina de Wall Street. Un día, de repente, deja de

escribir amparándose en su famosa fórmula: «Preferiría no hacerlo». Nadie sabe de dónde viene este escribiente, prefiere no decirlo, y su futuro es incierto pues prefiere no hacer nada que altere su situación. El abogado, que es el narrador, no sabe cómo actuar ante esta rebeldía, pero al mismo tiempo se siente atraído por tan misteriosa actitud. Su compasión hacia el escribiente, un empleado que no cumple ninguna de sus órdenes, hace de este personaje un ser tan extraño como el propio Bartleby. El libro está ilustrado por Javier Zabala, Premio Nacional de Ilustración 2005. «Bartleby, que data de 1856, prefigura a Franz Kafka. Su desconcertante Protagonista es un hombre oscuro que se niega tenazmente a la acción. El autor no lo explica, pero nuestra imaginación lo acepta inmediatamente y no sin mucha lástima. En realidad son dos los protagonistas; el obstinado Bartleby y el narrador que se resigna a su obstinación y acaba por encariñarse con él.» Jorge Luis Borges